



LEGEND OF THE GALACTIC HEROES

VOLUME 8

DESOLATION

YOSHIKI TANAKA

Translated by Matt Treyvaud

The book cover features a dynamic space battle scene. In the foreground, a large, sleek silver spaceship with a prominent dish-shaped antenna and multiple engines is shown from a low angle. In the background, a massive orange-red planet dominates the center. Several other spacecraft, including smaller fighters and larger cruisers, are scattered across the scene, some appearing to be in combat. The sky is a deep black with numerous stars. The title 'LEGEND OF THE GALACTIC HEROES' is written in large, bold, white block letters in the upper left corner.

LEGEND OF THE GALACTIC HEROES

VOLUME 8

DESOLATION

YOSHIKI TANAKA

Translated by Matt Treyvaud

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)

Edición digital al español por M. Nighthkrelín Subs

Edición digital empaquetada por riojano0

No vender o distribuir por comercio electrónico o físico.

CAPÍTULO 01: VIENTO EN EL CORREDOR

I

ESTRELLAS COMO CRISTALES ESTRELLADOS brillaron sobre el joven de cabello dorado que salió del vehículo terrestre. La multitud reunida de soldados rugió, y sus hermosas cerraduras parecían brillar aún más con el sonido de su grito: *¡Sieg Kaiser!* Reinhard von Lohengramm levantó la mano para reconocer a la multitud, que volvió a rugir. El chico que los nobles que se opusieron a él lo descartaron como “ese mocoso dorado”, ahora fue aclamado como el “león de oro”. Y así como Reinhard nunca se cansó de mirar las estrellas, sus soldados leales se habrían deleitado felizmente en el aura de su emperador juvenil para siempre.

Era el 2 de abril, 800 SE, 2 año del Nuevo Calendario Imperial. El káiser de veinticuatro años se estaba preparando para abandonar el planeta Heinessen, antigua capital de la ahora derrotada Alianza de Planetas Libres, para el próximo destino en su viaje de conquista: el Corredor Iserlohn. Ya sostenía la mejor parte de la galaxia en su palma blanca como la porcelana. Había usurpado el Imperio Galáctico, anexó el Dominio Phezzan y aplastó la alianza por completo. Solo unos pocos granos de polvo de estrellas se habían deslizado entre sus delgados dedos, pero esos granos eran ahora el último reducto de la fuerza política que había controlado la mitad de la galaxia durante 250 años. Mientras permanecieron fuera de su control, Reinhard careció de la última pieza del rompecabezas que debe completarse para cumplir su asombrosa ambición de conquistar toda la galaxia.

Reinhard aceptó el reverente saludo del comodoro Seidlitz, capitán de la nave insignia de la flota de la Armada Imperial *Brünhild*, y subió a bordo. Fue seguido por sus oficiales del personal del cuartel general imperial— alrededor de veinte en total, incluido el mariscal Oskar von Reuentahl, la secretaria general del cuartel general del Comando Supremo— y su guardaespaldas personal Emil von Selle.

“¡Fräulein von Mariendorf! “, Dijo Reinhard.

Una mujer joven dio un paso adelante. Hildegard von Mariendorf era hija del Ministro de Asuntos Internos, el Conde Franz von Mariendorf y secretaria en jefe del káiser por derecho propio. Era un año menor que Reinhard, y mantenía su cabello rubio oscuro muy recortado, lo que le daba la apariencia de un joven alegre, perceptivo y hermoso.

“¿Si su Alteza?”

“¿Se ha solucionado el asunto que discutimos? Olvidé comprobar por mí mismo”. La joven condesa no buscó aclaraciones sobre la vaga investigación de Reinhard. No en vano se decía que su ingenio valía más que una flota de naves de guerra.

“Sus deseos han sido transmitidos a las partes relevantes, su alteza. Puede estar seguro de que no volverá a encontrar esa vista desagradable”. Reinhard asintió con satisfacción. Con motivo de su partida de Heinessen, había ordenado la destrucción de una sola estructura no militar: la gran estatua de bronce de Ahle Heinessen, padre fundador de la Alianza de Planetas Libres.

Este no era el mero orgullo de los conquistadores. El monumento principal a Heinessen, así como su tumba, habían quedado intactos. La estatua fue dirigida en parte por razones políticas y en parte por una solicitud cínica por la reputación del hombre que representaba. Reinhard nunca había sufrido la enfermedad psíquica que llevó a algunos a afirmar el poder y la autoridad con efigies descomunales, y su edicto imperial sobre el tema había dejado clara su posición al respecto en toda la galaxia. Mientras la dinastía Lohengramm sobreviviera, a nadie se le permitiría erigir una estatua a

ningún emperador menos de diez años después de su muerte, o en cualquier caso más grande que la vida.

“Si Heinessen fuera digno de la estima que le tienen las personas de la alianza, seguramente habría respaldado mi decisión”, dijo Reinhard a Hildegard. “Ninguna estatua, por imponente que sea, puede oponerse a un hombre justo”.

Hildegard asintió y Reinhard cambió el canal de sus pensamientos de los asuntos del planeta a las estrellas.

Los almirantes mayores Fritz Josef Wittenfeld y Adalbert Fahrenheit habían abandonado el planeta antes de Reinhard y actualmente dirigían sus respectivas flotas hacia el Corredor Iserlohn. Ambos eran intrépidos comandantes siempre ansiosos por ir a la ofensiva, pero Wittenfeld en particular era conocido por su valiente liderazgo de la flota de Schwarz Lanzenreiter. Había estado a la vanguardia de la fuerza expedicionaria de Reinhard desde su partida el año pasado. Su historial militar era formidable, y era tan conocido que su nombre tenía un poder destructivo propio.

Hubo una anécdota sobre la intrepidez de Wittenfeld en la que un funcionario preguntó “¿Wittenfeld está al frente?” Y otro respondió: “¿Al frente? Wittenfeld es el frente”. Según el mariscal Wolfgang Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, Wittenfeld había difundido esta historia él mismo, pero nadie podía negar que lo había capturado bien.

Mittermeier mismo estaba con Reinhard, preparándose para partir con él junto a los almirantes Neidhart Müller y Ernst von Eisenach. De camino al corredor de Iserlohn, también se encontrarían con el almirante Karl Robert Steinmetz.

El almirante August Samuel Wahlen también había dejado Odín, la capital nominal del Imperio Galáctico, y se apresuraba por el distante Corredor Phezzan para unirse a ellos en Iserlohn. La tarea de custodiar el Corredor Phezzan había quedado en manos del Almirante Kornelias Lutz y sus soldados, pero incluso sin ellos, el enorme tamaño de la fuerza que se

reuniría en Iserlohn era prodigioso.

Heinessen estaría bajo la protección del almirante Alfred Grillparzer. Grillparzer había servido anteriormente bajo el ahora fallecido Helmut Lennenkamp, enviado al planeta como alto comisionado. El káiser le había advertido con ocasión de su promoción de ser justo y magnánimo, y Grillparzer había aceptado dócilmente, prometiendo mantener a Heinessen a salvo hasta que el Almirante von Reuentahl llegara para relevarlo.

Von Reuentahl era actualmente secretario general del Cuartel General del Comando Supremo, pero una vez que el Corredor Iserlohn fuera conquistado, tomaría el mando de todo el antiguo territorio de la Alianza de Planetas Libres como su nuevo Landesherr. A los treinta y tres años, era nueve años mayor que el káiser y gobernaría más de la mitad del Neue Reich en nombre de Su Majestad. El historial de Von Reuentahl de alimentar el apetito ilimitado del káiser por la conquista y el dominio era casi perfecto, pero una vez que la galaxia se hubiera unificado, administrar este dominio colosal lo pondría a prueba en un nuevo frente. Por supuesto, nadie dudaba de que él estaría a la altura del desafío.

La flota del almirante Ernest Mecklinger estaba estacionada en el otro extremo del corredor Iserlohn para hostigar al enemigo desde la retaguardia. Una vasta red que rodeaba el corredor en ambos extremos estaba casi completa.

Era justo decir que esta gran concentración de fuerza se había reunido para subyugar a un solo hombre: Yang Wen-li, ex mariscal de la Alianza de Planetas Libres, ahora comandante de la Fortaleza Iserlohn y la Flota de Patrulla Iserlohn. En los últimos días de la alianza, el almirantazgo de la Armada Imperial casi había llegado a ver a Yang como su personificación, y la admiración a regañadientes por él flotaba tanto por encima como por debajo de la superficie de sus psiques. Era difícil creer cuántas derrotas les había dado este solo hombre a tantos comandantes imperiales veteranos. Dicho de manera menos caritativa, un imperio que abarca galaxias estaba dedicando todo su ejército a derrotar a un solo hombre. Oficialmente, esto no solo era para garantizar que se completara la unificación, sino también para evitar que Yang Wen-li se convirtiera en el núcleo de un movimiento

antiimperial.

En la oficina de Reinhard en *Brünhild* , efectivamente el cuartel general móvil de la Armada Imperial, el káiser estaba considerando algunas maniobras futuras específicas cuando sus ojos azul hielo se levantaron de repente para encontrarse con los de su secretaria Hilda.

“Dime, Fräulein von Mariendorf”, dijo. “¿Sigues oponiéndote a que yo lidere esta expedición personalmente?”

La oposición de Hildegard a la participación personal de Reinhard en la operación contra las fuerzas de Yang Wen-li era bien conocida. Había un brillo pícaro en la sonrisa que el káiser dirigía ahora a su bella y sagaz secretaria, pero su objetivo no era intimidarla. Por el contrario, esperaba que ella discutiera con él.

Hildegard lo sabía y lo obligó de buena gana. “Si puedo hablar libremente, su alteza, sí. Lo hago.”

Las palabras del joven y guapo conquistador eran evidencia de que sus biorritmos estaban aumentando, su energía psíquica producía nuevos brotes en busca de una salida.

“Eres sorprendentemente terca, fräulein”, dijo Reinhard, riendo alegremente a pesar de la ironía de un hombre de su personalidad que la criticaba por esos motivos en particular.

Hildegard se sonrojó levemente por razones que ni siquiera ella tenía claras.

“Tenía la impresión de que ya estaba bastante familiarizado con mi personalidad, Su Alteza”, dijo.

Y eso tampoco es del todo justo, pensó para sí misma. Se opuso a la participación de Reinhard no por motivos políticos o militares, sino porque sabía que su verdadera motivación era el orgullo personal y el puro espíritu competitivo. A esto podría agregarse el respeto y las altas expectativas de su enemigo. Si Yang Wen-li abandonara toda resistencia y se arrodillara

mansamente ante él, ¿cuál sería la reacción de Reinhard? Decepción, Hilda sospechaba, a pesar del hecho de que la derrota de Yang había sido el objeto del káiser desde el año anterior. Reinhard vio a Yang ante todo como un oponente digno, y tenía la intención de involucrarlo con el mayor de los honores — junto con una estrategia impecable y una fuerza abrumadora.

¿Cómo reaccionaría Yang ante el movimiento de la Armada Imperial hacia Iserlohn? ¿Fortalecería su posición en la inexpugnable fortaleza de Iserlohn? ¿Avanzaría a El Fácil a la salida del corredor para una batalla de flota a flota? Era imposible decirlo.

II

Las líneas del frente de la Armada Imperial en ese momento se arquearon a través del espacio habitado como un vasto dragón de luz, de más de diez mil años luz de largo. La cabeza del dragón apuntaba al antiguo territorio de la Alianza de Planetas Libres en un extremo del Corredor Iserlohn, y su cola alcanzaba los mundos del antiguo imperio en el otro. Si la Fortaleza de Iserlohn cayera ante la Armada Imperial, el dragón se tragaría su cola y formaría un bucle apretado alrededor de la huella galáctica de la humanidad.

En principio, la ciencia militar frunció el ceño en tan largas líneas de batalla, pero el equilibrio estratégico entre las dos partes fue tan desigual que parecía poco probable que se convirtiera en una responsabilidad. Yang Wen-li estaba en la fortaleza de Iserlohn, restringido en su capacidad para realizar maniobras audaces. La Armada Imperial podría estar muy delgada, pero no tenía forma de atacar su flanco. Junto a ese dragón de luz que abarca la galaxia, la fortaleza de Iserlohn era el mejor huevo de pájaro. La desigualdad estratégica entre las dos partes era asombrosa, y una victoria táctica era la única esperanza de Yang de revertirla. Su posición era tan difícil como lo había sido antes de la Guerra Vermillion. Pero Reinhard sabía que usar la simple influencia estratégica para arrinconar y extinguir a

Yang no satisfaría al feroz león que se agitaba dentro de él. “Cualesquiera que sean las maniobras fantásticas que pueda considerar Yang, en última instancia, solo le quedan dos opciones: avanzar y atacar, o retirarse y defenderse. La cuestión de cuál elegirá — cómo tratará de detenerme — es muy interesante”.

Reinhard se movió según los caprichos del espíritu conquistador dentro de él. Su superioridad estratégica garantizaba la libertad de acción. Su decisión de detener a Yang y esperar su contraofensiva solo había sido posible porque ya había conquistado el otro 99 por ciento de la galaxia.

Sin embargo, Reinhard no tenía todas las cartas necesarias para mover la historia y las personas que lo hicieron. Y lo mismo, por supuesto, podría decirse de su formidable oponente.

Era el 19 de abril cuando llegaron las malas noticias sobre las ondas sísmicas de Phezzan. Los terroristas habían bombardeado la residencia del secretario general interino del planeta. El secretario de obras Bruno von Silberberg había sido asesinado. El mariscal Paul von Oberstein había resultado herido, junto con Nicolas Boltec, secretario general interino, y el almirante mayor Kornelias Lutz, comandante de flota de la región de Phezzan. Cuarenta y una bajas más habían sido registradas. Ya embarcado en su expedición de conquista, el káiser de cabello dorado guardó silencio mientras llegaban las noticias por la transmisión FTL. Sus ojos azul hielo brillaban con una intensidad oscura.

Los detalles del ataque terrorista que amenazaba con contener el avance decidido de Reinhard con grilletes sucios e invisibles pronto se aclararon.

El 12 de abril, el almirante mayor Wahlen había aterrizado en Phezzan camino a Iserlohn y se había reunido temporalmente con Lutz. Los dos hombres habían servido como las manos derecha e izquierda de Siegfried Kircheis durante la Guerra de Lippstadt, desempeñando un papel importante en la victoria del imperio, pero ahora Wahlen debía continuar hacia Iserlohn para unirse a la refriega mientras su espíritu y sentido de

satisfacción eran altos, mientras que Lutz se vería obligado a quedarse en el planeta, aún dolido por su derrota.

Como comandante de flota recién designado para la región de Phezzan, Lutz era responsable de la seguridad de una de las rutas de transporte, distribución y comunicación más grandes del nuevo imperio. El nombramiento no fue ignominioso de ninguna manera, pero, como guerrero, Lutz se arrepintió de su retirada del frente justo antes del enfrentamiento final con Yang Wen-li. No tendría oportunidad de recuperar el honor que había perdido al permitir que Yang recuperara la Fortaleza de Iserlohn a través del engaño. Su señor y sus compañeros oficiales limpiarían después de ese error en su lugar.

Wahlen no pudo desterrar la simpatía que sentía por su amigo. Compartió la humillación de Lutz por haberse enamorado de la artimaña de Yang, que había deshecho todo lo que habían logrado en el campo de batalla. Expresar abiertamente esa simpatía solo correría el riesgo de herir a Lutz más profundamente, pero Wahlen había aceptado la propuesta de Boltec — a pesar de su disgusto por su abierta adulación — y acordó asistir a una reunión conjunta de bienvenida y despedida para los dos porque parecía una oportunidad para Ofrecer al menos algo de consuelo a su amigo. La fiesta comenzó a las 1930 horas, pero Wahlen estaba teniendo problemas con su mano artificial esa noche, y para cuando hizo los ajustes necesarios a su prótesis y llegó al lugar, era 1955.

Los explosivos de alto grado militar habían detonado solo cinco minutos antes. En cierto sentido, la mano de Wahlen lo había salvado del martirio a manos de los terroristas. Yendo más atrás, un observador podría darle ese crédito al fanático que había herido a Wahlen con una espada envenenada durante la subyugación de la sede de la Iglesia de Terra el año anterior.

En cualquier caso, Wahlen llegó a la horrible escena cinco minutos después de la explosión e inmediatamente se dispuso a dar órdenes a los sobrevivientes sorprendidos y aturdidos, evitando que la situación cayera en pánico como lo había amenazado momentos antes. Para la multitud aterrorizada, el almirante milagrosamente ileso debe haber parecido lo único en lo que podían confiar.

Von Silberberg había sido llevado al hospital de inmediato, pero con una severa pérdida de sangre y metralla impactada en su cráneo, no pudo recuperar la conciencia y su corazón se detuvo a las 2340 horas.

La dinastía Lohengramm había perdido a uno de sus principales tecnócratas en este acto de terrorismo. La ambición de Von Silberberg había sido doble. Primero, tenía la intención de equilibrar perfectamente el capital social y la base económica de la nueva dinastía y marcar el comienzo de una era de construcción económica para seguir la conquista. En segundo lugar, tenía la intención de colocarse en el centro de la tecnocracia supervisando esa construcción y un día ascender al cargo de canciller.

“Apenas un sueño escandaloso”, decía, rebosante de confianza y, de hecho, sus objetivos distaban mucho de ser poco realistas. Pero ahora esa ambición, junto con el hombre que la había albergado, se había desvanecido de la faz del planeta.

El asesinato llevó a Wahlen a retrasar su fecha de salida de Phezzan para poder, después de informar la situación a Reinhard, organizar un servicio conmemorativo improvisado para von Silberberg y dirigir la búsqueda de los terroristas responsables.

Si esos asesinos incompetentes tuvieran que asesinar a alguien, al menos podrían haberlo hecho von Oberstein. Incluso podrían haber atraído a algunos simpatizantes allí. Aunque Wahlen no expresó estos pensamientos en voz alta, había una diferencia inequívoca en su actitud hacia Lutz y los otros dos funcionarios. Visitó a von Oberstein en el hospital, ofreciéndole al mariscal el respeto debido a un superior, pero — en parte por orden del médico — se fue de inmediato. En su visita a Boltec, hizo que un asistente actuara en su nombre mientras se dirigía a la sala de Lutz. Lutz no tuvo lesiones internas graves, como para demostrar que sus líneas de destino estaban en una trayectoria ascendente, y los médicos esperaban darle de alta en dos semanas. En todo caso, estaba de mejor humor que antes, a pesar de estar en una cama de hospital.

“¿Morir antes de von Oberstein?”, Dijo. “¡Nunca! Solo he llegado hasta

aquí, a través de todas esas batallas, deseando pronunciar un elogio insincero en su funeral mientras mi alma baila en su tumba”.

No es un hombre muy popular, nuestro ministro de asuntos militares, pensó Wahlen, a pesar de su propia opinión sobre el hombre. Entendió bien cómo se sentía Lutz, por supuesto. La angustia del hombre por la muerte de Siegfried Kircheis tres años antes se había convertido en una flecha dirigida a la espalda de von Oberstein.

Una semana después, Wahlen finalmente partió de Phezzan. Por orden de Reinhard, la protección del planeta y la caza del perpetrador habían sido delegadas al teniente de Lutz, el vicealmirante Holzbauer. Von Oberstein y Lutz, sin duda, estarían encantados de asumir esta responsabilidad ellos mismos una vez que se hubieran recuperado por completo.

“Los fanáticos de la Iglesia de Terra, sin duda”, fue la evaluación ceñuda de Holzbauer. “O los leales al antiguo Landesherr Rubinsky, tal vez, cayeron al suelo. ¿Cómo se atreven a molestar los pensamientos de Su Majestad el Káiser en una coyuntura tan importante?”

Por supuesto, fue precisamente porque las cosas estaban en “una coyuntura tan importante” que los perpetradores habían tratado de desequilibrar a la Armada Imperial al golpearlos desde atrás. En este objetivo, sin embargo, solo se podría decir que fallaron. El verdadero objetivo de sus diseños asesinos seguramente habían sido los tres altos funcionarios de la armada en lugar de von Silberberg, pero von Oberstein y Lutz habían sufrido solo heridas leves, mientras que Wahlen estaba completamente ileso.

El Káiser Reinhard lamentó la muerte de los invaluable recursos humanos que había designado, pero no retrasó el progreso de su flota hacia Iserlohn por un momento. Simplemente instruyó a Hildegard von Mariendorf para anunciar un día de luto junto con la promoción del subsecretario Gluck a secretario de obras en funciones.

“Después de la caída de la fortaleza de Iserlohn, von Silberberg recibirá un funeral de estado. Hasta entonces, el servicio conmemorativo de Wahlen tendrá que funcionar”.

Reinhard le explicó esto a Hilda, pero no era toda la verdad. Ciertos detalles del bombardeo —von Oberstein y Lutz escapando con heridas leves, Wahlen retrasando su partida en respuesta, la negativa de Reinhard a interrumpir su viaje de conquista — invitó a la especulación sobre los perpetradores, y la posibilidad de un segundo ataque fue algo que el káiser previó claramente, o incluso anticipado. Sabía que podía confiar en von Oberstein y Lutz para demostrar la habilidad y la compostura necesarias para enfrentar esa eventualidad. Si las circunstancias en Phezzan se deterioraran hasta el punto de la rebelión en lugar del terrorismo, enviaría a Wahlen de regreso con su flota para sofocar el levantamiento. Si incluso Wahlen no pudiera contener la situación, Reinhard tendría que decidir por primera vez cómo reaccionar. Sin embargo, hasta que las cosas llegaron a ese punto, Reinhard no tenía absolutamente ninguna intención de desviar el arco de *Brünhild* de su curso.

Como secretaria de Reinhard, Hilda no vio ninguna razón para objetar estas conclusiones. Sin embargo, ella lo instó a no pensar en la familia de von Silberberg.

Reinhard leyó mal su expresión — o tal vez solo fingió, para provocar que revelara claramente su juicio estratégico.

“Parece que tiene algo que quiere decirme, Fräulein von Mariendorf”, dijo.

Mientras hablaba, ella se dio cuenta de que, de hecho, quería llamar su atención sobre cierto asunto.

“Su Majestad”, dijo, “¿y si Yang Wen-li sale de la Fortaleza Iserlohn hacia territorio imperial? Si rompe la línea defensiva del almirante Mecklinger, nada más que un espacio deshabitado se encontrará entre él y Planeta Haupt Odín”.

“Una idea interesante. Yang Wen-li podría llegar a tal idea, pero en la actualidad carece de los recursos para llevarla a cabo con éxito. ¡Qué desafortunado que la habilidad de un gran general se vea limitada por la mera circunstancia!” Los elegantes labios de Reinhard se curvaron

irónicamente hacia arriba. No estaba claro a quién apuntaba su sarcasmo, ya que — después de todo, ¿quién había engendrado las duras condiciones que ahora rodeaban a Yang?

“Casi tengo ganas de darle media docena de batallones para jugar, y ver con qué magia trabaja con ellos. ¡Ahora eso sería interesante!”

“Su Majestad...”

“Fräulein, no puedo descansar hasta que mi puntuación con Yang Wen-li esté completamente resuelta. Una vez que tenga su sumisión y la galaxia esté unificada, eso marcará el verdadero comienzo para mí”.

Ante esta manifestación magistralmente elaborada, Hilda guardó silencio.

“E incluso esa perspectiva no me satisface”, continuó Reinhard. “¡Ojalá pudiera enfrentar a ese mago en igualdad de condiciones estratégicas!”

Hilda ofreció su primer contraargumento.

“En ese caso, Su Majestad”, dijo, “le ruego, no le traiga la batalla todavía. Regresa a Phezzan, y luego a Odín. Permita que Yang se fortalezca y desafíelo por la supremacía una vez que su poder sea mayor. No hay necesidad de luchar contra él ahora, cuando está al final de sus opciones”.

Reinhard no respondió. Simplemente jugueteó con el colgante en su pecho, como para ayudarlo a soportar el aguijón de su reproche.

III

Los vivos ojos grises del mariscal Wolfgang Mittermeier brillaban con un brillo de azogue bastante complejo. Estaba en su naturaleza favorecer la acción, ágil y rápida. Hacer una pausa para pensar a la sombra de la

inquietud iba en contra de sus inclinaciones. Había agonizado por completo antes de buscar la mano de su esposa Evangeline en matrimonio, pero la inquietud que sentía ahora era de una calidad diferente.

Su reacción al trágico incidente en Phezzan fue extremadamente cáustica.

“¿Entonces von Oberstein no murió?”, Dijo. “Lástima— habría sido una excelente manera de demostrar que era humano. Bueno, al menos Lutz no resultó gravemente herido”.

El amigo de Mittermeier, Oskar von Reuentahl, fue aún más mordaz.

“Von Oberstein es una enfermedad que camina. Especulando puramente sobre las posibilidades, si resultara haber arreglado todo para algún propósito nefasto, no me sorprendería un poco. Y, si es así, se avecina un segundo acto”.

La malevolencia de esta calumnia dejó a Mittermeier sin palabras.

El odio de Mittermeier hacia von Oberstein fue una cuestión de temperamento. Sabía que el ministro de asuntos militares, él de cabello blanco y ojos cibernéticos, tenía razones válidas para su comportamiento y responsabilidades importantes que cumplir. Pero Mittermeier no podía sofocar sus propios gustos y principios, y no tenía interés en armonizar su propia visión del mundo con la del otro hombre.

Sin embargo, sospechaba que la animosidad de von Reuentahl hacia von Oberstein era de naturaleza algo diferente. Después de todo, ¿no estaban los dos hombres peleando por la misma joya? Ambos esperaban que el Káiser Reinhard encarnara perfectamente sus propios ideales — y si esos ideales tenían un tono diferente, ¿no era inevitable un choque entre los dos?

Mittermeier fue lo suficientemente perceptivo como para darse cuenta de todo esto, pero reconoció con tristeza que la verdad de su perspicacia era incompatible con su utilidad. Podía compartir sus pensamientos con von Reuentahl, pero dudaba que el otro hombre aceptara sus conclusiones sin discusión. A von Oberstein no le apetecía transmitir nada. Estaba claro para

él que von Oberstein rechazó cualquier perspectiva de compromiso o cambio en su relación con von Reuentahl, a pesar de comprender bien el significado del conflicto entre ellos. Si es así, era perfectamente natural, si no inevitable, que von Oberstein atrajera malentendidos y hostilidad. ¿Y qué hay de von Reuentahl? Mittermeier confiaba en que la sagacidad de su amigo sobrepasaba la suya, pero también tenía la fuerte sospecha de que von Reuentahl estaba reprimiendo su lado reflexivo intencionalmente y dejando que el flujo de eventos lo llevara a donde debería. A pesar de que el final de ese flujo probablemente fue una cascada que se hundió en el abismo...

“Se sintió como una batalla mucho más larga de lo que fue”, dijo Mittermeier. “En cualquier caso, esto lo pondrá fin”.

“Un final deseable para nosotros, espero”, dijo von Reuentahl.

Este intercambio marcó la conclusión de la discusión de estrategia entre los dos hombres a bordo del buque insignia de von Reuentahl, *Tristán*. No era que estuvieran cansados de pelear. De hecho, fue precisamente porque sus energías no estaban agotadas que no pudieron evitar que sus pensamientos avanzaran hacia lo que vendría después. Por supuesto, su enfoque era ligeramente diferente del de su joven gobernante. Vacilante, Mittermeier preguntó: “Por cierto, ¿qué pasó con...?”

Von Reuentahl volvió sus infames ojos heterocromáticos directamente a su amigo.

“Ni idea”, dijo, en algún lugar entre rencoroso e indiferente. “Tampoco me importa averiguarlo. ¿Tienes algún interés en la mujer?”

“Lo que me interesa es cómo has tratado con ella”.

Los dos se callaron, ambos pensando en Elfriede von Kohlrausch, la mujer que, según los informes, estaba embarazada del hijo de von Reuentahl. Empujar más en esta dirección parecía poco probable que condujera a otra cosa que una discusión infructuosa. Von Reuentahl no tenía interés en los niños, mientras que Mittermeier y su esposa no tenían hijos. Ninguno de los

dos pudo evitar sentirse herido a su manera ante la injusticia de la situación.

El 20 de abril, el almirante mayor Fritz Josef Wittenfeld celebró una reunión a bordo de su nave insignia, *Königs Tiger*. Bajo su mando, la vanguardia de la Armada Imperial casi había llegado al Corredor Iserlohn. El enemigo estaba a poca distancia. En algún momento tendrían que detener su avance y esperar la llegada de Kaiser Reinhard de Heinessen, por lo que era necesario asegurarse de que toda la flota fuera de una sola voluntad.

Uno de los oficiales en la reunión hizo una propuesta astuta.

“Supongamos que ofrecemos términos de paz a Yang”, dijo. “Garantice el paso seguro para sus hombres si jura lealtad a Su Majestad el Káiser y se entrega a la Fortaleza de Iserlohn como una ofrenda. Incluso podríamos reconocer el derecho al autogobierno en El Fácil o en otro lugar — digamos que permitiremos que exista una república allí dentro de los límites del imperio”.

Wittenfeld frunció el ceño en silencio. El subcomandante almirante Halberstadt y el jefe de gabinete, almirante Gräbner, mantuvieron una conversación furtiva y sin palabras con sus expresiones faciales.

“No importa qué condiciones ofrezcamos, porque no tendremos que seguir con ellas”, continuó el oficial. “Una vez que Yang salga de la fortaleza para mantener conversaciones de paz, las visiones de un dulce éxito ya comienzan a causarle dolor de muelas psíquico, simplemente lo capturamos. Su Majestad toma posesión de toda la galaxia sin derramar una sola gota de sangre. ¿Cómo suena esa estrategia?”

“Quieres mi respuesta a esa pregunta”.

“Sí, señor, por supuesto”.

Wittenfeld bramó lo suficientemente fuerte como para vaciar sus pulmones.

“¡Nunca quiero volver a escuchar esa idiotez tuya! ¡Si el káiser tuviera el más mínimo interés en la trama engañosa de esa naturaleza, habría ejecutado a Yang Wen-li en su reunión después de la Guerra Vermillion y habría terminado con eso! ¡Su Majestad quiere derrotar a ese mago insolente en el campo de batalla, no forzar su sumisión por ningún medio disponible!”

La mirada deslumbrante del general feroz y pelirrojo se clavó en el oficial.

“Si Su Majestad me destituyera como incompetente, eso podría soportarlo. Pero si él me castigara como un cobarde, dejaría sin sentido todo mi servicio antes de ese día. ¿Incluso eso está más allá de tu débil comprensión?”

Desgarrado por la vituperación de Wittenfeld, el oficial abandonó la habitación con un naufragio medio muerto. Mientras Wittenfeld luchaba por estabilizar su respiración, Halberstadt y Gräber intercambiaron una mirada de entendimiento compartido: así siempre con nuestro comandante.

La reunión finalmente concluyó sin que se diera voz a ninguna idea original. Por supuesto, a Wittenfeld no se le había otorgado plena discreción estratégica en ningún caso. Por mucho que fuera contra su propio temperamento, parecía que no podían hacer nada más que fortificar silenciosamente las líneas del frente hasta que llegaran nuevas órdenes del káiser.

Durante su conversación habitual en el canal de comunicaciones con su amigo y compañero almirante Adalbert Fahrenheit, Wittenfeld bromeó sobre el tedio en el frente y preguntó si no había nada que pudieran hacer al respecto.

“Si solo el enemigo atacara primero, podríamos comenzar la guerra sin esperar a que llegue el káiser”, dijo con nostalgia.

Fahrenheit no respondió de inmediato. Al igual que Wittenfeld, era un táctico agresivo, pero era mayor que los otros comandantes y entendía la autoridad que se le había conferido en ausencia del káiser. Tendría que

controlar el espíritu inquieto de Wittenfeld y asegurarse de que no se cometieran errores graves antes de la llegada del Káiser Reinhard. Para el acérrimo general de ojos azules, este deber también era una forma de mantener su propio espíritu bajo control.

Finalmente, Fahrenheit hizo una propuesta: instarían a Yang Wen-li a capitular. Yang nunca estaría de acuerdo, por supuesto, pero no había necesidad de perder el tiempo restante antes de la llegada del káiser, incluso si el combate en sí estaba fuera de discusión. Valió la pena intentar sondear las emociones internas de sus enemigos.

En verdad, Fahrenheit no había hecho esta sugerencia con gran entusiasmo. Él mismo estaba distraído por las innumerables naves exploradoras que debían ser enviadas a su campo de batalla previsto. La Región Estelar de Dagón, donde la Armada Imperial había sufrido una derrota ignominiosa hace un siglo y medio, estaba cerca de su ruta, y su nombre despertó su interés en la tarea de reconocimiento en el campo de batalla. En consecuencia, cuando Wittenfeld puso en práctica la propuesta, Fahrenheit estaba tan sorprendido como cualquier otra persona. Y ciertamente no había forma de que pudiera haber previsto los eventos notables que se pondrían en marcha como resultado.

CAPÍTULO 02: TORMENTA DE PRIMAVERA

I

EN LAS PALABRAS DE DUSTY ATTENBOROUGH, la fortaleza de Iserlohn se llenó de una anticipación festiva por el “Rito de la primavera”.

Hasta el 20 de abril, había 28.840 naves y 2.547.400 oficiales y hombres reunidos bajo Yang Wen-li en el cuartel general antiimperial. En términos puramente numéricos, era la fuerza más grande que Yang había comandado. Pero poco menos del 30 por ciento de la flota necesitaba reparaciones, y más del 20 por ciento de las tropas eran reclutas de los últimos días de la alianza o nuevos reclutas, y necesitarían entrenamiento antes de poder portar armas. Además, la repentina expansión de los recursos militares de la flota luego de su fusión con el Gobierno Revolucionario de El Fácil había requerido una reestructuración de toda la organización militar. Alex Caselnes se había mantenido como gerente general interino de servicios de retaguardia incluso después de su reincorporación como director administrativo de la Fortaleza de Iserlohn. Si alguien hubiera abierto sus circuitos neuronales, se habrían ahogado en el mar de figuras y gráficos que estallaron.

Cuando llegó el comunicado de Wittenfeld de la Armada Imperial, Yang estaba desayunando en el lío con Julian Mintz. Junto con el té y las tostadas habituales, el menú también incluía una tortilla campestre, sopa de guisantes espesa y yogur. Julian señaló gravemente su aprobación a su aprendiz culinario de ojos color avellana, la ayudante de Yang y su esposa

Frederica Greenhill Yang, que estaba radiante junto a ellos. Parecía la más feliz de todas porque su arduo trabajo y cuidadosa planificación habían valido la pena, y Yang rezó en silencio a la diosa de la cocina, por su bien y por el suyo, que su éxito no había sido una coincidencia.

La llegada del mensaje de Wittenfeld fue reportada a Yang por Attenborough, que había crecido cómodamente en su papel de teniente comandante en la Fuerza de Reserva Revolucionaria y que algún día escribiría una crónica de los acontecimientos que tenían lugar en ese momento. Apareció en el visofono, todavía con un sándwich de jamón, huevo y lechuga, para darle la noticia a Yang. Yang parecía no atribuir más importancia al mensaje que Wittenfeld.

“¿Al menos le gustaría verlo, señor?”, Preguntó Attenborough.

“También podría darle una mirada”, dijo Yang. “Reenvíalo a mi pantalla”. Sin desviarse más allá de los límites del protocolo, la misiva de Wittenfeld fue extremadamente dura.

A Yang Wen-li, el mayor comandante de las antiguas Fuerzas Armadas de la Alianza y único comandante en lo que queda de la facción republicana, mis saludos desde la Armada Imperial. Como estoy seguro es claro para un hombre de su perspicacia, una mayor resistencia a la paz y la unificación sería no solo moralmente en bancarrota sino tácticamente inviable y estratégicamente imposible. Te ofrezco este consejo sincero: si esperas preservar tu vida y alguna medida de tu honor, baja el nivel de rebelión y ponte a merced del káiser. Estaré encantado de actuar como su intermediario en este asunto. Espero sinceramente su respuesta racional.

“Parece que el almirante Wittenfeld tiene un gran talento para la provocación de alto riesgo”, dijo Frederica, de cabello castaño dorado. “Es una pena que no haya nacido para la alianza. Habría sido un buen político”.

“¿Un buen compañero de entrenamiento para Job Trünicht, quieres decir?”

Reflexionando que probablemente apoyaría a Wittenfeld en ese caso, Yang cambió de tema.

“Almirante Attenborough, como uno de nuestros otros “únicos comandantes”, ¿qué piensa de esto?”

“Totalmente desprovisto de sensibilidad literaria, me temo, señor”.

“Eso no es lo que quise decir...”

Yang tomó un sorbo de su segunda taza de té que Frederica había preparado. Se sentó agradablemente en el paladar, quizás primo hermano del té que Julian hizo.

Esto podría haber sido una ilusión, por supuesto, pero cuando la felicidad era dominante, la susceptibilidad a tales ilusiones era inevitable.

“Te pregunto *por qué* crees que Wittenfeld me enviaría un mensaje como este”.

“Dudo que signifique algo en particular. Tal vez si hubiera venido del propio Káiser, pero este es el Almirante Wittenfeld, después de todo. Si espera ejercer toda la fuerza de los Lanceros Negros para buscar venganza por la Batalla de Amritsar, no sería sorprendente ni fuera de lugar”.

Yang estaba de acuerdo con esta observación y conclusión. Sin embargo, toda su estrategia y tácticas se construyeron con el intelecto y la voluntad de Reinhard en mente. Si Wittenfeld se saliera de las órdenes directas del káiser y comenzara a actuar de manera independiente, Yang no solo se vería obligado a modificar su respuesta inmediata, sino que también podrían requerirse correcciones a sus planes a largo plazo.

“¿Le enviamos una respuesta, excelencia?”, Preguntó Frederica. Ella tenía una habilidad especial para dirigirse a su esposo con formalidad cuando otros estaban presentes sin sonar antinaturales.

“Hmm...” dijo Yang. “¿Qué piensas, Julian?”

Su pupilo juvenil se sacudió el flequillo de lino. Julian tenía dieciocho años

este año, quince años menor que el propio Yang. Una descripción de él preservada durante siglos decía: “Su forma esbelta, proporcionada y sus rasgos sensibles y translúcidos recuerdan a un joven unicornio”.

“No veo gran peligro en ignorarlo”, dijo Julian. “Pero tal vez lo mínimo de una respuesta está en orden, por el bien del protocolo, si nada más”.

“Eso suena bien”, dijo Yang con un movimiento de cabeza, aunque a los otros tres presentes no les pareció que ya había tomado su decisión final.

“Sin suficientes hombres para el personal de una sola flota de la antigua armada, se estaba preparando para hacer la guerra contra las nueve décimas partes de la galaxia. En un extremo de tensión y miedo, un estallido de locura habría estado lejos de ser misterioso. Pero ningún hombre traicionó tales síntomas. Por —”

“Ya estaban bastante locos”, declaró el comandante Olivier Poplin, entrando a la biblioteca del oficial superior.

Attenborough se apartó del cuaderno en el que estaba garabateando un borrador de sus llamadas *Memorias de la Guerra Revolucionaria* para mirar por encima del hombro.

“Si su escritura es demasiado predecible, su editor se quejará mucho antes de que sus lectores tengan la oportunidad de aburrirse”, continuó Poplin. “Necesitas algo más fresco, más estimulante”.

“Justo lo que necesitaba — consejos del autoproclamado as de la flota. ¿Qué tal atender sus propios esfuerzos literarios antes de comenzar a criticar los míos? No se suponía que debías pensar en una contramedida de la Armada Imperial de “¡Sieg káiser!”

Attenborough estaba de mal humor después de recordar un encuentro varios días antes en el que Poplin le había impedido meterse en una reunión de oficiales más jóvenes.

“¡No más de treinta años!”, Había insistido el otro hombre. El comandante más joven de la antigua Armada de la Alianza, aunque era Attenborough, todavía tendría treinta y un años este año.

Había pasado la noche anterior a su último cumpleaños despotricando contra la injusticia de todo.

“¿Por qué debería ser condenado a cumplir treinta años?”, Había preguntado, en algún lugar entre el desaliento y la indignación. “No he hecho nada malo, a diferencia del almirante von Schönkopf”.

Von Schönkopf, señalado como una injusticia viviente de esta manera, se había acariciado la barbilla ligeramente puntiaguda.

“No me preguntes”, dijo, sereno y sin molestias. “En lo que a mí respecta, los incompetentes buenos para nada que nunca han hecho nada malo no tienen por qué cumplir treinta años de todos modos”.

De vuelta en la biblioteca, Poplin se enfrentó al desafío de Attenborough con un alegre asentimiento.

“Sí, la respuesta ha sido decidida”, dijo. “Es ¡Viva la democracia!”

“¿Eso es lo que terminaste eligiendo? Pensé que habías dicho que ‘carecía de grandeza’”.

“Hay uno más, en realidad”.

“Vamos a oírlo.”

“¡Maldita sea el káiser!”

“Eso es mucho mejor”. El futuro historiador ofreció una breve apreciación de la segunda opción, elogiando su riqueza en “poder expresivo republicano” y otros conceptos dudosos que inventó en el acto, y luego hizo una mueca amarga. “Aun así— ¿no podemos hacer una sola ovación que no

invoque al káiser por su nombre? Deja un mal sabor de boca. ¿No somos más que parásitos lingüísticos?”

Mientras Attenborough y Poplin discutían, una discusión más seria y significativamente más oscura estaba en marcha silenciosamente dentro del Gobierno Revolucionario de El Fácil. Su presidente, el Dr. Francesk Romsky, había estado en contacto regular con el cuartel general de la Fuerza de Reserva Revolucionaria mientras buscaba una respuesta a la amenaza inminente de una invasión imperial en todos los frentes. Ahora, un funcionario del comité directivo del gobierno le había presentado una nueva propuesta. Su argumento fue más o menos como sigue:

Por muy brillante y excéntrico que sea el estratega Yang Wen-li, ante una abrumadora superioridad numérica, incluso su derrota estaba asegurada. Cuando eso sucediera, El Fácil compartiría su destino. ¿No era hora de elegir entre su gobierno revolucionario y la facción de Yang? ¿Por qué no entregar a Yang y sus seguidores a la Armada Imperial, junto con la fortaleza de Iserlohn, a cambio de una garantía de autogobierno? El primer paso sería atraer a Yang fuera de la Fortaleza Iserlohn con el pretexto de que el imperio se había ofrecido a reconocer el derecho de su facción a gobernarse a sí mismo. Una vez que fuera capturado, la fortaleza de Iserlohn quedaría impotente. Luego podrían negociar a su gusto con la Armada Imperial...

Era la misma idea básica que Wittenfeld había rechazado rotundamente en el campo imperial. Se puede encontrar cierto humor amargo en el hecho de que los intrigantes de bajo nivel de ambos lados habían identificado las mismas debilidades en los diseños políticos de Yang. Reconociendo que su objetivo final era la paz y la convivencia con el imperio, supusieron que no podría rechazar tal oferta.

El Dr. Romsky miró al representante del comité directivo, medio aturdido. Pasó la mayor parte de un minuto antes de que su racionalidad volviera a subir a la cima del acantilado.

“Absolutamente no”, dijo al fin, sacudiendo la cabeza vigorosamente. “El mariscal Yang originalmente vino aquí por invitación nuestra. Hemos disfrutado los beneficios de su nombre y su destreza militar. Traicionarlo ahora ensuciaría la pureza espiritual del propio gobierno democrático republicano. Recordemos por un momento cómo los oficiales que asesinaron al presidente del Alto Consejo Lebello fueron recibidos por el káiser. Sobre todo, me niego a participar en una idea tan vergonzosa”.

La decisión de Romsky fue, en todo caso, apolítica — nada más que una expresión de vergüenza a nivel personal. Pero precisamente por eso no había heredado la lamentable mala reputación de João Lebello, ex presidente del Alto Consejo de la Alianza de Planetas Libres. Claramente carecía de un genio para procesar la realidad, pero tal vez aceptó inconscientemente que había momentos en la historia en los que la realidad tenía que ser la segunda después de los ideales.

En cualquier caso, la decisión de Romsky aseguró que Yang escapara de ser vendido al imperio por un gobierno civil por segunda vez.

II

Yang no era ni omnisciente ni omnipotente, por lo que no había manera de que pudiera haber sentido la amplitud de la animosidad y las maniobras dirigidas hacia él. Por encima de todo lo demás, la estrella de Reinhard von Lohengramm brilló tan brillantemente ante él que el meandro de los asteroides simplemente no se registró.

Con la batalla decisiva acercándose, Yang estaba reconsiderando su posición. ¿Por qué estaba peleando? ¿Por qué fue necesario arrebatarse al Káiser Reinhard la promesa de permitir el establecimiento de un territorio autónomo?

La respuesta: garantizar que el conocimiento de los principios, sistemas y

métodos fundamentales de la democracia se transmitió a las generaciones futuras. Eso requería una base de operaciones, por leve que fuera.

La autocracia podría haber asegurado una victoria temporal, pero con el paso del tiempo y el cambio de generaciones, el autocontrol de la clase dominante inevitablemente se derrumbaría. Exentos de las críticas, por encima de la ley, privados de cualquier base intelectual para el autoexamen, sus egos se hincharían grotescamente hasta que finalmente se volvieran locos. No se podía castigar a un autócrata — de hecho, era precisamente la inmunidad al castigo lo que definía a un autócrata. Káiser Rudolf, Sigismund el Tonto, August el Desangrador — individuos como este usaron la autoridad absoluta como apisonadora para aplastar a la gente, manchando los caminos de la historia de rojo.

Las dudas sobre las virtudes de dicho sistema social iban a surgir eventualmente. Y cuando lo hicieron, ¿no podría acortarse el período de lucha, de prueba y error si existiera un modelo de un sistema diferente?

Esta fue la más simple semilla de esperanza y nada más, lejos de los eslóganes de la Alianza de Planetas Libres — “¡Muerte al despotismo! ¡Democracia para siempre!” Pero entonces Yang no creía que ningún sistema político pudiera durar para siempre.

La dualidad dentro del corazón humano condenó a la democracia a coexistir con la dictadura en todos los ejes posibles del espacio y el tiempo. Incluso en una época en que la democracia parecía reinar triunfante, siempre había quienes anhelaban lo contrario. Estos anhelos surgieron no solo del deseo de *gobernar* a otros — sino también del deseo de ser gobernados por otros, de obedecer sin cuestionamientos. Después de todo, las cosas eran más fáciles de esa manera. Aprendan lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido, sigan las órdenes y cumpla con las instrucciones, y la seguridad y la felicidad estaban a su alcance. Una vida satisfactoria seguramente era posible en esos términos. Pero cualquiera que sea el ganado de libertad y seguridad que se permita en su corral, siempre llegaba el día en que los mataban para la mesa.

El poder podría convertirse en fines más brutales en una autocracia que en

una democracia, porque el derecho a la crítica y la autoridad para rectificar los abusos no fueron establecidos por ley ni por costumbre. Las críticas de Yang Wen-li al jefe de estado Job Trünnicht y su partido fueron cáusticas y frecuentes, pero nunca había sido sancionado legalmente por ellas. Se había enfrentado al acoso más de una vez, pero en cada una de esas ocasiones, los poderes fácticos se habían visto obligados a buscar otro pretexto. Eso fue completamente gracias al principio declarado de la gobernabilidad democrática republicana: la libertad de expresión. Los principios políticos en general merecían respeto. Eran el arma más poderosa para evitar que aquellos en el poder se volvieran locos, y la armadura más grande para los débiles. Para transmitir la existencia de esos principios a las generaciones futuras, Yang se vería obligado a descartar cualquier sentimiento personal de amor y respeto y luchar contra la autocracia.

El trabajo de reconsideración de Yang pasó a los aspectos prácticos. El Káiser Reinhard fue un genio militar. ¿Cómo podría Yang derrotarlo?

Si conducía a la flota fuera del corredor, la Armada Imperial claramente tenía los números para rodearlos. Incluso si el plan surgiera el tiempo suficiente para arrastrar al imperio al corredor con ellos, Mittermeier era conocido por sus maniobras sobrenaturalmente rápidas. Si cortaba la entrada del corredor, la Flota Yang sería rodeada y aniquilada por una fuerza abrumadora antes de que su estrategia pudiera ponerse en práctica.

“Solo tendré que atraerlos al corredor primero”.

Por supuesto, tampoco había garantía de victoria en ese caso.

Había dos formas opuestas en las que EL Káiser Reinhard podría ser atraído hacia el corredor: avivar su orgullo al darle intencionalmente un éxito menor, o luchar con toda su fuerza, ganar y enfurecerlo con vergüenza por su derrota.

Pero no, ninguna de esas ideas funcionaría. Si Reinhard fuera del tipo que se burla de pequeñas victorias o se enfurece por reveses temporales, no sería el enemigo formidable que era. Incluso cuando había sido un almirante entre muchos al servicio de la dinastía Goldenbaum, ¿no había

cumplido todos los criterios a nivel estratégico antes de mostrar una creatividad deslumbrante en el táctico? La sorprendente victoria de Reinhard sobre todos los recién llegados a la Batalla de Astarte había sido poco más que una diversión divertida para él, y en su campaña posterior había demostrado la amplia gama de sus talentos: su facilidad con las fuerzas en masa, su dominio del suministro, su dirección de subordinados, su capacidad para asegurar la ventaja topográfica y el momento con el que comenzó sus operaciones. En los últimos días de la Alianza de Planetas Libres, Reinhard había determinado las condiciones estratégicas para cada una de sus batallas, y el vencedor de cada uno había sido decidido antes de que se disparara el primer tiro.

La fortaleza de Iserlohn no tenía importancia estratégica. Con ambos extremos del corredor bajo el control de las fuerzas imperiales, estaba aislado dentro de un callejón sin salida bloqueado... o eso había pensado Yang. Pero tal vez había sido demasiado apresurado. La razón por la cual las líneas operativas y de suministro de la Armada Imperial se estiraron hasta su extensión actual fue que Iserlohn no estaba en su posesión. Este no era un hecho para ser visto a la ligera.

Las fortalezas tácticas de la fortaleza de Iserlohn fueron aún mayores. Era inexpugnable para la fuerza militar pura, y sus cañones principales, conocidos colectivamente como el Martillo de Thor, ofrecían un poder destructivo incomparable.

También tuvo importancia política. Yang el invicto, continuando su resistencia contra la nueva dinastía desde Iserlohn el Impregnable: eso solo fue un manifiesto, dirigido a toda la galaxia, para la continuidad del gobierno democrático republicano, así como un consuelo para aquellos que apoyaron su causa. Yang también tuvo que reconocer su propio valor como ídolo a ese respecto, aunque de mala gana.

Pero, independientemente de la importancia que tenga la Fortaleza Iserlohn, la entregaría al imperio en un segundo si hacerlo le traería paz. Tenía muchos buenos recuerdos de la base, pero si tenía que usarlo como moneda de cambio político, que así fuera.

De cualquier manera, la gran diferencia en la fuerza militar entre las dos partes dejó en claro cuán ridícula era la idea de competir a nivel táctico. Ese siempre había sido el caso, pero en el vasto muro del poderío militar del imperio, todavía podrían aparecer grietas.

El conquistador de cabello dorado, avatar de algún dios de la guerra, quería pelear contra Yang. Yang lo sabía. Para obtener la victoria de esta situación, tendría que explotar cualquier grieta que existiera en la psique de Reinhard.

El plan de Yang era ambicioso. Lograr una victoria táctica para arrastrar a Reinhard a las conversaciones de paz y luego obligarlo a aceptar la existencia de un solo planeta con derecho a la autogobierno como una república democrática. No importaba si ese planeta era El Fácil o algún mundo subdesarrollado más alejado en la periferia. Cuando llegara el invierno del despotismo a cualquier otra parte de la galaxia, necesitarían ese pequeño invernadero para nutrir los débiles brotes de la democracia hasta que maduren lo suficiente como para resistir las pruebas que se avecinan.

Yang pensó que el primer paso era derrotar a Reinhard, y luego se preguntó — si no sería mejor perder contra él. Si Yang fuera derrotado, las tropas que lo habían seguido seguramente serían tratadas con magnanimidad. El káiser los enviaría en su camino con los más altos honores y, en la mayor medida posible, los dejaría para determinar su propio destino.

Quizás eso realmente sería mejor. Había límites a lo que Yang podía lograr. ¿Podría garantizar un futuro más rico para aquellos que lo siguieron retirándose por completo?

Los pies de Yang aún estaban sobre el escritorio de su oficina cuando Julian llegó con su té.

“Parece que el Káiser Reinhard está ansioso por pelear conmigo”, dijo Yang. “Dudo que alguna vez te perdone si lo engañas”.

Habló a la ligera y con humor, pero la observación fue bastante precisa — razón más por la cual el choque que se avecinaba era inevitable.

El té de Julian fue perfecto como siempre. Yang dejó escapar un suspiro de satisfacción.

“Para ser honesto, desearía que la idea fuera solo mis propios delirios de grandeza. Pero el Káiser realmente me califica más alto de lo que merece mi récord. Debería ser un honor, pero...”

Reinhard había contactado a Yang una vez, después de la Guerra Vermillion. A cambio de la lealtad de Yang, se había ofrecido a hacer un uso intensivo de él. Yang había sido el que se negó. Al igual que el fallecido Alexandor Bucok, no podía tomar la mano de un autócrata, no importa cuán justo, cuán cálida pudiera ser esa mano. Como Reinhard tenía su propia naturaleza, así Yang tenía la suya, y había resultado ineludible.

“Entonces, ¿este es tu destino?”, Dijo Julian casualmente.

Yang frunció el ceño y Julian se enrojeció. Se dio cuenta de que su elección de palabras no había reflejado su propia vida o pensamientos. Yang siempre respondió con sinceridad y calidez cuando Julian habló con sus propias palabras, por ingenuos que fueran los pensamientos detrás de ellos.

“‘Fortuna’ con la que podría vivir, pero ‘destino’, ahora hay una palabra horrible. Le falta al respeto a la humanidad de dos maneras: cerrando cualquier consideración analítica de nuestra situación y vendiendo por poco nuestro libre albedrío. No hay tal cosa como un ‘enfrentamiento fatídico’, Julian. Cualesquiera que sean nuestras circunstancias, nuestras elecciones son propias”.

Yang estaba discutiendo en gran parte consigo mismo.

No tenía interés en justificar sus propias elecciones con una palabra conveniente como “destino”. Nunca se había considerado a sí mismo como absolutamente correcto, pero siempre estaba buscando una mejor manera, un camino más correcto. Esto había sido cierto en sus días en la Academia de Oficiales, y lo había sido después de que él había tomado el mando de una gran fuerza militar. Hubo muchos que confiaron en Yang, y muchos otros que lo criticaron, pero no hubo ninguno que pensara por él.

Simplemente tuvo que agonizar sobre sus decisiones lo mejor que sus limitaciones lo permitieron.

Ciertamente, sería más fácil si todo pudiera atribuirse al funcionamiento del destino, reflexionó Yang. Pero incluso si debía errar, quería errar del lado de su propio sentido de responsabilidad.

Julian miró de cerca a su amado comandante. Desde su primer encuentro seis años antes, Julian había crecido treinta y cinco centímetros. Si le creciera el pelo cinco milímetros más, tendría 180 centímetros de alto. Él ya era más alto que Yang. Por supuesto, Julian no consideraba esto una fuente de orgullo. Podría haber crecido más alto, pero no sentía que su psique e intelecto hubieran seguido el ritmo. Los historiadores del futuro estaban en gran medida unidos en su visión de Julian Mintz.

“Si no es un gran hombre, ciertamente un líder capaz y leal que no dejó una pequeña marca en la historia. Al aceptar el papel que debía desempeñar, evitando las dos trampas del exceso de confianza y la justicia propia, hizo lo mejor de su talento para construir sobre los logros de los que vinieron antes”.

También hubo evaluaciones más duras, por supuesto.

“Julian Mintz era como un espejo bien pulido que refleja solo a Yang. Sus ideas sobre el gobierno republicano democrático fueron heredadas del hombre mayor. Yang fue un filósofo tanto de asuntos militares como políticos, aunque dogmático, pero Mintz no equivalía a más que un técnico en ambos”.

Sin embargo, esta evaluación ignoró un hecho: Julian había adoptado el rol de técnico intencionalmente, a sabiendas, para implementar mejor y más fielmente las ideas de Yang. Algunos podrían descartar esto como una forma tonta de vivir, pero si Julian hubiera tratado de superar a Yang y no hubiera alcanzado la marca, ¿qué habrían dicho de él? Seguramente se habría burlado de él como un hombre que no conocía sus propias limitaciones. Pero Julian conocía bien sus limitaciones. Sin duda hubo algunos que encontraron esto desagradable. Pero como el propio Yang le

había dicho una vez: “Si la mitad de la gente está de tu lado, es un gran logro”.

III

En el club de oficiales de alto rango, los dos “adultos problemáticos” de la Flota Yang estaban inmersos en una conversación.

“No estaba tratando de mantener su existencia en secreto”, dijo Walter von Schönkopf, vaso de whisky en la mano. “¡No sabía que ella existía en absoluto! No he hecho nada deshonesto, y me molesta cualquiera que me señale con el dedo”.

“Karin te señalaría con más de un dedo si escuchara eso”, dijo el compañero de bebida de von Schönkopf, Olivier Poplin, con un ingenio ácido en sus ojos verdes. Los dos estaban disfrutando de bebidas con queso y galletas mientras discutían sobre la hija de von Schönkopf, Katerose “Karin” von Kreutzer. Ambos sufrieron la misma aflicción: no importa cuán graves estuvieran dentro, preferirían morir antes que demostrarlo.

A unas pocas mesas de distancia, Dusty Attenborough estaba volcando su propio vaso. Había rechazado una invitación para sentarse con los otros dos, profesando preocupación porque su impureza pudiera ser contagiosa.

Julian sospechaba que Attenborough todavía estaba de mal humor por el incidente “No más de treinta” el otro día. Al principio había usado su aislamiento con ostentación, pero debe haberlo aburrido ahora, porque había arrastrado a Julian al club para que lo acompañara después de que se encontraran en los pasillos. Attenborough había guardado tres tragos cuando Julian terminó el primero. Ni siquiera un poco sonrojado, Attenborough comenzó a exponer una teoría de la relación entre la propia naturaleza de Yang y la ausencia total de cualquier temor visible entre los líderes de la Flota Yang, incluso cuando se acercaba la batalla decisiva.

“El carácter del comandante de un ejército es influyente— contagioso, en realidad— hasta un punto francamente aterrador. Quiero decir, mira nuestro liderazgo. Antes del nacimiento de la Flota Yang, probablemente eran militares trabajadores y rectos. Merkatzes a uno”.

“Seguramente hay algunas excepciones, señor.”

“¿Te refieres al almirante von Schönkopf?”

“Bueno, no *solo* él...”

“¿Poplin, entonces? Sí, esa desafortunada personalidad suya parece ser innata”. La sonrisa ingrata de Attenborough también esbozó una sonrisa triste de Julian. Attenborough conocía a Yang desde la escuela de oficiales hace casi quince años. Si la personalidad de Yang era infecciosa, la exposición de Attenborough estaba fuera de serie en comparación con von Schönkopf y los demás.

“Escucha, Julian. Voy a decirle algo útil”.

“¿Qué es eso, señor?”

“La expresión más poderosa conocida por el hombre. Ninguna lógica o retórica puede resistirlo”.

““¿Mientras sea gratis?””

“Eso tampoco es malo. Pero esto es aún mejor: ‘¿Y qué?’”

Julian se quedó sin palabras, aunque habría culpado al alcohol en su sistema por eso.

Después de una risita privada, Attenborough hizo otro anuncio: iba a responder, en su propio nombre, al comunicado de Wittenfeld.

“Si se burla demasiado de él, señor, podría arrepentirse”, dijo Julian.

“Julian, si lucháramos de frente con la Armada Imperial, ¿cuáles serían nuestras posibilidades de victoria?”

“Cero.”

“Admirablemente sucinto. ¿Pero sabes lo que eso significa? Nada de lo que hagamos puede empeorar las probabilidades. Y eso significa que podemos hacer lo que queramos”.

“No creo que el silogismo sea bastante válido, señor”.

“¿Y qué?”

Sonriendo más como un niño travieso que como un guerrero intrépido, el autoproclamado niño revolucionario se sirvió otro trago.

“Estoy peleando esta guerra contra el antojo y el capricho”, dijo. “No tiene sentido ponerse todo de cara al respecto ahora. Nunca vamos a igualar a la Armada Imperial por seriedad. Los perros muerden, los gatos se rascan: todos tienen que luchar a su manera”. Julian asintió, girando su vaso vacío con el dedo. En realidad, tenía una razón propia para aceptar la invitación de Attenborough: no mucho antes, había tenido algo así como una pelea con Katerose.

No lo había mencionado, porque sospechaba que se burlaría de él: “¡Así que estás lo suficientemente cerca como para pelear! ¡Parece que las cosas van bien!”, Pero no fue una broma para él.

Julian había visto a Karin leyendo un manual de entrenamiento de piloto para el luchador espartano mientras caminaba, reparando herramientas en la mano. Él solo estaba admirando su habilidad para realizar múltiples tareas cuando ella caminó directamente hacia la pared y dejó caer todo lo que sostenía. Mientras la ayudaba a recuperar sus posesiones, intercambiaron algunas palabras, y esto de alguna manera se convirtió en algo más allá de los límites de la conversación cotidiana.

Karin había disparado el primer tiro.

“Por supuesto, el subteniente nunca cometería un error como este”, dijo.
“Entiendo que puedes hacer cualquier cosa a la que le des la mano, a diferencia de esta pequeña torpe”.

Incluso para alguien mucho menos perceptivo y sensible que Julian, malinterpretar su verdadero significado habría sido difícil. Decidir cómo responder a su cumplido de púas fue un desafío aún mayor. Retener la lengua no era una opción, por lo que Julian hojeó los archivos de idiomas en el fondo de su mente.

“Acabo de aprender algunas cosas de estar rodeado de personas que realmente pueden hacer cualquier cosa”, dijo.

“Sí, escuché que has sido bendecido con excelentes maestros”.

Julian se preguntó con inquietud si Karin estaba celosa de él. Quizás ella vio su educación rodeada de hombres como Poplin y su propio padre, von Schönkopf, como una escandalosa monopolización de privilegios. Después de todo, en los dieciséis años de su vida, Karin había hablado con su padre solo una vez— y la atmósfera de esa conversación apenas se había visto empañada con el amor de los padres. Julian deseaba poder ayudar a reparar la grieta entre los dos, pero si incluso Poplin no podía arreglar las cosas, no había forma de que Julian pudiera hacerlo. Después de una breve vacilación, Julian seleccionó cuidadosamente lo que parecía la página menos emocionante de sus archivos mentales.

“El almirante von Schönkopf es un buen hombre”, dijo.

Tentáculos de arrepentimiento se enroscaban alrededor de las palabras antes de que se pronunciaran las últimas. La mirada con la que Karin lo favoreció fue una mezcla de desdén y desprecio pintada con indignación.

“¿Es así?”, Dijo ella. “Supongo que su posición debe parecer bastante envidiable para otros hombres. Hace lo que quiere, comparte su cama con cualquier mujer que lo desee”.

Julian se enojó. Los tentáculos se rompieron, y esta vez fue la irritación lo que envolvió las palabras que pronunció.

“Esa es una forma unilateral de decirlo. ¿Tu madre era ‘cualquier mujer’?”

Los ojos índigo de la niña brillaron con una rabia que era casi pura.

“No tengo ninguna obligación de escuchar esas cosas — *subteniente* “. La última palabra se añadió no por cortesía, sino más bien por el contrario.

“Lo empezaste”, dijo Julian, amargamente consciente incluso cuando lo hizo de que la réplica no era generosa ni sabia. En estos momentos envidiaba a von Schönkopf y Poplin su confianza y madurez. Cualquier ingenio o destreza que mostró él mismo siempre fue gracias a un interlocutor que poseía esas cualidades en abundancia suficiente para mantener las cosas a un nivel en el que incluso Julian pudiera mantenerse al día. Yang, Caselnes, von Schönkopf, Poplin, Attenborough — en comparación con lo inmaduro y estrecho que era, peleándose con una chica varios años menor que él.

Al final, con un resplandor final que aguijoneó más de lo que hubiera tenido un doble golpe de derecha y revés, Karin se dio la vuelta y se fue, con el pelo del color del té ligeramente preparado que fluía detrás de ella mientras se movía a un ritmo entre una caminata y una carrera. Julian la observó irse todo el tiempo que le tomara pasar a un ángel, tropezar y luego volver a ponerse de pie, y aún no había logrado poner en orden su mente emocional o racional de nuevo cuando Attenborough lo arrastró de visita. El club de oficiales.

Más tarde, Julian, ausente, se convirtió en el tema de conversación durante el té de la tarde en la casa de Caselnes. Alex Caselnes, que se había ido a casa a descansar durante un descanso en su horario de trabajo castigador, estaba hablando con su esposa, mientras sus hijas se acercaban a él, sobre un intercambio de aspecto bastante acalorado entre Julian y Karin que había presenciado. No mencionó, por supuesto, que esto mejoraría la posición de su propia hija, Charlotte Phyllis.

“Parece que Julian es más torpe de lo que pensaba. Un muchacho más atento sabría cómo tratar a las chicas a su edad”.

“Oh, pero Julian siempre ha sido torpe”, dijo su esposa, cortándole un trozo de tarta de queso casera. “Un excelente estudiante y rápido para los estudios, pero sin ningún interés en facilitarle las cosas con un pequeño compromiso con los principios. Esa es una receta para la torpeza si alguna vez escuché una. Supongo que la influencia de Yang se lo ha contagiado”.

“Así que su tutor tiene la culpa”, dijo Caselnes. “¿No es el hombre que los presentó?”

“¿No tenías objeciones en ese momento!”

“Por supuesto no. Pensé que era lo mejor. Todavía lo hago No te arrepientes de haber hecho esa buena acción, ¿verdad, cariño? Incluso si estaba fuera de lugar”.

El almirante famoso terminó su tarta de queso en dos bocados, luego regresó rápidamente a la montaña de papeleo que lo esperaba.

IV

La tensión parecía estar aumentando incluso entre los oficiales indisciplinados de la Flota Yang, y se podía escuchar un leve tinte de emoción en sus conversaciones susurradas.

“Si el plan es cargar de frente a los Black Lancers, lo mejor es eliminar primero sus registros personales. Ojalá hubiera sabido antes: me había casado y divorciado. Una vez cada uno”.

“¿Todo por tu cuenta? Ahora que es talento”.

“¿Estás buscando respirar a través de un agujero en la espalda?”

“Whoa, whoa... De todos modos, me parece que estamos agitando un hacha de cera aquí. Pero tal vez podamos sacar al elefante de su paso si damos en el lugar correcto. No puede hacer daño intentarlo”.

Aquellos que estaban al servicio de Yang no sentían la misma necesidad de defender su posición que su comandante, y Dusty Attenborough fue, como siempre, el ejemplo perfecto. Se había sentado para escribir una respuesta a Wittenfeld, pero descartó su primer borrador como demasiado grosero y el segundo como demasiado radical. Su tercer borrador, completamente reescrito, lo presentó a Yang en una reunión de personal a bordo de *Ulises*, solicitando la aprobación para enviarlo.

“En otras palabras, ¿esta es la versión elegante y moderada?”

Yang negó con la cabeza, de alguna manera parecía un maestro que marca un ensayo, luego leyó el trabajo en voz alta.

“Mi querido almirante Wittenfeld. Mis felicitaciones por su ascenso milagroso a través de las filas, a pesar de su historial ininterrumpido de fracaso. El desequilibrio entre su valentía y su intelecto es su punto débil. Si desea remediar esta falla, por supuesto, ataque nuestras fuerzas. Te dará una última oportunidad para aprender de tus errores...”

Encogiéndose de hombros, Yang le entregó el documento al miembro del comité que estaba sentado a su lado. Se quitó la boina negra y se pasó los dedos por el pelo.

“Al almirante Wittenfeld no le va a gustar esto”, dijo.

“Ese es exactamente el punto”, dijo Attenborough. “Con suerte, esa sangre suya caliente hervirá en su cerebro y hará que haga algo tonto”.

Wittenfeld tenía una mala reputación por perder sus batallas, pero esto

difícilmente podría llamarse una evaluación justa. Sus tácticas inflexibles lo llevaron a la derrota solo una vez, en la Batalla de Amritsar. En innumerables otros enfrentamientos contra la Alianza de Planetas Libres y la Liga de los Señores Justos, había salido victorioso. Incluso colegas como von Reuentahl y Mittermeier reconocieron su voluntad de hierro y su poder destructivo. Sin embargo, explicó Attenborough, la exageración sería más útil aquí que el análisis imparcial.

“Entiendo la intención, pero este escrito difícilmente puede llamarse refinado”, dijo el almirante von Schönkopf. “Quizás no deberías haberte utilizado como criterio para la clase”.

Attenborough frunció el ceño ante esta crítica.

“Una misiva más refinada corre el riesgo de ser malinterpretada. Todo lo que estamos haciendo es comprar lo que Wittenfeld está vendiendo, y luego enviarlo de vuelta con valor agregado. Creo que será efectivo”.

¿Esperas que Wittenfeld nos cobre como un jabalí enojado? El káiser seguramente le ordenó controlarse. Dudo que incluso él sea tan imprudente.

O tal vez, continuó von Schönkopf, la provocación tendría el efecto contrario, incitando a la Armada Imperial a atacar desde todos los lados y comenzar la lucha real antes de que la Flota Yang estuviera completamente preparada. Fahrenheit y Wittenfeld habían llevado a las flotas a la batalla cien veces; un esquema astuto o dos no serían suficientes para detenerlos.

Las opiniones de Von Schönkopf eran sensatas, pero como comandante de la guerra terrestre no tenía ningún papel en la batalla de la flota, lo que algunos consideraron que lo predisponía a evaluaciones severas de las propuestas estratégicas de otros líderes. Por supuesto, como Poplin había señalado una vez, esto implicaba que había momentos en que no era duro, una afirmación no respaldada por evidencia.

En ese momento, una mano levantada que buscaba permiso para hablar a favor de la propuesta de Attenborough provenía de sectores inesperados: el almirante Wiliabard Joachim Merkat, quien había sido almirante de la

Armada Imperial hasta hace poco. Cuando Yang le dijo a Merkatz que los Lanceros Negros de Wittenfeld y la Flota Fahrenheit actuaban como punta de lanza de la Armada Imperial, Merkatz mostró poca emoción.

“¿Fahrenheit, dices? Compartimos un vínculo extraño, él y yo. Hoy nos enfrentamos desde lados opuestos de la galaxia, pero hace solo tres o cuatro años mantuvimos nuestras formaciones juntas una al lado de la otra en la batalla contra el mismo enemigo...”

Bernhard von Schneider, el ayudante de Merkatz, lanzó una mirada ligeramente ansiosa al oficial superior que amaba y respetaba. Merkatz no había desertado tanto a la alianza como había sido arrastrada por las circunstancias. Él mismo había tomado la decisión, justo antes de la conclusión de la Guerra de Lippstadt, pero von Schneider había sido quien le mostró que tenía esa opción en primer lugar, y el hombre más joven todavía parecía preocuparse por si había hecho lo correcto o no.

Mirando a largo plazo, tal vez, Merkatz nunca había hablado de la esposa y los hijos que había dejado en territorio imperial. Cumplió con sus deberes sin comentarios, ocupando un puesto entre el jefe de gabinete y el inspector de la flota. Todavía vestía su uniforme imperial, pero ni siquiera el fastidioso Murai se había quejado de eso.

“No creo que el uniforme imperial hubiera sido adecuado para el difunto mariscal Bucock”, había sido el comentario de Yang al respecto.

“Y, de la misma manera...” Su significado tácito había sido claro para todos.

Dado el piso, Merkatz habló con su serena compostura habitual.

“Si podemos convertir las flotas de Fahrenheit y Wittenfeld solos en objetivos independientes, podremos cerrar algo de la distancia en términos de fuerza militar. Creo que vale la pena intentarlo”.

La mirada sospechosa de Von Schönkopf puede haber sido motivo de preocupación de que el grave y digno Merkatz finalmente sucumbiera a las

formas irresponsables de la Flota Yang. Por supuesto, von Schönkopf fue uno de los defensores más prominentes de esos malos hábitos, incluso si se sentía por encima de ellos.

Merkatz, quizás el único inocente entre el almirantazgo de la flota, continuó hablando.

“Si les cobramos justo cuando enviamos ese mensaje, simplemente no tomarán medidas evasivas y se retirarán. Ninguno de ellos puede ayudar a devolver el golpe cuando es atacado. Está en su naturaleza, mucho más profundo que la mera personalidad. Si los eliminamos primero y luego esperamos que Reinhard llegue con su fuerza principal más tarde, podemos lograr una victoria psicológica preventiva contra el orgulloso Káiser”.

“Escucha, escucha”, murmuró Attenborough fervientemente.

Yang permaneció en silencio, volteando su boina en sus manos.

“Estamos hablando de los Lanceros Negros aquí”, dijo Murai, con cautela característica. “Cuando desechemos al amigo, podríamos mordernos el brazo”. Advirtiendo a sus camaradas sobre cuál sería la reacción si fallaran, era uno de sus papeles en la Flota Yang. A Julian le pareció que von Schönkopf y Attenborough no reconocían lo valioso que era, incluso si Yang lo hacía.

“Todavía me parece un truco sucio”, murmuró Yang, pero Frederica y Julian vieron las chispas de ingenio volando desde el pedernal detrás de sus ojos oscuros. Yang se volvió para mirar al capataz veterano, completamente presente de nuevo.

“Almirante Merkatz, ¿le importaría si me presta su nombre por un tiempo?”

Un plan había surgido en el fondo de su mente, un plan que — si se publicaba, le daría una peor reputación de charlatanismo que nunca.

V

Los gemidos no eran particularmente fuertes o inquietantes. Si Yang no hubiera notado la leve falta de color en el comportamiento de Julian esa tarde, dejando una imagen secundaria que todavía parpadeaba en algún lugar de sus circuitos de memoria, su audición podría no haberlo captado en absoluto. Ayudó, por supuesto, que a bordo de un acorazado, incluso a oficiales de alto rango se les asignaran pequeñas camarotes con paredes delgadas.

Yang había sido el guardián de Julian desde 794 SE. Alex Caselnes, un hombre tan diabólico que parecía estar ocultando una cola, había conspirado para armarlos. En su primer encuentro, Julian apenas había alcanzado el hombro de Yang. Había sido solo un niño, con cabello lino y ojos sabios, pero su diminuto cuerpo desmentía una serie de virtudes de las que carecía Yang — entre ellas la diligencia y la pasión por el orden.

Yang se levantó de la cama y se puso una bata sobre el pijama. Frederica estaba durmiendo o, fingiendo, señalándole en silencio su asentimiento a la excursión nocturna de su esposo.

Rascándose la cabeza con una mano, Yang abrió la puerta con la otra y salió de la habitación.

“Tarde”, dijo.

Julian levantó la vista y se dio cuenta de que lo habían escuchado.

“Lamento molestarlo”, dijo. “He tenido un largo día. Fue un recordatorio de lo verde que sigo siendo. Estaba desahogándome un poco”. *Lo cual es otra señal de inmadurez*, pensó con vergüenza.

Yang se frotó la barbilla. Sus ojos suaves miraron al chico con interés.

“No te llamaría verde”, dijo. “Amarillo, tal vez”.

El hombre alabado como un maestro táctico, incluso un mago, aparentemente significaba que este intento de humor era reconfortante.

Al ver que Julian estaba luchando por responder, Yang sacó una botella de brandy y dos vasos del aparador empotrado en la pared y los levantó para su inspección.

“¿Qué tal una bebida?”, Dijo.

“Gracias”, dijo Julian. “¿Pero estás seguro de que no tendrás problemas para escabullirte de la cama así?”

En lugar de responder directamente, Yang sirvió dos vasos de licor ámbar con lo que fue, para él, un grado inusual de cuidado.

“El almirante Caselnes se quejó una vez de que nunca conocería el placer de beber con un hijo”, dijo. “Le sirve por ser tan duro con sus hombres todos esos años, eso sí”.

Con estos comentarios lejos de ser virtuosos, Yang tocó su copa con la de Julian. Julian inclinó su vaso hacia atrás, sintiendo el fuerte aroma del brandy extendiendo sus agudos zarcillos hacia él, y luego comenzó a toser.

“Convertirse en un adulto se trata de aprender cuánto puede beber”, dijo Yang. Julian tosía demasiado para discutir.

La conversación que tuvieron esa noche, sentados juntos en la cama y hablando hasta el amanecer, fue una que Julian nunca olvidó. Yang tenía poco que impartir sobre asuntos del corazón. Esto solo se puede aprender por experiencia, aunque algunas personas pasaron toda su vida escapando de la iluminación en ese sentido. En cualquier caso, como podría haber dicho Caselnes, seguir el consejo de Yang sobre la mente femenina era tan sabio como enfrentarse a toda la Armada Imperial sin ayuda.

Por supuesto, lo que Yang realmente planeaba hacer — ya lo estaba haciendo — era casi igual de escandaloso.

Si el Káiser Reinhard hubiera sido un conquistador brutal e inhumano que se deleitaba con un derramamiento de sangre y un saqueo sin sentido, habría sido fácil resistirse a él. Hasta ahora, sin embargo, Reinhard había demostrado ser uno de los mejores dictadores de la historia, magnánimo y sabio, incluso cuando trajo la galaxia al límite. No mostró misericordia a sus enemigos, pero no hizo daño a los civiles, y un cierto nivel de orden social se estaba estableciendo en los territorios ocupados por sus fuerzas.

Yang y sus aliados enfrentaban la máxima contradicción. Si la mayoría de la gente afirmara y aceptara la autocracia, luchar por la soberanía popular los convertiría en enemigos de esa mayoría. La campaña de Yang equivaldría a un rechazo de la felicidad de la gente y la voluntad popular.

“No queremos la soberanía o incluso la franquicia”, sería el argumento. “El káiser está gobernando con justicia, entonces ¿por qué no darle rienda suelta? Un sistema político es solo un medio para darse cuenta de la felicidad de la gente. Con eso logrado, ¿por qué no ignorarlo de la misma manera que lo haría con un traje pesado y sofocante?”

¿Podría Yang argumentar en contra de eso? La pregunta le preocupaba. Demasiadas personas en el pasado habían justificado actos sangrientos en el presente con miedo a lo que podría traer el futuro.

“Para evitar la posibilidad de que un dictador malvado algún día tome el control, debemos tomar las armas contra nuestro gobernante iluminado hoy, ya que solo al derrotarlo podemos asegurar la supervivencia del gobierno republicano democrático basado en la separación de poderes”.

La paradoja era risible. Si la institución de la democracia solo pudiera protegerse derrocando a gobernantes virtuosos, eso convertiría a la democracia en un enemigo del buen gobierno.

Yang esperaba establecer un semillero de democracia donde pudieran permanecer bajos durante los períodos de gobierno ilustrado pero entrar en acción cuando surgiera el despotismo. Sin embargo, parecía cada vez más probable que las personas rechazaran este plan por innecesario. Pensó en los muchos programas de solución desarrollados en los días de la antigua

alianza.

“Si existiera el bien y el mal absolutos en este mundo, Julian”, dijo, “la vida sería mucho más fácil”.

VI

A mediados de abril de ese año, en la antigua capital de la alianza, el Planeta Heinessen, se produjo un incidente menor, que ascendió a menos de un grano de arena en los vastos engranajes de la historia.

Whitcher Hill, a unos doscientos kilómetros al sur de Heinessenpolis, albergaba un gran hospital psiquiátrico. Una noche, se produjo un incendio que mató a aproximadamente diez pacientes. La razón por la que el número no se pudo calcular con precisión fue un cierto desajuste entre los pacientes confirmados vivos y los encontrados muertos. El paciente en la habitación 809 de la ala especial — Andrew Fork — los miembros del personal del hospital no pudieron encontrarlos ya sea, vivo o muerto.

El nombre “Andrew Fork” ya era agua vieja y estancada en el pozo de la memoria popular. Cuatro años antes, en 796 SE, el ejército de la alianza había sido derrotado tan a fondo en Amritsar que casi fueron destruidos por completo. Fork había sido el estratega responsable. Después de un episodio de trastorno de conversión histérica, había sido reasignado a las reservas. Al año siguiente, en 797, había intentado asesinar al hombre que en ese momento era director de la sede operativa conjunta, el almirante Cubresly, y las posibilidades de su vida se cerraron dentro de las gruesas paredes del hospital.

Nadie podría ser culpado por completo del desmoronamiento militar de la Alianza de Planetas Libres como una pared hecha de polvo de hornear. Pero tampoco se puede negar que Fork era parte de la combinación nefasta de factores que llevaron a esa catástrofe. Había hecho el comodoro con solo

veintiséis años, elevándose aún más rápido que el famoso Yang Wen-li, y su caída, cuando llegó, había sido igual de dramática tanto en velocidad como en escala.

El incendio del hospital en sí no se pudo ocultar, pero la desaparición de Fork fue enterrada en la estadística oficial “Muerto o desaparecido: 11.” El planeta ahora era territorio ocupado, y se habían abierto agujeros en su gobierno. Los burócratas de menor rango en la alianza temían ser reprendidos y castigados por su incompetencia por la Armada Imperial. Arrasaron el asunto debajo de la alfombra, y todo estuvo bien — o debería haber estado. Estaban más que acostumbrados a este enfoque desde los días del ex Alto Comisionado Lennenkamp.

Una nave solitaria atravesaba el vacío del espacio. En una de sus cabinas, un grupo se sentó en círculo alrededor de un hombre delgado y pellizcado justo después de las treinta. Si Julian Mintz u Olivier Poplin hubieran tenido una visión clarividente de la sala, sin duda habrían tenido que reorganizar sus recuerdos visuales. El hombre era arzobispo de Villiers, secretario general de la Iglesia de Terra.

Por derecho, De Villiers debería haber sido enterrado bajo miles de millones de toneladas de tierra y piedra, sin nada que hacer más que esperar a ser descubierto como un fósil en un futuro lejano. Pero a pesar de la destrucción del principal templo terraista por parte del almirante Wahlen de la Armada Imperial, los círculos más íntimos de la iglesia habían sobrevivido, junto con, como era de esperar, su odio hacia sus enemigos.

Uno de los subordinados alrededor de De Villiers habló, con los ojos llenos de aceite y fuego.

“Nuestra historia reciente es de repetidos errores, pero esta vez, por la gracia de Dios, parece que todo salió bien”.

Otro subordinado asintió.

“No debemos permitir la paz entre el kaiser y Yang Wen-li. Sus ejércitos deben luchar entre sí hasta el último hombre. El éxito de esta misión es imprescindible”.

El arzobispo de Villiers levantó la mano. El gesto parecía en parte destinado a frenar el fervor de sus secuaces y en parte a hacer lo contrario y avivar las llamas más alto. Aunque no era omnisciente, pudo prever, con mayor o menor precisión, el punto final de las inclinaciones políticas de Yang Wen-li. La destrucción mutua de ambos lados, el resultado preferido de la Iglesia de Terra, parecía poco probable. Si la iglesia evitara ser derrotado por completo, tendrían que empujar a los combatientes al límite ellos mismos. Afortunadamente, tenían solo la herramienta para el trabajo. Habían pasado tres años desde la última vez que lo usaron, pero unos dulces susurros deberían ser suficientes para eliminar el óxido y la mugre.

“Eres tú, comodoro Fork, quien será el verdadero salvador del gobierno democrático republicano. Yang Wen-li busca un compromiso con el dictador Reinhard von Lohengramm. Haría las paces con un tirano a cambio de una posición segura y privilegios especiales dentro de la hegemonía imperial. Yang Wen-li debe morir. Es el traidor más vil, ansioso por traicionar los principios de la democracia misma. Comodoro Fork, por derecho ya debería haber sido un almirante completo, toda la flota de la alianza bajo su mando, preparándose para una batalla decisiva que podría dividir la galaxia en dos. Prepararemos todo lo que necesites. Mata a Yang Wen-li, salva la democracia y recupera tu posición legítima”.

Un fanático no necesita la verdad tal como es, sino una fantasía pintada para satisfacer sus gustos. Simplemente permita que él crea lo que quería en primer lugar, y doblegarlo a su voluntad es un asunto simple. Dentro del frágil reino de la psicología de Fork ardía un anhelo febril de ser el héroe que salvó la democracia. Su vívido odio por Yang Wen-li, el hombre que había usurpado su lugar como ese héroe, no era esencialmente diferente del odio de las fuerzas antiterranas cuidadas por los líderes de la Iglesia de Terra desde antes de la Era Espacial. Esto lo sabía bien el arquitecto de la conspiración.

De Villiers se rió de un volumen apenas audible, enviando oleadas de

malicia dirigidas tanto a los que estaban presentes como a los que no.

“Permítanme agregar una cosa, aunque espero que ninguno de ustedes lo recuerde. Desde la antigüedad, las víctimas del asesinato siempre han sido quienes dejaron su huella en la historia por otras razones. Los asesinos, sin embargo, son recordados por ese solo acto”.

Si no fuera por su tono vano, las palabras de De Villiers habrían sido profundamente conmovedoras. Lo que dijo fue correcto tanto de hecho como en un nivel más profundo.

“Andrew Fork pasará a la historia como el monstruo que mató a Yang Wen-li. Pero incluso esto es mejor que ser olvidado. Llámalo un acto de caridad otorgado a un tonto que busca la gloria pero carece de la capacidad de lograrlo”.

De Villiers despidió a sus subordinados vestidos de negro y, en un estado de ánimo oscuro, revisó mentalmente lo que les había dicho. No tenía la sensación de haber profetizado su propio futuro, exactamente, pero algún gancho intangible se había enredado en los pliegues de la sensibilidad que armaba con ambición.

Sacudiendo la cabeza, centró sus pensamientos — corroídos por el deseo mundano en lugar del fanatismo — en otro hombre. Un hombre que podría allanar el camino para De Villiers o hacer agujeros profundos en ese camino para obstaculizarlo. Un hombre con una cabeza sin pelo, ojos vigilantes y un cuerpo musculoso: Adrian Rubinsky, ex gobernante de Phezzan.

Al apóstata no se le debe otorgar una sola molécula de oxígeno. El odio y la sensación de crisis inminente que sentía Villiers al pensar en el hombre, psicológicamente afín a sí mismo, seguía enconándose.

CAPÍTULO 03: EL INVENCIBLE Y EL INVICTO

I

LA BATALLA ENTRE Reinhard von Lohengramm y Yang Wen-li fue, en cierto sentido, fue épica e hizo que el año del 800 SE, fácilmente recordado, fuera uno de los más trágicos en la historia de la humanidad. La humanidad había sufrido innumerables batallas desde que adoptó el calendario de la Era Espacial, tal como lo habían hecho de antemano. Batallas entre la ley y los sin ley. Entre tiranos y libertadores. Entre clases privilegiadas y clases no privilegiadas. Incluso entre las fuerzas de la autocracia y del republicanismo. Pero en ningún año anterior coexistió un desequilibrio de condiciones externas con factores internos tan parejos...

Primero, consideremos esas condiciones externas. Por un lado había un imperio de escala sin precedentes, que gobernaba la mayor parte de la galaxia; por el otro, una banda de mercenarios fugitivos. Fue un choque entre un dinosaurio y un gorrión. Incluso discutir sobre el resultado no tenía sentido.

Pero en términos de factores internos, fue una batalla entre dos hombres que eran gemelos espirituales. El único estratega cuyo campo de visión era tan amplio y de gran alcance como el de Reinhard von Lohengramm, cuya imaginación era tan rica, cuya comprensión de la organización militar y civil era tan segura, era el propio Yang Wen-li. El único táctico cuyos poderes de observación eran tan agudos como los de Yang Wen-li, que tenía la misma capacidad de ver las situaciones que eran y responder a medida

que cambiaban, y que inspiró la misma lealtad en sus hombres fue Reinhard von Lohengramm. El invencible y el invicto se estaban cerrando para la batalla final...

También compartieron una antipatía común hacia la dinastía Goldenbaum, que había gobernado a la humanidad durante cinco siglos después de su fundación por Rudolf el Grande. Tanto Reinhard como Yang despreciaron su sistema de aristocracia, rechazando la monopolización de la nobleza de la riqueza y las injustas ventajas legales. Ambos hombres soñaron con una revolución para derrocar al nocivo “sistema social Goldenbaumiano” que mantenía encadenada a la humanidad y afrentaba su dignidad. Ambos hombres estaban perfectamente de acuerdo con la opinión de que el propósito del gobierno era abolir la injusticia y aumentar el grado de libertad en torno a la elección individual. ¿Había otra pareja viva en ese momento que compartiera un respeto y un aprecio mutuos tan profundos? Y sin embargo, los dos hombres se vieron obligados a hacer sus respectivos casos con derramamiento de sangre...

Lo que los obligó a pelear entre ellos fue una diferencia única en los valores. ¿Se logró una sociedad justa concentrando la autoridad o dispersándola? Para argumentar esa pregunta, las mentes militares más grandes de la sociedad humana contemporánea se enfrentaron, dejando un rastro de sangre derramada por millones de soldados tanto dentro como fuera del Corredor Iserlohn. ¿Realmente no había forma de evitar esta tragedia?

—J. J. Pisadore, *La Historia Heroica*.

El primero de mayo del 800 SE— 2 año del Nuevo Calendario Imperial— la Armada Imperial dio la bienvenida al Káiser Reinhard a la vanguardia. Su invasión del Corredor Iserlohn ahora podría comenzar. Sería la primera vez en la historia que una flota imperial intentaba capturar la fortaleza de Iserlohn desde el lado de la antigua alianza del corredor.

En este momento, la dirección del Gobierno Revolucionario de El Fácil estaba huyendo a las profundidades del corredor. El planeta de El Fácil se

rindió. Esta fue la prueba de que Yang Wen-li y sus aliados esperaban arrastrar a la Armada Imperial más profundamente en el corredor. Como dijo la condesa Hildegard von Mariendorf, Yang estaba priorizando el establecimiento de su posición estratégica.

“Así que Yang Wen-li también tiene su mente puesta en la batalla”, murmuró el joven káiser para sí mismo. Hilda observó la sangre correr por sus mejillas de porcelana, sintiendo admiración e inquietud.

Hubo aquellos dentro del gobierno imperial que calladamente pero públicamente criticaron la expedición de Reinhard como un mal uso de los recursos militares. El ministro de Asuntos Internos, Franz von Mariendorf, también comunicó su opinión al káiser, no sin cierta cautela.

“Usar toda la Armada Imperial Galáctica para aplastar a Yang Wen-li— bajo el mando personal de Su Majestad, nada menos— es como exterminar a una rata con cañones. Confieso mi ignorancia de los asuntos militares, pero seguramente si simplemente bloqueamos el Corredor Iserlohn por ambos extremos, los que están dentro se verían obligados a rendirse eventualmente. Forzar una resolución apresurándose a la batalla parece bastante innecesario. Le ruego a Su Majestad que considere la sabiduría de regresar a la capital”.

Reinhard ya había escuchado los mismos argumentos de Hilda, Mittermeier y von Reuentahl. No los disputó, pero dirigió sus fuerzas de todos modos. Como él mismo había revelado sutilmente con la frase “Yang Wen-li, *también*”, Reinhard también esperaba con ansias su batalla, incluso si había establecido superioridad a nivel estratégico. Aceptó que Yang tendría la ventaja topográfica. Ese fue el único factor a favor de Yang.

El vicealmirante Fusseneger, jefe de gabinete del almirante mayor Karl Gustav Kempf, era jefe de información en el cuartel general imperial y había reunido la escasa inteligencia disponible en respuesta a las preguntas del káiser.

“La Flota Yang actualmente está al acecho dentro del Corredor Iserlohn, con la excepción de parte de sus fuerzas de primera línea. La comunicación

en las entradas a los corredores ya es imposible”.

Técnicamente, no había fuerza llamada la Flota Yang. Su nombre formal era la Fuerza de Reserva Revolucionaria El Fácil, pero como esto no era inspirador ni fácil de decir, se había olvidado por completo el día después de su anuncio. Según el recuento de Dusty Attenborough, todos los miembros de la antigua alianza, aparte del propio Yang Wen-li, lo llamaron la Flota Yang por la costumbre. Los registros públicos en el lado imperial se unificaron en sus referencias a “la llamada Flota Yang”. Por muy incómodo que fuera el propio Yang, tal era su estima a los ojos de los demás. Como dijo Mittermeier, el Gobierno Revolucionario de El Fácil en sí mismo era “una mera cresta en la cabeza del gallo que era Yang”. En consecuencia, Reinhard no escatimó ni una mirada para el liderazgo de ese gobierno mientras escapaban al corredor dejando El Fácil indefenso, solo con una sonrisa fría ante su timidez. Su interés estaba completamente dirigido hacia Yang, el mago de cabello negro, y los trucos que desplegaría en la batalla por venir.

“¿No hay forma de obligar a Yang a doblar la rodilla sin combatir?”, Le preguntó Hilda, no por primera o incluso segunda vez. Reinhard la ignoró, no solo a instancias de la parte de él que amaba la guerra, sino también porque sabía que su pregunta tenía la intención de distraerlo.

Si se lo trata como un experimento mental, podría imaginar cualquier cantidad de cursos de acción no militares. Incluso Mittermeier, cuya topografía psíquica era un ambiente hostil para alternativas de combate, seguramente había tenido algunas ideas en este sentido. Si una cosa unificara a todos, era la certeza de que, si no fuera por la presencia de Yang, el káiser y sus almirantes habrían enfrentado una tarea mucho más simple.

¿Qué hay de atraer a Yang a supuestas conversaciones de paz y asesinarlo cuando llegó? Quizás sus propios hombres podrían ser persuadidos para capturarlo con la promesa de perdón para todos los demás en su “batallón rebelde”. Por el contrario, podrían ser engañados al pensar que Yang estaba planeando venderlos a cambio de su propia salvación. Las posibilidades eran infinitas.

Pero ninguno sería adoptado. El rechazo disgustado de Wittenfeld a tal propuesta por parte de su propio oficial de personal estaba de acuerdo con los principios del nuevo ejército de la dinastía Lohengramm, que hizo de la batalla directa de flota a flota su dominio. Tenían una ventaja numérica de diez a uno en Iserlohn; fueron dirigidos por el brillante guerrero el Káiser Reinhard, y la lucha sería dirigida por las “Murallas Gemelas” de la Armada Imperial, von Reuentahl y Mittermeier, así como por una gran cantidad de otros comandantes legendarios. ¿A qué tenían que temer?

Aun así, la Armada Imperial no carecía por completo de puntos en los que se sentía incierta o vulnerable. Su ruta y líneas de suministro eran ahora las más largas en la historia humana, y más de la mitad de esa longitud estaba en territorio ocupado. Eran susceptibles a la interferencia de muchos tipos — los ataques guerrilleros, el terrorismo y el sabotaje solo eran los más obvios. ¿No había muerto uno de los más altos funcionarios del imperio, el ministro de obras Bruno von Silberberg, en un atentado terrorista? La preocupación del ministro de asuntos internos, el conde Franz von Mariendorf, no era injustificada. El liderazgo central del imperio ahora estaba dividido entre su planeta capital Odin, Phezzan y la sede imperial de primera línea, que en términos de eficiencia en el gobierno estaba muy lejos de ser ideal. ¿No sería mejor corregir este desequilibrio antes de aplastar las últimas moscas irritantes?

Por consiguiente, algunos historiadores de épocas posteriores evaluaron la situación con cierta condescendencia pomposa. Una breve excursión al territorio enemigo para lograr una victoria impecable en una batalla decisiva: desde la antigüedad, ¿cuántos tácticos y conquistadores han sido llevados a tumbas en tierra extranjera por este sueño? Ni siquiera un hombre del genio de Reinhard von Lohengramm demostró ser capaz de superar la dulzura de esta tentación.

Pero esto no fue una mera tentación, se tranquilizó Reinhard mientras estaba sentado en sus habitaciones privadas a bordo de Brünhild. Era la razón de su existencia.

Su guardaespaldas Emil von Selle se acercó en silencio para quitar la taza de café de porcelana que estaba vacía por la mano de Reinhard. Emil se

había esforzado últimamente por emular la forma silenciosa de caminar favorecida por Günter Kissling, jefe de la guardia imperial. Su objetivo era evitar perturbar la soledad del káiser que adoraba, pero cuando tuvo éxito en esto se enfrentó a un nuevo dilema: cuándo hablar.

Reinhard se sentó en su sillón, con las piernas cruzadas, sumido en sus pensamientos, excluyendo los movimientos del niño de su atención con gracia natural.

¿Realmente habían pasado diez años?

El más leve movimiento se mostró en los ojos azul hielo de Reinhard.

Las arenas del tiempo corrieron hacia atrás. Hace diez años, en 790 SE — año 481 bajo el antiguo Calendario Imperial — Reinhard había sido un chico de catorce años que asistía a la Academia de Niños. Hermano menor de la amada esposa del Kaiser Friedrich IV, no había renunciado a su puesto al frente de la clase a nadie. Aun así — o tal vez por eso — había estado solo, vigilado siempre con la mirada fija. Había tenido solo un aliado, pero este amigo invaluable había sido irremediablemente confiable y leal, y Reinhard recordó el día en que había revelado la ambición más profunda de su corazón a ese compañero pelirrojo, aunque formulado en forma de pregunta.

¿Crees que lo que fue posible para Rudolf es imposible para mí?

Cuando abrió las ventanas del recuerdo, una rica imagen del sentimiento que durante mucho tiempo había sido olvidado, que nunca debería haberse olvidado, surgió del viento y la luz para llenar los campos de su mente una vez más. ¿Por qué, se preguntó, los colores habían sido tan vívidos en aquel entonces, incluso en pleno invierno? ¿Por qué sus camisas viejas y ásperas le parecían la seda más fina? ¿Por qué la ambición en su pecho hechizó sus oídos con su melodía? ¿Por qué había aceptado sin dudar que la palabra “futuro” contenía mil posibilidades y que el cumplimiento de la ambición era sinónimo de felicidad? ¿Había sido simplemente tonto? ¿La inocente arrogancia que lo envolvía había sido lo suficientemente poderosa como para creer en su propia rectitud? Reinhard no pudo responder a estas

preguntas, pero estaba seguro de una cosa: en ese momento, no había sido necesario preocuparse por tales asuntos.

El breve silencio del káiser terminó cuando su asistente principal, el vicealmirante Arthur von Streit, presentó a un Fusseneger claramente nervioso con noticias urgentes.

“Mis disculpas por el disturbio, Su Majestad”, dijo el jefe de información con una voz tan pálida como su tez. “Acabo de recibir la noticia de que nuestra vanguardia, dirigida por los almirantes Wittenfeld y Fahrenheit, ya se enfrentó al enemigo. La batalla ha comenzado”.

II

La noticia de que la batalla estaba en marcha, naturalmente, fue un shock desagradable para Reinhard. Organizar todas las fuerzas bajo su mando en perfecta alineación y competir con el enemigo en el campo de la destreza táctica había sido la intención del joven emperador. A diferencia de la Guerra Vermillion del año anterior, la topografía de esta confrontación dejó a Reinhard incapaz de dictar dónde se llevaría a cabo la batalla, y había concluido que la única forma de forzar una batalla corta y decisiva en Yang Wen-li sería directamente avance hacia el Corredor Iserlohn.

“¿Por qué abrieron hostilidades antes de mi llegada?”, Preguntó Reinhard, con las mejillas sonrojadas por la ira. “¿Quieren deshacer todos mis preparativos para satisfacer su propia bravuconería imprudente?”

El puente de *Brünhild* tembló con la furia de Reinhard. Los oficiales de su personal permanecieron en silencio, pero Reinhard retiró las cerraduras doradas que habían caído sobre su frente y se forzó a calmarse. Supuso que, *Yang debe haber atraído a Fahrenheit y Wittenfeld a la batalla a través del engaño para dividir a las fuerzas imperiales.*

Esa suposición fue bastante correcta. Los hechos, pronto descubiertos, fueron los siguientes: la historia comenzó con la presencia de la Armada Imperial en la entrada al Corredor Iserlohn frente al imperio. Había 15.900 naves estacionados allí bajo el mando del comandante supremo de la armada, el almirante mayor Ernest Mecklinger.

Por órdenes del káiser a través de Phezzan distante, Mecklinger había entrado en el pasillo antes que Wittenfeld y Fahrenheit, que se acercaban desde el extremo opuesto. Su principal papel esperado sería hostigar a la flota de Yang Wen-li desde la retaguardia cuando hicieron su movimiento, pero si las circunstancias le permitieran entrar en batalla y asegurar la línea trasera antes de la llegada de los otros almirantes imperiales, podrían atrapar Yang en un rápido movimiento de pinza. Sin embargo, el reconocimiento anticipado había revelado la entrada de Mecklinger en el corredor hacia Yang, quien respondió desplegando una fuerza de más de veinte mil naves.

“¿Más de veinte mil?!”

Mecklinger estaba sin palabras. Era un hombre de sabiduría estratégica superior que había logrado una serie constante de victorias desplegando e invirtiendo las fuerzas necesarias para cada situación, sin incorporar nunca a sus tácticas elementos de azar o valentía personal. Basado en esta forma de pensar, calculó que Yang debe tener al menos cincuenta mil naves en total si estaba dispuesto a enviar veinte mil para enfrentarse a las fuerzas de Mecklinger. Después de todo, desplegar todas las fuerzas lejos del campo de batalla principal y no dejar nada en reserva sería una afrenta al aprendizaje militar en sí mismo.

Yang había tenido mucho cuidado en manipular las cifras, ya que las antiguas naves de la alianza habían volado hacia la fortaleza de Iserlohn para evitar que la Armada Imperial comprendiera los números reales. Forzar errores de juicio como el de Mecklinger había sido su objetivo.

“¡No debemos comprometernos!”, Dijo Mecklinger. ¡Todas las naves, cara a cara! ¡Salgan del pasillo!

Dio la orden no por cobardía sino por lógica. Las fuerzas bajo su mando sumaron 15.900 naves en total — algo menos de los veinte mil que Yang había enviado. Lo que era peor, si la Flota Mecklinger fuera derrotada, no habría una concentración significativa de fuerzas móviles entre la Flota Yang y el territorio imperial. Quizás podrían desviarse unos cien mil maves de entre los que custodiaban la periferia y otros puntos clave, pero sin nadie que los comandara como una fuerza unificada, simplemente serían eliminados uno por uno al enfrentarse a Yang en orden de proximidad. Y luego, más allá del mar de estrellas, la capital imperial Odín se mantendría indefensa y sola...

En otras palabras, esa era la base delgada sobre la que descansaba la ventaja militar de la Armada Imperial. Enfrentado con este estímulo a su sentido de peligro por mucho tiempo confiado, el carácter, la comprensión estratégica y el sentido de responsabilidad de Mecklinger no le dejaron otra opción que evitar el compromiso inmediato y retirarse a la entrada del Corredor Iserlohn para reagruparse.

Habiendo logrado este objetivo, las naves de Yang cambiaron de rumbo de inmediato, dirigiéndose directamente a los Lanceros Negros de Wittenfeld.

Wittenfeld no tenía forma de saber sobre el retiro de Mecklinger. En lo que a él respectaba, Mecklinger todavía estaba justo detrás de Yang. En años posteriores, el almirante feroz diría, con los dientes apretados; “Si Mecklinger no hubiera huido de esa primera batalla — si hubiera apoyado nuestro ataque contra Yang Wen-li durante un par de días— las cosas habrían sido completamente diferentes”. . Podríamos haber rodeado a Yang, haberlo encerrado fuertemente alrededor de la fortaleza de Iserlohn. Los Black Lancers podrían haber atacado la fortaleza, y cuando Yang se apresuró a regresar, Mecklinger habría sido libre de dispararle desde la retaguardia— ¡y se habría traído una gran gloria personal, podría añadir!

Wittenfeld estaba completamente correcto en esta evaluación, pero la posición de Mecklinger también era válida, incluso si el Artista-Almirante no deseaba hacer ese argumento demasiado alto.

“Ningún otro comandante militar en toda la historia entendió la importancia

de la inteligencia y las comunicaciones, así como Yang Wen-li”, fue la conclusión de Mecklinger. “Temiendo que la Fortaleza Iserlohn interceptara o saboteara sus comunicaciones, nuestras fuerzas se enviaron mensajes entre sí únicamente a través de Phezzan. Esto inevitablemente creó retrasos, y Yang explotó eso para escapar del peligro de cerco, en parte a través de la estrategia y en parte a través de la fuerza. Su verdadera grandeza no radica en la precisión de sus predicciones, sino en su habilidad para restringir las acciones y decisiones de su enemigo dentro de los límites de esas predicciones. Incluso los más grandes generales del Imperio Galáctico estaban bailando en el escenario que él había preparado para ellos”.

En el momento de esta reminiscencia, sin embargo, los días de construcción de escenarios de Yang habían terminado.

Wittenfeld todavía estaba molesto por el mensaje altamente incivilizado que había recibido de Dusty Attenborough cuando llegó otra comunicación el 27 de abril. Que él eligió convocar una reunión con Fahrenheit para discutir el asunto en lugar de decidir un curso de acción él mismo, para él, una especie de cortesía personal.

Según el nuevo mensaje, Merkatz, el almirante que había desertado de la alianza, lamentaba su decisión y deseaba presentar su rendición ante Káiser Reinhard, junto con una oferta para actuar como un agente doble dentro de las fuerzas enemigas.

“No vale la pena discutirlo”, dijo Fahrenheit de inmediato. “Es una trampa. El almirante Merkatz es enemigo de la Armada Imperial, pero no del tipo que doblga sus principios en una coyuntura como esta”.

“Por supuesto que es una trampa. No necesito que me digas eso. Lo que me interesa es lo que la trampa debe lograr”.

Wittenfeld insistió en que el enemigo debe esperar adormecer a la Armada Imperial con una falsa sensación de seguridad para poder lanzar un ataque sorpresa. Fahrenheit tuvo que admitir que esto tenía sentido. De hecho, era

lo *único* que tenía sentido. A Fahrenheit le pareció sospechoso que Yang y Merkatz intentaran un truco tan superficial, pero Wittenfeld también tenía una respuesta para eso.

“¿Qué pasa si es una misión suicida?”

En otras palabras, Merkatz realmente huiría a la sede de la Armada Imperial, pero cuando la Armada Imperial había bajado la guardia, Yang lanzaría su ataque. Naturalmente, Merkatz sería asesinado por haberse permitido ser utilizado como señuelo, pero el ataque aún podría tener éxito. Esto también se conocía como una estrategia de “agente muerto”: un infiltrado enviado detrás de las líneas enemigas con el entendimiento de que no sobreviviría. Era de sangre fría, pero era plausible que Merkatz propusiera tal cosa él mismo.

“Me imagino que Merkatz está buscando un lugar para enterrar sus huesos. Estoy seguro de que se ofrecería como voluntario para sacrificarse por la causa. Después de la próxima transmisión es cuando las cosas se pondrán peligrosas para nosotros”.

A Fahrenheit le pareció que Wittenfeld estaba disfrutando la perspectiva en lugar de simplemente predecirla, pero no había razón para oponerse a fortalecer sus defensas y aumentar sus capacidades de respuesta. Puso su flota en alerta nivel dos y esperó a que Yang hiciera su movimiento.

En poco tiempo, se recibió una segunda transmisión. Con el acuerdo de Fahrenheit, Wittenfeld envió una respuesta acordando dar la bienvenida a Merkatz como su invitado. En este punto, Wittenfeld debería haber informado la situación al káiser. Tenía la intención de hacerlo, pero recibieron la respuesta que esperaban antes de lo previsto, y se vieron obligados a responder al ataque por la fuerza antes de que tuvieran tiempo de hacer el informe. Si Mecklinger se hubiera acercado a la Fortaleza Iserlohn desde atrás, la oportunidad de rodear a su enemigo habría sido demasiado buena para dejarla pasar.

Así Fahrenheit y Wittenfeld avanzaron valientemente hacia el escenario que Yang les había preparado.

El 29 de abril, 800 SE, el telón se levantó en la Batalla del Corredor. Los millones de tropas destinadas a participar sintieron que sus corazones latían más rápido en simpatía con la campana silenciosa que sonó, anunciando a toda la galaxia que el espectáculo estaba a punto de comenzar.

III

El desorden en el que cayeron las naves de Yang cuando Wittenfeld detectó su enfoque subrepticio y llovió disparos sobre ellos fue doloroso para que Wittenfeld lo observara. No sabía, por supuesto, que el vicealmirante Murai, oficial de personal de Yang, había observado una vez con tristeza que lo único en lo que la Flota Yang mejoró fue fingir ser derrotado.

Attenborough se enfrentó a lo que fue literalmente el desempeño de su vida. El desafío fue real. Si no lograban evadir las fauces de los feroces Lanceros Negros, sin duda serían destrozados. Attenborough mantuvo la expresión descarada y desenfrenada que necesitaba para controlar a sus subordinados, pero riachuelos de sudor frío le corrían por la espalda.

Sin embargo, mantuvo la farsa de vida o muerte, haciendo alarde de la derrota y quedando fuera del alcance del cañón principal de la Armada Imperial. Cada vez que las naves imperiales se abatían en la persecución, las de Attenborough se daban la vuelta y disparaban insolentemente. Como un experimentado táctico cuyo gusto por el combate ahora se despertó, Wittenfeld respondió disminuyendo intencionalmente su flota y luego lanzándose hacia adelante para atacar en el momento en que Attenborough se volvió.

Estas maniobras de la flota se lograron sublimemente, y aunque Attenborough estaba siendo más que cuidadoso, casi se encontró medio rodeado. Ya no actuando, Attenborough y su flota huyeron por su querida vida al corredor. Fahrenheit hizo una mueca cuando vio esto en la pantalla

desde el puente de su buque insignia *Ahsgrimm*.

“Wittenfeld, perro resbaladizo. Tenías esto planeado desde el principio, ¿no? ¿Por qué no puedes obedecer las órdenes del káiser?”

De hecho, esto fue un malentendido por parte de Fahrenheit, pero el comando de Wittenfeld fue tan preciso como los Lanceros Negros cargados en el Corredor Iserlohn que cualquiera podría haberlo confundido con una maniobra planificada.

Cuando Yang vio en su pantalla la masa de puntos de luz que representaban a los Lanceros Negros que se derramaban por el pasillo, un torrente de metales y metales no metálicos, supo que la batalla era suya. Todo hasta ahora había ido según lo planeado.

Yang Wen-li miró alrededor del personal en el puente: su esposa y ayudante Frederica, los vicealmirantes von Schönkopf y Murai, su oficial de personal Patrichev y el teniente comandante Soon “Soul” Soulzzcuaritter. Caselnes se había quedado atrás para proteger la Fortaleza de Iserlohn, y Merkatz y Fischer estaban fuera persiguiendo sus propias misiones asignadas. Y luego estaba Julian Mintz, que había sido un oficial de personal sin cartera en la sede desde principios de año. Esta fue la llamada Familia Yang de ese período en su formación de batalla sin pretensiones.

“La Armada Imperial está dirigida por el mayor emperador de la historia y mandada por demasiados grandes generales para contar. No caben todos en el Corredor Iserlohn a la vez, y ese hecho será la clave para nuestra supervivencia. Vamos a apoyarnos lo más fuerte que podamos”.

Yang habló como si explicara con calma los hechos en lugar de rebosar de confianza, pero fue exactamente eso lo que plantó en los corazones de sus subordinados la semilla de la idea de que la victoria estaba asegurada. Una de las razones por las que Yang era conocido como “el mago” fue seguramente su capacidad casi sobrenatural para inspirar fe en los demás, hasta su propia muerte. Sus subordinados tenían una broma que habían tomado prestada de los antiguos para expresar esa fe:

“¿Cuál es el mejor plan que se le ocurrió a Yang Wen-li?”

“¡El plan que se le ocurra a continuación!”

1045: Llegaron informes de un acercamiento repentino de la Armada Imperial. Toda la flota Yang fue puesta en alerta en el nivel uno. 1130: llegó la vanguardia de Attenborough y se unió a las fuerzas principales de Yang en su ala izquierda para mirar al enemigo que avanzaba.

“Buen trabajo”, dijo Yang a través de la pantalla.

“Solo recuerda esto cuando estés repartiendo el botín”, dijo Attenborough. No había tiempo para más bromas.

La postura que Yang adoptó cuando comandaba una flota no había cambiado desde la primera vez que había capturado la fortaleza de Iserlohn. Siempre se sentaba en el escritorio de comando, una pierna cruzada sobre la otra con la rodilla en el aire, y hoy no fue la excepción. De vez en cuando, su personal miraba a Yang sentado de esta manera para calmar su respiración.

La voz de un operador que traicionaba un temblor comprensiblemente nervioso sonó al otro lado del puente.

“El enemigo ha pasado por la zona amarilla y ha entrado en la zona roja. Distancia al rango de disparo del cañón principal 0.4 cuatro segundos luz”.

“Cañones listos”, dijo Yang. Levantó una mano, pero no para dar la señal de abrir fuego. En cambio, se quitó la boina negra y se revolvió el cabello negro ingobernable. Oliver Poplin, actualmente en la cabina de una nave de combate espartano lejos del puente, había comparado una vez este hábito con la forma en que los gatos levantan la piel cuando son amenazados.

“¡El enemigo ha entrado en el campo de tiro!”

Yang volvió a ponerse la boina negra y levantó la mano derecha. Julian respiró hondo, y en el momento en que llenó sus pulmones por completo y

comenzó a exhalar, la mano de Yang volvió a caer.

“¡Fuego!”

“¡Fuego!”

Grandes gotas de luz y energía levantaron vientos silenciosos que sacudieron su rincón de la galaxia.

La pantalla floreció con explosiones. Concentrar su poder de fuego era la especialidad de la Flota Yang. Incluso podrían haber sido mejores en eso que fingir retirada.

La pared de luz y calor detuvo a los Lanceros Negros. Wittenfeld se enfureció y los barriles de los cañones de la flota comenzaron a estallar en llamas vengativas.

No tendría sentido ver la batalla librada en el Corredor Iserlohn y sus alrededores en el 800 SE —2 año del Nuevo Calendario Imperial — después del colapso completo de la Alianza de Planetas Libres como una lucha entre el bien y el mal. Más bien, fue un choque entre la paz y la libertad, o entre la voluntad de poder y la fe en las instituciones. Las escalas imperfectas de la justicia pueden descender a ambos lados dependiendo de si el que las sostuvo apoyó — o simplemente prefirió — a Reinhard von Lohengramm o Yang Wen-li.

Para aquellos que luchan en la batalla, por supuesto, no era posible un punto de vista tan neutral. La muerte y el significado de la muerte descansaban en el resultado de esta batalla.

Fahrenheit se había apresurado a luchar junto a los Lanceros Negros después de enviarle al káiser la noticia de que la batalla había comenzado, y ahora las dos flotas imperiales adoptaron formaciones de huso al enfrentarse a la flota en forma de C bajo el mando de Yang.

La formación de la Flota Yang tuvo la ventaja en un tiroteo frontal, pudiendo desplegar un número mucho mayor de cañones. Ambos comandantes imperiales ansiaban reagruparse, pero con el riesgo de interponerse en el camino del otro y el peligro inmediato de las armas enemigas en el futuro, eso sería casi imposible.

“Deberíamos dejar que los jabalíes de los Lanceros Negros usen sus colmillos para cavar sus propias tumbas”, siseó el Comandante Sanders. Fahrenheit reprendió brevemente a su ayudante por el estallido inspirado en el complejo de ira y persecución, pero tampoco fue capaz de dejar de lado su propia incomodidad con la situación. Como sucedió, Wittenfeld también estaba insatisfecho. Fahrenheit, sintió, debería haberse quedado atrás como una fuerza secundaria; su insistencia en avanzar junto a Wittenfeld solo restringiría a ambos de maniobrar libremente en el estrecho corredor.

El ceño del vicedirector de personal de Wittenfeld tenía las cejas fruncidas casi imperceptiblemente. Se decía que Eugen era el hombre más cauteloso de los Black Lancers, y tomó unos segundos más de vacilación antes de que decidiera ofrecer su opinión a su comandante. Wittenfeld estaba de pie ante la pantalla principal, con los brazos cruzados y el cabello anaranjado despeinado.

“Su Excelencia, parece que esta fue una trampa para atraer a nuestras fuerzas al corredor. Si queremos evitar despertar aún más la ira del káiser, creo que debemos retirarnos — incluso si esto implica ciertos sacrificios”.

Fue la frase “la ira del káiser” lo que pareció tener un impacto en Wittenfeld. En verdad, ya había llegado a la misma conclusión que el propio Eugen. Pero si se retiraban en esta formación, corrían el peligro de ser perseguidos y medio rodeados por la Flota Yang. ¿No sería mejor avanzar y atravesar al enemigo en su centro? Wittenfeld tomó una decisión que no habría sorprendido a nadie que lo conociera.

Los Black Lancers comenzaron a agitarse. En un ataque frontal directo, se decía que eran el batallón más destructivo de la galaxia. A Wittenfeld le

pareció que la única forma de superar su situación actual era utilizar este poder destructivo al máximo y crear su propio camino a través del centro de la Flota Yang.

A las órdenes de Wittenfeld, los cañones principales de cada nave de su flota bañaron al otro lado en una descarga de fuego triple. Entonces los Black Lancers se lanzaron hacia adelante con una furiosa carga.

La Flota Yang retrocedió para absorber el ataque suavemente. O, al menos, el centro de la flota lo hizo. El ala izquierda y la derecha, por el contrario, avanzaron. En unos instantes, la flota adoptó una formación profunda como una V, alargada. El momento, la flexibilidad y la coordinación perfecta que mostraron fue el fruto de mucho trabajo por parte del Vicealmirante Fischer, maestro de operaciones de la flota.

La profunda línea defensiva de la Flota Yang estalló en un muro de fuego, destrozando a los Black Lancers cuando se acercaban. Las naves imperiales negras como la laca se convirtieron en bolas de fuego que se derritieron en la laca negra del espacio.

La Armada Imperial devolvió el fuego. Aunque estaban expuestos a los cañones de la Flota Yang, continuaron avanzando en perfecta formación. Esperaban forzar una batalla a corta distancia, incluso una mixta, y usar sus abrumadoras capacidades ofensivas para destruir por completo a la Flota Yang. Si Yang perdiera el control de la situación por un simple momento, su flota se disolvería en nada más que una banda de derrumbes.

IV

¿Recuerdas la Guerra Vermillion el año pasado, imperiales? ¿Recuerdas qué pérdida paralizante, devastadora e inexcusable fue para ti? Habrías sido molido en polvo espacial si no hubiéramos tenido piedad de ti. ¿Le salvamos la vida y nos paga con otra invasión? Tu káiser puede tener una

cara bonita, pero no es más que un delincuente bueno para nada”.

Las burlas de Attenborough enfurecieron a la Armada Imperial cuando logró la impresionante hazaña de pivotar directamente al completar con éxito su misión de arrastrar a los Lanceros Negros al Corredor Iserlohn para unirse a la Flota Yang en su ala izquierda para un nuevo ataque contra el enemigo.

Los canales de comunicación en ambos lados se llenaron de gritos beligerantes.

“¡Sieg Káiser!”

“¡Maldita sea el káiser!”

Los Lanceros Negros atacaron en olas desgarradoras. Cada vez que cargaban, las líneas del frente absorbían el fuego disciplinado de la Flota Yang que producía bolas de fuego en gran cantidad antes de que el frente retrocediera. Pero en poco tiempo se reagruparon y cargaron nuevamente, y cada vez que lo hicieron maltrataron a la Flota Yang severamente e inevitablemente. En el puente de la nave insignia de Yang, *Ulises*, las explosiones florecieron en un lecho de flores de luz, y la energía desatada creó tal turbulencia que perturbó la densidad de su formación.

Una nave de patrulla de la flota Yang explotó con una luz candente, y una nave de guerra negro como laca estalló a través de la imagen posterior hacia ellos. Los oficiales del personal de Yang sintieron que sus corazones saltaban en sus pechos. Los rayos de energía emergieron como espadas del estribor de *Ulises* y de babor, y en el fuego de cañón concentrado la nave enemiga fue aniquilada, dejando solo una masa de calor.

“¿Ese idiota Wittenfeld cree que puede ganar simplemente atacando?”, Murmuró el teniente comandante Soon Soul. Pero Yang no se apresuró a desestimar la perspicacia de Wittenfeld.

Desde una perspectiva puramente militar, la capacidad de recuperación de la Armada Imperial era efectivamente infinita, mientras que la Flota Yang

era cercana a cero. En consecuencia, en el peor de los casos, el lado imperial podría simplemente forzar una guerra de desgaste. Mientras las pérdidas de la Flota Yang igualaran las suyas, en poco tiempo el enemigo sería aniquilado y serían los sobrevivientes victoriosos. Apenas valía la pena dignificarlo con la palabra “táctica”, pero en última instancia, aquí era donde radicaba el propósito de formar un ejército masivo.

“Nuestras dos flotas juntas suman treinta mil naves”, le había dicho Wittenfeld a Fahrenheit. “¡Podríamos enterrarlos a todos, enviarlos por cada nave, y todavía tenemos diez mil de sobra!”

Por irresponsable que pareciera esto, demostró una comprensión del camino estratégico. Sin embargo, incluso el veterano comandante de cabello naranja tuvo que admitir que la verdadera situación estaba lejos de ser “nave por nave”. De hecho, sus pérdidas fueron asombrosas en comparación con el enemigo. Algún tiempo después de que la décima ola se rompiera, el jefe de gabinete de Wittenfeld, el almirante Gräbner y el vice jefe de gabinete, el contralmirante Eugen, decidieron que los Lanceros Negros tendrían que retirarse temporalmente y dejar que la Flota Fahrenheit se hiciera cargo como la principal fuerza ofensiva.

“Un ejército masivo no necesita delicadeza táctica”, dijo Fahrenheit a sus oficiales. “Mantente en el ataque. Sigue presionando hacia adelante y golpéalos con fuerza”.

Su juicio y decisión fueron correctos. Si su impulso flaqueaba, solo le darían espacio a Yang para derribarlos a través de sus tácticas artísticas y mágicas. La Flota Fahrenheit tuvo que mantener su ofensiva, sin darle tiempo al enemigo para responder.

Su carga inicial fue tan feroz que incluso los Lanceros Negros se pusieron pálidos por la sorpresa. Las armas de la flota Yang golpearon a los invitados no invitados con fuego y llamas. Pero, en este punto, el lado de Yang estaba en desventaja en términos de fatiga en las filas. Después de intercambiar fuego varias veces, Fahrenheit lo detectó y concentró sus fuerzas en el ala izquierda de la Flota Yang, donde Attenborough tenía el mando. Su plan era atravesar el ala izquierda y luego girar en sentido horario para atacar el

flanco de la flota principal de Yang.

La maniobra fue exitosa. Con las dos partes de la Flota Yang temporalmente cortadas, el ataque de Fahrenheit al flanco del cuerpo principal fue brutal, pero recibió una respuesta feroz.

La flota de Fahrenheit se hundió en la masa de naves enemigas, tomando fuego de alta densidad de izquierda a derecha y convirtiéndose en una masa de bolas de fuego explotando en reacción en cadena. Formaron un brillante collar de muerte y destrucción.

Wittenfeld observó la amarga lucha de sus camaradas desde lejos. Su propia flota ya había terminado de reagruparse, y no tenía dudas de que la Flota Yang estaba a punto de agotarse, por lo que ordenó un nuevo ataque. Esta vez, los Lanceros Negros de carga se encontraron solo con fuego disperso y esporádico, lo que les permitió arrojar parte de la Flota Yang al desorden.

Parecía que Wittenfeld y Fahrenheit habían fusionado y re combinado con éxito sus fuerzas. Sin embargo, no sabían que esta era la clave de la trampa tortuosa que les habían tendido. Los dos mariscales imperiales habían concentrado sus naves en el centro de lo que momentos después se convirtió en un anillo de fuego y se cerraron sobre ellos.

Incluso si hubieran previsto este resultado, no se les había abierto otra manera. Ninguno de los dos podría haber dejado al otro para estar solo. En menos de media hora, cada pantalla de la Armada Imperial ardía con disparos y la marea de la batalla había cambiado por completo. A pesar de la desventaja numérica de Yang Wen-li en relación con las flotas imperiales, había logrado arrinconar al enemigo haciendo un buen uso del área peligrosa al final del corredor. Esta vez fue el ala derecha de la Flota Yang la que obligó a las naves de Fahrenheit a retroceder contra la zona de peligro, y el hombre que dirigió esa ala no fue otro que el desertor imperial Almirante Wiliabard Joachim Merkatz.

“¿Merkatz?!”

Cuando Fahrenheit escuchó el nombre de su antiguo conocido, un destello

eléctrico pasó por sus ojos azules y dirigió su mirada hacia los puntos de luz que llenaban su pantalla. Una expresión lejos de la animosidad cruzó el rostro anguloso del famoso general que había sido venerado bajo dos dinastías y que todavía tenía solo treinta y cinco años.

“Bueno. De todos modos, esto me queda mejor”, murmuró Fahrenheit. Ahora encerrado entre el fuego enemigo por un lado y la zona de peligro por el otro, puso su notable habilidad táctica para trabajar reorganizando la flota bajo su mando y enfocando su poder de fuego en un solo punto en la red que los rodeaba para abrir un agujero. Mientras tanto, Wittenfeld derribó otro rincón de la Flota Yang y huyó hacia la salida del corredor, abandonando cualquier resistencia adicional. Pero estas acciones también fueron exactamente lo que Yang había anticipado. Él respondió abriendo la red que rodeaba las dos flotas enemigas y luego se reformó a su alrededor, envolviendo sus naves en una situación de batalla profunda.

Yang había usado la naturaleza del corredor para poner a Fahrenheit y Wittenfeld en una posición brutal. Su única ruta de retirada era ahora un sector largo y estrecho donde se concentraba la potencia de fuego de la Flota Yang. Para salir del corredor, tendrían que atravesar una tormenta de fuego y calor. Si intentaran adoptar una postura ofensiva en el camino, solo tendrían éxito en marchar en filas ordenadas directamente hacia el muro de fuego enemigo; Si decidieran no cometer el error de girar la cabeza para enfrentar al enemigo, tendrían que huir tan rápido como pudieran mientras la Flota Yang destrozaba sus flancos expuestos.

“Una cosa aterradora, es el ingenio de Yang Wen-li. Y sin embargo, incluso con ese conocimiento, terminé justo donde él me quiere... Parece que mi servicio militar ha sido explotado”.

Una sombra burlona fluyó silenciosamente por las mejillas de Fahrenheit.

A las puertas abiertas de la nave insignia de Yang, *Ulises*, los espartanos estaban a punto de emerger. Ginebra seca, licor, jerez, ajeno. Todas las empresas, ¿estás listo para luchar?

La voz del comandante Olivier Poplin estaba tan libre de tensión que podría haber estado a punto de llevarlos a nada más que una larga caminata. Una vez le había revelado su secreto para engañar a la muerte a un curioso interlocutor: “Subestimar todo”. Ciertamente era un maestro de ese arte en particular.

Sus subordinados compartían la misma actitud diabólica, o tal vez arrogancia. Eran veteranos que habían sobrevivido a innumerables batallas, grandes y pequeñas, desde los días de los Planetas Libres.

Al menos, la mayoría de ellos lo eran.

Poplin miró la cara del cabo Katerose “Karin” von Kreutzer en una esquina de la pantalla de su nave, mirándola prepararse para su primera salida. Él sonrió, y la luz bailó en sus ojos verdes como rayos de sol.

“¿Te sientes asustada, Karin?”

“¡No, comandante, no me siento asustado!”

“Así es, nunca lo dejes ver. Incluso la ropa que es demasiado grande al principio se llena a medida que crece. Lo mismo vale para el coraje”.

“Sí señor.”

“Esta ha sido la línea de consejos de vida irresponsable de Poplin, donde decimos lo que nos gusta porque no es nuestro problema”.

Al ver a Karin luchar por una respuesta formal a esto, el joven as se echó a reír.

“Muy bien, Karin, vete. Si puedes hacer el 62,4 por ciento de lo que te he enseñado, estarás bien”.

Karin sintió como si hubiera usado ese 62.4 por ciento en los momentos posteriores al despegue. La ausencia de “arriba” y “abajo”, las protestas de

sus oídos internos, la ansiedad de no saber exactamente dónde estabas — en menos de un minuto, ella los había experimentado a todos.

Katerose von Kreutzer, ¡Recupérate! ¿Quieres que él se ría de ti?

¿ Él ? ¿Quién era él ? Por un momento, Karin tuvo la desagradable sensación de que el camino de su corazón no era una línea recta.

Los espartanos se dispararon por el campo de batalla del espacio. La velocidad se sentía agradable en cuerpo y alma, pero su curso no era tan estable como podría haber sido. El gran casco de una nave de guerra llenó su visión y se apresuró a sacar la nariz de su nave. Al ejecutar una tirada, se dio cuenta de que ni siquiera sabía si la nave de guerra había sido amigo o enemigo. Su primera salida también fue donde se dan cuenta de lo poco preparado que estabas. Sintió la verdad de esto en todos sus nervios. Golpeó su casco con el puño cerrado, luego verificó sus instrumentos, verificó su posición, pronunció las cifras en voz alta. Al ver una nave que venía desde la otra dirección, acercó su mano a los cañones de neutrones con terror, luego se dio cuenta de que era una nave de la Flota Yang y se sintió aterrorizada nuevamente por lo que casi había hecho.

Las balas U-238 dejaron rastros de fuego detrás de ellas, tejiendo un bordado mortal en el vacío. Rojos, amarillos, blancos — cuchillos deslumbrantes cortaban la noche eterna en mil astillas, cada una consumiendo con avidez innumerables vidas humanas.

“¡Subestimar todo!”

Los moralizadores del mundo seguramente entrecerrarían los ojos en desaprobación de estas palabras, pero Karin las recitó como si fueran los encantamientos más sagrados. Y era cierto que si un enemigo de la educación como Walter von Schönkopf pudiera recorrer el universo sin castigo por los cielos, el marco de la sociedad merecía toda la subestimación que recibió.

Una bola de energía salió de un crucero medio destruido en un torrente furioso. Karin volvió a levantar la nariz de su nave. Su visión y corazón

giraron. Justo cuando finalmente logró confirmar su posición, un solo walküre imperial voló a su campo de visión. Siguió su propia línea de fuego hacia ella, raspando demasiado cerca de su cabeza.

“¡Subes — estima— *todo* !”

Karin forzó las sílabas en ráfagas mientras se esforzaba por llevar a su amado luchador. El walküre completó su giro de 180 grados primero y disparó contra ella nuevamente, pero golpeó solo el espacio vacío. Karin lo capturó a la vista de sus cañones de neutrones y se sacudió el pelo, como el color del té débilmente preparado, dentro de su casco.

“¡*Maldita sea el káiser!*”

“Me han informado que la cabo Katerose von Kreutzer regresó a salvo con un asesinato confirmado”.

El vicealmirante Walter von Schönkopf, el padre biológico de Karin, recibió esta información en el puente de *Ulises* cuando abrió su frasco de whisky. Levantó la bebida y sonrió crípticamente.

“¡Tres hurras por la marimacho!”

¿Era sincero o solo usaba a su hija como pretexto? El desafío en su expresión era tan firme que era imposible saberlo.

V

A las 23.15 del 30 de abril, la nave insignia de Fahrenheit, *Ahsgrimm*, finalmente fue atrapado en la red de potencia de fuego de la Flota Yang. Fahrenheit estaba usando la nave como última línea de defensa, apoyando

la retirada de su flota para evitar que se convirtiera en una derrota total, pero a medida que las otras naves se alejaron, la densidad de los disparos enemigos dirigidos a los suyos aumentó en una proporción inexorable.

Justo en el momento en que se superaron los límites del sistema de neutralización de energía de *Ahsgrimm*, una chisporroteante lanza de luz atravesó su casco. Esto provocó más explosiones, y una serpiente de fuego se retorció a través de la nave. Fahrenheit fue arrojado de la silla de su comandante y contra la pared, luego se lanzó contra el suelo por si acaso. La agonía giró en espiral a través de él, y echó aliento y sangre desde el fondo de sus pulmones heridos.

Sentado en posición vertical con cierta dificultad, Fahrenheit escuchó el rápido avance de la muerte en las profundidades de sus canales auditivos. Una sonrisa encontró su rostro ensangrentado. Sus ojos azules captaron la luz y brillaron con una luz metálica reflejada.

El hogar en el que nací era tan pobre como el de Su Majestad el Káiser. Me uní a la armada porque necesitaba comer. Conocí mi parte de comandantes inútiles y oficiales superiores, pero mi recompensa al final fue el servicio al mejor hombre de todos: el propio Káiser Reinhard. Yo lo llamo una vida bastante afortunada. Si las cosas hubieran sido al revés, nunca hubiera podido mirarlo a los ojos... La sangre se derramó por el rabillo de la boca de Fahrenheit, una nueva agonía que se hizo sólida. En su campo de visión cada vez más oscuro, vio que el estudiante de la escuela primaria que servía como su asistente todavía estaba a su lado. Fahrenheit miró al niño directamente en su rostro sucio y lleno de lágrimas.

“¿Qué estás haciendo?”, Gritó. “¡Date prisa y abandona la nave!”

“Su excelencia...”

“¡Vete! ¡Ahora! ¿Sabes cómo me mirarán en Valhala si llevo un niño conmigo?”

El niño tosió en medio del fuego, el humo y el hedor de la muerte. Estaba decidido a defender los principios de la escuela.

“En ese caso, por favor dame una ficha. Veré que llega a Su Majestad el Kaiser incluso a costa de mi propia vida”.

El intrépido almirante miró hacia atrás desde la puerta de la muerte con algo así como exasperación. Intentó una sonrisa triste, pero ya estaba demasiado débil.

“¿Una ficha? Muy bien.”

Su control sobre sus cuerdas vocales estaba fallando rápidamente.

“Aquí está tu ficha: tu vida. Llévalo hasta el kaiser. No debes morir. ¿Me escuchas?”

Parece dudoso que el propio Fahrenheit haya escuchado las últimas palabras que pronunció.

A las 23:25, la nave insignia siguió a su comandante hasta la muerte, dejando solo un puñado de sobrevivientes que se lanzaron a los transbordadores para escapar del derramamiento de sangre.

El 2 de mayo, las tropas derrotadas se unieron a la flota principal bajo el mando del Káiser Reinhard.

Los Lanceros Negros de Wittenfeld habían perdido 6.220 de sus 15.900 naves originales y 695.700 de sus 1.908.000 hombres originales. La flota de Fahrenheit había perdido 8.490 de sus 15.200 barcos y 1.095.400 de sus 1.857.600 hombres. Y, sobre todo, un almirante de la dinastía Lohengramm había caído al campo de batalla por primera vez.

“Fahrenheit está muerto, entonces...”

Los ojos azul hielo de Reinhard se hundieron en el dolor. En esta escaramuza inicial a la batalla decisiva, habían perdido a un miembro de su

principal liderazgo militar. A pesar de luchar del lado de los enemigos del káiser en la Guerra de Lippstadt, su genio en combate lo había visto perdonado y recibido por el conquistador rubio. Reinhard seguramente lamentaba profundamente la pérdida, pero no dijo nada más. Su mirada cayó como una espada de cristal sobre el otro almirante mayor, que había regresado con vida. Este fue el primer sabor de pérdida de Wittenfeld desde la Batalla de Amritsar, y el intrépido almirante, con el rostro demacrado pero de vuelta lo más recto que pudo, esperó a que el káiser desatara su ira.

“¡Wittenfeld!”

“Sí, señor”.

“Este error fue muy parecido a ti. Consciente de que se trataba de una trampa, sin embargo, usted entró directamente e intentó abrirse paso. Miles murieron y ningún héroe para ser recordado”.

“Causé la muerte innecesaria de un hermano de armas y desperdicé a miles de las tropas de Su Majestad”, dijo Wittenfeld, usando toda su fuerza para mantener su voz firme. “No me molestará ningún castigo que consideres apropiado para mi idiotez”. Reinhard sacudió la cabeza, el lujoso cabello dorado ondeando como la luz solar sólida. “No quiero criticarte”, dijo. “Mejor un error como tú que a diferencia de ti. La tarea que tienes ante ti ahora es tomar medidas adicionales de acuerdo con tu carácter para recuperar este terreno perdido. Esto es, estoy seguro, lo que el almirante Fahrenheit hubiera querido también. Yo también estoy más decidido que nunca a derrotar a Yang Wen-li. Préstame tu fuerza”.

Se sabía que Fahrenheit había sido nombrado el cuarto mariscal de la dinastía Lohengramm. Wittenfeld inclinó la cabeza profundamente y no pudo levantarla por un tiempo. Fue francamente tocado por la magnanimidad de su señor.

Von Reuentahl, sin embargo, de pie junto al joven conquistador, observó algo bastante diferente. Sabía, tanto consciente como inconscientemente, que el espíritu conquistador del káiser se centraba por completo en un solo hombre: Yang Wen-li.

“¿Será victoria o muerte, entonces, mein Káiser?”, Preguntó von Reuentahl.

Hilda, secretaria en jefe de Káiser Reinhard, se movió ligeramente y dividió su mirada en partes iguales entre el káiser y von Reuentahl, quien también era secretario general de la sede del Comando Supremo.

“No”, dijo Reinhard. “Las opciones no son victoria o muerte. Son una victoria... o una victoria más perfecta”. Él se rió con una voz translúcida. A veces se preguntaba si incluso él se excedía en su discurso. Por ahora, sin embargo, había querido reafirmar su razón de ser. Sintió en ese momento en todo su cuerpo la dicha de buscar la victoria en el campo de batalla.

Fue la primera sonrisa del káiser en mucho tiempo. Esto, sobre todo, hizo feliz a su guardaespaldas Emil von Selle.

CAPÍTULO 04:

CALEIDOSCOPIO

I

EN NOMBRE DE KAISER REINHARD, el Cuartel General del Comando Militar Imperial anunció públicamente que el almirante mayor Adalbert Fahrenheit había caído en la batalla y sería promovido póstumamente al rango de mariscal.

Esta noticia también llegó a la Flota Yang en la Fortaleza Iserlohn. El almirante Merkatz se tomó un día para llorar a su antiguo hermano de armas, un amigo desde sus días en la dinastía Goldenbaum, y estuvo ausente de la reunión de estrategia del 1 de mayo. Su ayudante von Schneider tomó su lugar, pero incluso él llevaba una cinta de luto en el pecho. Esto atrajo algunas miradas de púas del vicealmirante Murai, posiblemente el único seguidor de protocolo de la flota, pero ni siquiera él dijo nada. Walter von Schönkopf hizo ciertas observaciones muy poco militares, que incluyeron “Nada como un vestido de luto para resaltar la belleza de una mujer” que también provocó la ira de Murai, incluidas algunas miradas que no eran tan espinosas como erizadas de agujas.

Yang estaba exhausto. Parecía no querer nada más que un vaso lleno de jerez y un baño lleno de agua caliente, pero esto no era inusual para él. Antes de la batalla, cuando estaba soñando formas de lograr lo imposible, salió como un artista creativo, lleno de inteligencia y vitalidad, pero luego, cuando se llevó a cabo el plan y se alcanzaron los objetivos, se dejó caer como un viejo perro de caza.

“Una vez que termina la pelea, recuerda que lo odia y se pone de mal humor”, fue la evaluación de Julian Mintz. Esto no significaba cínicamente; en todo caso, pretendía ser una defensa de la pereza de Yang. Frederica Greenhill Yang, por otro lado, no vio la necesidad de defender a su esposo en absoluto — en su opinión, su ociosidad se contaba mejor como una de sus virtudes. Ninguno de los dos era capaz de una evaluación estricta y objetiva de su carácter.

“Nuestra flota ganó la primera batalla, pero ¿afectará esto a la estrategia básica de la Armada Imperial?”, preguntó Murai. Era costumbre en la Flota Yang que él abriera las reuniones de estrategia con una pregunta adecuada.

Los jóvenes oficiales del personal, seguros, arrogantes y anárquicos, obviamente mantenían a Murai a distancia. El capitán Kasper Rinz, jefe de la brigada Rosen Ritter, había querido ser pintor en su juventud, y a menudo dibujaba a los otros oficiales del personal en las reuniones. Sin embargo, cuando Rinz dibujó a Murai, en lugar de capturar su rostro, simplemente llenó el espacio entre la boina y el collar con la palabra ORDEN. Por supuesto, sin los ojos y la boca de Murai, era muy dudoso si esta “banda de mercenarios fugitivos” podría haber mantenido la cohesión como unidad militar.

“No creo que cambie mucho las cosas”, dijo Yang. “Este no era otro Amritsar o Vermillion. Nos estábamos escondiendo malvadamente en nuestro hoyo para que ni siquiera el káiser pudiera elegir su propio campo de batalla”.

Ese “malvado” no era Yang siendo humilde— era la verdad. En términos tácticos, Yang no era generoso ni idealista. Hasta que se logró la victoria, luchó con extrema amargura, sin ceder nada.

En este momento, Dusty Attenborough ya había comenzado a dar órdenes para desplegar cinco millones de minas en cadena en la entrada del corredor, demostrando que Olivier Poplin había estado en lo correcto cuando dijo que prepararse para una pelea era lo único de lo que Attenborough no era flojo.

El consenso fue que las minas al menos ganarían algo de tiempo, y Yang no argumentó en contra. La lucha incesante había hecho mella en la flota Yang. Las camas de sus tanques, que dejaron a sus usuarios completamente renovados en muy poco tiempo, estaban funcionando a toda capacidad, pero con la emoción, la agitación y la ansiedad bailando en sus mentes, algunas de las tropas visitaron las camas varios tipos al día. Como era de esperar, no parecía haber muchos en la “feliz familia Yang” que estuvieran en el mismo nivel psicológico que von Schönkopf, Attenborough y Poplin. En cuanto a Julian, no sufría fatiga, pero sentía que su corazón y sus pulmones podrían desestabilizarse repentinamente en cualquier momento.

¿Cómo fueron las cosas con la Armada Imperial?

La muerte de Fahrenheit y la derrota de los Black Lancers en los primeros combates habían sido un shock, por supuesto, pero no habían herido de gravedad a su psicología. Fahrenheit había sido un general talentoso. Los Black Lancers eran fuertes y valientes. Pero tampoco el Káiser Reinhard. ¿Y no era ese líder justamente alabado desplegando con orgullo sus alas doradas perfectas y sin daños incluso ahora?

La moral entre los combatientes era alta, pero los líderes de la armada no podían formular una estrategia basándose únicamente en la moral. Las murallas gemelas de la armada se reunían para debatir diariamente.

Era una noción común en los estudios militares que si bien una gran fuerza y una fuerza significativa eran elementos esenciales para establecer la superioridad a nivel estratégico, esto no era necesariamente cierto a nivel táctico. Dependiendo de la geografía del campo de batalla, el tamaño superior podría incluso influir en la derrota.

Mittermeier y von Reuentahl sabían que esto era cierto por su propia experiencia. Si el tamaño de la fuerza hubiera sido lo único que determinó la victoria, la dinastía Goldenbaum debería haber eliminado por completo la Alianza de Planetas Libres en la Batalla de Dagon; Mientras tanto, la

alianza debería haber ganado en la Batalla de Amritsar. Una gran fuerza militar no podría funcionar según lo previsto a menos que se suministrara perfectamente, se proporcionara información precisa y estuviera libre de soldados ociosos, en ese orden. Frente a la topografía única del Corredor Iserlohn, von Reuentahl y Mittermeier se vieron obligados a tener ese tercer elemento en particular.

No todos aceptaron la opinión de que la Batalla del Corredor fue el acto final y glorioso de la “Gran Campaña” del Káiser Reinhard y, por lo tanto, la batalla más importante de todas para el Káiser. Algunos de los historiadores militares de épocas posteriores argumentaron que el “refinamiento espléndido” que caracterizaba las acciones militares previas del káiser no se veía en ninguna parte en Iserlohn, que en cambio no acogió nada más que “una ostentación de superioridad militar” — pero fueron estas críticas o se arrepiente? En cualquier caso, la “superioridad militar” de Reinhard nunca había flaqueado, pero eso fue porque se había empleado en entornos donde la fuerza militar era efectiva.

La noticia de que la Flota Yang había minado la entrada al Corredor Iserlohn causó algunas cejas fruncidas entre los líderes de la Armada Imperial. No pudieron comprender, de inmediato, lo que Yang Wen-li estaba planeando. ¿No era *arrastrar* al enemigo al corredor su única ruta táctica hacia la victoria? ¿Estaba simplemente ganando tiempo antes de verse obligado a enfrentar su invasión?

“¿Por qué incluso transportar partículas direccionales de Seffl, si no es para casos como este?”, Dijo uno de los asistentes a la reunión. “¿Por qué no usarlos para abrir un camino a través del campo minado, tal como lo hicimos en Amritsar? Lo que Yang planea es irrelevante”. El mariscal von Reuentahl, secretario general del Cuartel General del Comando Supremo, rechazó esta opinión de inmediato. Sus circunstancias en Amritsar habían sido completamente diferentes. Incluso si ese no hubiera sido el caso, su campo de batalla aquí era el Corredor Iserlohn. Era estrecho y reducido, y si estuviera “tapado” con un campo minado, su libertad de movimiento estaría severamente restringida.

“Supongamos que usamos las partículas de Seffl para perforar un agujero

en ese tapón”, dijo von Reuentahl. “La Flota Yang nos estará esperando al otro lado, listos para concentrar el fuego en ese agujero recién abierto. Cortarán nuestras naves cuando salgan del agujero, dejándonos sin oportunidad de devolver el fuego. Toda la flota podría perderse”.

Sin embargo, el hecho era que para aplastar a la Flota Yang tendrían que ingresar al corredor de alguna manera.

“Pero quizás no tengamos que descartar su idea por completo”, murmuró von Reuentahl.

Después de medio día de reflexión, presentó su propia propuesta a Reinhard.

El káiser asintió con su asentimiento, el cabello dorado meciéndose.

“Muy bien”, dijo. “Nuestras fuerzas son siete u ocho veces más grandes que las suyas. Seguramente suficiente para eliminar a Yang Wen-li si solo podemos entrar al corredor”.

“Gracias, Su Majestad. Con su asentimiento, avanzaré con la ejecución. Si ve alguna área que requiera trabajo adicional, por supuesto, las modificaré...”

“No veo ninguno en este momento. Si incluso su estratagema no nos trae la victoria, pensaré en otro método para contrarrestar los planes de Yang. Lo has hecho bien”. Oskar von Reuentahl, al igual que su príncipe y sus enemigos, contenía contradicciones. Una serie de pruebas circunstanciales plantea dudas sobre si realmente esperaba ver al Káiser Reinhard victorioso al final, pero la estrategia que había propuesto en esta ocasión fue probablemente la mejor, dadas las circunstancias y condiciones del momento.

Wolfgang Mittermeier, por consideración a su káiser y a su amigo, también examinó la propuesta en detalle, pero tampoco encontró nada que requiriera enmiendas.

“¡Una calificación aprobatoria del Gale Wolf! Qué honor”, dijo von Reuentahl. “Quizás también hay espacio en el personal de la armada espacial para mí, ¿eh?” Los ojos grises de Mittermeier, ricos en vitalidad, brillaron al reconocer el significado oculto de su amigo.

“No, creo que no”, dijo. “Al menos no entre los oficiales de mi personal. Puede que nuestro káiser no sea del tipo que siente celos de los subordinados talentosos, pero yo sí”.

Von Reuentahl sonrió levemente ante esta débil respuesta a su propia broma débil. La sonrisa apareció de manera diferente en su ojo derecho negro, su ojo izquierdo azul y sus labios parejos.

“¡El Gale Wolf es demasiado modesto! Los únicos hombres en la galaxia que pueden pensar en mí como estrategas son Mein Kaiser, Yang Wen-li, Merkatz y tú. Que solo necesito pelear contra dos de ellos es mi gran fortuna”.

La voz de Von Reuentahl recordó el sonido de una corriente oceánica con múltiples capas a diferentes temperaturas. Después de medio segundo de silencio, Mittermeier agarró su propio lóbulo.

“Según su lógica, más de la mitad de los cinco comandantes más importantes de hoy están en nuestro campamento. Si trabajamos juntos para un propósito común, la victoria estará a nuestro alcance”.

La irritación apareció de repente en la cara de Mittermeier.

“Suficiente, von Reuentahl. No entiendo por qué tú y yo siempre hablamos tan groseramente. Nunca fue necesario hasta hace muy poco”.

Von Reuentahl asintió, sonriendo francamente a su viejo amigo.

“Justo como dices”, dijo. “La tarde está aquí, y aún no hemos comenzado a beber. Tengo un blanco del 446. No hay rival para un 410, tal vez, pero ¿qué dices?”

II

A las 0630 del 3 de mayo, 800 SE, 2 año del Nuevo Calendario Imperial, la Armada Imperial Galáctica comenzó su entrada en el Corredor Iserlohn bajo el mando directo del Káiser Reinhard. Incluso después de perder más de un millón de almas en las primeras escaramuzas de la batalla, las fuerzas imperiales todavía sumaban 146,600 naves y 16,2 millones de oficiales y hombres, con más en reserva en la retaguardia — específicamente, 15.200 naves bajo el mando del almirante mayor August Samuel Wahlen, actualmente estacionados entre el corredor y la antigua capital de la alianza, Planeta Heinessen. La flota de Yang Wen-li, por otro lado, ya se había reducido a menos de 20,000 naves. En términos de números absolutos, los dos lados simplemente no tienen comparación.

El Káiser Reinhard estaba en el puente de la nave insignia de la flota *Brünhild*, donde la pantalla de visualización mostraba a la vanguardia de la Armada Imperial despejando minas a medida que avanzaban.

El “Comandante Silencioso”, el almirante mayor Ernst von Eisenach, había sido elegido por el káiser para dirigir la fuerza de ataque que seguiría.

“Estas órdenes son el mayor honor que un guerrero podría recibir. No escatimaré esfuerzos para cumplir los deseos de Su Majestad, y si esos esfuerzos fueran insuficientes, me disculparé con mi vida. ¡Sieg Kaiser!”

... Es lo que Eisenbach *no* dijo, sino que hizo una reverencia deferente y silenciosa antes de abandonar la presencia del káiser.

Uno por uno, los otros almirantes recibieron sus órdenes y se dirigieron a sus puestos. Wittenfeld, que había probado el amargo cáliz de la derrota en el primer enfrentamiento, recibió el mando temporal de la antigua flota Fahrenheit además de la suya, lo que le dio casi veinte mil naves en total.

La implicación era tan clara para Wittenfeld como para todos los demás: el káiser tenía grandes expectativas del ardiente deseo de venganza del comandante feroz.

Neidhart Müller, el más joven de los almirantes mayores, fue asignado para proteger la retaguardia. Había desempeñado este papel en casi todas las etapas de la Gran Campaña del káiser desde su comienzo el año anterior. La verdad era que la Armada Imperial simplemente no podía eliminar la incertidumbre que la seguía a medida que avanzaba por la galaxia. Detrás de ellos se extendía un vasto territorio que había pertenecido a su enemigo ahora derrotado. Si surgiera una rebelión organizada, podría estar más allá de la capacidad de incluso el experimentado Wahlen para sofocar. En tal caso, Müller se volvería del campo de batalla y cooperaría con Wahlen para asegurar la ruta más amplia posible de regreso al territorio de origen del imperio para el resto de la flota. También fue responsable de defenderse del ataque enemigo desde la retaguardia, aunque eso parecía imposible en su situación actual.

El hombre al que se le había confiado la vanguardia y encargado de limpiar el campo de minas mientras se sumergía en las profundidades del corredor era el vicealmirante Rolf Otto Brauhitsch. Fue una operación agotadora de más de medio día, pero finalmente completó esta tarea.

Brauhitsch había servido anteriormente bajo Siegfried Kircheis. Después de la muerte de Kircheis, había estado bajo el mando directo de Reinhard. Ya sea en la línea del frente o en la retaguardia, su habilidad para lidiar con las situaciones a medida que surgían era de primera clase, y sus meticulosos preparativos de avance y liderazgo decisivo en la batalla desmentían su juventud. A veces, sin embargo, se le acusó de olvidar los preparativos que él mismo había hecho y apresurarse a ciegas. Quizás fue simplemente que, si bien su valentía era innata, su atención al detalle era fruto del esfuerzo consciente.

A las 21.00 horas del 3 de mayo, Brauhitsch disparó su primera descarga a la Flota Yang. El fuego de retorno atravesó el oscuro vacío hacia él exactamente quince segundos después. Puntos y haces de luz multiplicados por medio segundo hasta que su pantalla se convirtió en una vasta y

ondulante cortina de luz.

A partir de este momento, el Corredor Iserlohn fue un vertiginoso caleidoscopio de devastación y matanza.

En poco tiempo, la Flota Brauhitsch estaba tomando fuego concentrado. Peor aún, el campo minado detrás de ellos hizo que la retirada fuera casi imposible.

Todo esto fue como se esperaba— de hecho, parte de su estrategia. Brauhitsch llevó a cabo las instrucciones que había recibido del kaiser y dividió sus 6.400 naves en escuadrones de cien para evitar la concentración de fuego enemigo, pero la flota no sufrió pocos daños al ejecutar esta maniobra. Con muros de fuego y luz que los sujetaban tanto a proa como a popa, la vanguardia de la Armada Imperial había sido forzada a una posición peligrosa.

A las 0220 el 4 de mayo, el secretario general del Cuartel General del Comando Supremo Mariscal von Reuentahl ordenó el comienzo de la segunda fase de la operación.

Comenzó la liberación de partículas direccionales de Seffl. El campo minado fue atravesado por cinco pilares invisibles de nubes, que cuando se encendieron se convirtieron en cinco enormes dragones de llamas bailando en el vacío. Era a la vez una vista magnífica y una manifestación feroz del terror dentro de esa magnificencia. Finalmente, los dragones se quemaron, dejando cinco túneles a través del campo de minas como los dedos de un dios colosal que se había apoderado de los dragones y los aplastó.

Cuando salieron al corredor, las antiguas fuerzas de la alianza rápidamente les arrojaron fuego, y muchos explotaron en bolas de fuego. Sin embargo, era imposible mantener el fuego supresor en cinco entradas a la vez, y, sobre todo, los cruceros eran una diversión. Mientras que la atención de la Flota Yang se centraba en los cinco túneles, las fuerzas principales de la Armada Imperial estaban haciendo su entrada a través del camino que

Brauhitsch había despejado tan minuciosamente en el corredor.

Después de dos horas de batalla campal, el ejército imperial finalmente estableció lo que podría llamarse una cabeza de puente dentro del Corredor Iserlohn.

La forma de color blanco puro del buque insignia de Kaiser Reinhard, *Brünhild*, salió al pasillo a las 1200 el 5 de mayo, y el canal de comunicaciones de la Flota Yang se llenó de una vez de tensión y ansiedad vocalizadas.

“El Káiser hizo su aparición. ¿Estamos listos para presentar nuestro ramo?”, Preguntó Attenborough, en un estilo más bien moderado para él. Contuvo la respiración y los latidos del corazón, luego golpeó el escritorio de su comandante y gritó: “¡Fuego!” Attenborough era el estudiante más exitoso de la escuela Yang Wen-li de fuego concentrado de un punto. Decenas de miles de haces de luz cayeron en cientos de puntos individuales en el espacio como lluvia torrencial. Fue una combinación perfecta de cálculo y práctica.

La armada imperial densamente poblada no pudo evitar el fuego de cañón frontal. Un rugido inaudible de destrucción golpeó a barcos y humanos por igual, y cayeron cascadas de calor y luz en todas direcciones.

El corredor se llenó de pequeñas estrellas recién creadas. Las espirales de energía provocaron una reacción en cadena e inundaron el estrecho corredor con flujos oscuros y torrenciales. Ambos bandos fueron arrojados al desorden, y los rayos de energía también fueron desviados, reduciendo su índice de aciertos. Por un momento, las líneas del frente fueron puro caos. El primero en recuperar el orden fue la Flota Yang, que estaba acostumbrada a luchar en el corredor. Justo cuando Mittermeier estaba luchando contra el acoso del fuego y las estrechas dimensiones de Iserlohn para reunir una formación adecuada, la Flota Yang se acercó y bañó sus naves con fuego de cañón.

“¡Ala izquierda, retrocede! ¡Derecha y centro, avancen!”

Mittermeier esperaba atraer a la vanguardia de la Flota Yang con la retirada de su ala izquierda, mientras que simultáneamente giraba en semicírculo en sentido antihorario para atacar al enemigo desde su flanco de babor. Nadie más que el Gale Wolf podría haber esperado ejecutar una maniobra tan dinámica.

Si Mittermeier hubiera tenido éxito, Yang sin duda habría sido puesto en una posición difícil. Sin embargo, el movimiento de la flota imperial no coincidía con la velocidad de sus órdenes en ese momento. Sus sistemas de comunicación también funcionaban de manera imperfecta, y carecía de espacio suficiente para maniobrar sus enormes fuerzas libremente. Yang no se perdió el momento en que la Armada Imperial cayó en una ligera confusión y dio órdenes de disparar.

La pantalla de *Brünhild* se llenó de explosiones ondulantes. Cientos de las naves que custodiaban a la diosa blanca virgen estallaron en llamas y se hicieron pedazos. Pero la nave insignia de la flota permaneció oculto detrás del resto de la densa formación de la Armada Imperial.

Mittermeier hizo un ruido de frustración y se volvió hacia su ayudante, el teniente comandante Amsdorf.

“Mientras les dejaba halagarme con títulos como ‘mariscal’ y ‘comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial’, parece que mi sensación de mando en la batalla se ha atenuado”, dijo. “¿Puedes imaginar? ¡Formular un plan sin garantizar que toda la flota pueda seguir el ritmo!”

Mittermeier solicitó y recibió permiso del káiser para transferirse de *Brünhild* a su propia nave insignia *Beowulf* y entrar en la refriega en el frente. Eran las 2015 horas el 4 de mayo.

III

“¡El Gale Wolf ha llegado a la primera línea!”

El canal de comunicaciones de la Armada Imperial se llenó de vítores. El único hombre en el ejército imperial cuya popularidad entre los hombres alistados en comparación con Mittermeier fue el propio Káiser. Incluso von Reuentahl vendría en tercer lugar. Exponiéndose con calma al fuego enemigo, Mittermeier reformuló las tácticas de la flota y luego dio órdenes a sus subordinados para su ejecución.

“¡Bayerlein, vete!”

El joven oficial sintió que su corazón latía más rápido a la orden de su amado y respetado comandante. Bayerlein tenía alrededor de seis mil naves bajo su mando en ese momento. No era una gran fuerza en el contexto de la Armada Imperial, pero era magníficamente ágil y receptiva. Mittermeier, restringido por la forma del corredor de mucho más que avanzar en una sola columna, hizo que Bayerlein formara un ala para un posible medio cerco.

Fueron recibidos por el batallón de Dusty Attenborough. Yang reconoció las intenciones estratégicas de Mittermeier y consideró imperativo que Bayerlein fuera detenido.

Como comandantes en batalla, Bayerlein y Attenborough eran más o menos iguales. El desequilibrio fue uno de los recursos. Attenborough podría reunir solo el 80 por ciento de las fuerzas que su enemigo podría desarrollar como vanguardia. Si la situación pasara del choque frontal a la batalla mixta, se vería abrumado en poco tiempo.

Como resultado, decidió atraer a Bayerlein a una posición entre el batallón de Attenborough y el cuerpo principal de la Flota Yang para lanzar un ataque con pinzas. Y así, solo cinco minutos después de su primer enfrentamiento, Attenborough comenzó su retirada e invitó al enemigo a cargar.

Bayerlein reconoció la trampa, pero no se lograría nada volviendo ahora. Confiando en Mittermeier para pensar en algo, aceptó la invitación de Attenborough y se adelantó, acelerando a medida que avanzaba y

disparando violentamente rayos de energía y misiles, casi como si desperdiciara energía intencionalmente.

Las actividades tácticas de Yang en este punto fueron inusualmente refinadas. Mientras revisaba los movimientos de Mittermeier con fuego de cañón, dirigió a su vanguardia a avanzar a toda velocidad en un ángulo de las diez en punto.

Cuando Bayerlein se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, Yang casi lo tenía medio cercado. Una retirada apresurada permitió a Bayerlein mantener sus pérdidas al mínimo.

Mittermeier no pudo reprimir una breve pero sería risa triste.

“¿El mago está jugando con Bayerlein ahora? Está en una clase propia”.

Sin el liderazgo y la estrategia de Yang Wen-li, la Fuerza de Reserva Revolucionaria El Fácil habría sido una chusma desordenada en el mejor de los casos. Por otro lado, mientras Yang los guiara, las unidades bajo su mando eran *la crème de la crème*, la más fuerte de la galaxia, golpeando a la izquierda y deteniéndose a la derecha, primero avanzando y luego retrocediendo, tan vigorosa y activo que sus veinte mil naves podrían resistir cinco veces esa cantidad. Por supuesto, esto vino a costa del desgaste por fatiga. Incluso si sus espíritus permanecían altos, sus cuerpos gradualmente vacilarían al tratar de obedecer las órdenes.

Eso, pensó Mittermeier, era cuando llegaría su oportunidad de victoria — pero no había garantía de que la Armada Imperial se mantuviera unida tanto tiempo. Si eso no fuera suficiente, la topografía los obligaría a desplegar sus recursos poco a poco — casi uno por uno.

Reinhard, von Reuentahl y Mittermeier estaban completamente conscientes de lo imprudente que era esto, pero al haber sido arrastrados al corredor, no tenían otra opción. La única opción que podían ver era continuar acumulando fuerza sobre fuerza y machacando a la Flota Yang lo mejor que pudieran.

Sin embargo, la dirección táctica de Mittermeier también era casi sobrenatural en su precisión y rapidez. Al igual que su amigo cercano von Reuentahl, Mittermeier recibió algunas críticas privadas a nivel estratégico con respecto a la campaña de conquista del káiser. Sin embargo, después de recibir sus órdenes, limitó su pensamiento al nivel táctico y concentró todo su conocimiento y habilidad como comandante en establecer una ventaja en el campo de batalla antes que él. Utilizó las fuerzas que tenía disponibles para crear unidades de batalla de mil naves de dos tipos, una centrada en la movilidad y la otra en la potencia de fuego, y utilizó estas unidades para reforzar las líneas de batalla donde parecían en peligro de colapsar. También mantuvo el suministro y las naves médicas funcionando a plena capacidad para mantener la logística de la flota unida orgánicamente.

Como resultado, aunque la Armada Imperial reconoció la ventaja que disfrutaba la Flota Yang, no huyó, y de hecho obstinadamente mantuvo el orden en un grado que incluso Yang tenía que admirar.

“Ese es el Gale Wolf para ti”, dijo. “Nada ostentoso sobre sus tácticas, pero no cualquier almirante podría llevarlas a cabo”.

En verdad, Mittermeier habría descartado esta alabanza como una tontería. La Armada Imperial era mucho más poderosa que su enemigo y, sin embargo, habían entrado en un campo de batalla tan estrecho que les robó su libertad de movimiento. Aquellos en la retaguardia de sus fuerzas no pudieron unirse a la refriega en absoluto, y solo pudieron ver la situación desarrollarse desde lejos a través de una pared de sus aliados.

“He dejado a los hombres inactivos”, murmuró Mittermeier para sí mismo. “¿Qué tipo de comandante soy?” Se sintió profundamente avergonzado por este fracaso en dominar y aplicar incluso los fundamentos del aprendizaje militar.

El 6 de mayo, Yang atacó a la Armada Imperial usando una estrategia sugerida por Merkatz. Yang, Merkatz y Attenborough golpearon el ala izquierda del enemigo — estrecha, pero aún allí — en sucesión. Cuando la

Armada Imperial comenzó a verter su fuerza principal en esa ala para reforzarla, el comodoro Marino dirigió un equipo de ataque al núcleo de su fuerza principal. Este no era un plan poco ortodoxo; en todo caso, era el colmo de la ortodoxia, pero eso era exactamente por qué era probable que tuviera éxito — y, de hecho, casi lo logró.

“¡Muy bien, muévanse!” Gritó Marino, golpeando su pie. “¡Démosle a ese encantador káiser suyo el funeral más hermoso que jamás hayan visto!”

Emocionado por su propia voz, respirando rápido, Marino se lanzó hacia Brünhild como un relámpago.

El almirante mayor Steinmetz se dio cuenta del peligro para su príncipe. Su flota estaba en una formación larga y estrecha, no necesariamente la más ventajosa para la batalla, pero tenían la ventaja en número. Se lanzaron hacia Marino desde el frente y se fueron para detener su acercamiento.

Inquieto por el tamaño y el impulso de la flota enemiga, la fuerza de ataque de Marino se rompió a la derecha. Después de una escaramuza de treinta minutos, Marino había perdido el 40 por ciento de sus naves. Su formación se estaba derrumbando y estaban al borde de una derrota. Lo que los salvó fue el cuerpo principal de la Flota Yang.

“¡La fuerza enemiga principal se acerca en formación cerrada!”, Gritó el operador de Steinmetz. Steinmetz ordenó a sus hombres que recibieran a los intrusos con cañones, pero su objetivo era mucho menos preciso que los artilleros de la Flota Yang. Pronto la Flota Steinmetz era una masa de bolas de fuego y luz que se extendía por decenas de miles de kilómetros.

En este punto, la flota principal de Yang y la flota de Merkatz se habían unido sin palabras. Lado a lado, alternaban los ataques contra la Flota Steinmetz hasta que, sorprendentemente rápido, se desarmó.

La nave insignia de Steinmetz, *Vonkel*, tomó tres balas de cañón de riel simultáneas a las 1150 del 6 de mayo. El fuego siguió a una explosión, y el interior de la nave se vio envuelto en pánico. El dios de las llamas balanceó su espada en el puente, bajó a los oficiales y envió equipos e instrumentos

volando con una ola de intenso calor. Cuando los gritos de agonía dieron paso a los moribundos gemidos, el ayudante del comandante de Steinmetz, Serbel, buscó al almirante a través de la sangre, fuego y humo. Steinmetz había caído boca abajo a su lado. Serbel tosió una masa ensangrentada y luego abrió su boca manchada de rojo para hablar.

“La pierna izquierda de Su Excelencia está totalmente aplastada”, dijo.

“Sus informes siempre fueron precisos”, respondió Steinmetz, sin sonreír. “No sé cuántas veces me has salvado”. Miró el lado izquierdo de la parte inferior de su cuerpo de una manera casi profesional. “Casi no tengo sensación en la pierna. Sin embargo, creo que esto es todo para mí. ¿Estás herido?”

No obtuvo respuesta. Serbel ya se había derrumbado boca abajo en un charco de su propia sangre, y ahora se evaporaba rápidamente del calor que caía por el suelo desde el nivel inferior. Estaba completamente quieto.

Steinmetz llamó a su jefe de gabinete, Bohlen. Como se esperaba, no hubo respuesta. El entumecimiento se extendió a su pierna y cadera derecha al empeorar su hemorragia. La noche cayó sobre su campo de visión, y barreras invisibles se elevaron en sus canales auditivos.

“¡Gretchen!”, Murmuró, y exhaló su último suspiro.

Incluso von Reuentahl tuvo que detenerse por un momento mientras sus ojos heterocromáticos reflejaban el arco iris de luz que envolvía al *Vonkel*. Reinhard miró por encima del hombro a su secretario general. El rostro del joven emperador estaba medio iluminado por los rayos de luz de la pantalla como una escultura de porcelana y obsidiana.

“¿Steinmetz abandonó la nave?”, Preguntó Reinhard.

“Lo comprobaré de inmediato, mein Káiser”.

Von Reuentahl ni siquiera notó los cuatro medios momentos de silencio aturdido que había requerido antes de responder.

El único miembro del centro de comando de Steinmetz que sobrevivió fue el Contralmirante Markgraf. Pasaron tres minutos antes de que pudiera informar la muerte de su comandante. El Káiser Reinhard se llevó una mano a la frente y se enteró de la pérdida de un segundo almirante. Sus párpados de pestañas largas se cerraron solo por un momento antes de abrirse nuevamente y sus ojos azul hielo buscaron a una sola persona.

“Fräulein von Mariendorf”.

“Sí, Su Majestad”.

“Por la presente, te nombro el nuevo asesor jefe de la sede imperial. Debes tomar el lugar de Steinmetz como mi lugarteniente”.

Hilda se sorprendió, a pesar de su visión habitual.

“Pero, Su Majestad, yo—”

Reinhard levantó la mano, tan blanca como si hubiera sido tallada en halita, y silenció la objeción de la condesa.

“Lo sé. Nunca has liderado tanto como un solo soldado. Pero liderar a las tropas es el trabajo de los comandantes de primera línea, y liderar a los comandantes es el trabajo del káiser. Todo lo que pido es que me aconsejes. ¿Quién se opondrá a que yo seleccione a mi personal como mejor me parezca?”

Hilda se inclinó respetuosamente, con tacto, evitando nombrar a la única persona que realmente se opondría, con una probabilidad muy alta.

IV

En este punto de la batalla, la formación de la Armada Imperial se estaba derrumbando, e incluso la dirección sobrenatural de Mittermeier no podía revertir por completo la tendencia. La flota que Steinmetz había ordenado no tenía ningún poder de ninguna manera, pero con su centro de mando desaparecido no podía coordinar sus movimientos, e incluso su valiente defensa contra la ofensiva de la Flota Yang era casi completamente ineficaz. De hecho, debido a que se estaba extendiendo de manera desordenada tanto a izquierda como a derecha, en realidad estaba empeorando las cosas al confundir la cadena de mando entre sus aliados.

El Káiser Reinhard se paró en el puente de la nave insignia de la flota, observando con calma el fuego enemigo que ahora llegaba casi hasta *Brünhild*. Von Reuentahl a su lado observaba atentamente al káiser, pero solo veía el más mínimo surco en su elegante frente.

¿Es aquí donde termino mi vida, entonces, junto a este rey conquistador de cabello dorado? Bueno, hubo peores destinos. Von Reuentahl sonrió en secreto ante el espejo que guardaba en los recovecos de su corazón. Por supuesto, había tomado precauciones para proteger el cuartel general imperial del riesgo.

El contralmirante Alexander Barthauser era conocido como uno de los líderes más valientes bajo el mando de von Reuentahl. No poseía un talento sorprendente ni una gran capacidad para manejar grandes fuerzas, pero en el campo de batalla hizo lo que fuera necesario para cumplir fielmente sus órdenes, y en este punto se había ganado la confianza de von Reuentahl.

Las 2.400 naves de Barthauser se posicionaron paralelas a la Flota Yang a lo largo de su lado de estribor y lo bañaron con implacables disparos de cañón, disminuyendo con éxito su avance. No ganaron mucho tiempo, pero fue suficiente para que *Brünhild* escapara. El orgullo de Reinhard hizo que la retirada fuera reticente, pero von Reuentahl pudo persuadirlo de que retroceder les permitiría atraer a la flota principal de Yang a una trampa y rodearlos a medias. Sin embargo, la coordinación entre las muchas flotas de la Armada Imperial no fue lo suficientemente rápida como para lograr este

objetivo. Antes de que pudieran posicionarse dentro del espacio abierto por la retirada de *Brünhild*, la Flota Yang ya se había encargado de ocuparlo.

Cuando su operador gritó que Yang estaba presionando sin piedad hacia adelante, von Reuentahl pensó que era extraño, pero extendió sus naves de combate para enfrentarlos con las armas.

En ese momento, la Flota Yang cambió de rumbo, descendiendo *bajo* las formaciones defensivas de la Armada Imperial para golpear a la fuerza principal de Reinhard con rayos de energía y misiles desde abajo y cargar a sus filas desde corta distancia.

Los almirantes de la Armada Imperial compartieron un estremecimiento horrorizado. En ese momento, Yang les parecía un comandante menos inspirado que un brutal señor de la guerra. El fuego de los cañones fue intenso, destrozó la resistencia de la Armada Imperial y llegó casi hasta *Brünhild*, la eterna nave insignia del káiser.

Reinhard también se estremeció, pero él estaba menos asustado que haber alcanzado el pináculo de la emoción.

“¡Sí, Sí! ¡Esto es exactamente lo que esperaba!”

Su piel de porcelana enrojecida por la vida. Su respiración se hizo más rápida, más rica. Inmensas olas de luz y energía ondeaban a través de ese rincón de la galaxia, y en el centro de todo, Reinhard parecía brillar como si personificara su propia vitalidad.

“¡Von Reuentahl! Concentre las líneas de fuego a las dos en punto, elevación menos treinta grados. Si abres un hueco en la formación enemiga, sigue aplicando presión allí hasta que te abras”.

Reinhard no dijo nada más, pero su significado era claro para el heterocromático von Reuentahl. Incluso cuando el fuego de cañón del enemigo y las maniobras de alta velocidad se habían acercado, Reinhard no había caído en pánico. En cambio, había identificado el punto donde se mantenía la formación del enemigo para que el contraataque pudiera

enfocarse allí. Si pudieran perforar las filas de la Flota Yang, las líneas de batalla del enemigo quedarían fuera de balance. En el mejor de los casos, este podría ser el primer golpe del cincel que cortó el diamante, y toda la Flota Yang podría colapsar. Incluso en el peor de los casos, Yang tendría que detener su ataque mientras reconstruía la formación de la flota. El campo de batalla era vasto, y esos puntos cruciales eran raros, pero Reinhard había identificado uno de inmediato. *Alabado sea el genio de nuestro káiser*, pensó von Reuentahl.

Reinhard se echó a reír y se echó hacia atrás su fino cabello dorado. Su radiante rostro era tan deslumbrante como una caja de joyas volcada.

“Sabía que Yang Wen-li atacaría agresivamente. Solo desafiándome personalmente puede derrotarme, después de todo — recordar la Guerra Vermillion. YO...”

De repente, Reinhard guardó silencio y, sin pensarlo, se llevó la mano izquierda a la boca. Dientes como nieve virgen mordieron suavemente su dedo anular. Hilda se sorprendió al ver que la ira había entrado en su expresión. La expresión permaneció en su rostro incluso después de que se recibió la noticia de que la ofensiva de Yang Wen-li se había detenido y la Flota Yang se vio obligada a retirarse.

Desde hace varios días, la nave insignia de Yang Wen-li, *Ulises*, también había estado a la deriva en un mar de lucha de vida o muerte.

“Parece que va a utilizar toda la seriedad de toda su vida antes de que esto termine, Comandante”, dijo von Schönpkopf. Era un comandante hábil y valiente en la batalla terrestre y el combate cuerpo a cuerpo, pero no tenía ningún papel en una batalla de flota y simplemente estaba observando, con una botella de whisky en la mano.

Para los demás, esto parecía una posición envidiable. Attenborough, por ejemplo, desplegaría una manta en el piso del puente de su nave insignia *Massasoit* tan pronto como terminara la batalla y durmiera todo el camino

de regreso a la Fortaleza de Iserlohn. Tal era la ferocidad del combate y la medida en que estaba agotando sus propias reservas físicas para combatirlo.

Lo mismo era cierto para Olivier Poplin, quien se enfrentaría catorce veces antes de que terminara la pelea. Una vez completada su misión final, Poplin dormiría durante seis horas en la cabina de su amada nave, luego catorce más en la cama de sus habitaciones privadas — “Por su cuenta, si puedes creer eso”, como Attenborough más tarde notaría.

Para mantener su ventaja táctica, la Flota Yang estaba parada con una sola pierna sobre hielo delgado. Simplemente no tenía los números. En el lado imperial, Steinmetz había sido eliminado y su flota efectivamente neutralizada, pero Müller, Wittenfeld y von Eisenach aún esperaban ilesos en las alas — por nombrar solo tres. Ese poder latente era aterrador. Todavía no habían podido entrar en la refriega debido a las condiciones de hacinamiento en el corredor, pero si el Káiser Reinhard decidiera adoptar las tácticas que Yang más temía en este momento, ¿qué respuesta sería posible?

Yang no vio más remedio que permanecer en la ofensiva y esperar abrumar a la Armada Imperial antes de que ocurriera el peor de los casos.

Y así, a las 2300 horas del 7 de mayo, la Flota Yang lanzó otro asalto frontal.

El que protegió al káiser esta vez fue Müller, que posicionó con éxito sus naves para absorber el fuego de cañón enemigo.

Al escuchar que un escuadrón de naves enemigas cuyo comandante aún no estaba claro había formado un muro defensivo frente al Káiser Reinhard, Yang Wen-li dejó escapar un pequeño suspiro.

“Ese será Muralla de Hierro Müller, haciendo honor a su nombre”, dijo. “Solo con Müller bajo su mando sería suficiente para mantener vivo el nombre de Reinhard en una canción durante siglos”.

Era como si el recuerdo de la llegada fortuita de Müller que había salvado

la vida de Reinhard el año anterior durante la Guerra Vermillion hubiera vuelto a la vida.

Esta vez, Müller esperó hasta que su flota se arregló más o menos perfectamente, luego se deslizó entre Reinhard y la Flota Yang. Yang solo logró recibir un golpe antes de que se levantara el muro y se vio obligado a retirarse y reformarse.

Incluso en esta etapa tardía de su batalla con el Imperio Galáctico, Yang no pudo evitar admirar la gran cantidad de talento que Reinhard ordenó. No fue solo Müller. Fahrenheit y Steinmetz no habían dado la vida por la idea del gobierno autocrático. En cambio, habían desechado voluntariamente el resto de su espacio asignado por lealtad personal a Reinhard von Lohengramm. Así fue como se pagó el favor del káiser.

“En otras palabras, las personas son leales a las personas, no a ideales o sistemas de gobierno”, reflexionó Yang, dedicando una parte de sus neuronas a lo que no podría llamarse asuntos urgentes, incluso en medio del intenso torbellino de batalla.

¿Por qué pelear en absoluto? Incluso Yang, un artista cuyo medio era el combate, reflexionaba constantemente sobre esta cuestión. Sin embargo, cuanto más lo perseguía lógicamente, más convencido estaba de que luchar no tenía sentido.

Para desdibujar este “por qué”, el núcleo más importante de esa lógica, y apelar a la emoción en cambio, era dedicarse a la demagogia. Desde la antigüedad, las guerras enraizadas en el odio religioso siempre habían visto el combate más feroz y la menor misericordia, porque la voluntad de luchar estaba enraizada en la emoción más que en el principio. El odio a los enemigos, la lealtad a los comandantes— todos estaban gobernados por la emoción. Yang tampoco se excluyó de este análisis: sabía que su propia lealtad a los principios de la gobernanza democrática también era, en parte, una simple enemistad hacia la autocracia.

La mayor preocupación de Yang con respecto a su pupilo, Julian Mintz, era que, después de seis años bajo la influencia de Yang, podría estar luchando

por Yang . Sin embargo, eso no serviría para nada, Yang. No quería que Julian odiara al enemigo y le encantara hacerles la guerra por lealtad personal a Yang. Quería que el objeto de esa lealtad fuera el pensamiento y la práctica democráticos.

¿Pero quería que Julian continuara la lucha contra el gobierno imperial incluso después de que el mismo Yang estuviera muerto? Aquí Yang vaciló. Después de todo, se había opuesto a que Julian se uniera al ejército en primer lugar. Al final, accedió a los deseos de Julian y le otorgó su permiso, y ahora reconoció el talento de Julian— pero a menudo lo lamentaba.

Yang Wen-li contenía multitudes, pero la mayor contradicción dentro de él era seguramente el hecho de que, a pesar de su tendencia a dedicar la mitad de su mente a reflexiones abstractas como estas, incluso en una batalla campal, todavía estaba invicto. El enemigo antes que él ahora era el genio militar Reinhard von Lohengramm, un hombre que combinaba dentro de él el espíritu de Marte y la mente de Minerva— y sin embargo, incluso este indomable conquistador había demostrado ser incapaz de derrotar a esta “banda de mercenarios fugitivos”.

V

El 8 de mayo, la Flota Yang y la Armada Imperial todavía estaban encerrados en combate. La intervención de Müller obligó a Yang a retirarse temporalmente, pero no hubo un cambio dramático en la suerte de ninguno de los bandos. A diferencia de la Guerra Vermillion, Yang no se había sorprendido de que Müller se uniera a la refriega, y estaba listo con contramedidas.

“Aliados de proa y popa, babor y estribor, arriba y abajo, tan densos que no podemos ver más allá de ellos — entonces, ¿por qué el otro lado tiene la ventaja?”, Murmuró el oficial de personal de Mittermeier, el almirante Büro, frustrado y decepcionado. Fue justo como dijo Büro: a pesar de

disfrutar de su superioridad numérica habitual, la Armada Imperial no pudo aprovechar la iniciativa de la Flota Yang.

En comparación con la guerra en la Región Estelar Vermillion hace un año, la Batalla del Corredor fue una serie de escaramuzas y maniobras temporales y espacialmente pequeñas pero intensas. La grave desventaja numérica de Yang le dejó solo una ruta hacia la victoria: dividir al enemigo con campos minados y fuego concentrado, y luego destruir las piezas una por una, espaciando cuidadosamente las batallas a tiempo. Incluso Müller no podía mover sus fuerzas libremente, y se vio obligado a soportar una serie interminable de enfrentamientos localizados.

Tales fueron las condiciones brutales bajo las cuales el informe de la muerte de Mittermeier llegó al puente de la nave insignia de la flota de la Armada Imperial *Brünhild*, envolviéndolo en un horror gris. Por un momento, el guardaespaldas de Reinhard, Emil, creyó ver que el cabello dorado del kaiser se volvía plateado. La cara de Von Reuentahl se puso pálida, como si el azul pálido de su ojo se estuviera diluyendo, y tuviera que estabilizar su forma demacrada con un brazo en la consola de comando de Reinhard. El temblor de ese brazo se transmitió en diminutas vibraciones a través de la consola al propio Káiser.

“Aparentemente tengo la suerte de Loki, porque aún permanezco en este mundo. Los cañones del enemigo aún no han forzado a abrir las puertas de Valhala aquí...”

Esta transmisión del propio Mittermeier negando el informe falso devolvió la vitalidad a la sede. La nave insignia de Mittermeier, *Beowulf*, permaneció a la cabeza de la Armada Imperial, herido pero intacto.

En este momento, Reinhard tomó la decisión de ejecutar la horrible estrategia final que le quedaba.

El 10 de mayo, se levantó el telón en el segundo acto de la Batalla del Corredor, aunque había comenzado el día anterior, en la Conferencia Imperial. Los miembros del alto mando de la Armada Imperial que se reunieron en presencia del káiser ahora incluían solo a los mariscales von

Reuentahl y Mittermeier, los almirantes mayores Müller, Wittenfeld y von Eisenach, y algunos oficiales de alto rango directamente adscritos a la sede. Mittermeier no pudo reprimir una punzada de tristeza por lo sola que estaba la escena en comparación con las conferencias pasadas. Incluso desde el comienzo de esta batalla, ya habían perdido a Fahrenheit y Steinmetz. ¿Incluso el Káiser Reinhard se había imaginado que, después de que la Alianza de Planetas Libres fuera destruida, Yang Wen-li y sus aliados — políticamente nada más que el último suspiro de la alianza — forzarían una lucha tan amarga en el imperio? Además, a la luz de las diferencias en la capacidad y los objetivos militares, había que reconocer que hasta ahora la Armada Imperial estaba en el lado perdedor de la lucha.

Reinhard abrió la conferencia al anunciar el ascenso póstumo de Steinmetz a mariscal, junto con el nombramiento de su nuevo asesor jefe, la condesa Hildegard “Hilda” von Mariendorf, quien sería nombrada vicealmirante. Como había predicho, nadie se opuso a su decisión sobre este asunto, aunque algunos fueron, por supuesto, más acogedores que otros. Hilda notó que los ojos heterocromáticos de von Reuentahl en particular mostraron poco entusiasmo, pero tal vez solo estaba siendo demasiado sensible.

“Nunca, en todas mis batallas, he sido recompensado por adoptar una actitud pasiva”, dijo Reinhard. “Cuando he olvidado esto, Marte nunca ha fallado en castigarme. Esto, estoy seguro, es la razón por la que la victoria nos elude ahora”.

Sus mejillas ardían como si contuvieran el sol dentro de ellas. La intensidad de su color hizo que Hilda se sintiera incómoda. Le parecía más que el resultado de la agitación mental sola.

Ignorando la mirada preocupada de Hilda, Reinhard continuó con su apasionada declamación.

“Yang Wen-li ha utilizado la estrecha topografía del corredor contra nosotros, forzando una formación de columnas sobre nosotros y atacando a nuestras fuerzas en masa. Busqué una respuesta elegante a sus diseños, pero en esto me equivoqué. Debemos aplastar su resistencia de frente para asegurarnos de que nunca más se levante. Ese, estoy seguro, es el camino

que yo —y mi armada —debemos tomar ahora”.

A las 0645 horas del 11 de mayo, la Armada Imperial comenzó un nuevo ataque basado en un patrón de onda. Yang Wen-li sintió que se le helaba la sangre. Esto era precisamente lo que más había temido.

Estratégicamente, era el colmo de la simplicidad. Enviar una columna hacia adelante en una carga, estableciendo fuego concentrado. Haga que la columna gire justo antes de alcanzar al enemigo y luego retírese, continuando bombardeando al enemigo. Una vez que la primera columna haya retrocedido, envíe una segunda columna y luego una tercera. Mantenga la cadena en marcha y espere a que el enemigo sucumba a la fatiga, el desgaste o simplemente la falta de suministros.

La flota Yang estaba en una grave desventaja en estos términos. Enfrentando esta estrategia, sus capacidades militares se reducirían lentamente, se desgastarían y se consumirían hasta que los restos finalmente se derritieran en el vacío cósmico.

El mejor curso de acción probablemente hubiera sido recurrir a la fortaleza de Iserlohn y usar su batería principal, el martillo de Thor, para hacer frente a los ataques de ola del imperio. Esta fue la sugerencia de Merkatz, y Attenborough estuvo de acuerdo. Yang también quería hacer exactamente eso, pero Müller, comandante de la primera formación reconstruida de la Armada Imperial, mantuvo el ataque sin interrupción y negó a la Flota Yang cualquier lugar para descansar. Si Yang retiraba sus fuerzas, estaba seguro de que Müller avanzaría y crearía una batalla mixta a través de la persecución paralela, cortándolas antes de que pudieran llegar a la fortaleza o sus cañones.

Yang podía leer tanto, y después de leerlo no pudo moverse. Ya estaba abrumado por la necesidad de contramedidas a nivel táctico: disparando contra las olas incesantemente merodeadoras, tapando los huecos que aparecían en las formaciones de su propio lado, enviando las fuerzas móviles directamente al centro de comando para rescatar a los aliados de

situaciones peligrosas, y así. Mantener ocupado a Yang — negándole la oportunidad de pensar una nueva estrategia mientras maximizaba su fatiga física y mental — era uno de los objetivos del imperio.

Después de mantener el ataque durante treinta horas seguidas, la Flota Müller finalmente se retiró. Müller estaba agotado, y su flota había sufrido daños por el fuego enemigo cada vez que se habían retirado, pero había negado con éxito a la Flota Yang la oportunidad de lanzar un ataque serio. El segundo grupo de ataque se colocó en posición: la gran fuerza comandada por el almirante Ernst von Eisenach. Eran casi tan numerosos como toda la Flota Yang, y apenas estaban cansados. Su primera ola disparó tan ferozmente que podrían haber estado tratando de vaciar sus tanques de energía, obligando a la Flota Yang a retirarse temporalmente. Luego aprovecharon esa oportunidad para saltar hacia adelante, cabalgando al borde del corredor para atacar a la Flota Yang desde su flanco.

El poderoso ataque lateral de Von Eisenach parecía dividir la división de Attenborough de la flota principal de Yang, proporcionando una amplia prueba de su habilidad como táctico.

“¡Si esto sigue así, estaremos aislados y rodeados por el enemigo! ¿Qué va a hacer el mariscal Yang?”, Dijo el comandante Lao, uno de los oficiales de personal de Attenborough, con la voz quebrada.

“Nunca temas”, dijo Attenborough con una sonrisa. “No se dan cuenta, pero se han tropezado con su propia tumba. Cierra la ruta de escape y golpéalos con fuerza”.

El comandante Lao parecía dudoso. No era pesimista por naturaleza, pero la tendencia parecía haber sido cultivada dentro de él a través del servicio como oficial de personal a hombres como Yang y Attenborough.

Sin embargo, en este caso sus temores parecían infundados. Tan pronto como la flota de Eisenach logró dividir las fuerzas de Yang, fueron expuestos a ataques desde ambos lados.

El comodoro Marino, ex capitán de la nave insignia *Hyperion* de Yang,

hundió colmillos de haz y misiles en el babor de von Eisenach, abriendo una herida que temporalmente llegó a las profundidades de la flota.

La nave insignia de Von Eisenach, *Vidar*, estaba rodeado de bolas de fuego y destellos de luz en tres lados mientras sus escoltas estallaban en llamas una por una. Von Eisenach parecía estar en crisis, pero no hizo nada más que arquear una ceja. Emitiendo con calma las órdenes que cerrarían la herida en el lado de su flota, incluso mientras se defendía del asalto de Marino, se desenganchó con éxito de la zona de peligro, reteniendo al enemigo con fuego fuerte.

Sin embargo, el daño a la flota de Eisenach no pudo ser ignorado. Cuando el personal de von Eisenach lo instó a retirarse, su labio tembló ligeramente. Tal vez estaba maldiciendo a Dios y al demonio dentro de su boca, pero ninguna onda de sonido llegó a los oídos de nadie. En cualquier caso, la retirada oportuna fue la base de la estrategia militar imperial, por lo que von Eisenach no impuso su propia voluntad — pero cuando la flota giró y se retiró, se aseguró de dejar huecos visibles en su formación.

Yang, por supuesto, resistió esta tentación. Por un lado, tenía demasiado que hacer antes de que llegara la próxima ola de ataques. Había naves para reabastecerse de armas, municiones, alimentos y energía; heridos para evacuar; y partes dañadas de las líneas de batalla que necesitaban refuerzo.

“Estamos llegando a nuestro límite”, dijo Caselnes. Asintiendo con la cabeza ante la advertencia, Yang terminó el reabastecimiento, la evacuación y el refuerzo, y luego rechazó con éxito un tercer ataque, esta vez de Bayerlein y Büro. De hecho, a las 2200, el 14 de mayo, la Flota Yang entró en la ofensiva, con la esperanza de desarmar a la Armada Imperial. Lograron sembrar suficiente confusión para retrasar temporalmente el cuarto ataque, un esfuerzo coordinado de los Black Lancers y la antigua flota de Fahrenheit.

Pero el ataque no se pudo evitar para siempre. La nave insignia de Wittenfeld, *Königs Tiger*, atacó a las 0440 el 15 de mayo con toda la dignidad y ferocidad que su nombre implicaba. No estaba solo, por supuesto, pero con solo un número limitado de los mejores pilotos, intentó

aplastar a la Flota Yang de un solo golpe. El genio militar de Wittenfeld demostró no solo la capacidad de respuesta de sus naves sino también su capacidad para localizar con precisión el centro de la flota enemiga y concentrar sus esfuerzos allí.

Yang detuvo la carga de su batallón de izquierda y acortó temporalmente las líneas de batalla para organizar un contraataque contra las fuerzas imperiales. Este fue un raro error de cálculo de su parte. Wittenfeld había sido completamente derrotado en su encuentro anterior, pero en lugar de atenuar su gusto por el combate, el recuerdo de esa pérdida alimentó la moral rugiente y las poderosas cargas con las que ahora buscaba recuperar ese honor perdido. Yang lo frenó con una pared de vigas y misiles, y luego jugó por un tiempo mientras ejecutaba un delicado cambio de formación. Evitando intencionalmente un ataque frontal, Yang sacudió el ataque de Wittenfeld ligeramente hacia el puerto, y luego hizo que Merkatz se moviera desde el flanco una vez que Wittenfeld había sido atraído.

Los Lanceros Negros quedaron completamente atrapados en una formación de pinzas — excepto que eran mucho más fuertes que las fuerzas que los tenían medio rodeados. Su número había disminuido, pero eso solo parecía fortalecer la unidad de su mando.

El fuego de cañón que devolvieron y las cargas de nave a nave que siguieron fueron asombrosos en su brutalidad. Las naves se desintegraron en el vacío, la tripulación y todo, fueron divididas por vigas, y fueron expulsadas de la zona de combate, perdiendo energía en corrientes incontrolables antes de finalmente explotar.

Yang resistió a los Lanceros Negros mientras lanzaba costados en la antigua flota de Fahrenheit y ejercía presión sobre los sistemas de comando del enemigo, gastando poder de fuego tan libremente que parecía que sus suministros y energía se agotarían por completo. Como resultado, el ataque de Wittenfeld alcanzó su límite y se hizo difícil de sostener.

Cuando los Black Lancers finalmente se retiraron, era 1920 el 15 de mayo.

Sin embargo, en términos de recursos humanos, la Flota Yang ya había

sufrido una pérdida insustituible. El vicealmirante Edwin Fischer, maestro de operaciones de flota, había sido asesinado. Wittenfeld podría haber estado apretando los dientes por no haber eliminado a Yang Wen-li, pero había golpeado una de las piernas de Yang por debajo de él. Un ataque sostenido contra la Armada Imperial ya no sería posible.

Si la Armada Imperial hubiera intentado otro ataque en todos los frentes, Yang se habría visto obligado a huir a la Fortaleza de Iserlohn. Pero incluso el káiser no era omnisciente. El lado imperial no tenía forma de saber que habían infligido una herida casi crítica a su enemigo.

Además, la alta dirección del ejército imperial tenía su propio secreto: Su Majestad el Káiser no estaba bien. La fiebre que había afectado a Reinhard repetidamente desde su coronación había vuelto el 16 de mayo, y von Reuentahl, como secretario general del Cuartel General del Comando Supremo, había consultado con Mittermeier e Hilda y había decidido que toda la flota se retiraría del corredor. El conocimiento de la enfermedad del káiser, por supuesto, no era abandonar la sede.

La visión estratégica de Von Reuentahl era más fría y más realista que la de Reinhard, particularmente con respecto a Yang Wen-li y sus aliados. Como lo vio, el káiser estaba desperdiciando una ventaja estratégica tremenda y cuidadosamente acumulada por una obsesión con la victoria táctica. No iría tan lejos como para llamarlo inútil, pero le pareció que Reinhard estaba buscando activamente un derramamiento de sangre que podría haberse evitado.

Aunque permaneció con los labios apretados como siempre, von Reuentahl no pudo evitar sentirse sorprendido cuando se dio cuenta de que Reinhard, el conquistador de toda la galaxia, había priorizado su deseo de batalla por encima de su tremendo intelecto y las conclusiones a las que había llegado. No era, pensó, que Reinhard amaba la guerra por naturaleza; más bien, la guerra era como un nutriente vital que el emperador de cabello dorado necesitaba para sobrevivir. ¿Y estas repetidas fiebres de los últimos tiempos no eran una señal de que el deseo ilimitado de ese espíritu dentro de él era demasiado poderoso para que su cuerpo lo soportara, por joven y saludable que fuera?

En cualquier caso, el 17 de mayo del 2 año del Nuevo Calendario Imperial, la Armada Imperial perdió dos millones de oficiales y hombres y 24,400 naves, ya que fue forzada ignominiosamente a salir del Corredor Iserlohn.

“Podemos conquistar una galaxia entera, pero no este hombre”, murmuró Mittermeier, ojos grises llenos de melancolía y agotamiento por las interminables batallas de vida o muerte.

Habían enviado vastas fuerzas al estrecho corredor y libraron una guerra de catorce días que terminó en la incapacidad de derrotar a un enemigo numéricamente inferior. Los dos grandes pilares de la Flota Yang — la Fortaleza Iserlohn y el propio Yang Wen-li — seguían en pie.

Yang Wen-li no persiguió a la flota imperial cuando supo que se estaba retirando. No había eslabones débiles en el mando de von Reuentahl y Mittermeier de sus fuerzas, y Müller estaba vigilando la retaguardia de toda la Armada Imperial, a punto de contraatacar cuando fuera necesario. Los días de lucha sin descanso también habían dejado a la Flota Yang en un extremo de agotamiento y desgaste. Por encima de todo, Yang todavía estaba profundamente sacudido por la muerte de Fischer.

Cuando llegaron esas terribles noticias, Attenborough se volvió hacia el oficial de su equipo Lao y lanzó un suspiro inusualmente profundo.

“Eso es un golpe. Nuestra carta estelar viva es ahora una carta estelar muerta. No podremos hacer una caminata en el bosque sin él”.

Fischer había sido reservado y modesto por naturaleza, pero todos sabían su importancia para el destino de la Flota Yang. Yang nunca había perdido una vez en el nivel táctico, y este milagro había sido posible gracias a la capacidad de Fischer de sincronizar sin problemas los movimientos de la flota con el pensamiento poco ortodoxo de Yang. Su destreza incomparable en las operaciones de la flota y la disposición de Yang de dejarlo hacer ejercicio habían sido una combinación ideal, permitiendo que ambos

demostrarán sus habilidades y mantuvieran un registro impecable de victoria.

Yang se puso las gafas de sol, se llevó las manos a la frente con los dedos entrelazados y se quedó así inmóvil por un momento. Parecía lamentarse en parte por la muerte de Fischer y contemplar en parte lo difícil que sería manejar la flota — lo esquivaba que sería la victoria, a partir de ese momento. Fischer fue el primero de los líderes de la Flota Yang en morir en la batalla, y los otros oficiales lo tomaron como un mal presagio, como si el petróleo que alimenta la lámpara de la suerte subyacente en su invicto finalmente se haya agotado.

El 18 de mayo, la Flota Yang se separó del campo de batalla y comenzó su regreso a la Fortaleza Iserlohn. Pero luego se les lanzó un nuevo susto.

“¡Un mensaje del Káiser Reinhard!”, Dijo el oficial de comunicaciones a bordo de *Ulises*. “Él-él...” La calma profesional con la que el oficial había comenzado su oración le falló, por lo que Julian Mintz tomó la placa de comunicaciones y la giró hacia él. Ahora él también necesitaba unos momentos para ordenar sus sentimientos y volver a expresar su razón. Con las mejillas sonrojadas, le transmitió la noticia a Yang que estaba a su lado.

“Un mensaje del Káiser Reinhard. ¡Propone un alto el fuego y una reunión!”

El personal se miró uno al otro en rápida sucesión antes de que sus miradas finalmente se posaran en un solo objeto compartido. Yang Wen-li todavía estaba sentado con las piernas cruzadas en su consola de comando, abanicando su cara con su boina negra, y cuando dejó de abanicarse, se pasó la otra mano por el pelo negro.

CAPÍTULO 05: EL MAGO DESAPARECE

I

YANG WEN-LI NO RESPONDIÓ INMEDIATAMENTE a la propuesta de L. Káiser Reinhard de que se reunieran. Esto no se debió a una rumia prolongada sobre el asunto. Su agotamiento físico y mental después de días de lucha fue simplemente tan severo que ni la conmoción ni el júbilo pudieron mantener a raya el sueño. Si Yang mismo había llegado a este punto, no era sorprendente que todos los oficiales de su personal sintieran lo mismo— con la excepción de von Schönkopf, que había pasado la batalla mirando descaradamente desde la barrera.

“Quiero mi cama. Ni siquiera me importa si no hay mujer en él “, dijo Olivier Poplin, como si renunciara a la mitad de su vida.

“Cualquiera que me despierte se enfrentará al pelotón de fusilamiento como contrarrevolucionario”, dijo Dusty Attenborough, ya medio dormido cuando desapareció en sus habitaciones.

Incluso el sobrio Merkatz dio el mínimo de órdenes y luego se retiró a sus aposentos. “Olvida un futuro infinito”, murmuró. “En este momento me conformaría con una buena noche de sueño”.

El ayudante de Merkatz, von Schneider, hizo una mueca. “¿Qué piensa hacer si el enemigo ataca nuevamente? Aun así, supongo que la muerte no es tan diferente del sueño, en realidad”. Con este razonamiento bastante

alarmante, se tambaleó hacia sus propias habitaciones, pero debió haber gastado su última fuerza en el camino, porque se quedó dormido en el ascensor, apoyado contra una pared.

Quedaba a cargo Alex Caselnes, quien ahora sacudió la cabeza.

“Necesitaremos al menos un millón de princesas para despertar a todas estas bellezas dormidas”, dijo.

Von Schönkopf fue el único que desembarcó de *Ulises* con los pies firmes.

“Si necesita ayuda, almirante Caselnes, me ofrezco como voluntario para convocar a todas las mujeres soldados a la tierra de Nod”, dijo con un guiño. Cuando Caselnes ignoró esta conmovedora propuesta, se alejó para ocupar la barra vacía.

Así el hombre de arena roció el polvo del sueño en la fortaleza de Iserlohn. Yang y Frederica, Julian, Karin, los oficiales del personal, todos se arrojaron al pozo del sueño y se deslizaron bajo la línea de flotación de la realidad. Como von Schneider reflexionó con inquietud antes de que la última de sus razones sucumbiera a la fatiga, si la Armada Imperial atacara en ese momento, la inexpugnable Fortaleza Iserlohn habría tenido que eliminar el “Im-” de su epíteto.

Sin embargo, la Armada Imperial, por supuesto, también estaba extremadamente fatigada y permanecería sin dormir hasta que la Flota Müller, que aún vigilaba la retaguardia, se retirara por completo del campo de batalla. Su evaluación de la capacidad de lucha de la facción de Yang fue precisa o mejor, por lo que no pudieron relajar la guardia ante la posibilidad de un ataque furtivo o una emboscada. Cuando finalmente se aseguró su seguridad, Müller cayó directamente en la cama, pero no enfrentó críticas por ello.

Una vez que descansaron, la Flota Yang salió de sus habitaciones como un ejército de niños hambrientos, llenando cada desastre y cafetería en la fortaleza. Los oficiales y las tropas alistadas parecían refugiados — a excepción de Olivier Poplin, que se tomó la molestia de afeitarse e incluso

ponerse colonia antes de aparecer en público. Por supuesto, en el tiempo que pasó en esta preparación innecesaria, el desorden del oficial se llenó al máximo y se vio obligado a devorar su estofado blanco parado en el pasillo.

“Una ilustración de libro de texto de esfuerzo desperdiciado”, fue la evaluación de von Schönkopf.

A las 1330 el 20 de mayo, los oficiales de personal finalmente estaban listos para considerar la propuesta del Káiser Reinhard.

Cuando las partículas aromáticas de tres tazas de té y cinco veces más café chocaron en la sala de conferencias, comenzó la discusión, pero de hecho Yang ya había tomado una decisión. Inducir al káiser a negociar siempre había sido el objetivo final de la guerra de Yang.

“Primero arrastramos al káiser al corredor de Iserlohn, luego lo arrastramos a la mesa de negociaciones. Ojalá pudiéramos ponerle unos patines plateados para hacernos las cosas más fáciles”.

Cuando Yang explicó su estrategia política y militar fundamental de esta manera, los oficiales de su personal no estaban seguros de sí asentir solemnemente o tratarlo como una broma. Ninguno de ellos estaba dispuesto a defender el espíritu de la democracia hasta el último soldado. Para sobrevivir y extraer un compromiso político de la casa de Lohengramm era por lo que tenían que ganar. Esto, por muy exasperante que parezca para los extraños, fue la razón por la que pelearon.

“Después de todo, el viejo Büro ya nos golpeó hasta la muerte del héroe”, dijo Dusty Attenborough, ni bromeando ni completamente en serio. “Nadie nos elogiará por un suicidio imitador. Si no vivimos vigorosamente y bien, somos los perdedores”.

La Flota Yang era propensa a este tipo de humor negro levemente insípido, pero era cierto que ninguno de los líderes de la flota tenía tanto “principio” que se condenarían a la destrucción al rechazar el compromiso con un dictador sin tener en cuenta la relación de poder involucrada.

En consecuencia, el mensaje del propio Káiser Reinhard debía ser bienvenido. Pero no estaban en la afortunada posición de poder confiar en ello inocentemente. La sospecha de que el Káiser estaba poniendo una trampa inevitablemente estableció el tono básico para la discusión. Incluso si la Armada Imperial hubiera perdido la esperanza de resolver la situación a través de la fuerza militar, su nuevo rumbo no necesariamente sería del todo compatible con los objetivos de la Flota Yang.

“Quizás solo están usando esta charla sobre una conferencia y un alto el fuego y qué tiene para atraer al comandante de la Fortaleza Iserlohn y asesinarlo”, dijo el vicealmirante Murai. Al comenzar la discusión de esta manera, estaba actuando algo así como un químico experimental que busca extraer contraargumentos e incertidumbres.

Yang se quitó la boina negra y la giró una y otra vez en sus manos.

Von Schönkopf devolvió su taza de café a su plato después de un sorbo, tal vez no lo encontró a su gusto.

“Improbable, creo”, dijo. “Así no es cómo funciona el káiser. Nuestro chico de cabello dorado tiene demasiado orgullo para recurrir al asesinato, incluso si ha fallado en el campo de batalla”.

Von Schönkopf habló despectivamente del mayor conquistador de la historia, pero, a su manera indirecta, admitió que el marco de la psique de Reinhard contenía poco en el camino de la mentira.

“Eso puede ser cierto para el káiser”, dijo Poplin, quien probablemente no se hubiera molestado en discutir si alguien más que von Schönkopf hubiera hecho el comentario. “Pero seguramente tiene algunas personas en el personal cuyos valores son un poco diferentes. Han visto mucho derramamiento de sangre y ninguna victoria para demostrarlo. La reputación del káiser como genio militar también debe estar sufriendo. Un exceso de lealtad y una escasez de buen juicio podrían inspirar a algunos de ellos al engaño”.

Julian se sentó en silencio, mirando a Yang mientras se desarrollaba el

debate. Podía sentir que Yang ya tenía la intención de aceptar la propuesta del káiser. Lo que preocupaba a Julian ahora era una pregunta: cuando Yang fuera a encontrarse con Reinhard, ¿iría Julian con él?

Aun así— el káiser disfrutaba la batalla. ¿Por qué de repente concebía el deseo de resolver las diferencias hablando? Esto estaba más allá de la capacidad de discernimiento de Julian.

“El magnífico Káiser Reinhard von Lohengramm conocía bien la victoria pero no sabía nada de la paz” fue una de las críticas más mordaces lanzadas al káiser por los historiadores de épocas posteriores. Aunque no fue necesariamente justo u objetivo, cortó una faceta del brillante diamante de la individualidad de Reinhard. Por lo menos, la falsedad de lo contrario de la declaración era un hecho innegable.

La mujer diestra y teniente de Reinhard, Hildegard von Mariendorf, se sorprendió tanto como cualquiera al saber que el febril Káiser había solicitado una reunión con Yang Wen-li desde su lecho de enfermo. Tal reunión era algo que había esperado pero que nunca esperó ver. En más de una ocasión, mientras Reinhard se preparaba para la Batalla del Corredor, ella lo había instado a que tomara ese camino para evitar un derramamiento de sangre sin sentido.

“Dudo que Yang Wen-li quiera toda la galaxia”, dijo. “Si es necesaria una concesión para él, entonces Su Majestad tiene la autoridad y, si puedo ser tan audaz, el deber de ofrecerlo”.

El Káiser había recogido el cabello dorado que le caía sobre la frente y se volvió para mirar a su hermosa secretaria en jefe.

“Fräulein von Mariendorf”, dijo. “Parece que estás argumentando que la responsabilidad de haber hecho una rata acorralada de Yang Wen-li recae en mí”.

“Sí, Su Majestad. Eso es lo que quiero decir”.

Reinhard aceptó la reprimenda de Hilda con una expresión más herida que disgustada. Incluso su ceño herido era elegante y juvenil.

“Fräulein, eres el único ser vivo que se atreve a hablar con franqueza al gobernante de la galaxia. Hay que alabar su valentía y franqueza, pero no piense que siempre serán bienvenidos”.

Dos cosas impidieron que Hilda insistiera más en su punto: su conocimiento de lo que le daba a Reinhard alimento espiritual, y su constante aprensión de que perder esto podría significar perder su razón de ser. Y, sin embargo, si derrotara a Yang Wen-li en la batalla como deseaba fervientemente, perfeccionando su dominio sobre la galaxia, ¿a dónde irían esos ojos azul hielo? ¿Para qué alcanzarían esas manos justas? Por muy perspicaz que fuera, a Hilda le resultaba imposible prever.

La había aliviado la decisión de retirar la flota sin revelar la enfermedad de Reinhard. Su fiebre se debió al exceso de trabajo en lugar de cualquier patología problemática, pero al menos la fase final de la guerra se había pospuesto.

Quizás no era correcto pensar tales cosas. Sin duda, debería alegrarse ante la idea de una solución pacífica del problema que enfrenta el káiser y su imperio, y rezar por su éxito. Evitar prolongar la lucha en sí misma siempre había sido su objetivo.

Sin embargo, algunas cosas sobre el desarrollo no le sentaron bien. Junto con el resto del personal del cuartel general imperial, ella le había aconsejado a Reinhard que tomara este curso de acción muchas veces antes, pero él siempre lo rechazó con su acostumbrada grandeza, obsesionado con la idea de obligar a Yang a arrodillarse ante la confrontación directamente. Si no fuera por esta fiebre, habría mantenido este curso y continuó el derramamiento de sangre hasta que Yang fuera enterrado y Reinhard pudiera seguir adelante. Atacar repetidamente con mayor fuerza de la que tu enemigo podría recuperarse para desgastarlos y, en última instancia, eliminarlos no era en sí una estrategia equivocada — entonces, ¿por qué Reinhard se había apartado de su espíritu original de “sangre y acero”?

Seguramente no fue porque la fiebre había debilitado su voluntad...

Acostado en la cama, Reinhard respondió la pregunta que vio en los ojos de Hilda. “Era Kircheis”, dijo. “Vino a advertirme”.

El joven emperador de cabello dorado era bastante serio. Hilda lo miró hasta que se dio cuenta de su propia grosería al hacerlo. La fiebre le había dado a sus mejillas de porcelana un color pálido como el rastro persistente de un beso de la diosa del amanecer.

“‘No más’”, me dijo. ‘Termina su guerra con Yang Wen-li’. Todavía me da consejos, incluso en la muerte...”

Reinhard parecía no darse cuenta de que la autoridad y la formalidad que usaba al tratar con los vivos habían desaparecido de su discurso. Hilda guardó silencio. Estaba claro que no se esperaba respuesta.

Todo esto podría explicarse científicamente. A partir de los pensamientos y sentimientos que se mezclaban debajo de la superficie de la conciencia, múltiples corrientes habían surgido en una maraña. El dolor por los amigos perdidos para siempre, y el arrepentimiento cada vez mayor que lo acompaña por sus propios errores. Respeto a Yang Wen-li como enemigo. Auto-recriminación sobre Fahrenheit, Steinmetz y los millones de personas que habían muerto en el corredor. Irritación por el ritmo de cambio sin precedentes lento en la batalla en general. Interés profesional como estrategia en si había una forma más efectiva que la guerra para resolver el asunto.

A partir de este caos, las partes más claras se unificaron y cristalizaron en la persona de Siegfried Kircheis. Reinhard había antropomorfizado inconscientemente la forma más efectiva de derrotar su propia terquedad en la discusión y cambiar su actitud...

Un análisis del fenómeno seguiría a lo largo de estas líneas. Pero Hilda sabía muy bien que hay momentos en este mundo en los que es mejor no analizar. Siegfried Kircheis había aparecido en un sueño y lo instó a detener la guerra: aunque medieval, esta interpretación era suficiente y de hecho

correcta. Si Kircheis hubiera estado vivo, sin duda habría hecho la misma recomendación que un amigo jurado del káiser y un vasallo de alto rango del imperio.

“Bien, entonces, Kircheis. Como de costumbre, te saldrás con la tuya. Naciste solo dos meses antes que yo, pero siempre estabas jugando a ser hermano mayor y rompiendo mis peleas. Ahora soy el mayor porque has dejado de envejecer— pero está bien. Intentaré hablar con Yang. Sin embargo, eso es todo lo que puede llegar. No puedo prometer que las conversaciones no se interrumpirán”.

Al final, lo que había sido imposible para Hilda, Mittermeier y von Reuentahl, un espíritu de los muertos había logrado. Al darse cuenta de esto, Hilda sintió como si le hubieran dado un vistazo repentino a las emociones vacilantes de varios de los asesores que rodeaban al káiser.

Al ver que la discusión entre Su Majestad el Káiser y Fräulein von Mariendorf había llegado a su fin, el guardaespaldas del káiser Emil von Selle sacó leche caliente con miel para el enfermo. La fragancia no restauró por completo la alegría de Hilda.

No era que Reinhard fuera desinteresado o irresponsable sobre la gobernanza. Era un administrador concienzudo, y esto se podía ver tanto en su actitud como en sus resultados. Pero él era, fundamentalmente, un militar. Reinhard el burócrata fue producto del esfuerzo consciente, mientras que Reinhard el guerrero fue natural. En consecuencia, donde sea que ejerciera la autoridad, en todo su imperio, la estrategia militar siempre tenía prioridad sobre su contraparte política. En este momento, en el límite de su psique, había una parte de él que rechazaba la idea de hablar con Yang.

“En parte debido a mi inutilidad de enfermarme, nuestros oficiales y tropas están agotados y se están quedando sin suministros”, dijo. “Las conversaciones con Yang no necesariamente significan compromiso. Debemos ganar tiempo para terminar de prepararnos para la próxima

batalla”.

Algunos de sus almirantes se sintieron aliviados al escuchar sobre las conversaciones, mientras que otros pensaron que eran lamentables. Wittenfeld, que había logrado la mayor victoria en el campo de batalla sin siquiera darse cuenta, luchó por controlar su deseo de combate. “Las negociaciones están destinadas a romperse”, dijo Wittenfeld, públicamente, si no en voz alta. “Cuando eso ocurra, volveremos a la ofensiva de inmediato”. Aquellos que habían servido bajo Fahrenheit y Steinmetz también tuvieron dificultades para controlar su deseo de vengar a sus comandantes caídos. Reconociendo el peligro genuino de que las cosas pudieran explotar, Mittermeier decidió intervenir y comenzó a reorganizar las dos flotas. Los ojos grises del Gale Wolf tenían el poder de silenciar a los hombres dos pies más altos que él a simple vista.

Mittermeier cumpliría treinta y dos ese año. Ya había ascendido al rango de mariscal imperial y, como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, estaba en los niveles más altos de mando del ejército imperial. Para la mayoría de las tropas, tenía una posición vertiginosamente alta y, sin embargo, parecía incluso más joven que sus años. Se movía con ligereza y agilidad, y no era demasiado formal con los hombres y mujeres alistados.

Más que un simple táctico, Mittermeier también disfrutó de una visión estratégica. Cuando los restos de la Alianza de Planetas Libres se reunieron en la Fortaleza de Iserlohn y en el sistema El Fácil, él sabía que sus desventajas solo crecerían. El imperio siempre había sabido dónde estaban concentrados sus enemigos, y aunque atacarlos había resultado difícil, bloquearlos habría sido fácil. Mittermeier no vio ninguna razón para insistir en la victoria a través de la fuerza militar, especialmente si requeriría tantos sacrificar sus vidas.

Además, las fuerzas reunidas en Iserlohn estaban unificadas por un grupo de individuos estrechamente vinculados centrados en Yang Wen-li. Si Yang dejara de existir, este grupo también podría desaparecer. Esta era la visión de Mittermeier de las cosas. Dicho en los términos más extremos, el imperio podría simplemente cerrar a Yang dentro del corredor y esperar pacientemente su muerte.

Por supuesto, problemas similares podrían verse en la Armada Imperial, y en la Dinastía Lohengramm. Si Reinhard fuera asesinado en la batalla, no había un líder en la esfera militar o política que pudiera tomar su lugar. Por esta razón, la fiebre y el confinamiento del káiser en la cama enviaron un viento helado incluso a través del valiente sistema nervioso de Mittermeier. El almirantazgo ni siquiera se vio obligado a evitar hacer público el hecho de que su retirada del Corredor Iserlohn se debió a la enfermedad de Reinhard. Si ese equipo de médicos pagados en exceso lo había diagnosticado correctamente como un esfuerzo excesivo — si el káiser juvenil ya estaba sobrecargado físicamente por energías psicológicas internas y obligaciones externas — ¿qué deparaba el futuro?

La dinastía Lohengramm podría terminar con su primera generación y sumergirlos a todos en el caos de la guerra. Mittermeier no pudo evitar desear que el káiser recuperara su salud y se casara. Nunca se le había ocurrido que una nueva era de conflicto le daría la oportunidad de hacerse con el poder. La idea misma habría sido ajena a este valiente general en el apogeo del mando imperial.

Mientras tanto, el amigo cercano de Mittermeier, Oskar von Reuentahl, había hecho un trabajo perfecto de supervisar a la fuerza expedicionaria como representante del káiser postrado en cama con apenas un murmullo de queja. Aparte de una sola observación a Mittermeier en el sentido de que el Káiser no era el tipo de hombre que moría de enfermedad, habría impresionado incluso al taciturno von Eisenach con el digno silencio en el que trabajaba, a menudo tomando solo vino blanco y queso para desayuno e involuntariamente dando a sus amigos cercanos algo de qué preocuparse. Aquí tuvo lugar un evento menor. El mariscal Paul von Oberstein, ministro de asuntos militares en el distante Phezzan, ofreció una opinión al káiser sobre un determinado asunto. El káiser rechazó de inmediato la sugerencia de von Oberstein. En sus detalles, revelados solo a Hilda y los otros dos mariscales, era casi idéntico al complot propuesto que Wittenfeld había rechazado furiosamente cuando un oficial de personal lo había hecho. En un aspecto, sin embargo, la visión de von Oberstein era aún más cínica. Dado que era poco probable que Yang viniera simplemente cuando se lo convocara, se debe enviar un asesor de alto rango al campamento de Yang

para servir primero como mensajero y luego como rehén. Mittermeier y von Reuentahl estaban demasiado desconcertados incluso para expresar sus críticas a esta noción.

A su llegada a la Armada Imperial, el desprevenido Yang debía ser asesinado para evitar más agonía. El lado de Yang se enfurecería y tomaría represalias matando a su rehén. En nombre de las represalias por ese asesinato, la Armada Imperial usaría la fuerza militar para reprimir a la facción Yang, ahora sin líder, y toda la galaxia se unificaría bajo la dinastía Lohengramm. Todo a través del sacrificio de un hombre... ¿Pero había un asesor principal que voluntariamente se ofrecería como rehén, sabiendo lo que le esperaba?

“Si no hay otros candidatos para el papel de mensajero, aceptaré esa responsabilidad yo mismo”, dijo von Oberstein. Esta oferta inquebrantable, casi indiferente de servir como el peón de sacrificio en su propia estratagema fue, tal vez, un ejemplo de por qué no podía ser descartado como simplemente insensible y cruel. Aun así, Mittermeier y von Reuentahl sintieron pocas ganas de alabarlo.

“Imagina ser forzado a un doble suicidio con von Oberstein, de todas las personas”, dijo Gale Wolf con veneno inusual. “Ni siquiera Yang tomaría eso de buen humor. De todos modos, ¿por qué Yang confiaría en von Oberstein en primer lugar, incluso si afirmara ser un mensajero?

El secretario general heterocromático añadió su propia tensión oscura al coro.

“No, digo que lo dejamos hacer lo que propone — siempre teniendo en cuenta que incluso si la gente de Yang lo mata, no tenemos la obligación de vengar al sujeto”.

“Me gusta eso. Olvídate de Yang Wen-li — si von Oberstein se hubiera ido, la galaxia estaría en paz, la dinastía Lohengramm florecería y todo estaría bien”. Ninguno de los dos esperaba el resultado del que hablaban, pero estaba claro que ninguno de los dos habría sido muy disgustado por ello tampoco. Era demasiado tarde para promulgar el plan de von Oberstein en

cualquier caso, pero se regocijaron por el honor que el káiser había demostrado al rechazarlo.

Mittermeier y von Reuentahl se ganaron su lugar en la historia militar como líderes destacados de vastos ejércitos — pero no todos lo veían — No podían saber que una intriga como la que había propuesto von Oberstein, pero incluso más baja, ya amenazaba a la galaxia como un hongo que se propaga rápidamente.

Los preparativos que ahora comenzaron a garantizar la comodidad de su honrado enemigo e invitado invitado fueron, al final, nada. Ninguno de los dos se encontraría con Yang Wen-li cara a cara.

II

A las 1200 el 25 de mayo, Yang Wen-li partió de la fortaleza de Iserlohn para su segundo encuentro con el Káiser Reinhard. Su transporte era *Leda II*, el mismo crucero que había usado cuando fue convocado para comparecer ante el gobierno de la alianza dos años antes. Como el barco lo había traído a casa sano y salvo de esa aventura, los oficiales de su personal lo habían instado nuevamente a él por buena suerte.

La cuestión del transporte se decidió con facilidad, pero el camino hacia la reunión no fue tan fácil. Von Schneider había planteado una nueva preocupación: incluso si se pudiera confiar en el honor del Káiser Reinhard como guerrero, ¿podrían serlo los oficiales de su personal? La Armada Imperial no estaba formada únicamente por personas de buena fe como el Mariscal Mittermeier. Algunos de ellos podrían ver esto como una oportunidad para asesinar a Yang, ya sea con el pretexto de lealtad al emperador o venganza por camaradas caídos.

Julian Mintz dudó por un momento, luego dijo: “Entonces iré, como representante del comandante, perdona mi presunción. Una vez que

conozca los detalles de las condiciones o propuestas sobre la mesa— el comandante puede llegar a la discusión propiamente dicha”.

Yang negó con la cabeza.

“No funcionará”, dijo. “Lo siento, Julian”.

El káiser había solicitado un diálogo de iguales, explicó. Enviar a Julian primero sería un insulto. Si el káiser se sintió tan insultado que se retractó de su propuesta, la posibilidad de paz podría perderse para siempre. No tenían ninguna posibilidad de ganar otra batalla frontal con la Armada Imperial en su estado actual. Habían sufrido pérdidas irremplazables, las tropas sobrevivientes aún estaban agotadas, y el reabastecimiento llevaría tiempo, dada la capacidad de producción de Iserlohn. Aún no habían comenzado el mantenimiento de la flota.

Lo que más enfatizó Yang fue la degradación de la movilidad de la flota tras la muerte del vicealmirante Fischer.

Sin Fischer, el comodoro Marino fue el favorito para la tarea de reorganizar y administrar la flota. Marino era un comandante talentoso, pero sus logros y confianza entre las tropas no podían compararse con los de su predecesor. Yang dudaba mucho de que la flota pudiera maniobrar tan perfectamente como lo había hecho con Fischer en su próxima batalla. Esta pérdida de confianza fue una de las razones por las que Yang se sintió incapaz de rechazar la solicitud de conversaciones de Reinhard.

“No podemos ganar solo con la planificación táctica. Si la flota no puede ejecutar los planes al pie de la letra, no tendremos suerte. Rechazar la oferta del káiser y volver a la batalla sería un suicidio”.

Los oficiales del personal no respondieron a esto. Ellos también sintieron profundamente el tremendo golpe de la muerte de Fischer. También entendieron que el objetivo final de Yang era la paz. Cuando sopesaron los méritos de reunirse con el Káiser para conversar en lugar de rechazarlo sin más, en última instancia, la primera fue la única opción.

“Muy bien”, dijo Caselnes. “De todos modos, para el Káiser llamar a un alto el fuego es una victoria para nosotros. Y, aunque no tenemos garantía de que las conversaciones tengan éxito, al menos nos darán espacio para respirar. Incluso podríamos ver la acción de la guerrilla contra el imperio estallar en Phezzan o en el antiguo territorio de la alianza durante ese tiempo, fortaleciendo aún más nuestra ventaja. No es que debamos esperar demasiado”.

Todos los oficiales del personal asintieron eventualmente ante el resumen decididamente optimista de Caselnes, aunque algunos tardaron más que otros.

La discusión se centró en el asunto del séquito de Yang.

Los oficiales inmediatamente comenzaron a recomendarse a sí mismos y a otros para la tarea. Por mucho que denunciaron a Reinhard como una criatura de despotismo y dictadura militar, no podían negar el esplendor de su presencia. Ninguno de ellos estaba libre del deseo de contemplar al león dorado que conquista la galaxia con sus propios ojos.

La esposa de Yang, Frederica, lo habría acompañado, por supuesto, pero había contraído gripe y fiebre y la esposa de Caselnes, Hortense, quien era maestra de artes domésticas y maestra de medicina doméstica, le había recetado reposo en cama.

Su esposo también fue excluido de consideración, ya que todos sus esfuerzos serían necesarios para reconstruir las capacidades de la flota en combate. Del mismo modo, se requirió a von Schönkopf para fortalecer las defensas de la fortaleza. Attenborough tendría que comandar la flota en ausencia de Yang; No se podía esperar que Merkatz llamara a Reinhard “Su Alteza”; la posibilidad insignificante de un combate espacial haría superfluo a Poplin; y Murai sería necesario para supervisar a todos los demás: uno por uno, los oficiales fueron descartados sin piedad.

Al final, solo tres oficiales de alto rango fueron elegidos para acompañar a Yang: su suboficial de almirante Patrichev; Comandante Blumhardt, líder del Ritter Rosen; y teniente comandante “Soul” Soulzzcuaritter, ex

ayudante del mariscal Alexandor Bucock.

El pequeño tamaño del séquito de Yang fue en parte para compensar el grupo descomunal elegido por Francesk Romskey, presidente del Gobierno Revolucionario de El Facil. Romskey también asistiría a las conversaciones y había elegido a más de diez hombres para que lo acompañaran. Esto, por supuesto, era el entendimiento oficial; Oliver Poplin, por su parte, creyó durante algún tiempo que realmente había sido excluido como alborotador.

“Blumhardt fue elegido como guardaespaldas y Soul como el antiguo representante de Bucock”, dijo Poplin. ¿Patrichev? Para que Yang se vea mejor, por supuesto. ¿De qué otro uso sería?

Todos quedaron sorprendidos por la ausencia de Julian Mintz en la lista: Yang estaba dejando atrás al que podría llamarse su teniente más importante. Quizás un conveniente sexto sentido había estado trabajando horas extras; tal vez, según la explicación oficial, quería que Julian sirviera como el delegado de Caselnes con exceso de trabajo; quizás von Schönkopf tenía razón en su sugerencia sardónica de que Yang no quería ser confundido con el asistente de Julian; o tal vez fue simplemente capricho.

“Cuida el lugar mientras estoy fuera, Julian”, dijo Yang.

La decepción llenó la cara del joven cuando asintió, no como un mensaje calculado, sino simplemente porque no había logrado ordenar sus propios sentimientos.

“Desearía poder decir ‘Déjame a mí’, pero no estoy contento de haber quedado atrás. ¿No te sería de alguna utilidad? ¿Por qué el almirante Patrichev...?”

¿Por qué elegir Patrichev sobre mí? Era el orgullo de Julian hablar. No estaba completamente sin conciencia de esto, y se sintió enrojecer bajo la mirada de Yang. Yang sonrió ampliamente y se pellizcó la mejilla.

“Eres un tonto”, dijo Yang. “¿No te das cuenta de cuánto tiempo he estado confiando en ti? Desde que llegaste a vivir conmigo, de hecho, arrastraste ese baúl que era más grande que tú.”

“Gracias. Pero...”

“Si no pudiera ir, te pediría que vayas en mi lugar. Pero puedo ir— así que lo haré. Eso es todo al respecto.”

“Entendido. Estaré a la espera de buenas noticias. Por favor ten cuidado.”

“Claro. Por cierto, Julian—”

“¿Sí señor?”

Yang se acercó y bajó la voz a un susurro puntiagudo. “¿Prefieres la hija de Caselnes o la de von Schönkopf? Se honesto. Necesito saber hacia dónde te diriges para poder comenzar a prepararme”.

“¡Comandante!”

La cara de Julian ardía lo suficiente como para sorprenderlo incluso a él. Yang lo notó bien y silbó alegremente, si no hábilmente. Momentos como este eran cuando él parecía ser el hombre para liderar casos desesperados como von Schönkopf y Poplin.

Luego, Yang fue a visitar a su esposa en su cama de enferma. Hortense Caselnes y sus dos hijas ya estaban al lado de Frederica. Charlotte Phyllis, la mayor de las chicas, estaba pelando una manzana cuando Yang entró. Observó que su instalación con un cuchillo de frutas rivalizaba con la de Frederica.

“Bueno, Frederica”, dijo Yang, “me voy a encontrar con el hombre más hermoso de la galaxia. Nos vemos en unas dos semanas.”

“Cuídate. Oh, espera— tu cabello es un desastre”.

“¿A quién le va a importar?”

“¡Deberías, por lo menos! Después de todo, vas a conocer al segundo

hombre más hermoso de la galaxia”.

Frederica tomó un cepillo de su mesita de noche y rápidamente domesticó el cabello de Yang mientras Hortense miraba con discreción.

Dejando uno de sus besos típicamente ineptos en la mejilla febril de su esposa, Yang asintió a las mujeres Caselnes y salió de la habitación. Julian estaba esperando en el pasillo con la maleta de Yang.

Cuando la puerta se cerró, Charlotte Phyllis golpeó la rodilla de su madre con emoción y no poca emoción.

“¿Tú y papá alguna vez actuaste así, mamá?”, Preguntó ella.

Hortense miró de reojo a Frederica.

“Por supuesto que sí”, dijo con calma. “¿Pero ya no?”

“Bueno, Charlotte Phyllis, ¿ *regresa y practica* las cosas que aprendiste en el jardín de infantes ahora que estás en cuarto grado?”

Tal fue la separación de Julian de Yang. Una leve sombra de inquietud permaneció en el pecho del joven, pero fue superada por su fe en el honor del Káiser Reinhard. Poco sospechaba de la angustia que acechaba a pocos días de distancia. Al mirar directamente al sol que era Reinhard, había olvidado que el firmamento también tenía otras estrellas.

Tres días después de la partida de Yang, el comerciante independiente de Phezzanese, Boris Konev, se puso al alcance de las comunicaciones de la Fortaleza Iserlohn. Konev había estado cruzando el territorio de la antigua alianza y el área alrededor de Phezzan por encargo de Yang, reuniendo información y financiación para la Flota Yang. Su nave mantuvo silencio de radio para evitar los dragnets imperiales, y en realidad había pasado bastante cerca de *Leda II* unas treinta horas antes. Tan pronto como estableció contacto con la fortaleza de Iserlohn, las primeras palabras que

salieron de su boca fueron: “Quiero ver a Yang ahora mismo. ¿Aún está vivo?”

“Nunca has sido un gran comediante, pero este material es el peor”, dijo Poplin en su pantalla. “Me complace informar que la Muerte aparentemente está de vacaciones y que el comandante está vivo y bien”.

Solo se necesitaría el más pequeño de los relojes de arena para marcar el tiempo que tardó el goteo del sarcasmo en evaporarse de la voz de Poplin cuando su expresión cambió por completo. Konev transmitió malas noticias que encendieron lámparas de advertencia de color carmesí más profundo en las mentes del liderazgo de Iserlohn y causaron que incluso Gjallarhorn sonara en advertencia: Andrew Fork, arquitecto del desastre en Amritsar, había escapado de su hospital psiquiátrico y estaba empeñado en un nuevo objetivo: el asesinato de Yang Wen-li.

Attenborough arrojó su boina negra al suelo con rabia.

“¡Andrew Fork! ¡Maldita sea ese imbécil sin valor! ¿No estaba matando a veinte millones en Amritsar hace cuatro años no le fue suficiente para él? Si todavía no está satisfecho, ¿por qué no le hace un favor a la civilización y al medio ambiente y simplemente se *suicida* ?”

“Estoy seguro de que piensa en esto como el trabajo de su vida”, dijo von Schönkopf, con una voz oscura y amarga como el café hecho en exceso. “Vencer a Yang Wen-li, eso es. Sabe que sus logros no están a la altura, por lo que ha encontrado otra solución: asesinar a la competencia”.

Julian sintió un escalofrío subir y bajar dentro de él como un ascensor roto. ¿Andrew Fork estaba libre por su propio poder? ¿O alguien, o algún grupo, lo liberó? ¿Era realmente un loco solitario a la fuga, o era un juego monstruoso, con Fork nada más que un equilibrista cuya caída se había planeado desde el principio?

“Ve tras Yang y tráelo de vuelta”, dijo von Schönkopf a Julian. “Todo lo demás puede esperar. Un pequeño escuadrón sería lo mejor, no queremos poner nervioso al imperio”. Luego seleccionó a los hombres que

acompañarían a Julian en su misión.

Y así, con la confusión aún no completamente contenida, un escuadrón de acorazados de seis naves liderado por *Ulise s* partió de Iserlohn en busca de Yang. La confusión que dejaron a Caselnes para tratar. Lo que le resultó más difícil fue mantener las noticias de la esposa de Yang en su cama de enferma. Incluso para uno de los más grandes funcionarios en la historia de la Alianza de Planetas Libres, fue una gran pregunta.

III

Los asuntos que se habían estancado hasta el punto de semifluidez comenzaron a fluir de nuevo una vez más. Aunque todos corrían en la misma dirección, no había una orden general que gobernara los muchos cursos que describían.

“Todos esperaban la paz— paz bajo su propia autoridad”, escribió un historiador de una edad posterior. “Este objetivo común requería victorias individuales”. Esto era ampliamente correcto, pero Yang no tenía intención de insistir en la autoridad de su bando sobre el otro, lo que debería haber hecho posible un resultado constructivo de las conversaciones con Reinhard. O, más bien, si la comprensión y la cooperación no pudieran establecerse de esa manera, el único camino que quedaría abierto para ellos sería uno estéril, alimentado por el odio y conduciendo a la destrucción.

Es más, si Yang fuera asesinado, la ruta hacia la gobernabilidad democrática republicana se cerraría. ¿Estaba Andrew Fork tan motivado por las sobras de la competencia interpersonal que tenía la intención de matar la filosofía y el sistema que una vez afirmó apoyar? Julian Mintz buscó desesperadamente formas de evitar que el esquema sin fines de lucro de Fork llegue a buen puerto.

Los restos de una facción de alianza radical habían puesto sus ojos en la

vida de Yang Wen-li. ¿Qué pasaría si informara este hecho a la Armada Imperial y les hiciera proteger a Yang? Esta idea se le ocurrió a Julian después de dejar a Iserlohn, ya que estaba frustrado por los límites de su poder mientras viajaba.

Pero en el momento de pasar de la contemplación a la decisión, dudó. Confiar la vida de Yang a la Armada Imperial no era en sí mismo vergonzoso. La solicitud de un alto el fuego y las conversaciones habían sido suyas, por lo que la responsabilidad de garantizar la seguridad de Yang hasta su reunión con el káiser — de hecho, hasta que esa reunión terminara — recaía en ellos. En ese sentido, habría sido aceptable solicitar desde el principio que enviaran un batallón para escoltar a Yang al lugar de reunión.

Pero Julian no pudo reprimir un pensamiento aterrador.

Si elementos de la Armada Imperial tuvieran que aprovechar esto y dañar a Yang con el pretexto de protegerlo...

Seguramente hubo quienes en el lado imperial que vieron a Yang Wen-li como un impedimento para el proyecto imperial de unificación galáctica que deben ser eliminados, ya sea a través de la guerra o la traición. ¿Qué pasaría si se le acercaran hablando de protección, luego lo asesinaran y le echaran la culpa a Andrew Fork? ¿Cómo podría un loco fugitivo esperar asesinar a Yang, después de todo? Fuerzas poderosas seguramente estaban tirando de las cuerdas en el fondo. Por ejemplo, el mariscal von Oberstein, ministro de asuntos militares del imperio y fuente de las intrigas de la Armada Imperial...

Esto fue un prejuicio, o quizás una sobreestimación del propio von Oberstein. Era cierto que constantemente formulaba y proponía planes para aplastar a los enemigos del káiser y otros irritantes de la dinastía Lohengramm. Pero con respecto al peligro que enfrenta Yang el 1 de junio, 800 SE, sus manos estaban de hecho limpias.

En ese momento, von Oberstein todavía estaba en Phezzan, encontrando tiempo entre las interminables tareas requeridas por un ministro de asuntos militares para involucrarse en un cierto proyecto de su propio diseño. Por

supuesto, no lo había declarado públicamente, pero mientras mantuviera su silencio, no era natural suponer que podría estar conspirando contra Yang Wen-li, enemigo del imperio. Incluso si lo hubiera negado, es dudoso que lo hubieran creído. Su larga historia personal había fijado cierta impresión y opinión de él en la mente del público.

Julian no tenía ningún motivo real para temer o evitar a von Oberstein, pero esto fue resultado de otros factores. Para él, temer a un von Oberstein imaginado era bastante comprensible. Los contornos de la conspiración contra Yang fueron muy parecidos a los que Julian imaginó, incluso si los conspiradores mismos no lo fueran.

En resumen, Julian no pudo buscar ayuda de la Armada Imperial, y von Schönkopf sintió lo mismo. Eso dejó la acción encubierta como su única opción.

Y así, del 28 al 31 de mayo, el antiguo extremo de la alianza del Corredor Iserlohn y los sectores circundantes cayeron silenciosamente en el caos.

En algún lugar desconocido e incognoscible, aquellos que habían concebido y dirigido esta conspiración se retorcieron en secreto. A pesar de lo poco saludable y poco constructivo que había sido su trabajo, no se había completado sin el esfuerzo minucioso requerido. Habían protegido a Andrew Fork, imprimiendo un curso para derramar sangre sobre su psique desordenada vertiéndole cuidadosamente en el oído y luego en su corazón las innumerables justificaciones retóricas que habían preparado. Hecho esto, lo pusieron en un buque mercante armado y lo enviaron hacia Iserlohn. Como organización, apenas sobrevivieron a la destrucción de su sede religiosa, y este proyecto consumió todos sus recursos. Se tomaron el mayor cuidado para mantener sus esfuerzos en secreto de la Armada Imperial en particular, para que todo se redujera a nada. A este respecto, el juicio de Julián y los demás no fue correcto, pero solo aquellos que reclamaron la omnisciencia por sí mismos podrían haberlos criticado por ello.

“Su gracia...”

“¿Qué pasa?”

“Si se me permite preguntar, ¿es realmente seguro dejar el asesinato de Yang Wen-li a un no creyente como Fork?”

El arzobispo de Villiers miró el rostro pellizcado y dogmático del anciano obispo que había hecho la pregunta. Ocultando una sonrisa perezosa en su interior, dijo: “No te preocupes. Soy consciente de que Fork no es un hombre digno de una tarea tan importante. Esta vez, los objetivos de nuestra fe *deben* ser alcanzados”.

Su tono solemne y confiado solo fue suficiente para satisfacer al obispo, pero de Villiers continuó.

“Andrew Fork no es más que un maniquí de paja, hecho solo para ser quemado. El mérito de este hecho recaerá en los buenos y leales seguidores de nuestra fe. ¿Por qué deberíamos otorgar el honor de eliminar al líder militar más sabio de la galaxia a algún tonto pagano?”

Ese honor me pertenece con razón. El joven arzobispo no pronunció estas palabras, pero la luz que brillaba en el rabillo de sus ojos era lo suficientemente elocuente. La luz era más mundana que sagrada, pero su interrogador ya había bajado su cabeza gris en reverencia y no vio; él partió profundamente conmovido.

Para de Villiers, la fe de los terraistas era un medio para un fin, y la Iglesia de Terra en sí misma no era más que una manifestación concreta de ese medio. En sus actitudes y comportamiento irreligioso y calculador, la persona de De Villiers era, si acaso, un tipo universal que se encontraba mucho más allá de los estrechos confines de la iglesia. Si hubiera nacido solo un poco más cerca del planeta capital del Imperio Galáctico, Odín, seguramente se habría dedicado al avance en el servicio gubernamental o militar. Si hubiera nacido en la Alianza de Planetas Libres, podría haber elegido un camino que se adaptara a sus talentos, habilidades y ambiciones, ya sea política, industrial o académica— aunque si hubiera tenido éxito es

otra cuestión.

En cambio, había respirado por primera vez en un planeta distante en la periferia del imperio, que combinaba un vasto territorio con una filosofía implacable de gobierno. Además, ese planeta no estaba en el dominio del presente o del futuro, sino del pasado, lo que lo obligó a elegir medios más oscuros para levantarse de la posición miserable que se le imponía. ¿Y qué, pensó Villiers, podría estar equivocado al confiar su futuro a tales medios?

“¡Fork!”, Murmuró. “Si hubiera tenido la sensatez de morir después de graduarse de la escuela de oficiales, no habría tenido que vivir la vergonzosa vida que tuvo”. El desprecio por parte de quienes planean un asesinato para aquellos que llevarían a cabo la acción fue lejos de ser poco común. En este caso, de Villiers probablemente despreciaba a Fork por no haber aprovechado ninguna de las ricas posibilidades que se le ofrecen en la vida. El propio De Villiers ahora buscaba casi la única posibilidad que él mismo tenía en la Iglesia de Terra. Tendría que fortalecer su posición internamente mientras expandía su alcance en general.

Una teocracia con dominio sobre toda la humanidad. Un papa autocrático e impecable con autoridad absoluta sobre lo sagrado y lo profano. Si este magnífico fresco pudiera pintarse solo con sangre, de Villiers no veía razón para negarse a arrojarlo.

IV

¿Qué pensaba el propio Yang Wen-li que era probable que fuera asesinado?

Menos de un año antes, casi había sido despedido por el mismo gobierno al que servía. Si había sido capaz de detectar este peligro de antemano, no fue mirando una bola de cristal. Había percibido ojos vigilantes que no deberían haber estado allí en su luna de miel con Frederica, y cuando las cosas se intensificaron a una detención inadecuada, pudo analizar las razones.

Yang no era ni omnisciente, ni omnipotente, por lo que los límites de sus poderes proféticos se definieron por la información que pudo reunir y sus propios poderes de análisis. No le disgustaban los juegos intelectuales, por lo que había explorado la posibilidad de su propio asesinato desde una variedad de ángulos, pero también había límites para este proceso. Si hubiera podido discernir con precisión la verdad— que la Iglesia de Terra planeaba eliminarlo, usando a Andrew Fork como su herramienta— habría sido algo más que humano. En cualquier caso, se enfrentaba a un problema diferente que exigía su atención principal.

“Los que miran directamente al sol no tienen esperanza de ver a sus primos más débiles — y la concentración de Yang se fijó en el Káiser Reinhard”.

Así fue el juicio de épocas posteriores, y aunque enfatizó la grandeza de Reinhard más de lo necesario, su impulso fue correcto. Yang tuvo que pensar sobre todo en el carácter de Reinhard, sus inclinaciones; La Iglesia de Terra simplemente no llamó su atención.

Además, había ciertos patrones de pensamiento que solo tenían sentido dentro de la iglesia misma — específicamente, el temor de que Reinhard y Yang se coludieran, y el primero ordenaba a este último que pusiera a los Terraistas en su lugar. Yang tampoco tenía forma de saber que De Villiers estaba tramando su asesinato como una muestra de poder para fortalecer la posición del arzobispo. Yang había tomado nota de la iglesia incluso antes del descubrimiento de su relación con Phezzan, pero nunca podría haber deducido la intención asesina que albergaba hacia él a partir de lo que sabía.

También se aceptó comúnmente en ese momento que, si algún terrorista estuviera planeando ataques, el Káiser Reinhard sería su objetivo. Como no tenía esposa ni problema, la dinastía Lohengramm era esencialmente Reinhard y su círculo íntimo; si él muriera, la dinastía caería y la unidad galáctica se perdería. Cualquier asesinato de Reinhard sería llevado a cabo por alguien que se opuso a él como enemigo; sería un acto con razón, con significado. Seguramente hubo algunos que se mantuvieron leales a la dinastía Goldenbaum que él había depuesto.

¿Qué, por otro lado, tenía alguien que ganar al asesinar a Yang? Solo fortalecería el control de Reinhard sobre el poder al eliminar a su mayor enemigo.

En cualquier caso, incluso si había algún peligro, Yang no estaba en condiciones de rechazar una reunión con el Káiser Reinhard por esos motivos.

En declaraciones a su secretaria Hilda — la condesa von Mariendorf, que en un futuro cercano se convertiría en la principal asesora de la sede imperial — Reinhard había dicho claramente: “Me acercaré a Yang Wen-li, pero no habrá una segunda oportunidad para él si rechaza mi mano.”

Dada la personalidad de Reinhard y su dignidad como káiser, esto no fue inesperado. La idea de Yang en esta área fue precisamente por qué no podía permitir que su única oportunidad pasara. Combatir contra una fuerza abrumadoramente mayor y destruir más de sus naves de las que su propio bando había perdido, por no mencionar matar a dos de los mayores generales de la Armada Imperial, era una prueba, si era necesaria, de las habilidades tácticas de Yang y el espíritu de lucha de su bando. Pero el polvo ya se había asentado y la superioridad de la posición del imperio no había cambiado.

Y esta superioridad estratégica no fue algo que Reinhard dio la bienvenida. Por extraño que parezca decir, la corrección de la estrategia de “atacar desde el frente y desgastar al enemigo” fue claramente desagradable para él como táctico y aventurero militar.

Las fuerzas más grandes que derrotan a las más pequeñas son la base del pensamiento de un estratega, pero los tácticos a menudo se emocionan con la victoria de una fuerza pequeña sobre una grande. Ubican el colmo de la belleza al anular drásticamente la ventaja estratégica del enemigo al implementar ideas sorprendentes en el campo de batalla.

“Victoria más allá de lo creíble, arrebatada contra todas las expectativas de las fauces de la derrota — ¿cuántos tácticos han sido atraídos a su destino por el diablo susurrando tales cosas?” Esta advertencia había estado vigente

desde que la sociedad humana marcó sus años con “AD”, y su verdad no cambió en la época de Reinhard.

Reinhard hasta ahora había demostrado ser inmune a esa dulce y mortal tentación. Reunió vastos ejércitos, eligió los momentos y lugares correctos para sus movimientos, delegó la autoridad a los comandantes superiores y no pasó por alto las líneas de suministro y las comunicaciones. Nunca había dejado que aquellos en su primera línea, incluido él mismo, pasaran hambre. Eso era prueba de que no era uno de los innumerables aventureros militares irresponsables.

Sin embargo, después de la primera Batalla del Corredor en 800 SE — 2 año del Nuevo Calendario Imperial — Reinhard parecía muy insatisfecho con el desempeño de su armada, así como con su propio desempeño como líder. Para sus representantes como Marshals von Reuentahl y Mittermeier, la batalla había sido insoportable. A pesar de la racionalidad mostrada por el káiser en el establecimiento de la seguridad estratégica, apenas la había utilizado al mando en el campo de batalla real. En la segunda mitad de la batalla, Reinhard había forzado pérdidas asombrosas en la Flota Yang al bombardearlos con números abrumadores, pero cualquiera que sea la tasa de desgaste, en términos absolutos, la Armada Imperial había perdido más. Y luego, justo cuando esta guerra de recursos comenzó a parecer ganable, se retiró.

“¿El káiser ama la guerra, o solo el derramamiento de sangre?”

No pocos de los comandantes de primera línea estaban haciendo esta pregunta con indignación, frustrados por la sensación de inutilidad que sentían. Por supuesto, no tenían forma de saber en ese momento que el káiser estaba confinado a su cama con fiebre.

Cuando Mittermeier escuchó a un comandante expresar esta crítica en persona, abofeteó al hombre tan fuerte que cayó al suelo. Este tratamiento parecía duro, pero no tenía otra opción. Si pasaba por alto el descontento, no solo se dañaría la autoridad del káiser, sino que el oficial que había expresado sus opiniones podría ser ejecutado por lèse-majesté. La bofetada de Mittermeier había sido necesaria para poner fin al incidente en el acto, y

su medida decisiva fue digna de elogio.

Sin embargo, Mittermeier mismo sintió una sensación de peligro mucho más profunda que la insatisfacción entre sus subordinados. El perceptivo mariscal había visto una grieta como un hilo de diamante aparecer en la naturaleza del káiser. Fue un distanciamiento entre su razón como estrategia y su sensibilidad como táctico. Hasta ahora, estos se habían mantenido unidos por una fuerte unidad psicológica, pero el vínculo parecía debilitarse.

Mittermeier se preguntó si la enfermedad debilitaba al káiser tanto en la mente como en el cuerpo. Al mismo tiempo, no podía desterrar la incómoda idea de que la energía mental vacilante podría ser la causa más que el resultado de la fiebre del káiser. Los médicos lo habían declarado un caso de exceso de trabajo, pero ¿era esta simplemente la razón por la que habían inventado evitar los contraargumentos, después de demostrar que no podían descubrir ninguna otra razón?

Pero si es así, ¿por qué estaba enfermo el káiser? Mittermeier solo tenía teorías vagas. O, más bien, dejó de pensar intencionalmente en esa área antes de llegar demasiado lejos. Incluso para el almirante más valiente de la Armada Imperial, la posibilidad de perseguir la verdadera causa de la enfermedad del káiser era horrible. En comparación con este terror, la manifestación concreta de la enfermedad en sí estaba casi desapercibida.

En estas circunstancias, incluso el perspicaz Mittermeier nunca consideró la posibilidad de que Yang Wen-li pudiera ser asesinado por un tercero. Lo mismo seguramente fue cierto de von Reuentahl. Así quedaron las cosas en el lado imperial.

V

2350, 31 de mayo. Puente del crucero *Leda II* .

Después de la cena con Romsky y los otros representantes del gobierno, el contingente militar se relajó en el club de oficiales de *Leda II*, la Sala de Armas, antes de presentarse.

Yang estaba de buen humor. Era un terrible jugador de ajedrez en 3-D, a pesar de su afición por el juego, y no había ganado un juego contra nadie en dos años, pero esta noche había vencido a Blumhardt dos veces — una apenas, una vez fácilmente.

“No pensé que fuera tan malo en el juego”, dijo Blumhardt.

Yang miró de reojo a su gruñido oponente mientras sorbía su té. Lo había preparado él mismo, y su sabor “mejor que el café, al menos” le recordó el tesoro invaluable que tenía en Julian. Había estado fuera de contacto con su barrio durante varios días y se encontraba bastante aburrido y no un poco incómodo. Julian y el resto del personal de Yang todavía intentaban desesperadamente comunicarse con Yang, por supuesto. Pero las tormentas magnéticas en varios puntos a lo largo del corredor y las barreras artificiales aún más fuertes lo habían hecho imposible.

“Bueno, mejor me golpeo el saco antes de que este humor desaparezca”, dijo Yang. Se puso de pie, reconoció una ronda de saludos y se retiró a su camarote. Los oficiales informaron esto a la secretaria de Romsky y luego se acomodaron para un juego de póker.

Cuando Yang se duchó y se fue a la cama, eran las 0025 del 1 de junio. Con su ligera tendencia a la presión arterial baja, Yang no era tan insomne pero tenía problemas para dormir, por lo que siempre mantuvo una novela de terror, un bolígrafo y papel, a su lado de la cama. Durante los últimos días su sueño había sido particularmente superficial por alguna razón, por lo que también tenía pastillas para dormir a la mano. Quizás los corpúsculos de nerviosismo se filtraban en los pasillos de su psique después de todo. Yang no tenía ninguna estrategia preparada para su reunión con el Káiser Reinhard. Su compañero Romsky estaba lejos de ser hábil en la diplomacia, por lo que Yang no asumiría poca responsabilidad por el resultado de las conversaciones, pero el único lugar en el que tenía algún interés en

combinar tácticas contra el káiser era el campo de batalla.

Tomó una pastilla para dormir y leyó con desgana algunas páginas de su novela.

A las 0045 horas, bostezó una vez y estaba alcanzando su lámpara de la mesilla de noche para apagarla cuando su mano se detuvo en seco. Su intercomunicador estaba sonando. Respondió, y la voz audiblemente tensa de Blumhardt llenó sus oídos.

El telón se había levantado en el primer acto del misterioso drama a punto de engullir al *Leda II*.

La nave había recibido dos mensajes. El primero informó que Andrew Fork, anteriormente comodoro de la alianza, había escapado de su hospital psiquiátrico y, impulsado por un odio tan obsesivo que había cruzado al reino de la locura, planeaba asesinar a Yang Wen-li. Además, la nave mercante armada robada por Fork había sido visto en un sector cercano. Este mensaje fue seguido por un informe de que la Armada Imperial había enviado dos destructores para encontrarse con Yang a mitad de camino.

El teniente comandante Rysikof, el capitán de *Leda II*, había puesto la nave en alerta. A las 0120, una nave mercante apareció en la pantalla. A las 0122, abrió fuego contra ellos. Sin embargo, antes de que *Leda II* pudiera devolver el fuego, dos destructores imperiales aparecieron detrás del intruso y lo eliminaron por completo, junto con su tripulación, con un estallido de fuego concentrado.

Los destructores señalaron una solicitud para abrir las comunicaciones, por lo que Rysikof les abrió un canal. El video fue borroso, pero la tripulación de *Leda II* vio a un hombre en lo que parecía el uniforme de un oficial imperial que el lado imperial se había enterado del complot contra Yang.

“Nos hemos ocupado del terrorista”, dijo. “Estás a salvo ahora. Como estaremos escoltando a Su Excelencia directamente a Su Majestad el Káiser, solicitamos permiso para abordar y hablar cara a cara”.

“El líder de nuestra delegación es el presidente Romsky”, dijo Yang.
“Seguiré su decisión”.

El juicio de Romsky estaba de acuerdo con lo que podría esperarse de un caballero. Con mucho gusto les concedió a sus rescatadores permiso para acostarse a bordo.

“Sí, Andrew Fork...”

Patrichev medio vació sus enormes pulmones en un suspiro prolongado.

“Siempre fue un tipo agrio, arrogante y desagradable”, dijo Blumhardt despectivamente.

La voz de Patrichev tenía más simpatía. “Un hombre brillante, pero la realidad se negó a acomodarlo”, dijo. “Cualquier problema susceptible de fórmulas o ecuaciones podría resolverlo en poco tiempo, pero no era apto para la vida en el mundo real, donde no hay un manual de instrucciones”.

Yang permaneció en silencio. No tenía interés en comentar. No tenía la responsabilidad de la autodestrucción de Fork, pero de todos modos dejó un sabor amargo. También sospechaba que había más en la historia: ¿cómo había desterrado alguien de la sociedad cuando un loco se apoderó de una nave y una tripulación de simpatizantes para intentar su acto de terror? Pero la pastilla para dormir que Yang había tomado antes de ser sacada de la cama nuevamente comenzaba a surtir efecto. Su concentración vacilaba; no pudo mantener un análisis minucioso.

Uno de los destructores imperiales comenzó a atracar en *Leda II*. Las escotillas se extendieron desde ambas naves y luego se conectaron, creando un pasadizo presurizado entre las dos naves. Los oficiales de Yang vieron este procedimiento en pantalla desde la Sala de Armas.

“¿Es esto realmente necesario?” Preguntó Soul. Yang se encogió de hombros. Romsky había tomado su decisión. Ya era bastante incómodo que la invitación de Yang hubiera llegado antes que la de Romsky como representante del gobierno. Sintió que había olvidado, aunque solo temporalmente, los procedimientos de la democracia, y como resultado había decidido priorizar la autoridad y el prestigio de Romsky. Yang consideraba al doctor como un hombre fundamentalmente bueno, no afectado por la intriga o los celos. El siguiente testamento algo cínico se registró para las generaciones posteriores:

“Yang Wen-li ciertamente no estaba satisfecho con Romsky, pero lo apoyó por falta de voluntad para permitir que cualquier persona con una peor personalidad tome las riendas del poder. Consideraba que la debilidad de Romsky era el alcance de las cosas que podía permitir sonriendo”.

A las 0150 horas, se completaron los procedimientos de ataque y aparecieron oficiales imperiales en el pasillo entre las dos naves. La expresión de desilusión en sus rostros mientras inspeccionaban a los reunidos para darles la bienvenida a bordo de *Leda II* se debió a la ausencia de Yang. Los ayudantes de Romsky, haciendo hincapié en la prioridad de la diplomacia y las relaciones exteriores, le habían pedido a Yang y a los demás representantes militares que esperaran en sus habitaciones hasta que lo llamaran. Yang, por su parte, no tenía interés en discutir sobre un tema tan menor. Además, esa maldita pastilla para dormir realmente estaba empezando a surtir efecto. Si Romsky se encargaría de la fatigada entrega alegre, mucho mejor.

Pero no fue así como los hombres con uniformes imperiales interpretaron la escena. Asumieron que Yang debió sentir el peligro y se escondió. Mientras Romsky sonreía cálidamente, listo para ofrecer gratitud por su “rescate”, el cañón de un desintegrador le apuntaba a la cara. El segundo acto del drama había comenzado.

“¿Dónde está Yang Wen-li?”

La amenazante pregunta pareció exasperar a Romsky más de lo que lo sorprendió.

“No sé lo que crees que estás haciendo, pero seguramente entiendes que no es cortés agitar las armas. Guarda eso”.

Esta respuesta no escapó a las críticas en los años venideros. “No tiene sentido explicar cortésmente la etiqueta a un perro”, argumentó un comentarista. “En lugar de palabras, Romsky debería haber arrojado una silla a sus caras”.

El soldado de repente bajó el desintegrador al pecho de Romsky y disparó, pero su puntería era pobre. El disparo rozó la mandíbula inferior del médico para perforar la parte superior de su garganta. Sus vértebras cervicales y columna vertebral fueron destruidas, y se desplomó sin palabras al suelo. Su rostro aún mostraba una expresión de la más leve sorpresa.

Los ayudantes de Romsky gritaron y huyeron. El fuego del desintegrador los siguió, pero ni un solo disparo hizo contacto. Los asesinos pueden haber calculado que los ayudantes que huyen los llevarían a Yang.

A las 0155 horas, los ayudantes en pánico llegaron a Soul y Blumhardt, quienes reconocieron la gravedad de la situación en los rostros de los ayudantes antes de que se pronunciara una palabra. Desintegrador en mano, los oficiales comenzaron a cerrar la puerta de la Sala de Armas con muebles. Afuera hubo una tormenta de pisadas y una docena o más de rayos láser entraron en la habitación.

El tiroteo había comenzado.

El asesino de Romsky fue baleado justo debajo de la nariz por Soul, muriendo instantáneamente. Si su participación en este acto deshonroso de terror fue impulsada por creencias religiosas o deseos materialistas siguió siendo para siempre misteriosa como resultado.

El enemigo fue menos disciplinado en su fuego que Blumhardt y los otros oficiales, pero compensaron esto con gran volumen. Los oficiales que habían estado instando a Yang a quedarse abajo se dieron cuenta de que tendrían que cambiar de rumbo.

“¡Corre, comandante!”

Blumhardt y Soul gritaron las palabras al mismo tiempo, sus voces se mezclaron con los gritos enfurecidos de los asesinos, el estruendo del fuego desintegrador y el caos de sillas y cuerpos cayendo al suelo. Blumhardt dejó caer a tres de los enemigos con disparos expertos y luego volvió a gritarle a Yang.

“¡Corre, comandante!”

¿Pero a dónde?

Yang negó con la cabeza. El hecho de que estuviera completamente vestido, desde la boina negra hasta las medias botas, era lo suficientemente impresionante para un hombre que no veía ninguna virtud en la puntualidad personal.

Patrichev alcanzó con un brazo al menos dos veces más grueso que el de Yang y lo agarró por el hombro. Arrastró a su aturdido oficial superior hacia la salida trasera, casi tirándolo por encima del hombro como leña, luego lo arrojó al pasillo más allá, cerró la puerta de golpe y se volvió para pararse con la espalda desafiante contra ella.

El enorme cuerpo de Patrichev estaba ensartado por media docena de haces de partículas cargadas. El gentil gigante, que había apoyado a Yang como su oficial de personal desde la fundación de la Decimotercera Flota de la alianza, miró con absoluta calma los agujeros en su uniforme, ya salpicados de sangre. Luego volvió la mirada hacia los hombres que le habían disparado y dijo: “Ya basta. ¿No sabes que duele?” La compostura pausada de su voz, como si hubiera dejado atrás su sensación de dolor en la cama esa mañana, aterrorizó a sus agresores. Su reacción llegó dos segundos después. Patrichev fue golpeado con gritos y fuego láser. Ahora con demasiados agujeros en la amplia superficie de su pecho para contar, se dejó caer lentamente al suelo.

El grueso de Patrichev ahora bloqueaba la puerta, lo que presumiblemente

había sido su intención. Los asesinos emprendieron la difícil tarea de moverlo, y Blumhardt y Soul aprovecharon la oportunidad para bombardearlos con fuego láser. Para entonces, eran los únicos dos que aún luchaban contra los intrusos, pero eran sorprendentemente efectivos.

Los asesinos concentraron su fuego repugnante primero en Soul, atravesándolo debajo de su clavícula izquierda. El rayo láser perdió su corazón y sus pulmones, pero cuando retrocedió tambaleándose, se golpeó la cabeza contra la pared y cayó inconsciente.

La posibilidad de venganza contra el joven oficial que ya había matado a tiros a cinco de sus camaradas seguramente tentó a los asesinos, pero la lealtad a su objetivo original era su prioridad. Un puñado de asesinos pisoteó Soul y el charco de sangre que se extendía mientras salían corriendo de la habitación.

VI

A las 0204, una quinta nave subió al escenario. La mayoría de los pasajeros originales en *Leda II* estaban muertos o heridos, y la nave estaba bajo el control de los intrusos. Como resultado, uno de ellos fue el primero en notar que la nave de guerra ahora llenaba la pantalla.

“¡Nave no identificado que se cierra rápido!”

La nave puede haber sido “no identificada” por los intrusos, pero su origen era mucho menos oscuro que el suyo. Era *Ulises*, llegando a toda velocidad con Julian Mintz y su grupo de rescate a bordo. La intuición de Julian de que Yang estaría en un sector donde las comunicaciones estaban codificadas o cortadas había resultado correcta.

Uno de los destructores se apresuró a dar la vuelta, pero los cañones de *Ulises* ya habían cerrado su objetivo. Una ligera diferencia en ángulo y

salida dividió al vencedor de derrotado y rápido del muerto. El destructor fue atravesado por tres lanzas de luz y estalló en una bola de llama blanca y opaca, devolviendo a todos a bordo a sus átomos componentes.

Esto se hizo cargo de una de las naves enemigas, pero Julian y su tripulación apenas podían disparar sobre la otra mientras estaba atracado con *Leda II*. Las dos naves colgaban juntas como gemelas unidas por el odio. *Ulises* se acercó e hizo contacto con *Leda II*, luego usó un spray concentrado de ácido para abrir un pasaje.

Su recompensa inicial fue el fuego de desintegradores. Los disparos volaron salvajemente, dejando imágenes posteriores como hilo azul en sus retinas.

Los asesinos todavía tenían la ventaja numérica. Su líder había dedicado a la mayoría de las personas de la organización a este complot. Pero los hombres que ahora surgieron de *Ulises* a *Leda II* eran veteranos bajo el mando del propio Walter von Schönkopf, y su ira y destreza en la lucha empuñaban la fe que sostenía a los asesinos. El combate cuerpo a cuerpo que siguió al tiroteo fue como una manada de lobos de guerra contra conejos carnívoros. Los asesinos fueron más brutales, pero en poco tiempo incluso los fanáticos que habían retenido el imperio en Terra cayeron uno por uno al suelo manchado de sangre.

Von Schönkopf miró a uno de los asesinos derrotados empapados en sangre y odio a sus pies.

“¿Dónde está el mariscal Yang?”, Preguntó bruscamente.

El hombre no respondió.

“¡Dime!” Gritó von Schönkopf.

“Se fue”, escupió el intruso caído. “Se fue de este mundo para siempre”.

Von Schönkopf pateó los dientes del hombre. No podía disfrazarse de caballero: su furia era demasiado extrema tanto en calidad como en cantidad.

“¡Julian, ve y salva al comandante! Estaré justo detrás de ti después de limpiar aquí”.

Julian no necesitaba que se lo dijeran. Con sorprendente agilidad dada la armadura que llevaba puesta, echó a correr. Machungo y otros cuatro o cinco hombres blindados lo siguieron.

Incluso cuando su ansiedad alcanzó niveles casi críticos, Julian se aferró desesperadamente al único hilo que podría llevarlos a un milagro. Habían encontrado la nave de Yang antes de que se restablecieran las comunicaciones. Habían llegado tan lejos. Había esperanza ¡Sus esfuerzos seguramente serían recompensados! ¿No era *Ulises* una nave de la suerte? ¿Y no había llegado aquí con *Ulises* ?

El hombre que Julian buscaba estaba vagando, confundido, a través de un sector desconocido de la nave. De vez en cuando se detenía con los brazos cruzados antes de comenzar a caminar nuevamente. Su habilidad para huir de una banda de asesinos sin correr aterrorizado fue una de las cosas que lo distingue de otras personas. Estaba, por supuesto, tratando de determinar dónde podría estar a salvo.

Yang se alegró sinceramente de no haber traído a Frederica o Julian. Curiosamente, ni siquiera se le ocurrió que su propia vida podría extenderse si hubieran estado allí para sacrificarse. Alivio de que no los había mezclado en todo esto tenía prioridad. Incluso ahora, solo estaba deambulando porque sus subordinados lo habían arrojado del campo de batalla, tal como era.

Si se le pregunta si quería morir, su respuesta habría sido: “No especialmente, no”, que agregó “especialmente” como un ejemplo de lo que lo hizo único. El problema con la muerte era que Frederica se quedaría sola. Ella realmente lo había dado todo, primero como su ayudante durante tres años, y luego como su cónyuge por uno. Ella estaba feliz de tenerlo cerca, por lo que quería mantener una buena salud y estar allí para ella todo el

tiempo que pudiera.

0230 horas. En este momento, Yang y Julian estaban a solo cuarenta metros de distancia. Pero esos cuarenta metros incluían tres capas de muro y una inminente fortaleza de maquinaria. Al carecer de visión de rayos X, se evitó su reunión.

“¡Mariscal Yang!”

Julian luchó mientras corría, y mientras luchaba siguió buscando a la persona más importante en su vida.

“¡Mariscal Yang! ¡Es Julian! ¿Dónde estás?”

Tenía tres compañeros: Machungo y otros dos. Se habían perdido dos vidas en la vorágine del combate cuerpo a cuerpo. El enemigo nunca corrió; Cada vez que se toparon con uno nuevo, la lucha estalló nuevamente. ¿Quién sabía cuánto tiempo precioso se estaba desperdiciando de esta manera?

240. Yang se detuvo en seco. La voz que lo llamaba había sonado muy cerca.

“¡¿Yang Wen-li?!”

La llamada no fue una pregunta ni una solicitud de información. Era simplemente una reverberación que manifestaba una intención de disparar. Cuando el hombre que había hablado apretó el gatillo, el acto fue como una convulsión, como si su propia voz lo hubiera impulsado a la acción.

Una sensación extraña atravesó la pierna izquierda de Yang como una vara. Se tambaleó contra la pared. La sensación tomó forma como primer peso, luego calor, y finalmente un dolor que se extendió para llenar todo su cuerpo. La sangre brotaba de él como si fuera succionada por una bomba de vacío.

Golpeo el plexo arterial, concluyó Yang con peculiar calma. Si no fuera por

el dolor que corroe su campo de conciencia, casi podría haber estado viendo solivisión. Por el contrario, el hombre que le había disparado gritó de terror y júbilo, dejó caer su desintegrador y desapareció de la vista de Yang como un chamán frenético.

“¡Lo maté! ¡Lo maté!”

Al escuchar la voz agrietada y fuera de tono desaparecer, Yang se quitó la bufanda y se vendó la herida. Ya era un manantial de sangre, manchando sus dos manos de rojo brillante. En comparación con la sangre que había derramado en su vida, sin embargo, no era nada.

El dolor se había convertido en el único y estrecho pasadizo que conectaba el campo de conciencia de Yang con la realidad. *Realmente podría morir aquí*, pensó. Se le acercaron caras: su esposa, su pupilo, sus hombres. Estas imágenes lo hicieron enojar por la situación en la que se encontraba. Estaba disgustado por su propio descuido, metiéndose en problemas como este hasta ahora lejos de cualquiera de ellos. Apoyándose contra la pared con una mano, comenzó a cojear por el pasillo. Casi como si, al hacerlo, pudiera derribar el muro de distancia que lo separaba de ellos.

Extraño, pensó Yang con tristeza con la más mínima astilla de su conciencia. *Pensarías que perder tanta sangre te haría más ligero. ¿Por qué me siento tan pesado?* Era como si unos malévolos e invisibles brazos se hubieran envuelto alrededor de todo su cuerpo, no solo de sus espinillas, y estuvieran tratando de derribarlo.

Una vez blanco marfil, sus pantalones ahora eran carmesí que se oscurecían por segundos a manos de un tinte invisible. La bufanda envuelta alrededor de su herida había perdido toda capacidad para detener la hemorragia y ahora solo servía como un conducto para la sangre.

Yang tuvo un momento de confusión cuando su perspectiva se hundió. Se había derrumbado sobre sus rodillas. Después de un intento fallido de ponerse de pie nuevamente, se recostó ligeramente contra la pared y se sentó dónde estaba. *No es mi mejor momento*, pensó, pero ya no tenía fuerzas para moverse. El charco de sangre a su alrededor creció. *El*

Milagroso Yang se convierte en Yang el Sangriento , pensó. Incluso pensar era inmensamente agotador para él ahora.

Sus dedos no se moverían. Sus cuerdas vocales estaban fallando. Entonces cuando habló— “Lo siento, Frederica. Lo siento, Julian. Lo siento, todos...”

—Nadie lo escuchó sino el propio Yang. Al menos, eso era lo que él mismo creía. Yang cerró los ojos. Fue su última acción en este mundo. En un rincón de la conciencia que ahora caía en un pozo incoloro, el crepúsculo se volvió negro como laca, oyó una voz familiar que lo llamaba.

A las 0255 del 1 de junio, 800 SE, el tiempo se detuvo para Yang Wen-li. Tenía treinta y tres años.

CAPÍTULO 06: DESPUÉS DEL FESTIVAL

I

0305, 1 DE JUNIO. Una conmoción como ninguna que había experimentado Julian Mintz antes se enredó alrededor de sus piernas como una cuerda invisible.

Deteniéndose en seco, tocó ligeramente su tomahawk manchado de sangre en el suelo y miró a su alrededor mientras forzaba el orden sobre su agitada respiración y su campo de visión. El shock había sido real. Pero no podía entender de inmediato por qué lo había sentido. El presentimiento se hinchó en su garganta con presión nauseabunda.

El corredor delante de él estaba vacío. Otro corredor oscuro se extendía a la izquierda, y era— no. Alguien estaba ahí. No de pie No estoy preparado para ningún tipo de pelea. Quienquiera que fuera parecía estar sentado, apoyado contra la pared. En el suelo, un pequeño objeto brillaba opacamente. Era un desintegrador abandonado en la entrada del corredor. Parecía un arma imperial. La figura en el pasillo tenía una rodilla levantada y la otra pierna estirada. Cayó hacia adelante, la cara de la figura estaba oculta por una boina y el flequillo que cayó hacia adelante por debajo de ella. La mancha negra en el suelo era un testimonio silencioso de cuánta sangre había perdido la figura.

“¿Mariscal Yang...?”

Mientras Julian hablaba, rezando para que lo contradijeran, parte de su cerebro ya estaba gritando.

“Mariscal...”

Las rodillas de Julian de repente comenzaron a temblar. Su cuerpo había captado la situación antes que su razón y estaba reaccionando en consecuencia. Salió al pasillo. No quería, no quería enfrentar lo que sabía que lo esperaba allí, pero avanzó de todos modos. Obligado por un sentido indeseado del deber, dio tres pasos hacia adelante — cuatro — luego perdió el equilibrio y cayó de rodillas, apoyándose contra el suelo con una mano. Ya estaba a orillas del lago de sangre. Desde su punto de vista un poco más alto, Julian miró la cara del cadáver. Podría haber estado dormido, exhausto.

Con las manos temblorosas, Julian se quitó el casco. Su rebelde cabello de lino pegado a su frente, ahora resbaladizo con sudor frío y caliente. Su corazón, su voz eran tan desordenados como su cabello, atados sin ningún orden.

“Perdóname. Perdóname. Fallé. Justo cuando más me necesitabas, te fallé...”

Julian no se dio cuenta del calor que aún permanecía en la sangre que manchaba su rodilla. ¿Qué le había prometido a Yang hacía cuatro años — que siempre lo protegería? Había tenido tanta confianza. Esta era la realidad. Julian había fallado. ¡Era un mentiroso inútil, sin valor! No solo había fallado en proteger a Yang, sino que ni siquiera había estado con su tutor mientras tomaba su último aliento.

El asco recorrió el sistema nervioso de Julian, inundando nuevamente sus sentidos con el hedor de la realidad. Al mirar por encima del hombro, Julian los vio. Cinco o seis hombres con uniformes militares imperiales, acercándose por detrás.

La corriente carmesí tardó menos de una centésima de instante en electrificarse a través de todos los nervios y arterias de Julian.

Los hombres con uniformes imperiales se enfrentaron a un ser de puro odio y animosidad, una energía maligna en forma de hombre. En ese momento, Julian era la criatura más peligrosa de la galaxia.

Una carga, un salto, una cuchilla giratoria, todo a la vez. En un destello del tomahawk de Julian, uno de los cráneos de los intrusos se dividió en dos. Se derrumbó, salpicando el pasillo con sangre fresca y gritos de garganta. Un segundo destello voló en la dirección opuesta y destrozó la clavícula y las costillas de otra víctima. Antes de que este segundo hombre golpeará el piso, la sangre brotaba de la nariz recién destrozada de un tercero.

El odio y la confusión llenaron los gritos que resonaban en las paredes alrededor de Julian. Los tomahawks del enemigo ni siquiera podían golpear su sombra. Si von Schönkopf hubiera presenciado la escena, sin duda habría alabado la brutalidad de Julian, pero habría criticado su falta de calma. Julian giró su hacha de guerra hacia donde conducían sus pasiones hirviendo, avanzando y pintando el piso con una nueva capa de sangre.

“¡Subteniente! ¡Subteniente Mintz!”

De repente sintió dos brazos más gruesos que sus propias piernas envolverse alrededor de él desde atrás. Julian no era rival para la fuerza muscular de Machungo, pero el hombre más grande aún tenía que forzar cada fibra para someter a este volcán activo de agresión.

“¡Por favor, cálmese, señor!”

“¡Déjeme ir!”

Julian giró la cabeza. La sangre que no era suya se desprendió de su cabello y salpicó la cara oscura de Machungo.

“¡Déjame ir!”

Pateó el aire con ambas piernas, enviando arcos de sangre a través del corredor como collares rotos de jaspe rojo.

“¡Déjame ir! ¡Los mataré a todos! ¡No es más de lo que se merecen!”

“Ya están todos muertos, señor”, dijo Machungo, con la transpiración en su voz. “Más importante aún, ¿qué pasa con el mariscal Yang? No puedes dejar sus restos en el suelo aquí”.

En medio instante, la tormenta terminó. Julian dejó de luchar y se volvió para mirar a Machungo. La razón— o algo así— habían vuelto a sus ojos. Abrió los puños y su tomahawk cayó al suelo manchado de sangre, protestando contra el trato brusco con un ruido pegajoso.

Machungo abrió los brazos y dejó ir a Julian. Inestable de pie como un bebé que camina por primera vez, Julian se acercó al cadáver de Yang nuevamente y cayó de rodillas. A lo lejos, oyó una voz débil dirigiéndose al hombre muerto.

“Comandante, volvamos a Iserlohn. Ese es nuestro hogar— el hogar que todos compartimos. Vamos a casa...”

Al ver al joven esperar una respuesta que nunca llegaría, el gigante negro entró en acción sin palabras. Con reverente cuidado, reunió la forma sin vida de Yang en sus brazos. Julian también se puso de pie, como por una cuerda invisible, y se dio cuenta de que había comenzado a caminar junto a Machungo.

El mariscal Yang se había ido.

Un maestro sin igual de las artes de la guerra, que odiaba la guerra impenitente, se había ido a un lugar donde nunca más necesitaría pelear.

La conciencia de Julian se retiró a través de los pasillos de la memoria. Las escenas de más de 2.600 días pasaron por su mente en una corriente de imágenes. Tenía un recuerdo de Yang para cada célula cerebral, y esperaba seguir acumulando más. ¡Pensar que ese proceso se interrumpiría así!

Por primera vez, la furia licuada y la desesperación atravesaron las puertas de sus conductos lagrimales. Lloró salvajemente como un niño. Machungo

lo miró con consternación y murmuró algo para sí mismo.

“Supongo que en momentos como este, quien llora primero gana”, sonaba, pero Julian no estaba mirando ni escuchando. Todo lo que sabía en ese momento era el calor de las lágrimas que caían sobre sus manos.

Vivir es ver morir a otros. Yang Wen-li lo había dicho él mismo. El hecho de que la guerra y el terrorismo causen la muerte sin sentido de buenas personas es la razón principal por la que deben oponerse — él también lo había dicho. Él siempre hablaba de verdad. Pero por muy ciertas que fueran las palabras que dejó, ¿de qué servían cuando el hombre estaba muerto?

Palabras... Julian no solo no pudo presenciar los últimos momentos de Yang, sino que tampoco escuchó sus últimas palabras. Ni siquiera un mensaje para transmitir a su esposa. El arrepentimiento y el odio hacia uno mismo surgieron en una nueva ola de lágrimas.

Alrededor de este tiempo, von Schönpkopf descubrió a su subordinado y aprendiz Blumhardt en la Sala de Armas.

El joven estaba tumbado en el suelo, rodeado por los cadáveres de siete u ocho hombres con uniformes imperiales. La escena era un testimonio de lo valientemente que Blumhardt había llegado a su posición final. Deslizándose más de una vez en la sangre por el suelo, von Schönpkopf se acercó y se arrodilló a su lado. Se quitó el casco de Blumhardt y lo sacudió por un hombro manchado de sangre. El joven oficial, ahora en sus últimos momentos, abrió los ojos y reunió todas sus fuerzas para susurrar.

“¿Está bien el mariscal Yang?”

Von Schönpkopf no pudo responder de inmediato.

“No es bueno para mantenerse en la tarea. Espero que se haya escapado”.

“Julian fue tras él. Él está bien. Él estará aquí antes de que te des cuenta”.

“Bueno. Si no hubiera sobrevivido... esto no habría sido divertido en

absoluto”. Se interrumpió y von Schönkopf escuchó dos exhalaciones superficiales y agudas. El comandante Reiner Blumhardt, líder del Rosen Ritter, había respirado por última vez, quince minutos después del comandante que había luchado para proteger.

Von Schönkopf se aclaró la expresión y se puso de pie, pero las partículas de tristeza permanecieron alojadas en sus ojos. Levantó la vista hacia el techo, respiró hondo y volvió a bajar la mirada para ver a alguien acercarse. Una vez que determinó que no era un enemigo sino un amigo conocido, el alivio en su voz era evidente.

“Julian. ¿Estaba bien? Busqué a estos hombres. No son de la Armada Imperial —” Walter von Schönkopf dejó de hablar en medio de una repentina neblina de desgracia. El interior de su boca se convirtió en un desierto, y el intrépido ex comandante del Rosen Ritter habló con voz entrecortada como si vomitara trozos de arcilla.

“Basta”, dijo. “Esta no es una escuela de teatro. No estoy interesado en ensayar una tragedia contigo”.

Cerró la boca, volvió sus ojos hirvientes a Julian y suspiró con los hombros. Este era su ritual para aceptar la realidad. Sin decir una palabra — de él o de Julian — von Schönkopf saludó a Yang donde yacía en los brazos de Machungo. Julian vio que la mano de von Schönkopf temblaba ligeramente solo dos veces.

Hecho esto, von Schönkopf le mostró a Julian un trozo de tela. Había sido encontrado en la residencia del barón von Kümmel un año antes por los soldados de Kaiser Reinhard. Las letras bordadas saltaron al campo de visión de Julian: “La Tierra Santa, en nuestras manos”.

“¡La Iglesia de Terra!”

Julián se tambaleó de vértigo. El odio que había estado apuntando directamente a la Armada Imperial no pudo ser redirigido al instante. Pensó que había agotado todas sus emociones, y le disgustó encontrarse sorprendido una vez más.

“¿Pero por qué los terroristas deberían asesinar al mariscal Yang? ¿Porque nos infiltramos en la Tierra y buscamos su base? Si es así...”

“La investigación puede venir más tarde”, dijo von Schönkopf con una calma misteriosa y siniestra. “Sabemos quién hizo esto, y eso es suficiente por ahora. Voy a entregarlos a todos al crematorio, junto con el suelo sobre el que caminan”.

Von Schönkopf se volvió hacia sus subordinados.

Lleva a dos o tres de los supervivientes a *Ulises* .

“Los interrogaré en mi tiempo libre. Habrá mucho tiempo libre en el camino de regreso a Iserlohn”.

El alma estaba inconsciente y gravemente herida, pero viva. Este fue el único rayo de luz en medio de la gran cantidad de malas noticias. Julian apreciaba a Soul, y esperaba aprender mucho sobre el incidente una vez que recuperara la conciencia. Aunque el mismo Soul no encontraría esto como una experiencia agradable.

“¿Estamos listos para irnos?” Preguntó Machungo. Von Schönkopf y Julian asintieron juntos.

Tanto dentro como fuera de *Leda II* , el asesinato aún estaba en curso. Los hombres de Von Schönkopf tenían grandes ventajas en la capacidad de lucha y la disciplina, pero todos los enemigos que encontraron lucharon hasta la muerte. Al igual que las tropas imperiales que habían asaltado el cuartel general de los terraistas, los hombres de von Schönkopf no sintieron miedo, sino una extraña náusea cuando forzaron el derramamiento de sangre sobre el enemigo y lo empujaron hacia la escaramuza.

A las 0330, von Schönkopf ordenó la retirada de todas las tropas.

“No más perder el tiempo con esos demonios”, dijo. “No queremos que la Armada Imperial nos encuentre y complique las cosas. Todos los internos

vivos, evacúen ahora”.

La orden fue obedecida de inmediato, y los sobrevivientes del grupo de abordaje terminaron sus batallas y regresaron a *Ulises*. Los restos de Yang, Patrichev y Blumhardt también fueron llevados a bordo. Más tarde, el equipo de rescate sería criticado por dejar los cuerpos del Dr. Romsky y los otros funcionarios del gobierno revolucionario.

II

Muchos fueron los que lloraron la impactante muerte de Yang Wen-li. La mayoría de ellos habían luchado bajo su mando o incluso a su lado. Pero entre los historiadores de las generaciones posteriores, algunos ofrecieron severas críticas a su legado.

Una de las lecturas más definidas:

“¿Qué tipo de hombre era Yang Wen-li, al final? Denunció la guerra, pero avanzó su fortuna personal librándola. Cuando cayó su estado, declaró y dirigió una nueva guerra para dividir a la raza humana en dos, luego fracasó en esto también, dejando nada más que las semillas de la discordia y la carnicería a los que vinieron después. Si Yang nunca hubiera existido, el período tumultuoso desde el final del siglo VIII SE hasta los primeros años del noveno habría privado a muchas menos víctimas involuntarias de sus vidas. No debemos darle más crédito del que merece. Yang no era un idealista decepcionado o un revolucionario fallido; No era más que un belicista que hacía caso a la noción de un deber superior. Haz a un lado el adorno chillón del romanticismo militar, ¿y qué queda de su historial? Nos vemos obligados a decir: nada. Ni en la vida ni en la muerte el hombre trajo felicidad a la humanidad”.

Algunos historiadores ofrecieron una evaluación más medida:

“Si la segunda reunión del Káiser Reinhard y Yang Wen-li hubiera tenido lugar, ¿cuál habría sido su legado en la historia? ¿La coexistencia pacífica entre el imperio titánico y la pequeña república, o una guerra final e intransigente? Independientemente de lo que sospechemos, las conversaciones no tuvieron lugar de hecho, apagando las esperanzas de los vivos y los muertos. Yang Wen-li murió en el peor momento posible. No por su propia elección, por supuesto; la muerte fue forzada sobre él por una conspiración, por lo que apenas podemos criticarlo por ello. No, el mayor pecado fue cometido por los terroristas reaccionarios, cuyo fervor y obsesión no constructiva los llevó a poner fin a esas posibilidades históricas. Su acto fue como una burla dirigida a la insistencia de Yang de que el terrorismo no puede cambiar el curso de la historia: al menos, cambió el curso de su vida”.

Otros cronistas tomaron una táctica diferente:

“El bien moral y el bien político no son lo mismo. Las elecciones y acciones de Yang Wen-li de 797 a 800 SE fueron, tal vez, buenas en el primer sentido, pero no en el segundo. La edad, las circunstancias exigían un líder más contundente del que se necesitaría en tiempos de paz, e incluso allí, nada menos que Yang tenía la capacidad o el apoyo popular para desempeñar ese papel, aunque continuó negándolo. Cualquier satisfacción personal que pueda haber derivado de esta piedad, terminó con el estado democrático que era la Alianza de Planetas Libres que perdió uno de sus pilares de apoyo más importantes y se derrumbó como resultado. Por supuesto, en la filosofía histórica de Yang, la alianza ya había perdido su vida y su razón de existir como estado; presumiblemente no veía ninguna razón para asegurar la supervivencia de su nombre solo si el costo era la aceptación de la dictadura militar. Además, él mismo esperaba ceder su lugar clave en la historia a otro”.

¿Era ese “otro” Julian Mintz, el pupilo de Yang?

“Si Julian fuera a trabajar para el káiser, podría ser mariscal algún día”, fue como Yang solía alabar el potencial del chico, pero dado lo que creía y dónde estaba, este elogio parecía doblemente irreflexivo. Aun así, dos cosas quedaron claras en las palabras de Yang: reconoció las capacidades de los

dos individuos que nombró, y no vio el talento de Julian como superior al del káiser. Por supuesto, Yang tampoco se consideraba más capaz que Reinhard.

“Incluso sé que no estoy equipado para esto”, le dijo una vez a Julian encogiéndose de hombros. Estaba lejos de ser el único fascinado por el Káiser Reinhard, pero seguramente era el más consciente de la posición de Reinhard en la historia. Además, parecía ver su propia posición frente al káiser con un toque de pesimismo.

A Yang le disgustaba instintivamente aquellos que poseían las riendas del poder en su propio estado, así como aquellos que habitaban en dominios vecinos. No fue sorprendente que sus relaciones con esas personas no fueran amistosas. No agradeció sus visitas, y fingió enfermedad o ausencia en muchas ocasiones para evadir reuniones con ellos. Esto no estaba fuera de ninguna creencia o principio particular; psicológicamente hablando, estaba al mismo nivel que un niño que se niega a comer sus verduras.

Tan lleno de ideas y estrategias en el campo de batalla que otros lo llamaron sobrehumano, Yang no sabía prácticamente nada de relaciones interpersonales. Cuando había abusado de la táctica de la enfermedad y la conversación con un invitado no deseado parecía inevitable, Julian a veces había desempeñado el papel de inválido. Después de evitar la crisis, Yang expresaría su gratitud metiendo una nota de diez días en el bolsillo de su pupilo o dejando una caja de bombones en su mesita de noche. De hecho, él siempre trató de mostrar cuidado por sus subordinados, aunque sea torpemente; Era un hombre amable y magnánimo por naturaleza, pero más reservado con respecto a sus superiores y particularmente a aquellos que establecieron sus hogares cerca de la sede del poder político.

Lo que le gustaba a Yang de la vida en la fortaleza de Iserlohn era que, como era solo una instalación militar periférica, nadie lo superaba allí, por lo que le molestaban mucho menos las responsabilidades públicas y de entretenimiento de lo que había estado en Heinessen. En términos prácticos, fue el dictador de una ciudad fortaleza y podría haberse comportado como un principito medieval. Pero existe un amplio testimonio de que su estilo de vida y su comportamiento no llegaron a ese extremo. Su completa falta de

interés en buscar los privilegios de un oficial militar de alto rango se debió menos al autocontrol que al carácter, pero de todos modos fue digno de elogio.

Incluso los historiadores que tomaron una visión negativa de Yang tuvieron que admitir que no era en absoluto un hombre promedio. Por otro lado, incluso aquellos que lo vieron favorablemente tuvieron que reconocer una especie de pasividad que le impedía buscar más oportunidades con más aliados.

En el Rescate de El Fácil, donde Yang se había hecho un nombre por primera vez, había sido un joven inexperto de veintiún años. Las autoridades civiles habían dudado obstinadamente de la viabilidad de su propuesta. Incapaz de revelar a los demás la brillante estrategia que llevaba dentro de su pecho, Yang simplemente había repetido “No hay necesidad de preocuparse”— la expresión menos valiosa desde el nacimiento de la civilización— y ni siquiera intentó convencerlos. Llevar a las personas en diferentes longitudes de onda psicológicas, o con diferentes valores, a su forma de pensar era una carga insoportable para él, y en ese sentido carecía por completo del tipo de carácter necesario para un hombre de política.

“Si no me gusta alguien, no me importa si tampoco le gusto yo. Si no quiero entender a alguien, no importa si no me entienden”— tal como podemos concluir, fue el verdadero pensamiento de Yang. Por supuesto, también tenemos evidencia de que no se aisló en la medida en que no necesitaba amistad ni comprensión: cuando descubrió que su pupilo Julian Mintz podía recibir sus lecciones, le enseñó al chico todo lo que sabía sobre tácticas y estrategia, deleitándose con su inteligencia. No era la intención de Yang transformar a su pupilo en un militar, pero sin darse cuenta cultivó las cualidades dentro de Julian que lo harían excelente de todos modos. Julian era una especie de espejo que reflejaba el distanciamiento entre el genio de Yang y sus esperanzas.

Habiendo terminado lo que un historiador llamó su “vida corta y variada llena de inconsistencias y victorias”, Yang Wen-li, sus restos bajo la guardia de sus subordinados, flotó por el vacío de regreso a su castillo.

III

Ulises se reunió con las otras cinco naves que lo habían seguido de cerca, y la procesión fúnebre regresó a la fortaleza de Iserlohn. Llegaron a la base a las 1130 el 3 de junio.

Julian y von Schönkopf tuvieron que ocuparse de varios problemas en el camino. Para empezar, los tres terraistas capturados fueron interrogados. Es un hecho que la actitud de sus interrogadores no logró, a veces, enfatizar la empatía y la humanidad compartida. Cuando no hubo respuestas, los hombres de Rosen Ritter, que habían perdido a su comandante y muchos hermanos de armas, se pusieron aún más furiosos.

“Almirante, por favor entregue a los Terraistas a nosotros”, dijo Rinz a von Schönkopf. “Nunca hablarán de todos modos. Vamos a darles el martirio vivo que anhelan”. Los subordinados de Rinz elaboraron esta propuesta abstracta con sugerencias más específicas.

“¡Lanzarlos vivos al reactor de fusión!”

“¡No! ¡Los cortamos lentamente, arrojando cada rebanada a la alcantarilla a medida que avanzamos!” Von Schönkopf los miró y vio la sed de venganza en ellos. “No hay necesidad de apresurarse”, dijo. “Iserlohn también tiene un reactor de fusión. Uno grande”. En la frialdad de su tono había una intensidad ominosa más allá de la experiencia de incluso los hombres del Rosen Ritter.

La multitud se desvaneció, y von Schönkopf y Julian intercambiaron una mirada demasiado profunda para ser llamada mera melancolía.

“Patrichev y Blumhardt siguieron al comandante hacia lo desconocido, entonces. Serán buenos compañeros de ajedrez para él si los imperiales

tienen razón sobre Valhalla”.

Julian asintió con la cabeza.

“Ambos fueron incluso peores en el juego que él”, dijo. El viento giraba en espiral a través de su alma. Estas conversaciones inútil y sin sentido le parecían sembrar semillas en un páramo de hormigón. Y, sin embargo, temía que, a menos que siguiera diciendo *algo*, el concreto lo inundaría hasta llegar a sus capilares y lo petrificaría de pies a cabeza.

“No deserté del imperio para sentirme así”, dijo von Schönkopf.
“¿Seguramente esto no puede ser un castigo por traicionar a mi patria?”

Julian guardó silencio.

“Podría haberme ahorrado algunos problemas para destruir el imperio en lugar de simplemente abandonarlo. Bueno, eso está en el pasado ahora. Nuestro problema es lo que viene después: ‘¿Qué viene después?’”

“Eso es correcto. Yang Wen-li está muerto. ¡No te tapes los oídos! El mariscal Yang está muerto. ¡Muerto! Y tampoco fue el Káiser Reinhard quien lo mató. ¡Su sorpresa final para nosotros! No es que esté contento con eso, eso sí”.

Von Schönkopf golpeó la mesa, que crujió en protesta. Julian sintió que palidecía tanto como el almirante. Una pregunta intrigante: cuando toda la sangre salió de tu cuerpo, ¿a dónde se fue? Cuando sangraste desde el alma, ¿dónde terminó?

“Pero aquí estamos”, continuó von Schönkopf. “Vivos. Eso significa que tenemos que pensar en lo que viene después. ¿Cómo vamos a luchar contra el Káiser de ahora en adelante?”

“¿De ahora en adelante?”

Julian se escuchó responder con una voz que apenas podía creer que era la suya. Una cadena de fonemas desprovistos de intelecto o razón.

“Ni siquiera puedo pensar en eso ahora. No con el mariscal Yang desaparecido...”

Yang había pensado todo por ellos. Por qué pelear, cómo pelear, qué hacer después— Yang había proporcionado todas las respuestas. Julian y los demás acababan de seguirlo. Ahora, al parecer, tendrían que empezar a pensar por sí mismos.

“¿Deberíamos rendirnos, entonces?”, Preguntó von Schönkopf. “¿Doblar la rodilla y jurar fidelidad al káiser? Bastante justo, supongo. No es antinatural que una banda de mercenarios se desmorone cuando el mercenario jefe se va”.

Julian estaba sin palabras. Después de dos segundos y medio, von Schönkopf le dirigió una breve sonrisa sin palabras.

“Si eso no te interesa”, dijo, “Tendremos que mantenernos unidos, ya que nos superan en número. Y si vamos a mantenernos unidos, necesitamos un líder. Necesitamos un sucesor para Yang”.

“Lo sé pero...”

¿Cómo podríamos elegir un sucesor para Yang? Así como la mayor parte de la masa de un sistema solar estaba en su estrella central, la constelación que era la Flota Yang solo había brillado tan intensamente debido al propio Yang. ¿Podría otro líder lograr la misma hazaña? Por otro lado, von Schönkopf tenía razón— si no se encontraba un sucesor de Yang, la flota se vería obligada a disolverse.

“Una pregunta más”, dijo von Schönkopf.

“¿Hay más?”

“Este podría ser aún más importante. ¿Quién le va a decir a la esposa de Yang?”

Seguramente ninguna pregunta podría haber sido tan infeliz, tan desagradable y, sin embargo, tan inevitable como esta. Sin embargo, con la expresión de un hombre con un bocado de aceite diesel, von Schönkopf había cumplido su deber menor como el mayor de los dos y lo levantó de todos modos.

Julian se sintió sofocado por la magnitud del problema. Von Schönkopf tenía razón — ¿ *quién* informaría las noticias a Frederica Greenhill Yang? *Su esposo murió no en el puente de su nave insignia mirando hacia el Káiser, sino solo en el pasillo de un crucero.* Acorralado y desesperado, de repente se encontró con una posible ruta de escape.

“¿Por qué no le preguntamos a la señora Caselnes?”, Dijo. “Ella podría—”

“Sí, la idea también se me había ocurrido”, dijo von Schönkopf. “Eso podría ser lo mejor. Por vergonzoso que sea, los hombres no son lo suficientemente fuertes para cosas como esta”.

El noble fugitivo de lengua ácida no ofreció ninguna crítica al intento de escape de Julián. Era la primera vez que Julian lo había visto así. Su vitalidad y espíritu parecían ilimitados, pero ahora se había secado como un río en una época de sequía, exponiendo el lecho del río al sol.

Lo mismo fue para los demás. Lo mismo ocurriría con todos en Iserlohn, también. Julian se estremeció. Con la pérdida de su estrella central, ¿qué sería de los planetas y lunas que lo habían orbitado? Se quedó clavado en el suelo, en un ataque de miedo tan fuerte que abrumaba incluso su dolor.

IV

Y así, a las 1130 el 3 de junio, la procesión fúnebre atracó en Iserlohn.

Caselnes, Attenborough y Merkatz se habían enterado de la muerte de Yang

a través del canal de comunicación de alto secreto, y se encontraron con *Ulises* cuando llegó. Un grupo de estatuas de alabastro bajo una vieja luz fluorescente — eran hombres invencibles que habían dirigido ejércitos de millones de personas de un lado a otro de la galaxia; ahora envolvían almas heridas en sus uniformes y esperaban a un solo enviado joven.

“Julian”. Caselnes forzó su voz pálida desde su garganta. “Incluso en las mejores circunstancias, Yang habría muerto quince años antes que tú. Pero él era seis años más joven que yo. Apenas parece justo que yo tenga que ser yo quien le dé la expulsión”.

Estas palabras fueron las mejores que uno de los oficiales de más alto rango en las Fuerzas Armadas de la Alianza podría inventar. Eso solo habló a la profundidad de su conmoción.

Julian no vio a Olivier Poplin. Más tarde se enteró de que, al enterarse de las noticias, Poplin solo había dicho “Yang Wen-li no me sirve de nada muerto” antes de encerrarse en sus habitaciones con una caja de whisky.

“¿Frederica...?”

“¿Escuchó? No. No se lo hemos dicho. Lo harás por nosotros, ¿no?”

“No quiero decirle nada más que tú. Esperábamos que tu esposa pudiera ayudar...”

Pero cuando su esposo transmitió la solicitud de Julian, Hortense Caselnes no quiso formar parte de ella.

“Julian”, dijo, con calma pero firme rechazo en su rostro inusualmente pálido, “esta es tu responsabilidad y tu deber. Eres su familia. Si no puedes decirle, ¿quién puede? Y si no lo haces, te arrepentirás mucho más de lo que le darías la noticia”.

Julian tuvo que admitir que ella tenía razón. Incluso se sintió avergonzado. Frederica, después de todo, no tenía a nadie para recibir la noticia de la muerte de su esposo en su nombre. Era algo que ella también tendría que

hacer. La mirada de Julian se volvió hacia los oficiales. Caselnes sacudió la cabeza apresuradamente; von Schönkopf, despacio. Merkat, con los ojos entrecerrados, no dijo nada. Attenborough movió sus pálidos labios en silencio, pero Julian leyó las palabras que formaron: *¿Están bromeando?* Julian quería suspirar, pero su respiración ya se estaba volviendo irregular.

Resignado a su destino, llamó a la puerta de Frederica. Su visión y audición parecían funcionar mal en el momento en que la abrió.

“¡Julian! Eso fue rápido. ¿Cuándo volviste?”

Tanto la sonrisa como la voz estaban borrosas en el contorno. Julian logró algún tipo de respuesta. Comenzó una conversación vacía. Tres intercambios, cuatro, y luego, de repente, una oración cristalina pasó por su nervio auditivo para perforar su corazón.

“Está muerto, ¿no?”

Julian tembló. Los ojos color avellana de Frederica parecían mirar a través de su forma física a su galería de recuerdos. Reuniendo toda la función de las cuerdas vocales que pudo, finalmente forzó una respuesta insustancial: “¿Qué te hace pensar eso?”

“Bueno, ¿qué más podrías estar tan obviamente dispuesto a decir? Entonces es cierto, entonces. Él está muerto.”

Julian abrió la boca. Las palabras, que no estaban bajo el control de su voluntad, se desplegaron.

“Sí”, dijo. “Eso es correcto. El mariscal Yang ha fallecido. Fue asesinado por fanáticos de la Iglesia de Terra para evitar su reunión con el káiser. Traté de salvarlo, pero era demasiado tarde. Lo siento mucho. Me tomó todo lo que tenía para traerlo de vuelta”.

“Desearía que fueras un mentiroso, Julian”, dijo Frederica después de una breve pausa. “Entonces tampoco tendría que creer esto”. Ella habló como descifrando una inscripción antigua en una tableta de arcilla. “Sabía que

algo estaba mal, de alguna manera. El almirante Caselnes no mostraba su rostro, y la señora Caselnes también estaba actuando de manera extraña...”

Ella se fue callando. Un dragón gigantesco se alzaba desde una trinchera muy por debajo de su superficie de conciencia y sensibilidad. Todo el cuerpo de Julian se puso rígido al sentir su presencia. Frederica bajó la mirada al suelo. Julian tenía miedo de huir en el momento en que ella comenzó a llorar.

Frederica volvió a alzar la cara. Estaba seca, pero su vitalidad y realidad parecían borradas por la esponja del dolor.

“No se suponía que muriera de esta manera”, dijo. “Debería haber muerto como vivió...”

Con el tumulto de la guerra de más de una generación en el pasado, un anciano vive en una era de paz. Dicen que alguna vez fue un guerrero famoso, pero quedan pocos que vieron esto con sus propios ojos, y él mismo nunca se jacta de su servicio militar. Tratado por los jóvenes miembros de su familia con siete partes de afecto y tres partes de abandono, ahora vive con su pensión. Su terraza acristalada tiene una gran mecedora donde puede sentarse durante horas hasta que se le llame a cenar, leyendo tan tranquilamente que casi se convierte en parte de los muebles también. Día tras día, como si el tiempo se hubiera detenido.

Un día, la nieta del viejo está jugando afuera cuando accidentalmente arroja su pelota por la entrada de la terraza acristalada. Viene a descansar a sus pies. Normalmente, él se agachaba lentamente para recogerlo, pero esta vez no se mueve, como si ignorara sus llamadas. Ella corre hacia su pelota, luego mira a la cara de su abuelo para regañarlo — pero siente algo que no puede explicar.

— ¿Abuelo?

No hay respuesta. La puesta de sol ilumina la cara del hombre, pacífica como si estuviera dormido, desde un lado. Todavía agarrando su pelota, la niña corre hacia la sala para informar lo que ha visto.

— ¡Mamá! ¡Papi! ¡Algo está mal con el abuelo!

Mientras la voz de la niña se aleja en la distancia, el viejo todavía se sienta en su mecedora. La paz eterna lentamente comienza a llenar su rostro, como si la marea estuviera llegando...

Eso , piensa Frederica, es cómo Yang Wen-li debería haber muerto. Es menos una certeza que un recuerdo de una escena real presenciada a través del déjà vu.

Yang había pasado su vida en la primera línea, luchando contra los mayores enemigos o luchando en las fauces de las conspiraciones contra él. Frederica misma lo había salvado una vez de lo que parecía una muerte segura. Y sin embargo, de alguna manera, ella siempre había pensado en su esposo como un hombre que no iba a ir al límite.

“Pero tal vez este tipo de muerte fue como él después de todo. Si Valhalla existe, debe estar ocupado disculpándose con el mariscal Bucock. Después de todo, el mariscal lo dejó a cargo de las cosas hace solo seis meses...”

El movimiento de la lengua y los labios de Frederica cesó. Debajo de su piel, ahora drenada de sangre, el dragón marino estaba despertando. Puso su última onza de autocontrol en su voz baja.

“Por favor, Julian, déjame estar sola por un tiempo. Iré a verlo una vez que me haya recuperado un poco”.

Julian hizo lo que le dijeron.

V

El sol se había puesto en Iserlohn. El bullicioso festival había terminado y

terminó con el sonido de un tipo de campana hasta ahora inimaginable.

En ese momento, toda la población de la Fortaleza Iserlohn, hasta el soldado de menor rango, yacía sumergida en el pozo de la pena. Pero, con el paso del tiempo, la conmoción y la confusión seguramente darían paso a una turbulencia que envolvía cada piso de la base. Y el lujo de rendirse a esa locura no se permitiría a los líderes. Tenían que revelar la noticia de la muerte de Yang al mundo exterior, organizar su funeral e intentar llenar, aunque de manera inadecuada, el abismo que se había abierto en sus filas. Las responsabilidades que venían con su posición eran intensas.

Como von Schönkopf había previsto durante el viaje de regreso a Iserlohn, ese liderazgo también instó a Julian a dirigir su atención al asunto del sucesor de Yang. Attenborough le habló con particular fuerza, diciendo: “¡Los humanos no luchan por ismos o teorías! Luchan por quienes los encarnan. Para los revolucionarios, no la revolución. Lucharemos en nombre del difunto mariscal Yang de una forma u otra, pero incluso entonces necesitamos a alguien que lo represente en nuestro mundo”.

Renunciar a la pelea por completo no era una opción que Attenborough parecía haber considerado. Por supuesto, Julian sintió lo mismo.

“Necesitamos un *líder* “, insistió Attenborough.

“También necesitamos un líder político, con el Dr. Romsky desaparecido”, dijo Julian.

Pensó que Attenborough simplemente había olvidado este punto, pero el autodenominado campeón de “cariño y capricho” no pareció desconcertado en lo más mínimo. Su líder político ya había sido decidido, explicó, como si fuera bastante obvio.

“¿A quién te refieres?” Preguntó Julian.

“A la Señora Frederica Greenhill Yang, por supuesto”.

El asombro tiene muchos colores, pero lo que le vino a la mente a Julian en

ese momento fueron los ojos color avellana de Frederica.

“Todavía no se lo hemos dicho, por supuesto”, dijo Attenborough. “Eso tendrá que esperar uno o dos días, supongo, hasta que se calme un poco. Pero sea quien sea el sucesor político de Yang a largo plazo, en este momento es la mejor que tenemos. Sin ofender al difunto Dr. Romsky, pero la Sra. Yang lo golpea en todos los frentes— reconocimiento de nombre, posibilidad de simpatía de la facción republicana, todo. Puede que no tenga la perspicacia política y la delicadeza de las grandes figuras de la historia, pero solo necesitamos que sea mejor que el Dr. Romsky. ¿Verdad?”

Julian no pudo responder de inmediato. Lo que dijo Attenborough parecía acertado, pero ¿Frederica aceptaría ese tipo de posición? ¿O lo vería como pisar el cuerpo de su propio esposo para tomar el poder y negarse?

Julian miró con incertidumbre a Alex Caselnes, quien le miró con franqueza.

“A veces, incluso Attenborough lo hace bien”, dijo el gran administrador militar. “Incluido el juicio político. Si queremos ser aceptados como sucesores legítimos en términos de gobierno republicano democrático, necesitamos a la Sra. Yang como nuestra representante política. Por supuesto, si ella se niega, ese será el final de eso, pero...”

“Creo que ella se negará”, dijo Julian. “Siempre se ha dedicado a su papel de asistente. Para aceptar una publicación en la parte superior... Especialmente—”

“Escucha, Julian”, dijo Caselnes, inclinándose hacia adelante sobre la mesa. “En política, la segunda generación es cuando las instituciones y los sistemas legales obtienen su poder de vinculación. La primera generación simplemente no tiene voz”.

Si Yang Wen-li hubiera sido el representante político de la facción democrática republicana en la vida, para su esposa asumir ese papel ahora sería una especie de sucesión familiar, esencialmente tomando el control privado de la posición. Sin embargo, en realidad, Yang había rechazado

constantemente esa posición, lo que significa que su esposa Frederica podía aceptarla con plena legitimidad política. Le había dejado a su esposa un legado político, pero no del tipo que importaba para las instituciones o los sistemas legales.

“Con el debido respeto, señor, eso es una exageración”, dijo Julian, algo rígido. Vio la razón en lo que dijo Caselnes, pero sus emociones no pudieron hacer lo mismo. Frederica acababa de perder a su esposo. No le parecía correcto pesarla con otra carga pesada solo para facilitarles las cosas.

Después de que Julian salió de la habitación, el resto del liderazgo intercambió miradas.

Caselnes, visiblemente cansado, suspiró.

“Tengo la sensación de que Julian tampoco estará ansioso por aceptar su nuevo papel— como el líder de nuestro ejército”, dijo. Von Schönkopf se acarició la barbilla en silencio. Ambos esperaban entregarle a Julian la silla que la muerte de Yang había dejado vacía.

Otorgar esa posición a un adolescente generaría algunas objeciones, pero Reinhard von Lohengramm no había sido más que un “mocoso de oro” antes de conquistar la galaxia. Incluso Yang Wen-li había sido solo otro oficial de libros hasta que se convirtió en el héroe de El Fácil. Un héroe era algo en lo que te convertías, no algo en lo que naciste. Julian podría ser un joven inexperto e inexperto ahora, pero—

“El hecho es que él era el pupilo de Yang Wen-li y su aprendiz en tácticas militares. No podemos ignorar eso. Incluso podría ser más importante que su habilidad real.”

“¿Su carisma, quieres decir?”

“No me importa la terminología. Lo que importa es quién puede reflejar mejor la luz persistente de la estrella que era Yang Wen-li”.

Ambos acordaron que Julian era el único candidato razonable para esto. Por supuesto, los lugartenientes serían tanto necesarios como importantes. Hacer que Julian soportara el peso solo no era el objetivo. Pero, en última instancia, entre las responsabilidades a dividir, alguien tenía que desempeñar el papel de “cara”.

Yang también había reconocido el potencial en Julian, y esperaba grandes cosas de él. Con otros diez años, ese potencial podría haber pasado del dominio de la hipótesis a la realidad. En esta etapa, todo lo que podían hacer era valorar sus posibilidades lo más posible.

“La pregunta es si el resto de las tropas estarán de acuerdo con nosotros. Si presentamos a Julian como comandante, podrían responder fingiendo lealtad sin obedecer realmente sus órdenes”.

“Supongo que necesitamos comenzar con un cambio en nuestro propio pensamiento”.

Primero, el liderazgo de Iserlohn tendría que respetar la autoridad de Julian, obedecer sus instrucciones y órdenes, y aceptar que su posición y decisiones tenían prioridad. Difícilmente podrían esperar que los hombres y mujeres alistados hicieran esto si no estuvieran preparados para hacerlo ellos mismos. Eventualmente, una prueba vendría para las habilidades y el calibre de Julian como líder militar. Si pudiera superar ese obstáculo, se convertiría en una estrella emitiendo su propia luz, por débil que sea.

“Habrá desertores de todos modos, por supuesto”, dijo Caselnes. “Eso es inevitable. Más de la mitad de los que están con nosotros hoy están aquí porque querían pelear con el mismo Yang”.

“Las luminarias del Gobierno Revolucionario de El Fácil sin duda serán las primeras en irse”, dijo von Schönkopf. “Los oportunistas, muchos de ellos, con la esperanza de usar las habilidades militares y la fama de Yang Wen-li para lograr sus propios objetivos”.

Caselnes frunció el ceño.

“¿A quién le importa? Deja que aquellos que quieran irse, se vayan. Los números no son nuestra fuerza en primer lugar. Lo que importa es reafirmar nuestro núcleo”.

De hecho, eso sería mejor. No habría perseguir a los que se fueron. Obligarlos a permanecer insatisfechos en las filas solo dejaría una cadena de volcanes corriendo a través de las fuerzas. Los líderes tendrían que preocuparse cuando estallaran, y si algún día una purga sangrienta resultara necesaria para eliminar el problema, sus heridas solo crecerían más y más. Por ahora, alguna contracción era inevitable.

Lo que no podía descartarse como inevitable era el punto de vista de Julian. Cuando le habían pedido antes que tomara el lugar de Yang al frente de las Reservas Revolucionarias, había mirado a los hombres mayores con más exasperación que sorpresa. Se necesitaron veinte latidos para organizar su contraofensiva.

“¿Y el vicealmirante Attenborough? Hizo almirante a los veintisiete años, incluso más joven que el mariscal Yang. Tiene el récord y tiene el apoyo”.

“No puede ser Attenborough”.

“¿Por qué no?”

“Dijo que prefiere quedarse detrás de escena”.

“Pero...”

“Nosotros también”, dijo Caselnes. “Julian, es suficiente. Es hora de ponerse de pie. Estaremos allí para apoyar sus piernas, por todo lo bueno que hará”.

“Y si te caes, todos bajaremos juntos”, agregó von Schönkopf sin ayuda, dibujando un ceño fruncido de Caselnes.

Julian fue capaz de salirse con la menos creativa de las respuestas: “Déjame pensarlo”. ¡Comandante de la Flota Yang! La posición era sagrada para él,

inviolable. Había soñado con ser el jefe de gabinete de Yang, pero la silla del comandante estaba a años luz de tal imaginación. Después de un breve período de profunda confusión, Julian fue a hablar con Frederica al respecto. La señora Caselnes había sugerido esto, con la esperanza de darle a Frederica una oportunidad de distracción.

“¿Por qué no?”

La tranquila respuesta de Frederica tomó a Julian por sorpresa.

“No esperaba que estuvieras de acuerdo con ellos, Frederica”, dijo. “¡Ya pues! ¡Solo imagínalo! ¡No hay forma de que pueda hacer lo que hizo el mariscal Yang!”

“Por supuesto que no”. La voz de Frederica permaneció tranquila mientras sorprendió a Julian nuevamente, esta vez al estar de acuerdo con su objeción.

“Por supuesto que no, Julian. Nadie podría hacer lo que hizo Yang Wen-li”.

“Exactamente. La brecha entre nuestras habilidades es demasiado amplia”.

“No, Julian. Es una diferencia en la personalidad. Simplemente tienes que hacer lo que solo tú puedes. No hay necesidad de imitarlo. En toda la historia, solo ha habido un Yang Wen-li— pero también solo ha habido un Julian Mintz”.

En poco tiempo, a Frederica se le ofrecería un puesto no deseado. Alex Caselnes la visitó, le ofreció algunas condolencias que dudaba que conociera, y le pidió directamente que se convirtiera en su representante político.

“Si no hay otra manera, haré lo que pueda”, dijo. “Pero necesitaré el apoyo y la cooperación de mucha gente. Si voy a ser su representante, necesito poder dar instrucciones, si no órdenes, y saber que se seguirán. ¿Puedo pedir eso por adelantado?”

Casernes asintió con todo su cuerpo.

A Julian le resultó más difícil ocultar lo extraño que le pareció que Frederica había aceptado. Ella le explicó la próxima vez que estuvieran solos.

“Pasé doce años con Wen-li. Durante los primeros ocho años, solo fui una fanática. Durante los siguientes tres, fui su ayudante, y durante el último año, fui su esposa. A partir de ahora, comienzan mis años— décadas— como viuda. Si tengo que pasar los días y meses sola, quiero ayudar a algo más que el polvo acumulado en la base que él puso. Incluso si puedo elevarlo solo un milímetro. Y...”

Frederica cerró la boca. Miró a Julian menos como alguien perdido en sus pensamientos que alguien escuchando una voz que la estaba aconsejando y regañando.

“Y si nosotros— los que Wen-li dejó atrás— fallamos ahora, nos burlaremos de lo que siempre dijo sobre el terror que no mueve la historia. Entonces, aunque sé que no soy adecuado para el trabajo, tengo la intención de cumplir con mis responsabilidades. La gente llamaba a Wen-li perezoso, pero puedo jurar una cosa: cuando algo tenía que hacerse, y él era el único que podía hacerlo, siempre lo hacía”.

“Gracias Frederica. Eso es inspirador. No huiré de mi responsabilidad tampoco. Si me necesitan como comandante militar, incluso como figura decorativa, asumiré el trabajo”.

Frederica sacudió la cabeza, y su cabello castaño rubio se movió violentamente.

“¿Inspirador? Apenas. A decir verdad, no me importa si la democracia desaparece. Toda la galaxia podría volver a átomos individuales, y no me importaría un poco. Si tan solo lo tuviera a mi lado, medio dormido con un libro en su regazo...”

Julian no pudo decidir cómo responder. Entonces se dio cuenta de que las

decisiones no eran producto del intelecto sino de la capacidad. Maldiciendo su propia inmadurez desde el fondo de su corazón, llamó a la señora Caselnes y se preparó para irse.

VI

La observación profética de Schönkopf fue demasiado precisa. La noticia de la muerte de Yang tenía cada rincón de la gigantesca fortaleza turbulenta e inquieta. Soldados y civiles susurraron en pequeños grupos acurrucados. El optimismo entró en hibernación, y una gran bandada de pesimismo atravesó los fríos campos de invierno de la psique de la base.

“Sin Yang, la Flota Yang es solo una banda de mercenarios fugitivos. Las líneas de falla se abrirán eventualmente y luego se desmoronarán. Las únicas preguntas son, ¿sucederá tarde o temprano, y habrá derramamiento de sangre o no?”

Después de que se hizo pública la muerte de Yang, esa conversación surgió inevitablemente. La noticia de que Julian sería el sucesor de Yang como líder militar solo parecía alimentar la inquietud, aunque Caselnes lo había anticipado antes de hacer el anuncio. Se escucharon dudas, objeciones, incluso burlas. La turbulencia había encontrado la dirección en la que debía ir.

“Julian Mintz pudo haber sido el pupilo de Yang Wen-li, pero ¿por qué deberíamos saludarlo como comandante? La sede tiene muchos hombres que pueden superarlo y vencerlo. Quiero decir, ¿por qué él de todas las personas?”

“¿Por qué dar el comando militar a un *mocoso de pelo rubio*, quieres decir?” Este era Dusty Attenborough, un tono lo suficientemente marchito como para atravesar incluso el muro de la opinión pública. “Porque lo que necesitamos no es un diario del pasado sino un calendario del futuro”.

“Pero él es demasiado joven e inexperto. No puedes compararlo con el Káiser Reinhard”.

“¿Y qué?”

A pesar de la resistencia de Attenborough, los Cuatro Jinetes de Insatisfacción, Incertidumbre, Ansiedad e Impotencia parecían galopar sin ser vistos a través de la base, envenenando la razón de las personas.

En la mañana del 5 de junio, el vicealmirante Murai visitó las dependencias de Julian para hacer un anuncio.

“Julian, a partir de ahora, tengo la intención de cumplir con mi responsabilidad final con la Flota Yang. Con su permiso, por supuesto.”

“¿Qué responsabilidad es esa, Almirante?”, Preguntó Julian, arruinando los límites de sus poderes de observación y deducción.

“Liderando los elementos insatisfechos e inquietos de Iserlohn”, dijo Murai simplemente.

Una sola gota de lluvia fría cayó sobre el corazón de Julian. ¿Murai se había rendido con él? ¿Decidió que no valía la pena cooperar con Julian?

“¿No puedo cambiar de opinión, almirante? Eres el eje de toda la flota Yang”.

Durante cuatro años, a la sombra de la magia y los milagros de Yang, Murai había cumplido firmemente sus deberes como jefe de personal. Ahora sacudió solemnemente la cabeza.

“En todo caso, estarás mejor sin mí. No puedo servirte más aquí. ¿Tengo su permiso para retirarme?”

Los años habían dejado su huella en la cara de Murai. Julian notó los mechones blancos en su cabello y se quedó sin palabras temporalmente.

“También es por la pérdida de Fischer y Patrichev”, dijo Murai. “Me estoy sintiendo solo por aquí, y estoy exhausto. Servir bajo el mando del mariscal Yang me permitió alcanzar una posición mucho más allá de mis talentos o logros. Estoy agradecido por eso”.

Detrás de sus palabras simples y sin adornos, Julian vislumbró su estado mental.

“Si anuncio mi partida ahora, los elementos marginales inquietos se unirán a mi alrededor. Tendrán la justificación de que quieren irse: *¡Incluso Murai del cuartel general se está separando!* Espero que entiendas lo que pretendo lograr”.

Julian sintió que entendía los sentimientos de Murai, hasta cierto punto. También estaba claro que no tenía la capacidad de mantener al almirante en Iserlohn. Lo correcto era agradecerle su lealtad a Yang y despedirlo con su bendición.

“Confío en que haga lo que mejor le parezca, almirante. Gracias por todo. Quiero decir eso.”

Julian inclinó la cabeza hacia la forma de partida de Murai. El almirante era un hombre tranquilo y meticuloso; un experto en protocolos y regulaciones que valoraban el sentido común y el orden. Sin embargo, ¿siempre había parecido tan frágil? ¿Cuándo había empezado a desarrollarse esa inclinación recta hacia atrás? Cuando Julian se dio cuenta de muchas cosas que no había notado antes, su cabeza se inclinó nuevamente por sí misma.

En el pasillo exterior, Murai se encontró con Attenborough y le contó al joven que se había ido de Iserlohn.

“Estarás mejor sin mí aquí. Finalmente te da la oportunidad de extender tus alas”.

“No hay discusión aquí. Por supuesto, la mitad de la diversión de beber es romper las reglas en su contra”.

La voz de Attenborough tenía más sentimiento que el chiste solo justificado. Le ofreció a Murai su mano derecha.

“La gente va a decir cosas terribles sobre ti. Eliges ser el hombre que todos aman odiar”.

“Yo puedo manejar eso. En comparación con pasar más tiempo con usted y su pandilla, será un inconveniente menor”.

Con eso, los dos se dieron la mano y se separaron.

Más tarde ese día, Julian fue convocado por media docena de miembros del Gobierno Revolucionario de El Fácil, todos con la misma expresión que él, y recibió una declaración minuciosamente profesional.

“Hemos aprendido que el vicealmirante Murai se va de Iserlohn. Por razones no relacionadas, hemos decidido disolver el gobierno revolucionario. Pensamos que es mejor hacérselo saber. Por supuesto, no teníamos obligación de decírtelo, pero...”

“Entiendo”, dijo Julian, con una falta de calidez que hizo que los funcionarios se inquietaran.

“No pienses mal de nosotros. La independencia de El Fácil fue en gran medida un proyecto favorito del Dr. Romsy. Él creó el ambiente, y fuimos arrastrados junto con sus desesperadas actividades revolucionarias”.

Su obvio intento de evadir la culpa colocándola sobre los hombros de uno que ya estaba muerto rozó la sensibilidad de Julian con mucha fuerza.

“¿Fue el Dr. Romsy un dictador? ¿No tenías libertad para oponerte a él?”

Los funcionarios del gobierno habían logrado calmar su vergüenza para dormir, pero las palabras de Julian lo despertaron, y su lucha por mantenerlo bajo control era evidente en sus voces.

“El punto es que tanto el Dr. Romsky como el Mariscal Yang están, trágicamente, muertos. Nuestras actividades revolucionarias antiimperiales han perdido tanto su liderazgo político como militar. ¿Cuál es el punto en una mayor confrontación y resistencia?”

Julian no tuvo respuesta.

“Debemos superar nuestro apego a un sistema político particular y tener una visión más amplia, trabajando por la paz y la unificación de toda la humanidad. El odio y la hostilidad no dan fruto. Usted y su facción también harían bien en abandonar la pose del martirio por los ideales de un muerto”.

Julian recurrió a su plena capacidad de paciencia.

“No voy a evitar que te vayas”, dijo. “Pero espero que nos permitan separarnos en buenos términos. No hay necesidad de denunciar lo que fueron hasta ayer. Le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros. ¿Ahora, si puedo ser excusado?”

Altivamente, los funcionarios le dieron permiso a Julian para que se fuera. Ahora entendía las verdaderas intenciones de Murai — cuidar de personas como esta. Todos aquellos que carecían de la valentía para tener éxito, temiendo por su reputación o seguridad, Murai se reuniría y se iría — sabiendo muy bien que él mismo llevaría la marca del desertor. Julian agradeció al almirante en silencio y se maravilló una vez más ante la idea de Yang de elegir a un hombre como Murai para su personal. Entre los residentes de Iserlohn que vacilaron había otros que se quedaron quietos. Uno de ellos fue Wiliabard Joachim Merkatz, ex almirante de la Armada Imperial Galáctica, que ahora sigue diligentemente su plan de investigación estratégica y táctica incluso mientras lloraba a Yang.

“Lo he pensado a menudo”, reflexionó a su asistente, Bernhard von Schneider. “¿Hubiera sido mejor morir en Lippstadt cuando Reinhard me derrotó? Pero ya no me siento así. Pasé casi sesenta años viviendo con miedo al fracaso, pero finalmente llegué a comprender que había otra forma de vivir. A los que me enseñaron eso les debo una deuda de gratitud, y tengo la intención de pagarla”.

Von Schneider asintió. Fue él quien había salvado la vida de Merkatz tres años antes en Lippstadt. Él también había agonizado más de una vez si había tenido razón al hacerlo, pero ahora parecía que la respuesta era clara. El camino a seguir podría ser cuesta arriba, pero era el camino que él mismo había elegido. No tenía intención de alejarse de él.

El 6 de junio, la Fortaleza de Iserlohn emitió un anuncio a nombre de Julian Mintz, comandante de las Reservas Revolucionarias, anunciando la muerte de Yang Wen-li y el funeral formal que se realizará ese día. Al mismo tiempo, el Gobierno Revolucionario de El Fácil declaró su disolución, poniendo fin a su corta historia.

CAPÍTULO 07: VICTORIA VACÍA

I

LA MUERTE DE UN HOMBRE trajo desesperación a sus aliados y desánimo a sus enemigos.

En 1910, el 6 de junio del 2 año del Nuevo Calendario Imperial, la Armada Imperial captó la transmisión dirigida por la Fortaleza de Iserlohn en toda la galaxia. En 1925, la noticia de la muerte de Yang Wen-li fue traída a Reinhard en el puente de la nave insignia de la flota *Brünhild* por su nueva asesora en jefe Hildegard von Mariendorf.

El hermoso rostro de Hilda, enmarcado por su cabello juvenilmente corto, estaba dominado por la incertidumbre. Tanto su sabiduría como la voluntad que lo mantenían bajo control ordenado flotaban como hielo en las aguas de la primavera.

“Su Majestad, debo informarle algo. La fortaleza de Iserlohn acaba de hacer un anuncio público”.

Ella habló con una voz que no le convenía: dura, pero sin filo. La mirada cautelosa del káiser se encontró con la suya al otro lado de la habitación.

“Yang Wen-li está muerto”.

Cuando Reinhard entendió el significado de las palabras de su bella

secretaria, la decepción cayó sobre él como un rayo. Agarró los postes de su cama con sus dos manos claras. Esto parecía en parte para apoyar su forma elegante y en parte para transmitir las emociones violentas que sentía incluso a los objetos inanimados. Sus ojos azul hielo se llenaron de algo cercano a la ira cuando los fijó en la condesa.

“¡Fräulein... Fräulein!”

Su hermoso cabello dorado estaba lleno del viento.

“Me has traído malas noticias muchas veces, pero este es el límite. ¿Tienes derecho a decepcionarme tanto?”

Debajo de la piel como nieve virgen, sus vasos sanguíneos se habían convertido en pasillos para pasiones que ahora se desbordaban. Se sintió personalmente insultado. El hombre con el que había luchado hasta ese día, había anticipado estrategias de emparejamiento nuevamente, incluso había esperado conocerlo como persona a través de sus próximas conversaciones, desapareció repentinamente. ¿Realmente tenía que aceptar un resultado tan insensato? Su creciente furia de repente escapó al mundo exterior en forma de grito.

“¡Todos me dejan! ¡Enemigos, amigos, todos! ¿Por qué no viven por mí?”

Hilda nunca había visto a Reinhard revelar emociones tan negativas ni expresarse con tanta violencia. Olvidando incluso su ataque injustificado contra ella, miró al joven káiser. El conquistador de cabello dorado, retorcido por una sensación ilimitada de pérdida, parecía miserable y solo.

Reinhard no había nacido con enemigos, pero era innegable que a lo largo de su vida siempre habían sido los enemigos quienes le mostraron el camino que debía seguir. La dinastía Goldenbaum y su camarilla parásita de nobles. La Alianza de Planetas Libres y sus almirantes. ¡Qué brillante había brillado su vida al derrotarlos a todos en la batalla! Pero ahora había perdido al mayor y más grande enemigo de todos ellos, lo que significaba que también había perdido la oportunidad de desarrollarse, brillar aún más. Su ira podría haber estado relacionada con el miedo. La muerte de Yang se

hizo eco en parte de la desaparición de Siegfried Kircheis. Reinhard había perdido una vez más la presencia que más necesitaba.

“Necesito un enemigo”.

¡Y sin embargo, Yang Wen-li lo había dejado con todo por resolver! Le había robado a Reinhard para siempre la oportunidad de triunfar sobre él. Había impuesto a Reinhard solo el deber de construir su nueva era. Había establecido un curso para otra dimensión, sin compañía y sin vacilar.

Si Reinhard no hubiera estado enfermo en la cama, habría estado paseando por su habitación. La decepción se convirtió en energía furiosa que ardía en sus mejillas de porcelana.

“No recuerdo haberle otorgado a ese hombre permiso para ser asesinado por otras manos que no sean las mías. Me negó la victoria en Vermillion y en el Corredor Iserlohn, mató. No sé cuántos de mis preciosos comandantes — ¡¿Y ahora permite que otro hombre lo mate?!”

El enojado grito de Reinhard podría haber parecido ilógico en extremo para un observador externo, pero Hilda entendió que el mismo Reinhard sintió que era perfectamente justo. Finalmente, el fuego de la furia del káiser se apagó, pero la tristeza de su decepción solo se intensificó.

“Fräulein von Mariendorf”.

“Sí, Su Majestad”.

“Deseo enviar un representante a Iserlohn. Un enviado para transmitir mis condolencias. ¿Quién crees que podría ser adecuado?”

“¿Debo ir, Su Majestad?”

“No, te necesito aquí conmigo”.

Sorprendida, Hilda miró la cara del conquistador de cabello dorado antes de sonrojarse internamente. *¡Tonta! Por un instante, ¿qué estaba pensando?*

“Tú eres mi asesor principal, después de todo”, agregó Reinhard

No notó el ligero cambio en el volumen de la sangre que fluía debajo de la piel de Hilda. Tenía la intención de seguir el curso de sus propios pensamientos. Hilda sabía que esto era simplemente el tipo de persona que era.

“Ah — enviaré a Müller. Recuerdo que él y Yang se encontraron cara a cara después de la Guerra Vermillion”.

Informado por Hilda de la voluntad del káiser, el almirante mayor Neidhart Müller aceptó la misión sin quejarse.

La lucha de vida o muerte que había librado contra Yang Wen-li como segundo al mando del almirante mayor Karl Gustav Kempf ya llevaba dos años en el pasado. Después de su derrota y su fracaso para salvar la vida de Kempf, Müller había esperado resolver el marcador contra Yang en una segunda batalla, pero ese sentimiento ahora se había sublimado al respeto por su gran enemigo.

¿Cuántos otros camaradas había perdido? Tiempo de guerra o no, insistiendo en la muerte de tantos buenos líderes, desde Siegfried Kircheis hasta Lennenkamp, Fahrenheit y Steinmetz, dejó a Müller con una sensación de desolación. Pero tal vez esa lista ya no crecería más. Trató de convencerse de esto, pero las nubes invernales sobre su psique no mostraban signos de dejar pasar la luz.

La muerte de Yang también fue un tremendo shock para los otros oficiales del personal imperial. Hubo jadeos e intercambiaron miradas mientras luchaban por digerir las noticias destacadas.

Algunos sospechaban si realmente podían estar seguros de que Yang estaba muerto, argumentando que solo podría haber fingido su fallecimiento. Pero esto era de hecho una mera sospecha, y nadie podía ofrecer ninguna explicación de por qué Yang podría recurrir a tal artimaña. Sus sorprendentes estrategias en el campo de batalla lo habían hecho famoso,

pero fingir su propia muerte habría estado fuera de lugar.

“Quizás no, pero todos sabemos lo astuto que es”, objetó un oficial.

“¿Quién sabe lo que podría estar planeando?”

Pero ni los admiradores de Yang ni los que lo injuriaron habían imaginado que perderían a su mayor enemigo de esta manera. Los líderes de la Armada Imperial siempre habían asumido que, si Yang moría, sería en batalla contra ellos. Y Reinhard, líder de esos líderes, había creído esto más fuertemente de todos.

Oskar von Reuentahl le había dicho una vez a su jefe de gabinete, Hans Eduard Bergengrün: “Solo un hombre en la galaxia tiene derecho a matar a Yang Wen-li: Mein káiser, Reinhard von Lohengramm. Incluso Odín Padre de Todo no puede usurparlo”. Es una pregunta abierta, por supuesto, si von Reuentahl fue sincero o simplemente comentó astutamente sobre la fijación de Reinhard sobre su oponente.

“¿Crees que moriría tan fácilmente?”, Insistieron algunos. “Es una trampa desagradable, marca mis palabras. Yang está vivo y escondido”. Quizás fueron precisamente aquellos que llegaron a esas conclusiones, basados en ninguna evidencia, que inconscientemente esperaban fervientemente que Yang aún estuviera vivo. Era justo decir que después de la caída de la Alianza de Planetas Libres, la mayoría de las poderosas batallas de la Armada Imperial Galáctica se habían librado solo contra Yang Wen-li. El desafortunado Dr. Romsky y su gobierno revolucionario ni siquiera hicieron comentarios de la Armada Imperial.

En cualquier caso, los oficiales imperiales no pudieron disfrutar de la erradicación de su enemigo de esta manera. Incluso Wittenfeld, que parecía alimentar la animosidad más fuerte de todas hacia Yang, recorrió el puente de su nave insignia, el *Königs Tiger*, en una fina neblina de desilusión y desaliento, y sus oficiales de personal se cuidaron de no proporcionar un catalizador que pudiera convertir la desilusión de su comandante en rabia.

En la Batalla del Corredor, Wittenfeld había sido el hombre responsable de la muerte del vicealmirante Edwin Fischer, maestro de operaciones de flota

de la flota Yang. Incluso se podría decir que Wittenfeld fue la figura que, de manera indirecta, estableció el curso de la fortuna de Yang a partir de entonces — pero él mismo no tenía forma de saberlo, y no había forma de sacudirse la sensación de que Yang había tomado las ganancias y huyó.

Desplegada por el aburrido agotamiento, la Armada Imperial esperaba nuevas instrucciones del káiser.

II

En las primeras semanas de junio, Julian Mintz no fue más que una pequeña estrella compañera del deslumbrante sol de Yang Wen-li. La dirección imperial apenas había oído hablar de él. El único almirante que había conocido al joven de cabello rubio era Wahlen, y ese encuentro había tenido lugar en circunstancias extrañas en Terra, con Julian usando una identidad falsa.

Cuando Mittermeier planteó la pregunta eminentemente razonable de quién era este Julian Mintz que afirmaba ser el representante de Yang, la división de inteligencia necesitó algo de tiempo para responder. Después de una hora de revisar sus datos, informaron a Mittermeier que Julian había sido el pupilo legal de Yang y tenía dieciocho años.

“Entiendo. Pobre chico. Tiene tiempos difíciles por delante”.

Esto no fue irónicamente. Mittermeier realmente simpatizaba con el joven siguiendo los pasos de un predecesor que era simplemente demasiado grande para ser igualado. Podía prever las dificultades que le esperaban a Julian, y sabía que cuanto más seguro de sí mismo y competente era, más profundos serían sus pasos en falso y más difícil de recuperarse.

La Armada Imperial estaba llena de opiniones sobre la situación.

“No importa quién sea el sucesor de Yang — no hay forma de que pueda hacerlo tan bien como Yang, y mucho menos mejor”, dijo la gente. “No hay garantía de que sus tropas lo sigan. El último reducto de la democracia resultó inexpugnable para sus enemigos, pero pronto se consumirá desde adentro”. Las predicciones de las tropas sobre el declive y la caída de Iserlohn como república democrática fueron una expresión de su propio entusiasmo ante la perspectiva de regresar a casa. Independientemente de las razones, el día estaba cerca cuando finalmente dejarían a Iserlohn maldito y ensangrentado detrás de ellos y regresarían a sus hogares y a las familias o amantes que los esperaban allí. ¡Alabado sea la paz!

La conmoción y el desánimo cambiaron lenta pero seguramente en optimismo y anticipación. Ya habían pasado diez meses desde que las tropas de la Armada Imperial habían abandonado sus hogares para acompañar al kaiser en su campaña. Aquellos que sirvieron bajo Steinmetz no habían visto las caras de sus cónyuges o amantes o padres en más de un año. Ahora que se eliminó el gran obstáculo del enemigo, su anhelo por el hogar se hizo cada día más fuerte.

Un día después de que Müller partiera como enviado, von Reuentahl hizo una visita a Mittermeier. Había pasado un tiempo desde que los dos amigos habían disfrutado de bebidas y conversaciones juntos.

“No me sorprendería si ese ministro multitalento de asuntos militares nuestro hubiera extendido la mano y clavado el cuchillo en el corazón de Yang Wen-li”, dijo von Reuentahl. “Aunque supongo que ni siquiera él puede estar detrás de cada intriga en la galaxia”.

“No si tengo algo que ver con eso”, gruñó Mittermeier, y agotó un vaso de amargura y cerveza oscura.

¿Cuántas veces habían bebido los dos juntos desde su primera reunión en el frente hace once años? Recorriendo las calles nocturnas con los brazos alrededor del hombro del otro, peleándose pero nunca empeorando para ellos... Ahora ambos habían alcanzado el rango de mariscal; eran altos

vasallos imperiales, incapaces de divertirse tan libremente como lo habían hecho en aquellos días. Como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, Wolfgang Mittermeier estaba al frente de cien mil naves; Como secretario general del Cuartel General del Comando Supremo, Oskar von Reuentahl tenía un lugar al lado de Reinhard y algún día gobernaría todo el territorio de la antigua alianza, la llamada Tierra Neue, como su gobernador general.

Sin embargo, esa publicación sería efectiva solo una vez que el imperio hubiera derrotado a su enemigo inmediato, Yang Wen-li, y unificara toda la galaxia. Como resultado, por extraño que fuera, en esas primeras semanas de junio la mayor parte de la Tierra Neue no estaba bajo la supervisión de ningún funcionario imperial. El almirante Alfred Grillparzer, el “Joven Geógrafo”, administró la ocupación imperial del planeta Heinessen, antigua capital de la Alianza de Planetas Libres, pero ¿quién fue responsable de los otros mundos de la alianza, otras regiones estelares?

Nada se decidió, excepto quizás dentro del seno del joven, soltero y sin hijos Káiser. Presumiblemente se enterarían de sus decisiones sobre estos asuntos políticos y militares en los próximos días, pero la ausencia de cualquier sucesor o heredero de Reinhard hizo que Mittermeier se sintiera incómodo.

Mientras tanto, von Reuentahl cuidó su propia fuente de inquietud.

Me concedes estatus y autoridad más allá de lo que merezco, mein Káiser, pero ¿qué es lo que quieres a cambio? ¿Es suficiente ser un engranaje leal y efectivo en tu motor de conquista?

Si eso fuera todo lo que Reinhard deseaba, el trato era uno que von Reuentahl podía aceptar. Un estadista de alto rango y almirante veterano dentro de la segunda dinastía galáctica, respetado como un funcionario capaz y leal: tal vida, y de hecho la muerte, estaba lejos de ser indeseable. Si no estuviera de acuerdo con su esencia innata, bueno, no todos los hombres podrían tener garantizada una vida totalmente fiel a su naturaleza.

Al mirar el reflejo de sus ojos heterocromáticos en el espejo, von Reuentahl

sintió como si *Ambivalencia* dentro de él estuviera completamente expuesto. Si pudiera elegir el camino que deseaba, tal vez llevaría una vida de un señor incomparable y un amigo incomparable, como en un libro de texto. Encontró esta idea infinitamente tentadora, aunque sabía que era precisamente porque estaba fuera de su alcance. Esta había sido una realización amarga.

Pronto la conversación pasó a asuntos militares. ¿Cómo iban a deshacerse de la fortaleza de Iserlohn ahora que Yang se había ido?

“¿Qué piensas?” Preguntó Mittermeier.

“Una operación ofensiva es la única opción posible en términos políticos y militares. Primero exigimos rendición, ofreciendo amnistía a toda la flota Yang. Si se mantienen firmes, atacamos con todo el poder de la Armada Imperial. ¿Cómo lo abordarías?”

“Me siento igual. Con Yang Wen-li muerto, Odín el Padre de Todo otorga toda la galaxia al káiser. Rechazarlo sería desafiar la voluntad de los dioses”.

¿No era su suerte ahora zambullirse en el corredor con toda su fuerza y aplastar a la ahora sin cabeza Fortaleza Iserlohn en fuego y sangre?

“Sin embargo”, agregó Mittermeier, “dudo que el káiser considere apropiado atacar a un ejército de luto”.

Von Reuentahl miró a Mittermeier en silencio. A punto de hablar, volvió a cerrar la boca para elegir sus palabras con más cuidado.

“¿Y sientes que esto es un mero sentimentalismo? Hasta hace muy poco, habría aceptado, pero...”

“¿Has cambiado de opinión, entonces?”

“Todo depende de cómo lo mires, von Reuentahl. Usted y yo nos oponemos a entrar al corredor inicialmente, pero el Káiser ignoró nuestro consejo

debido a la presencia de su gran enemigo, Yang Wen-li. Ahora ese enemigo se ha ido. Seguramente lo más natural sería que el káiser volviera a su estrategia original”. Von Reuentahl bajó su mirada negra y azul hacia su vaso. Su expresión pellizcada desmentía el alcohol en su aliento mientras exhalaba.

“Seguramente entiendes, Mittermeier, que la estrategia óptima de ayer puede ser inapropiada hoy. La estrategia correcta mientras Yang Wen-li estaba vivo puede tener menos valor después de su muerte. Por supuesto, si el káiser está de acuerdo con usted, tal vez mi pensamiento esté equivocado”.

Entre los dos hombres, la cerveza oscura hizo espuma.

“El carácter de la Armada Imperial pronto cambiará. Donde una vez parecía exterior para conquistar, se volverá hacia adentro para mantener la paz dentro del imperio. Si todo está envuelto según el plan, eso es”.

“Deja que cambie, entonces. La mayoría de nuestros hombres pronto regresarán vivos a casa. La galaxia está casi unificada. ¿Qué objeción puede haber a eso?”

“Y puedes volver con tu amada esposa, ¿eh, Mittermeier?”

“Algo por lo que estoy muy agradecido”, dijo el hombre de más alto rango en la Armada Imperial.

Von Reuentahl observó a su viejo amigo arrojar otra cerveza. Eran muy diferentes por naturaleza, pero habían recorrido los caminos de la vida y la muerte juntos durante años. El negro del ojo derecho de von Reuentahl estaba en sombras, pero su ojo izquierdo azul brillaba intensamente, como si señalara los dos lados de su personalidad.

Los vivos ojos grises de Mittermeier lo captaron y luego, con algunas dudas, hizo una pregunta.

“¿Qué pasó con esa mujer que dijo que estaba embarazada de tu hijo, por

cierto?”

Toda expresión desapareció de la cara de von Reuentahl cuando respondió.

“Dio a luz el 2 de mayo. Un niño, al parecer”.

Mittermeier gruñó sin comprometerse. Ni las felicitaciones ni las condolencias parecían completamente apropiadas.

“Es mío”, continuó von Reuentahl. “De eso no hay duda. Nacido desafiando a los dioses, al igual que su padre. Si llega a la edad adulta, estoy seguro de que será un marginado. Un ojo rojo, uno amarillo, tal vez”.

“Von Reuentahl, no espero que seas objetivo sobre la mujer misma, pero...”

“¿Pero el niño es inocente?”

Mittermeier se encogió de hombros.

“Yo tampoco soy padre”.

Este contraataque fue más efectivo de lo que esperaba, eliminando el desprecio autocrítico de von Reuentahl, que casi parecía retroceder. Los ángeles bailaban pícaramente en el aire entre los dos.

“Estás mejor así”, dijo finalmente von Reuentahl. “Menos miedo a la traición. Pero lo suficiente sobre eso. No hay razón para que peleemos por un bebé que ninguno de nosotros ha visto”.

Mittermeier y von Reuentahl intercambiaron un apretón de manos ligeramente incómodo y se separaron. Por supuesto, no tenían forma de saberlo— sabiendo que este sería el apretón de manos final entre las Murallas Gemelas de la Armada Imperial, y las bebidas finales que compartirían. Era el 8 de junio del segundo año del Nuevo Calendario Imperial.

III

Después de separarse de von Reuentahl, Mittermeier regresó al puente de su nave insignia *Beowulf* para meditar sobre las naves imperiales en pantalla. Bayerlein estaba a su lado, con confusión e incertidumbre en su rostro generalmente enérgico.

“¿Esto significa que todo terminó, señor?”, Preguntó Bayerlein.

“Una excelente pregunta”.

“De alguna manera se siente como... como si la mitad de la galaxia se hubiera convertido en vacío. Yang Wen-li era un enemigo jurado de Mein Káiser, pero nadie puede negar que también fue un excelente táctico. Así como el día necesita la noche para expresar su naturaleza, me pregunto si no lo necesitamos a él también”.

Por un momento, el corazón de Mittermeier latió más rápido cuando una especie de malestar llenó su pecho. Luego sacudió firmemente su cabeza de cabello rebelde y color miel. Aún inseguro de lo que había provocado la sensación, cambió de tema.

“Cuando volvamos a Phezzan, será un funeral tras otro. Fahrenheit, Steinmetz, el Ministro von Silberberg...”

Bayerlein suspiró. “¡Qué año ha sido este!”, Dijo. “Seguramente pasará a la historia como una de las peores dinastías de Lohengramm”.

“Y es solo la mitad”.

“¡Por favor, mariscal, no me lo recuerdes! Solo espero haber agotado mi asignación anual de mala suerte”.

Mittermeier se rió de la absoluta sinceridad en el rostro de Bayerlein. Si realmente existiera una asignación de mala suerte y mala fortuna, sería mucho más fácil para las personas y los estados elaborar sus planes para el futuro. Incluso su propia esposa Evangeline ya no necesitaría ofrecer esas oraciones devotas y ansiosas por su seguridad a Odín el Padre de Todo cada vez que salía de campaña.

De repente se le ocurrió algo. Se giró para mirar a su subordinado.

“Bayerlein, ¿tienes amigas en casa, seguramente?”

“No señor.”

“¿Ni siquiera una?”

“Er — bueno — no, es decir, el servicio es mi primer amor, señor”.
Mittermeier guardó silencio.

“Espera — no — quiero decir, espero encontrar a alguien tan encantador como su esposa, señor, algún día”.

“Bayerlein”.

“¿Sí, señor?”

“He hecho todo lo posible para enseñarte cómo llevar a los hombres a la batalla. Pero cuando se trata de encontrar el amor y contar chistes, tendrás que resolverlo tú mismo. No hay nada malo con un pequeño estudio independiente de vez en cuando”.

Aplaudiendo ligeramente a su subordinado en el hombro, Mittermeier salió del puente.

El káiser estaba abandonando su campaña de conquista y volviendo a casa.

La noticia se anunció a toda la Armada Imperial el 7 de junio, justo después de que el almirante mayor Müller partiera hacia la fortaleza de Iserlohn como enviado fúnebre. Mittermeier tenía razón: Reinhard no podía obligarse a levantar las armas contra un ejército de luto. Aunque si el ejército en cuestión hubiera sido duque von Braunschweig y el resto de la nobleza durante la Guerra de Lippstadt, Mittermeier dudaba que el Káiser hubiera tenido tales problemas.

¿Es esta la flor de la caballería? ¿O el káiser simplemente ha perdido su gusto por la conquista?

La pregunta molestaba tanto a Mittermeier como a von Reuentahl mientras atendían diligentemente a sus respectivos deberes. Mittermeier estaba reorganizando las filas de toda la armada para el viaje de regreso, mientras que von Reuentahl estaba ordenando el cuartel imperial, comenzando por enviar soldados heridos a casa.

La promoción póstuma de Fahrenheit y Steinmetz a mariscal imperial ya se había decidido, pero el káiser había decidido honrarlos aún más con el Premio al Servicio Distinguido Siegfried Kircheis, llamado así por su difunto amigo. Las arcas estatales pagarían sus funerales, así como sus lápidas, que era el honor más alto que un miembro del ejército imperial podía recibir. Sin embargo, en un toque reinhardiano —de hecho, uno lohengrammiano— el único texto tallado en esas lápidas serían sus nombres, rangos y fechas de nacimiento y muerte. Cuando la propia lápida de Reinhard finalmente se colocó en su lugar, tampoco tenía nada más que las palabras “Káiser Reinhard von Lohengramm” y sus fechas de nacimiento, muerte y acceso al trono.

Una vez que Müller regresó de la fortaleza de Iserlohn, comenzó la retirada de la Armada Imperial. No había riesgo de ataque enemigo, pero su orgullo militar profesional no permitiría una partida desordenada. Y así, en una formación nítida y disciplinada, la Armada Imperial abandonó la región del Corredor Iserlohn.

Yang Wen-li está muerto. Fue el mayor defensor del gobierno democrático republicano y — a excepción de otro hombre — el mejor y mejor líder

militar en cinco siglos. ¿Su muerte significará el colapso de la facción republicana? Una vez lo pensé, pero ya no estoy seguro. Independientemente de sus propios deseos en la vida, en la muerte, Yang Wen-li parece haberse convertido en una presencia intachable dentro del movimiento por la democracia. Entre aquellos decididos a continuar su legado y, por lo tanto, su guerra, Iserlohn seguramente se convertirá en tierra santa. Dependiendo del talento y la capacidad de ese liderazgo, esta lucha sin sentido podría no haber terminado todavía. Por supuesto, atrapados en Iserlohn, no podrán resistir a la Armada Imperial por mucho tiempo, así que lo que más me preocupa es la posibilidad de que otros grupos intenten usarlos... En cualquier caso, demos gracias por ahora al Káiser y su personal por concederme la suerte de volver a salvo y volver a ver tu cara...

La carta que Mittermeier le envió a su esposa Evangeline contenía una profecía que incluso se le escapó en ese momento.

IV

Aunque limitado a su cama por enfermedad, Reinhard no había dejado de trabajar como emperador. Los asuntos militares los dejó a los mariscales Mittermeier y von Reuentahl, pero en el aspecto político se ocupó de todos los asuntos cotidianos que un autócrata debe: construir nuevas estructuras de gobierno, reformar los sistemas legales y fiscales, establecer redes de comunicación y transporte para fusionar orgánicamente territorios existentes con vastos, recién adquiridos, y así sucesivamente.

Cuando cayó la fiebre durante el día, ignoró las protestas y prohibiciones de su equipo médico, se sentó en la cama y convocó a su enfermería a los funcionarios civiles que había traído a la campaña con él. Aprobó el montón de papeleo, hizo preguntas, ofreció advertencias cuando no recibían respuestas, asignó nuevos proyectos y, en general, se mantuvo vigoroso y activo.

Estas circunstancias surgieron en parte de la naturaleza energética de Reinhard, pero también fueron el resultado de la muerte de von Silberberg, su confiable secretario de obras, a manos de terroristas. No había podido encontrar a nadie más que pudiera hacer en el ámbito civil lo que von Reuentahl y Mittermeier hicieron en la esfera militar. Con cada día que pasaba, el arrepentimiento privado de Reinhard por la pérdida del ingenioso y diligente von Silberberg creció.

El jefe del gabinete de Reinhard, el Ministro de Asuntos Interior, el Conde Franz von Mariendorf, fue sincero tanto en sus deberes como en sus tratos personales con el káiser. Era un hombre de justicia e integridad, con buen juicio y un buen ojo para el personal en el contexto de la gobernanza imperial, pero no era el tipo de político que buscaba activamente construir una nueva era.

Tampoco Reinhard había esperado esto de él. Era suficiente que el conde cumpliera fielmente sus órdenes y cumpliera con sus deberes, o eso había pensado Reinhard. Ahora, sin embargo, con la carga de los asuntos militares cayendo gradualmente de los hombros del káiser, comenzaba a sentir que, después de todo, necesitaba a alguien para compartir la carga política con él. Von Silberberg podría haber sido ese hombre. Si Siegfried Kircheis hubiera estado vivo, habría complementado las habilidades políticas de Reinhard más que adecuadamente. Pero ambos se habían ido de este mundo.

Podría haber buscado lo que necesitaba en Hilda, la hija del conde von Mariendorf. Pero al nombrar a su principal asesora en su cuartel general imperial y fortalecer su autoridad sobre asuntos militares, Reinhard había debilitado su posición para hablar políticamente. Incluso en una autocracia, la división entre funcionarios civiles y militares tuvo que mantenerse. Siempre hubo excepciones, por supuesto, pero no sería bueno declarar a alguien excepcional desde el principio. La propia Hilda, entendiendo la posición y la autoridad conferida a ella, hizo todo lo posible por no responder a las preguntas de gobierno. Reinhard se burlaría de ella por su evasión — “Oh, es cierto — Fräulein von Mariendorf no discutirá estos asuntos con personas como yo hasta que la promueva al menos al primer

ministro imperial” — y disfrute de su momentánea consternación. Reinhard había sentido la muerte de Yang Wen-li como la pérdida de una mente igual a la suya, por lo que era natural que la importancia de Hilda como fuente de estimulación intelectual hubiera aumentado. Reinhard nunca había usado la palabra “revolución”, pero la serie de reformas políticas y sociales que había iniciado en su breve período como gobernante eran una revolución desde arriba en todo menos en el nombre. Excepto, por supuesto, el hecho de que todo se encuentra en el marco de la autocracia imperial. A diferencia de su difunto rival Yang, Reinhard no hizo distinción entre, por ejemplo, su desprecio por Job Trünicht como individuo y su evaluación del republicanismo democrático.

Reinhard no había tratado de abolir los viejos títulos, pero tampoco había creado una nueva clase noble. Incluso Mittermeier, cuyos logros militares fueron del mejor orden, no había sido hecho duque o conde. El propio Gale Wolf bromeó diciendo que esto se debía a que “Wolfgang von Mittermeier” sería demasiado difícil de manejar, pero también se le había escuchado comentar que la nobleza estaba destinada a ser encontrada solo en museos históricos, “tan seguramente como los ancianos se dirigen a tumba.”

Más especulativamente, dado que no hizo una declaración clara sobre el asunto, Reinhard pudo haber esperado crear un llamado imperio liberal donde el emperador y sus súbditos estaban directamente conectados, en lugar de estar separados por el muro del vestido ceremonial que era la nobleza. Es posible que haya tenido algo aún más novedoso en mente — pero ahora debe permanecer desconocido para siempre.

Desde su cama, Reinhard también tomó varias decisiones sobre asuntos internos.

Aumento de las pensiones para los soldados desmantelados, en particular los heridos. Un mejor sistema de becas para las familias de los que murieron en la batalla. Compensación financiera del gobierno para víctimas de delitos. Todo esto fue una creación de su secretario de asuntos civiles, Karl Bracke, y luego modificado por el propio Reinhard. Conocido desde la dinastía anterior como reformista, Bracke había sido muy crítico con las inclinaciones autocráticas y el militarismo de Reinhard, pero sus políticas

como el primer secretario de asuntos civiles de la nueva dinastía habían contribuido significativamente a realizar el enfoque característico de la dinastía Lohengramm que se resumía mejor como “justicia social bajo control autocrático”.

Incluso después de dos años consecutivos de expediciones militares, las arcas públicas del imperio seguían siendo suficientes para garantizar el bienestar de la gente. Esto demostró la vasta inmensidad de la riqueza que habían sido usurpadas por las clases privilegiadas durante el reinado de cinco siglos de la dinastía anterior. Ahora, la antigua nobleza del imperio había sido llevada a la penuria por la confiscación de sus propiedades y posesiones y estaban en gran medida al borde del hambre. Como ministro de asuntos internos, el conde von Mariendorf había sido lo suficientemente generoso como para compensarlos por las incautaciones, pero los montos involucrados eran escasos, y una vez que los nobles, acostumbrados a gastar libremente, lo desperdiciaron, el conde no pudo hacer nada más.

“Si la muerte de un noble significa la salvación de diez mil plebeyos, considero que es justicia”, había sido el comentario oficial de Reinhard sobre el asunto. “Si se oponen al hambre, déjenlos trabajar, tal como lo ha hecho la gente común durante los últimos quinientos años”. No derramó lágrimas ante la idea de la nobleza que enfrenta el final de sus días.

El joven guardaespaldas de Reinhard, Emil von Selle, hizo una reverencia y entró en la habitación. Su rostro cayó cuando vio la bandeja en la mesita de noche. Reinhard no había comido un bocado de frijoles, leche tibia con miel y un huevo pasado por agua. Emil no pudo ocultar su preocupación por la completa falta de apetito del káiser.

“Su Majestad, ¿no comerá nada?”

“No tengo ganas de hacerlo”.

“Pero, Su Majestad, debe comer si quiere recuperar su fuerza. Se lo ruego, toma al menos algo de sustento, por poco que sea atractivo, para impulsar un rápido retorno a la salud”.

“¿Te atreves a dar órdenes al emperador de toda la humanidad, Emil?
¿Debo participar de comidas no deseadas simplemente porque mi
guardaespaldas lo quiere?”

Reinhard lamentó sus palabras antes de que estuvieran completamente fuera. Vio las lágrimas que brotaban de los ojos de Emil y supo que había cometido el acto más vergonzoso de todos: arremeter con ira descontrolada contra un niño indefenso. ¡Había estado a punto de convertirse en un tirano!

A pesar de su fiebre y agotamiento, las facciones de Reinhard se habían mantenido tan exquisitas como siempre, como talladas en perlas. Ahora, sin embargo, brillaban de vergüenza. Extendió la mano y acarició el cabello de Emil.

“Mis disculpas, Emil”, dijo. “A veces mi temperamento me supera. Perdóname. Comeré, al menos un poco”.

Después de que su guardaespaldas se fue, Reinhard tomó dos cucharadas de sopa en su cuchara de plata. Podría haber tomado un tercero, si su ayudante en jefe Arthur von Streit no hubiera buscado una audiencia.

El negocio de Von Streit se refería al legado de Steinmetz, tal como era. Parecía que había escrito una carta que contenía una especie de testamento en el que dejaba todo lo que tenía a cierta mujer. El testamento no era legal ni formal, pero von Streit solicitó el permiso del káiser para honrar los deseos del difunto de todos modos.

“No tengo ninguna objeción”, dijo Reinhard. “Sin embargo, estoy sorprendido. Pensé que Steinmetz no estaba casado”.

“Lo sé, Su Majestad, pero tenía un amante. Se llamaba Gretchen von Erfurt. Parece que habían estado juntos durante cinco años”.

“¿Por qué no se habían casado?”

“Como se me ha dado a entender, el almirante solía decir que hasta que Su Majestad haya unificado la galaxia, como su súbdito tampoco mantendría

un hogar”.

“El tonto...”

La voz de Reinhard sonó atónita.

“Mittermeier y von Eisenach son vasallos leales para mí, pero ambos tienen familias, ¿no es así? ¿Por qué Steinmetz tampoco se casó con esta Gretchen? Les habría enviado un regalo en celebración”.

“Si puedo, Su Majestad, cuando el propio Káiser no acepta una novia, no es sorprendente que sus súbditos sigan su ejemplo. ¿No lo crees así?”

“¿Entonces me estás ordenando que me case? ¿Es eso lo que quieres decir?” Los elegantes labios de Reinhard se curvaron con el ceño fruncido. Era como si algún espíritu de la naturaleza hubiera arrancado los pétalos de una rosa de invierno. “Si yo muero —”

“¡Su Majestad!”

“Tranquilízate. No soy Rudolf el grande. Emperador o plebeyo sin nombre, todos envejecen y mueren por igual. Eso lo entiendo mucho”.

Von Streit estaba sin palabras. El conquistador de cabello dorado continuó, con un brillo sardónico en sus ojos azul hielo.

“Si muero sin dejar ningún problema, espero que alguien con habilidad— vasallo o no, no importa— se instale como káiser o rey en mi lugar. Tal ha sido siempre mi intención. Puede que haya conquistado la galaxia, pero no hay ninguna razón para que mis descendientes la hereden si carecen de la habilidad y el renombre para hacerlo”.

Von Streit se encontró con la mirada del joven káiser, directa y decisivamente.

“Sé que no es mi lugar decir esto, pero le ruego a Su Majestad que no se demore en tomar una novia y asegurar la línea de sucesión. Ese es el deseo

devoto de cada sujeto en el imperio de Su Majestad”.

“¿Y engendrar un heredero como Segismundo el Loco o August el Desangrador? ¡Un buen legado!”

“Maximilian Josef el Vidente y Manfred el Fugitivo también fueron herederos. La sabia regla de la dinastía Lohengramm puede revelar su verdadero valor solo si la dinastía misma sobrevive. Garantizar que la supervivencia por medios legales está bien. Pero dejar las cosas a una sucesión de conquistadores no solo causaría un derramamiento de sangre innecesario, sino que también perturbaría el gobierno mismo. Por favor, Su Majestad, reconsidere el asunto una vez más”.

“Su punto está bien hecho y su consejo se siente profundamente. Lo recordaré”. Reinhard puede no haber sido del todo falso, pero no se puede negar que se deleitó en la sensación de libertad que sintió al despedir a von Streit de su habitación.

Una vez que las comunicaciones con Phezzan fueron posibles nuevamente, Mittermeier contactó al Departamento de la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Interna allí para preguntar sobre el hijo de von Reuentahl.

“Elfriede von Kohlrausch se llevó al bebé que dio a luz a fines del mes pasado y desapareció”, dijo el hombre que respondió la llamada. “Ella no ha sido visto desde entonces.”

Al ver que la furia comenzaba a llenar el rostro del famoso joven mariscal en su pantalla, el burócrata rápidamente transfirió la llamada a su supervisor, quien le ofreció un facsímil superficial de sentimiento de disculpa incluido la auto justificación.

“No tenemos tanto poder policial como necesitamos, y el bombardeo ha sido nuestro foco principal recientemente”, dijo.

“Y, sin embargo, el terrorista sigue en libertad”, dijo Mittermeier, la decepción cuajada en rabia. “Demasiado para los poderes de detección de la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Interna. La policía militar de Kessler habría resuelto el caso hace mucho tiempo”. Cortó la conexión. Nunca se había sentido amablemente dispuesto hacia esta mujer, Elfriede von Kohlrausch, que había llevado temporalmente a su amigo a una posición difícil, pero la idea de que ella deambulara por las calles con un bebé en brazos era insoportable. ¿Qué pecado, después de todo, cometió el infante?

“Solo un bebé...”

Pensando en su propio matrimonio, aún sin hijos después de ocho años, incluso el almirante de más alto rango en la Armada Imperial no podía excluir un grado de amargura leve de su pecho.

CAPÍTULO 08: MOVIENDO LA CAPITAL

I

El 1 de julio de 800 SE, 2 año del Nuevo Calendario Imperial, Reinhard von Lohengramm, primer káiser de la dinastía Lohengramm, desembarcó en el puerto espacial Phezzan. Debido a que había ido directamente a Phezzan en lugar de a través de la antigua capital de la alianza, Heinessen, le había llevado menos de un mes cruzar todo el antiguo territorio de la alianza, conocido ahora como la Tierra Neue.

Diez días antes, el 20 de julio, el mariscal Oskar von Reuentahl había aterrizado en el planeta Heinessen como el recién nombrado gobernador general de la Tierra Neue, relevado de su cargo como secretario general del Cuartel General del Comando Supremo. Con él en el territorio permanecieron 5,2 millones de oficiales y tropas alistadas, y el gobierno imperial envió diez mil funcionarios civiles adicionales para servir en su administración.

El “Artista-Almirante” Ernest Mecklinger registró sus pensamientos sobre el nacimiento de este poderoso nuevo gobierno para la posteridad:

“Von Reuentahl fue un consumado militar y un hábil administrador civil. El gobierno recién nacido era colosal en escala, empujando a la alta comisión del fallecido Helmut Lennenkamp para gobernar efectivamente a la mitad de la humanidad. El Káiser Reinhard pudo haber imaginado originalmente esta estructura de gobierno con su querido amigo Siegfried

Kircheis al timón, pero Kircheis había establecido su residencia en Valhalla, dejando solo a tres hombres dignos de este importante cargo: von Oberstein, von Reuentahl y Mittermeier. Von Reuentahl fue elegido, imagino, en parte porque la disolución del Cuartel General del Comando Supremo dejó a su secretario general sin otro papel propio. En cualquier caso, no fue por algún tiempo que la gente comenzó a preguntar por qué, de todas las personas, von Reuentahl había sido nombrado para el puesto...”

7 de julio de 800 SE, 2 año del Nuevo Calendario Imperial. Tarde.

El liderazgo de la Armada Imperial se reunió en el salón de los Baldanders, un exclusivo hotel de Phezzanese. Von Reuentahl y sus oficiales de personal estaban ausentes, ya que permanecieron en Heinessen, pero entre los presentes estaban el mariscal Mittermeier; Almirantes mayores Müller, Wittenfeld, Wahlen, von Eisenach y Lutz; y diez más o menos otros almirantes completos. Los funerales estatales para los mariscales Fahrenheit y Steinmetz y el primer secretario de obras Bruno von Silberberg se habían llevado a cabo esa mañana, y esos tres grandes vasallos del imperio habían sido enterrados en presencia del káiser.

El ministro de Asuntos Militares, Paul von Oberstein, había sido jefe del comité fúnebre. No se pudo presentar ninguna queja sobre su gestión del evento, pero la antipatía hacia el hombre en sí era evidente, como en el comentario cínico de Wittenfeld: “Desearía que se quedara en los funerales — le convienen bien y no causan problemas a los demás”.

La tarea más urgente de los líderes ahora reunidos en Phezzan, desde el Káiser hacia abajo, era reorganizar toda la Armada Imperial. Se requerirían cambios importantes en la estructura de liderazgo después de la muerte en la batalla de los dos comandantes Fahrenheit y Steinmetz. Sus flotas no podían quedar sin líderes, y el tamaño de la flota necesitaba un reequilibrio en todos los ámbitos.

Como ministro de asuntos militares, von Oberstein tenía la responsabilidad de tales asuntos, pero si los comandantes acogerían con beneplácito sus

intervenciones era una cuestión delicada. El distanciamiento entre el Ministerio de Defensa y el propio ejército pudo haber sido la característica distintiva de la Armada Imperial en aquellos primeros días de la dinastía Lohengramm. Cada uno reconocía al otro como completamente capaz, pero estaban separados por una considerable distancia psicológica, y la repulsión visceral contra von Oberstein en particular no podía descartarse — incluso si aún no había llegado a una etapa crítica.

El almirante mayor Ernest Mecklinger, aunque no estuvo presente en la reunión, más tarde escribiría una descripción extremadamente precisa de la atmósfera entre los participantes.

Mirando hacia atrás en la primera mitad de 800 SE — 2 año del Nuevo Calendario Imperial — la enorme escala de lo que se perdió tanto en términos de vida humana como de posibilidades históricas es abrumadora. A nivel personal, la muerte de Adalbert Fahrenheit y Karl Robert Steinmetz fue una gran sorpresa para mí. Su valentía y habilidad como comandantes fueron irreprochables, y la solemne distinción que hicieron entre lealtad y sinfonía también merece ser recordada. Fahrenheit fue hecho prisionero después de que sus valientes esfuerzos no pudieron evitar la derrota en la Guerra de Lippstadt, pero permanecieron verdaderamente desanimados en espíritu. Cuando Steinmetz fue nombrado primer capitán de la nave de guerra Brünhild, advirtió a Reinhard von Lohengramm, su superior, por intentar usurpar su autoridad como capitán. Habiendo perdido a estos dos hombres, los otros oficiales solo podían observar sin voz la desolación en sus filas... Por cierto, además de estos dos, otros almirantes de primera clase como Karl Gustav Kempf y Helmut Lennenkamp también habían sido asesinados por el mismo enemigo: Yang Wen -li. Cuando el conocimiento de su muerte llegó a los almirantes de la Armada Imperial, su pena se profundizó aún más. Aunque ellos mismos podrían haber sido asesinados por este comandante enemigo si hubiera vivido más tiempo, todavía alzaron las copas con respeto a su muerte.

Neidhart Müller fue seguramente el ejemplo más representativo de esta tendencia, habiendo servido como enviado de Reinhard al funeral de Yang, pero tenía poco que decir después de regresar de Iserlohn. “Su viuda es una mujer hermosa”, era todo lo que le decía a cualquiera, excepto al káiser, y

bebía en silencio como si no supiera qué hacer con la sensación de ausencia que se extendía dentro de él.

Von Eisenach siempre había tenido la reputación de ser un hombre taciturno que solo usaba la boca para comer y beber, aunque Lutz permitió que probablemente también besara a su esposa. No fue dado a la diversión por naturaleza, pero en este día parecía de buen humor.

Justo un día antes, Lutz había recurrido a su ayudante Holzbauer con un toque de púrpura en sus ojos azules y le dijo: “Ah, por cierto, me voy a casar el próximo año”.

Después de 5.5 segundos sin palabras, Holzbauer finalmente logró ofrecer felicitaciones en la forma estándar.

“Este año sería imposible”, dijo Lutz, con los ojos todavía parpadeando. “Demasiado luto para hacerlo. Por cierto, ¿sabes quién es mi futura novia?”

¿Cómo podría saber eso? pensó Holzbauer. “¿Podría ser la enfermera de cabello negro quien atendió a Su Excelencia durante su hospitalización?”, Preguntó.

Lutz estaba asombrado.

“¡Así es!”, Dijo. “¿Cómo supiste?”

Holzbauer estaba aún más sorprendido. No había esperado dar en el blanco. Lutz le había salvado la vida, así como la de su hermano mayor, y el amor y el respeto que sentía por su oficial superior le hicieron desear que Lutz hubiera tenido un romance de una naturaleza un poco más poética. ¿No sugiere una cierta falta de esfuerzo para que un almirante de la Armada Imperial se case con su enfermera? Aprender que Lutz era más que un militar firme le trajo cierta alegría, pero aun así...

En el salón del hotel Baldanders, la conversación finalmente se centró en el tema del terrorismo.

¡El zorro negro de Phezzan! ¿Qué debemos temer de él? Ha abandonado su poder y autoridad y se ha convertido en un miserable fugitivo. ¡El topo negro, más bien!

“¿Qué debemos temer de él, dices? Conspiración. Terrorismo. Nunca pensamos en los terroristas y sus secuaces, pero von Silberberg e incluso Yang Wen-li resultaron vulnerables a sus ataques”.

El almirante mayor August Samuel Wahlen hizo una mueca amarga ante esto. Por orden del káiser, había dirigido el ataque contra la sede de la Iglesia de Terra el año anterior. Había creído que la organización había sido destruida en ese momento y, sin embargo, sus retorcidos restos habían logrado asesinar a Yang Wen-li. El hecho de que el káiser no hubiera ofrecido una sola palabra de reproche solo profundizó la vergüenza que Wahlen sentía. En silencio, decidió asumir la responsabilidad de eliminar la iglesia por toda la eternidad.

Heidrich Lang, jefe de la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Interna, tenía un talento formidable para ejercer una influencia negativa en las personas y la sociedad. El odio que sentía por los altos funcionarios del personal del Káiser Reinhard podría no haber sido inevitable, pero ciertamente era comprensible. Mittermeier se refirió a Lang como “una mancha de inmundicia en la suela del zapato de von Oberstein”, e incluso Müller lo describió una vez como “un don desagradable con traición visible detrás de su cara de bebé”. Oskar von Reuentahl evitó por completo las palabras: su única El comentario sobre el hombre era una mueca fría.

La presencia de Lang fue tolerada como una necesidad desafortunada. Cualquier sistema político necesitaba departamentos y personas para hacer el tipo de trabajo sombrío y desagradable que hacía. Incluso la Alianza de Planetas Libres, por un tiempo, había tenido una Oficina para la Protección de la Carta para sofocar el sentimiento anti-republicano.

Por su parte, Lang tuvo cuidado de no dañar a la gente común, dirigiendo su vigilancia y represión a solo tres objetivos: nobles y burócratas de la

antigua dinastía, extremistas republicanos y espías de la alianza. Su supervivencia en la dinastía Lohengramm requirió un esfuerzo considerable y una firme resistencia del tratamiento frío que recibió.

Y, sin embargo, poco después de que el káiser llegara a Phezzan, la oficina logró algo que hizo que incluso sus críticos se sentaran y se dieran cuenta.

Capturaron a los delincuentes detrás del atentado que mató a von Silberberg e hirió a von Oberstein, Lutz y al secretario general interino de Phezzan, Nicolas Boltec. Y el papel de Lang en la operación, como jefe de la oficina, había estado lejos de ser periférico.

Osmayer, entonces secretario del interior, despreciaba a Lang, a pesar de que el jefe de la oficina debería haber sido un subordinado capaz. Lang no solo se posicionó como un aliado de von Oberstein, desestimando a su superior real, sino que sus diseños sobre la posición de Osmayer eran obvios, aunque siempre negables. Como resultado, el primer instinto de Osmayer fue ignorar el éxito de Lang, pero la base de la dinastía Lohengramm fue recompensar la buena conducta y castigar las malas acciones. Si Osmayer no reconociera a Lang por lo que había hecho, correría el riesgo de desagradar al káiser.

Con gran renuencia, Osmayer anunció el asunto al ministro de asuntos internos, el conde von Mariendorf. La noticia llegó a oídos del káiser, y se decidió que Lang sería recompensado adecuadamente.

Así fue nombrado Lang para el cargo de ministro menor del interior, al tiempo que conservaba su puesto como jefe de la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Interna también. También recibió una recompensa de cien mil reichsmark, pero donó la suma total a la Oficina de Bienestar de Phezzanese. Esta buena acción fue considerada con un asco casi universal como la hipocresía más grave, pero después de la muerte de Lang se reveló que había donado anónimamente parte de su salario a fondos de becas e instalaciones de asistencia social desde su tiempo como burócrata de bajo rango. Hipócrita o no, su filantropía había salvado a muchos. Absolutamente sin amigos, sin hacer una contribución constructiva al progreso de la historia, Lang, sin embargo, llevó una vida que provocó en muchos años posteriores a considerar la forma en que tales cualidades

diferentes podrían coexistir dentro del mismo carácter mezquino.

El primer mensaje de la mujer que afirmaba ser Dominique Saint-Pierre llegó a la Oficina de Seguridad de Seguridad Doméstica mientras el Cuartel General del Comando Militar Imperial todavía se tambaleaba por la repentina muerte de Yang Wen-li. Lang mantenía una lista en el fondo de su mente de los criminales que ya había arrestado e intentado, así como aquellos que aún enfrentaban ese tratamiento, y el nombre de Saint-Pierre estaba en esa lista al lado del de Adrian Rubinsky, aunque en letras un poco más pequeñas. Saint-Pierre había sido amante del llamado Zorro Negro, el último Landerista de Phezzan y ahora fugitivo, y había actuado como su cómplice en innumerables conspiraciones. Debería haberla encontrado y ponerla bajo custodia de inmediato, pero después de leer la carta, Lang en cambio la incineró, lavó las cenizas y abandonó la oficina solo.

Así comenzó un arreglo desagradable entre Rubinsky y Lang. La información sobre los terroristas detrás del atentado fue uno de sus frutos.

El 9 de julio, los dos hablaron en la casa de seguridad de Rubinsky.

“Bienvenido, excelencia”, dijo Rubinsky.

El honorífico le hizo cosquillas a una parte del orgullo de Lang agradablemente, pero no satisfizo toda su conciencia. Esto no fue porque Lang estaba por encima de cosas como títulos y honores; más bien, creía que cualquier expresión de buena voluntad o bienvenida debe ocultar algún tipo de cálculo o malicia.

“Dejemos de lado esas formalidades mareadas”, dijo pomposamente. “¿En qué asunto ha llamado a este leal vasallo de la dinastía Lohengramm para hablar con usted hoy?”

Si fueras realmente leal, difícilmente establecerías acuerdos clandestinos con fugitivos, pensó Rubinsky, pero él no expresó la observación en palabras. Todavía no había terminado con este villano. Rubinsky podría ser

tan obsequioso en palabras y hechos como fuera necesario, siempre que fingiera. Con la sonrisa de un tigre devorador de hombres, instó a un vaso del mejor whisky a su invitado y explicó que, aunque no solicitaba una acción inmediata, tenía la esperanza de que la influencia de Lang como subsecretario pudiera reparar sus relaciones con la corte.

Lang se rio en su cara.

“No olvides dónde estás parado”, dijo. “Si tuviera que decir una palabra al káiser, él pronto aliviaría tus hombros de la pesada carga de tu cabeza. ¿Te crees capaz de exigirme como un igual?”

Rubinsky no pestañeó ante la amenaza.

“Me hirió con sus palabras, señor — mis disculpas, Su Excelencia el Ministro Menor. Me robaron mi autoridad en Phezzan por ningún delito en absoluto. ¡Por qué, incluso podrías llamarme víctima!” Su expresión no era tan disgustada como su tono de voz.

“¿Y entonces guardas rencor contra el kaiser? Eres un ratón desafiando a un león. Tu presunción es simplemente escandalosa”.

“¿Un rencor? ¡Absolutamente no! El Káiser Reinhard es un héroe sin igual en la historia. Solo tenía que preguntar, y con mucho gusto le habría entregado mi autoridad sobre Phezzan en cualquier momento. En cambio, siguió a donde conducía su espíritu conquistador, ignorando piedras como yo que yacían en el camino. Me parece un resultado lamentable, esto es todo lo que quiero decir”.

“Por supuesto que te ignoró. El kaiser no necesita buena voluntad de parte de ustedes. Sostiene toda la galaxia en la palma de su mano”.

Rubinsky notó que Lang a menudo parecía confundir la autoridad del káiser con su propio poder. Esta tendencia estuvo ausente en von Oberstein. Aunque ambos hombres fueron rechazados por el almirantazgo de la Armada Imperial, hubo una enorme diferencia en el tenor psicológico entre ellos.

“Estoy mortificado por la observación de Su Excelencia”, dijo Rubinsky. “Sin embargo, estoy seguro de que mi sinceridad se te ha revelado al menos hasta cierto punto. ¿No fueron los hombres que les entregué realmente los perpetradores del bombardeo que le quitó la vida al Secretario von Silberberg?”

“Me llamaron la atención hace mucho tiempo. Simplemente me faltaba evidencia. A diferencia de la edad oscura de la antigua dinastía, en el reinado del Káiser Reinhard, nadie puede ser condenado sin pruebas”.

Impresionante, pensó Rubinsky. Este hombre conocido como un maestro fabricante de evidencia había intentado una auto justificación descarada y una sinfonía abierta hacia la autoridad al mismo tiempo. Rubinsky ofreció una sonrisa oblicua más delgada que el papel, luego casualmente dejó caer un pequeño solígrafo sobre la mesa de palo de rosa. A través de la neblina alcohólica, la mirada de Lang cayó sobre el objeto, luego se fijó en él. Cuando dejó el vaso, lo hizo con un ruido fuerte y un trago de whisky.

“Ah — ¿Su Excelencia conoce a esta mujer?”, Preguntó Rubinsky inocentemente. Lang lo miró con agujas envenenadas, pero la deferencia de Rubinsky era, al parecer, meramente superficial. La cara en la soligrafía pertenecía a Elfriede von Kohlrausch— el antiguo noble que había dado a luz al hijo de von Reuentahl pocos días antes.

“Hasta donde puedo decir, esta mujer sufre un desequilibrio psicológico trágico”, dijo Rubinsky. “Una lástima, especialmente en una tan hermosa”.

Lang guardó silencio por un momento.

“¿Cómo sabes eso?”, Preguntó finalmente.

“¡Primero, está convencida de que tiene una relación familiar con el Duque Lichtenlade — un vasallo clave de la dinastía Goldenbaum, y el autor de un atentado contra la vida de Su Majestad el Káiser Reinhard! Seguramente ninguno de sus parientes se atrevería a visitar a Phezzan”.

“¿Eso es todo?”

Lang parecía creer que un comportamiento arrogante lo ayudaría a mantener la ventaja. Rubinsky ignoró su débil intento de farolear.

“Una cosa más. La mujer tiene un bebé recién nacido — y afirma que él es el hijo del mariscal Oskar von Reuentahl, jefe de los vasallos de la dinastía *actual*, y su almirante más querido”.

El disgusto y el odio explotaron silenciosamente dentro de Lang, enviando veneno inodoro volando a cada rincón de la habitación. Rubinsky estaba generosamente salpicado, y un considerable interés se agitó bajo su expresión en blanco mientras consideraba el retumbar del volcán activo que ahora llevaba la piel de Lang. Naturalmente, Rubinsky sabía más de lo que había revelado. Sabía que Lang había planeado usar cargos contra Elfriede para derribar a von Reuentahl por alta traición — y que había fallado. Lang había aprendido por la fuerza cuán profunda era la fe del káiser en von Reuentahl, un famoso almirante invicto en la batalla y un fiel vasallo desde la fundación de la nueva dinastía. Esto no había fallado en alimentar el resentimiento de Lang.

“Todo bien. No hay más ganancias en estas insinuaciones tímidas”, dijo Lang, un oscuro contrapunto de cálculo y compromiso en su voz. “Quiere decir que puede asegurarse de que von Reuentahl cometa el delito de alta traición. ¿Estás seguro de que puedes destruir al hombre?”

Rubinsky asintió con la cabeza.

“Como usted puede discernir tan hábilmente, si Su Excelencia lo desea, haré todo lo posible y veré que se cumplan esos deseos”.

Para entonces, Lang había perdido toda capacidad de fingir arrogancia.

“Si puedes hacer eso”, dijo, “puedo prometer mi ayuda para reconciliarte con el káiser. Pero — y escuche atentamente — *solo después de que tenga éxito*. No soy tan tonto como para confiar en las promesas vacías de un Phezzanese sin pruebas”.

“Muy correcto, su excelencia. No es de extrañar que te llamen la mano derecha de von Oberstein. Por mi parte, no tengo intención de buscar su confianza con engaños. Permítame hacer una propuesta adicional...”

Limpiándose el whisky que se había derramado en su mano, Lang se inclinó hacia delante en su silla. Sus ojos eran los de un inválido febril.

II

En poco tiempo, sucedió algo que sorprendió a todo el planeta Phezzan: Nicolas Boltec, secretario general interino, fue detenido.

Según el anuncio de Lang del Ministerio del Interior, Boltec había sido cómplice de los bombardeos que le habían quitado la vida al ex ministro Bruno von Silberberg. Sus propias heridas por ese incidente habían sido intencionales — una forma de evitar sospechas. Boltec había albergado un ardiente resentimiento hacia von Silberberg porque este último había usurpado esencialmente su posición como administrador jefe del planeta. Este fue el reclamo en el anuncio del ministerio, y a su debido tiempo Boltec terminó el episodio suicidándose por veneno en prisión.

Naturalmente, el almirante mayor Kornelias Lutz fue uno de los sorprendidos por el desarrollo.

“Si ser herido en ese bombardeo fue motivo de sospecha, supongo que el mariscal von Oberstein y yo también somos sospechosos”, bromeó, pero luego, por un momento, su rostro se congeló. No estaba entre los conspiradores, por supuesto, pero no tenía forma de demostrarlo. ¿Qué iba a impedir que Lang organizara también su arresto?

Todo el asunto era sospechoso. Lutz se preguntó si Lang no había fabricado simplemente pruebas para arrestar y luego asesinar a un hombre inocente.

Pero no había forma de probarlo, y Lutz no vio cómo benefició a Lang derribar a Boltec en cualquier caso. Por supuesto, no tenía forma de saber sobre el nefasto acuerdo entre Lang y Rubinsky.

Aun así, la inquietud e incluso el miedo lo hicieron incapaz de ignorar el incidente. Si incluso una destacada figura militar y un valioso servidor del imperio como Lutz estaba indefenso ante Lang, ¿qué esperanza tenía alguien más?

“Si esto continúa, todo nuestro imperio podría ser socavado por un solo funcionario malvado. Llámalo una reacción exagerada, pero yo digo que las malas hierbas venenosas deben eliminarse tan pronto como envíen brotes”.

Pero Lutz se había ganado su fama en el campo de batalla, y no se sentía cómodo con las intrigas o la guerra de información. Decidió informar a uno de sus compañeros almirantes más confiables y capaces sobre el peligro de Lang.

Y así, en las primeras semanas de julio, el almirante mayor Ulrich Kessler, comandante de las defensas capitales y comisionado de la policía militar, recibió una advertencia urgente de su compañero almirante. A través de la lente de la historia política, esto podría ser visto como el ejército luchando contra un intento de la burocracia de seguridad doméstica de expandir su autoridad. Pero esto, por supuesto, no se le ocurrió al propio Lutz.

Mientras aumentaban los éxitos de Lang, una mujer que los observaba se volvió fríamente hacia Adrian Rubinsky.

“¿Seguramente no confías en este hombre Lang?”, Preguntó ella.

“Qué diferente a ti hacer una pregunta como esa, Dominique”, dijo Rubinsky. No cabía duda de que esperaba que se le pagara por la buena voluntad que había gastado en Lang, pero ni siquiera una sonrisa se mostró en su rostro. “Él es un don nadie. Muéstrale un espejo que magnifique su reflejo, y él está encantado. Simplemente lo dirigí al espejo que ansiaba”.

A diferencia del Rubinsky con cara de piedra, la mujer nunca dejó de sonreír, sus ojos y labios goteaban con malicia aparentemente interminable.

“¿Y qué te hace eso? ¿No hiciste esto, nadie mata a Boltec? Estoy seguro de que debe haber sido irritante ver a su antiguo subordinado convertirse en el Secretario General Interino y pavonearse como el vasallo más leal del káiser, pero ¿cómo puede relajarse con una bebida después de matar a un hombre inocente? ”

Rubinsky dejó el vaso. La mirada en sus ojos cambió inquieta, pero el resto de su rostro estaba completamente tranquilo.

“¿Realmente no lo ves? ¿O solo finges no hacerlo?”

“¿De qué estás hablando?”

“Bien”, dijo Rubinsky después de una breve pausa. “Déjame explicar.”

Si ella ya entendía, no había razón para no decirle; e incluso si no lo hizo, todavía no había daño en decirle.

“Boltec no es más que un medio para un fin, y ese fin era hacer que Lang matara a un hombre inocente. Con sus propias manos, Lang ha atado la soga que lo colgará.”

“Entonces, si trata de escapar de su yugo, ¿puede revelar la verdad sobre Boltec al káiser, digamos, o al ministro de asuntos militares?”

Rubinsky inclinó su vaso a modo de respuesta. Echándole un último vistazo, Dominique Saint-Pierre salió de la habitación, seguido medio momento después por la sombra y la burla.

Dominique caminó por un pasillo y bajó una escalera a otra habitación en las profundidades del edificio. Después de un golpe superficial, abrió la puerta y la luz cortó un rectángulo de la penumbra interior. Una mujer joven en el interior levantó la cabeza, pero tan pronto como se encontró con la

mirada de Dominique, miró hacia otro lado y apretó al bebé con más fuerza.

“¿Cómo te sientes?” Preguntó Dominique.

La mujer se negó a responder. No por miedo, sino por orgullo. Todavía sosteniendo a su bebé, volvió a mirar a Dominique, una imagen residual de obstinada conciencia de su posición en la vida visible en sus ojos.

“El mariscal Oskar von Reuentahl será arrestado por traición en poco tiempo”, dijo Dominique. “Puede que Rubinsky y Lang no tengan lo necesario para liderar grandes ejércitos y aplastar al enemigo en el campo de batalla, pero ciertamente son capaces de apuñalar a los que pueden en la espalda”.

Cuando el silencio se agitó una vez alrededor de la habitación, una voz débil escapó de los labios de la mujer. Exactamente lo que quería, sonaba como.

“¿Pero no es él el padre de ese niño que tienes?” La mujer no dijo nada.

“¿Cómo lo has llamado, de todos modos?”

Una vez más, la pregunta de Dominique se encontró con un silencio hostil. Pero se necesitó más que eso para molestar a la amante de Adrian Rubinsky.

“Hay tantos tipos de personas en el mundo”, dijo Dominique. “Algunas parejas quieren hijos pero nunca los conciben. Algunos padres son asesinados por los hijos que tienen. Supongo que también hay espacio para niños cuyos padres son asesinados por sus madres”.

El bebé gorgoteó y agitó las extremidades.

“Avísame si necesitas algo”, dijo Dominique. “No tiene sentido dejar que el niño muera antes de que puedas enseñarle a odiar a su padre”.

Se giró para irse, y luego la otra mujer habló claramente por primera vez.

Ella quería leche, dijo, y ropa. Agregó algunos elementos más a la lista. Dominique asintió generosamente. “Todo bien. Y supongo que también es mejor que te encontremos una enfermera”.

Dejando a la madre y al niño en su habitación, Dominique volvió a mirar a Rubinsky y lo vio en el sofá con la cabeza entre las manos.

“¿Qué pasa?”, Dijo ella. “¿Otro de tus turnos?”

“Me duele la cabeza. Se siente como un dinosaurio golpeando el interior de mi cráneo con su cola. Pásame esas pastillas”.

Dominique miró a su amante con un ojo de observador mientras ella le entregaba la botella. Al verlo tragar las píldoras, con una mano carnosa aún presionada contra su frente, ella extendió la mano para acariciarlo ligeramente en la espalda.

“Las brechas entre estos episodios tuyos son cada vez más cortos”, dijo, fría pero correctamente. “Debes cuidarte mejor. Te verías bastante tonto si te hicieras cargo de la galaxia a través de la trama y la intriga solo para ser derribado por un colapso del mundo interior. ¿Por qué no ves a un médico?”

“Los médicos son inútiles”.

“¿Oh? Bueno, es tu cuerpo — no es de mi incumbencia. Y estoy de acuerdo en que los médicos no serían de ayuda aquí. En todo caso, necesitas un hechicero”.

“¿Qué se supone que significa eso?”

“¿Creía que ya lo sabías? La mitad de su problema proviene de una maldición impuesta por el Sumo obispo de la Iglesia de Terra o como se llame a sí mismo, y la otra mitad proviene del espíritu vengativo de su hijo Rupert Kesselring. Ningún médico puede salvarte ahora”

Este doloroso golpe hirió sus nervios, pero Rubinsky no mostró signos de ello en su expresión. Tal vez las píldoras habían comenzado a ejercer su

poder temporal para sanar, porque la tensión que unía su cuerpo como una cadena espinosa comenzó a relajarse. Soltó un largo suspiro.

“Dejando a un lado los espíritus vengativos, puede que tengas razón sobre la maldición. El arzobispo parecía capaz de eso”.

“¡Oh, tonterías! Si ese hombre realmente tuviera tales poderes, el Káiser Reinhard estaría muerto hace mucho tiempo. Y, sin embargo, vive en la fragante flor de...”

Dominique se fue apagando en medio de su sarcástica diatriba. Había escuchado los rumores recientes de que el káiser estaba plagado de fiebre y que a menudo estaba confinado a la cama. Más de quince siglos después del triunfo de la humanidad sobre el cáncer, la vestigiosa cola de reptil de la mente humana todavía era vulnerable a ser arrastrada al pantano de la superstición. Dominique sacudió la cabeza con irritación y salió de la habitación. Tenía que pedir la leche para el hijo de Elfriede, así como los otros artículos en su lista. Aparentemente, la masa de partículas elementales que formaban su personaje incluía unos pocos electrones, no de un solo color.

III

El 2 de julio en 800 SE — 2 año del Nuevo Calendario Imperial — un edicto imperial declaró formalmente al Planeta Phezzen como la nueva capital del Imperio Galáctico y exigió que todo el gabinete se trasladara a Phezzen antes de que terminara el año. El almirante mayor Ulrich Kessler, comandante de las defensas capitales y comisionado de la policía militar, también debía trasladar su cuartel general a la nueva capital, dejando la defensa de Odín al almirante mayor Ernest Mecklinger, comandante supremo de la Armada Imperial.

Desde el ministro de asuntos internos hasta los burócratas de menor rango y

sus familias, más de un millón de almas en total harían el viaje de varios miles de años luz. La condesa Hildegard von Mariendorf, asesora principal de Reinhard en la sede imperial, vería a su padre por primera vez en un año. Para la esposa de Mittermeier, Evangeline, viajar al nuevo puesto de su esposo sería el primer viaje largo que jamás haya experimentado.

En medio de los preparativos para la mudanza, Hilda se encontró incapaz de mantener la indiferencia ante una pregunta: la pregunta de la hermana mayor de Reinhard, Annerose von Grünewald, amante del ex emperador.

Para los historiadores de épocas posteriores, la hermosa influencia de Annerose en la formación del carácter de Reinhard era menos teoría académica que la sabiduría aceptada, pero en ese momento habían pasado casi tres años desde que se había recluido en su villa de montaña en Freuden en el planeta Odín. En todo ese tiempo, hermano y hermana — probablemente el par de hermanos más bellos de la galaxia — no se habían visto una vez. Al perder lo que no debería haberse perdido, Reinhard había permitido que el pasado se separara del presente; el brillo de aquella luz primaveral de hace mucho tiempo, las melodías de esos vientos de verano, ahora estaban mucho más allá de su alcance.

“¿Su Majestad invitará al Gräfin von Grünewald a la nueva capital?”, Preguntó Hilda, sabiendo muy bien que estaba excediendo su mandato como asesora principal.

Las cejas de Reinhard se movieron ligeramente, como siempre lo hacían cuando sus esperanzas estaban decepcionadas o cuando lo desafiaban por un sentimiento que aún no había procesado por completo.

“Eso, Fräulein von Mariendorf, no tiene conexión con los asuntos militares”, dijo. “Reza para dirigir esa notable inteligencia tuya hacia la tarea de la conquista galáctica en lugar de las trivialidades del palacio”.

Sin embargo, este breve despido fue seguido por una reflexión más personal, como si Reinhard quisiera que se escucharan sus pensamientos más íntimos.

“La tumba de Kircheis está en Odín. Mover mi capital y sede a un lugar más conveniente para mí cae dentro de mi prerrogativa, pero hacer lo que quiera con el lugar de descanso eterno de otro no lo es”.

Al darse cuenta de que Reinhard estaba revelando indirectamente la razón por la que no invitaría a su hermana a Phezzan, Hilda permaneció en silencio. Sabía que la pregunta solo le haría las cosas incómodas y, como de costumbre, estaba preocupada por su incapacidad para explicar racionalmente las emociones que la habían llevado a preguntarla de todos modos.

“Volveré a Odín algún día”, continuó Reinhard, “pero cuándo llegará ese día aún no está en mi poder discernir. Quedan muchas cosas por ordenar primero”.

Hilda, por supuesto, no preguntó qué eran.

Reinhard estaba de pie en la orilla del recuerdo, contemplando las aguas del pasado. Las manecillas del reloj cambiaron de dirección, y la noche y el día se alternaron con mayor velocidad hasta que finalmente el primero ganó, y una escena del pasado apareció ante los ojos del káiser.

“Annerose! ¡Esta oscuro! ¡Esta oscuro!”

Era un niño pequeño — ¿cuatro años? ¿Cinco? — despertar una noche hasta sofocar la oscuridad y clamar desesperadamente por ayuda. Presionó el interruptor de la lámpara junto a su cama una y otra vez, pero ninguna luz llegó para alejar la oscuridad. Más tarde se enteraría de que su electricidad se había cortado porque su padre no había pagado la factura. “¡Protector de la Casa Imperial!” ¡Un excelente nivel de vida para un noble!

Al escuchar los gritos de su hermano, Annerose salió corriendo de la habitación contigua. Más tarde, Reinhard se preguntaría cómo podría haber sido tan veloz a través de la oscuridad total en su camión. Pero cuando él llamaba, ella siempre venía.

“Reinhard, Reinhard, está bien. Lamento haberte dejado solo”.

“¡Está oscuro, Annerose!”

“¡Está oscuro, pero puedo ver tu cabello dorado tan claramente! ¡Qué hermoso brilla!”

“Ese oro ilumina la oscuridad, Reinhard. Tú mismo debes ser la luz, porque entonces nada te asustará, nada te hará daño, no importa cuán oscuro sea. Conviértete en la luz, Reinhard...”

Con melancólico semblante, Reinhard levantó su mano justa para barrer la cascada de cerraduras doradas que habían caído sobre su frente. Cuando era niño, cuando quería a su hermana, solo tenía que llamar y ella venía. De hecho, el día que había dejado de acercarse a él, ¿no había necesitado su ayuda por primera vez?

¿Y no había sido incapaz de ayudarla? Sabía que le debía una deuda infinita.

A medida que los días ocupados continuaron, una información sorprendente y desagradable llegó a Reinhard: Job Trünicht había solicitado al káiser que ingresara al servicio gubernamental.

Como presidente del Comité de Defensa y del Consejo Superior de la antigua Alianza de Planetas Libres, Trünicht asumió una responsabilidad grave e ineludible por la desaparición de su patria. Había huido a la capital imperial de Odín alegando el peligro que enfrentaba debido a elementos radicales de la antigua alianza que buscaban venganza, pero a los cuarenta y cinco años, todavía era joven para un político, y pronto convirtió sus recursos personales y pronto dirigió sus recursos personales y financieros a la tarea de buscar, o más bien buscar, un puesto dentro del gobierno.

La noticia provocó un destello de disgusto en la expresión de Reinhard,

como ver algo inmundo. Sin embargo, después de unos momentos de silencio, mostró sus dientes blancos con una sonrisa maliciosa y asintió, casi como si estuviera recordando.

“Si Trünicht ansía tanto un puesto en el gobierno, le concederé uno. Von Reuentahl estaba pidiendo ayuda a un administrador familiarizado con las condiciones de la antigua alianza, ¿creo?”

La sorpresa en el rostro de Hilda cambió rápidamente a exasperación.

“Su Majestad, seguramente no...”

“Alto consejero de la gobernación de Tierra Neue, el puesto perfecto para Trünicht, ¿no es así? Si los ciudadanos de la antigua alianza lo convirtieran en el blanco de su lanzamiento de rocas, bueno, eso también sería bienvenido por von Reuentahl”.

“Su Majestad, no veo la necesidad de esto. Seguramente asignarlo para supervisar el desarrollo de un mundo remoto sería suficiente”.

Reinhard se echó a reír y agitó su elegante mano.

La oferta fue claramente escandalosa, pero Trünicht— a pesar de haber reclamado refugio en la capital imperial por su propia seguridad — la aceptó al día siguiente.

“¿El *aceptó*?”

A pesar de su propia responsabilidad por este resultado, Reinhard no pudo evitar sentirse profundamente disgustado por él. Había asumido que Trünicht nunca aceptaría tal posición, y tenía la intención de prohibir permanentemente al antiguo líder de la alianza del servicio público sobre la base de esa negativa. Claramente, había juzgado mal el sentido de vergüenza de Trünicht en términos cualitativos y cuantitativos.

“¿Cómo se atrevió a mostrar su rostro entre las mismas personas que traicionó? ¿La irritación del hombre podría alimentar el cañón principal de

mi nave de guerra más grande!”

“Fue decisión de Su Majestad”, dijo Hilda con acidez. Reinhard hizo un ruido de irritación.

Si hubiera negado la solicitud de Trünicht directamente, eso habría sido el final. Si Trünicht hubiera rechazado el puesto, el resultado habría sido una prueba elocuente de las convicciones de Reinhard, si se hubiera adquirido de una manera algo mezquina. Pero la aceptación de Trünicht de la oferta no hizo que la táctica de Reinhard fuera más que un simple error infantil. El káiser había hecho muchas elecciones de personal desde que nombró al difunto alto comisionado de Helmut Lennenkamp en Heinessen, pero esta fue la primera con la que no se sintió satisfecho.

Naturalmente, los militares tenían sus propias opiniones sobre el nombramiento.

“¿Trünicht está tomando una posición oficial en la gobernación de Tierra Neue, dices?”, Dijo Mittermeier. “¡Von Reuentahl no estará contento con eso!”

Al principio encontró el asunto sombríamente divertido, reconociendo lo que el káiser tenía la intención de hacer. Pero su diversión se desvaneció cuando comenzó a sospechar que, por muy descarado que sea Trünicht, debe estar ocultando algo que esperaba que hiciera posible esa posición.

En momentos como estos, Mittermeier solía confiar no en el joven y directo Bayerlein sino en Büro, rico en la sabiduría y la experiencia de años. Büro también era viejo amigo del jefe de gabinete de von Reuentahl, Bergengrün, lo que significa que tenía un interés personal en el asunto.

La idea de que Trünicht podría estar conspirando con von Oberstein para derribar a von Reuentahl le pareció a Büro más bien un salto, pero era una pregunta demasiado grave como para descartarla con una sonrisa.

“Me doy cuenta de que traiciona mi propio prejuicio al ver la sombra de von Oberstein detrás de cada evento en la galaxia, pero aun así”, dijo

Mittermeier, su voz casi un lamento mientras pasaba una mano agitada por su cabello color miel. Tenía treinta y dos este año y parecía aún más joven. Por lo general, no se entrometía en asuntos que consideraba inapropiados para el personal militar, pero no podía ser optimista con respecto a sus amigos. Büro prometió que advertiría en privado a Bergengrün que tuviera cuidado, y con esto Mittermeier tenía que estar satisfecho.

El 31 de julio, se entregó un mensaje a la oficina utilizado por el Ministro de Asuntos Militares Paul von Oberstein. El portador era el comodoro Anton Ferner.

El mariscal von Oberstein leyó la carta solo en sus habitaciones. Su rostro siempre permaneció inexpresivo, independientemente de las graves preocupaciones que pesaban en su mente, y esto no fue una excepción. Después de leer el mensaje, se aseguró de incinerarlo por completo.

Ferner regresó a la oficina por otros asuntos y, después de recibir sus órdenes, de repente recuperó de la memoria un asunto de unos días antes.

“Por cierto, Ministro, escuché que Job Trünicht regresará a la patria que abandonó con gran estilo— como alto consejero de su gobernación”.

“¿Y esto lo sorprende?”, Dijo von Oberstein.

“Nunca esperé que Su Majestad siguiera con la idea. Trünicht mismo debe estar completamente sin vergüenza para aceptar tal publicación, pero me pregunto si no hay alguien que también esté tirando de sus hilos”.

Von Oberstein no respondió directamente.

“Phezzan pronto se convertirá en la capital oficial del Imperio Galáctico”, dijo. “El centro de la galaxia en todos los sentidos”.

“Es un hecho, señor”.

“Incluso un ciudadano común limpia una nueva casa antes de mudarse. ¿No cree que es mejor limpiar no solo Phezzan sino todo el territorio del imperio por el bien de Su Majestad?”

Esto fue bastante locuaz para von Oberstein. No solía ser del tipo que explicaba las cosas a sus subordinados hasta que aceptaban su punto de vista.

“Entiendo. Te refieres a humear al Zorro Negro y los otros hombres del saco que han caído al suelo. Con Trünicht como su herramienta...”

Ferner se conmovió sinceramente. Sabía que su superior, el ministro de asuntos militares, era un hombre sin intereses privados, y sentía un gran respeto por la diligencia de von Oberstein en el avance de los objetivos del estado y del propio emperador. En ese sentido, von Oberstein era un servidor público impecable.

Pero las ideas de von Oberstein para estabilizar el gobierno imperial siempre giraron en torno a la eliminación de elementos dañinos. Ferner se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que el liderazgo imperial comenzara a resistir tales purgas.

Incluso un pilar plagado de termitas podría ser lo único que mantiene la casa en funcionamiento. Una vez que elimine a todos los que representen el menor peligro, ¿qué quedará? El ministro de asuntos militares podría encontrarse atrapado debajo de un pilar derribado por su propia mano.

Pero Ferner no tenía intención de compartir estos pensamientos con von Oberstein. Esto pudo haber sido porque el ministro de asuntos militares claramente ya había anticipado tales objeciones, y de todos modos estaba procediendo con sus planes.

CAPÍTULO 09: NUEVO GOBIERNO EN AGOSTO

I

EL 12 DE JUNIO, antes de que se decidiera oficialmente el traslado de la capital imperial a Phezzan, el almirante mayor Neidhart Müller de la Armada Imperial llegó a la fortaleza de Iserlohn como enviado fúnebre del Káiser Reinhard. Su nave insignia, *Parzival*, había hecho el viaje solo, y los únicos oficiales con él eran el contralmirante Orlau y el capitán Ratzel.

La visita de Müller, naturalmente, sorprendió a la gente de Iserlohn como extraña. Incluso se sospechaba que podría ser un “agente muerto”, pero era inconcebible que el káiser sacrificara a un hombre de tanta importancia para su ejército. Julian, pensó Julian, sería tal traición de acuerdo con su naturaleza.

Walter von Schönkopf estuvo de acuerdo, aunque el comentario que ofreció fue menos que directo.

“El Káiser Reinhard le encanta ponerse aires”, dijo. “No recurrió a trucos como ese cuando el Mariscal Yang estaba vivo, y ciertamente no va a hacerlo ahora que solo nos quedan los alevines”.

“Wen-li a menudo hablaba muy bien del almirante Müller”, dijo Frederica. “Estoy segura de que estaría contento con esta visita. Yo digo que los dejemos ver por última vez”.

Y así fue decidido. Müller fue invitado a entrar en la fortaleza.

Müller tenía exactamente treinta años, con cabello y ojos del color de la arena. Saludó a los representantes de Iserlohn con una solemnidad cercana a la reverencia. No era un gran orador, pero su sinceridad era obvia en sus palabras de condolencia y en su actitud al presentar sus respetos a los restos de Yang en su caja de cerámica.

“Estoy encantado de conocerte”, le dijo a Frederica. “Su esposo fue nuestro mayor y más poderoso enemigo”.

Julian se había encontrado con Siegfried Kircheis tres años antes, cuando el comandante imperial había visitado Iserlohn para representar al imperio en un intercambio de prisioneros. Kircheis había impresionado profundamente a Julian. No era el tipo de hombre que discutía enérgicamente por sus posiciones, pero había quemado un recuerdo inolvidable en la cabeza de Julian antes de partir. Cuando escuchó la noticia de la muerte de Kircheis, le sorprendió la clara sensación de que una estrella se había hundido bajo el horizonte. Al recordar también su reunión con August Samuel Wahlen disfrazado de Terra, Julian se dio cuenta de que ninguno de los más altos almirantes de la Armada Imperial que había conocido en persona le había parecido desagradable. La profunda sabiduría del Káiser Reinhard lo conmovió nuevamente al seleccionar y nombrar a tales líderes.

Müller no prolongó su visita, en gran medida para evitar cualquier sospecha de que estaba allí para espiar la situación dentro de la fortaleza. Durante el breve período antes de su partida, habló con Julian mientras tomaba un café en una habitación con vista al puerto.

“Herr Mintz”, comenzó, mostrando respeto por el chico doce años menor que él con su elección de honorífico. Sin duda, habría observado el protocolo al tratar con cualquier representante de Yang Wan-li, independientemente de su edad, pero la amabilidad hacia aquellos debajo de él en la jerarquía parecía estar en su naturaleza. Esto no implicaba una falta de coraje en el campo de batalla: a pesar de su propia relativa juventud, Müller había cambiado tres veces de nave insignia durante la Guerra Vermillion mientras luchaba por frustrar los diseños de Yang.

“Herr Mintz, el Kaiser no me otorgó ninguna autoridad política, pero si desea discutir la paz con Su Majestad, u ofrecerle su lealtad, me complacería actuar como mensajero”.

Si las palabras hubieran sido pronunciadas en el tono superior de un vencedor, Julián podría haber respondido con violento ultraje. El hecho de que no lo dejaron sin una respuesta inmediata. Después de subir la cuesta del pensamiento por unos momentos, dijo: “Comandante Müller, espero que me perdone por haber hecho esta analogía, pero— si el káiser que ama y respeta le dijera que cambiara de bando, ¿cambiaría la bandera que saluda?”

“Muralla de Hierro Müller” entendió la importancia de la pregunta de inmediato. “Herr Mintz, es tal como usted dice. Hablé tontamente. Yo soy quien debería pedirte perdón”. Él inclinó la cabeza en señal de disculpa ante Julian, un poco avergonzado.

Internamente, Julian estaba considerando otro hipotético. Si él mismo hubiera nacido en el Imperio Galáctico, pensó, probablemente habría querido convertirse en un militar como Müller. Recordó algo que Yang había dicho una vez en relación con su reunión con Kircheis: “Incluso los mejores seres humanos tienen que matarse entre ellos si están en lados opuestos”. Mientras ese recuerdo jugaba detrás de sus retinas, Julian se despidió de Müller.

“Supongo que nuestra próxima reunión será en el campo de batalla”, dijo Müller. “Estar bien hasta entonces”.

“Y lo mismo para usted.”

La sonrisa en los ojos de Müller era tan suave que era difícil creer que fuera el enemigo de Julian, pero este calor pronto fue reemplazado por la sombra de la confusión. El puerto estaba lleno de cargueros ocupados preparándose para la partida, y se habían formado largas filas de hombres y mujeres que esperaban a bordo para llevar el equipaje. Llevaban ropa de todo tipo, pero aquellos vestidos descuidadamente con los antiguos uniformes de la alianza se destacaban.

“¿Quiénes son?”, Preguntó Müller. “Si puedo preguntar, por supuesto”.

“Ellos son los que han renunciado al futuro de Iserlohn y han decidido dejarlo atrás”, dijo Julian. “Comandante Müller, sé que no tengo derecho a pedir tal favor, pero si la Armada Imperial pudiera garantizarles un pasaje seguro de regreso a Heinessen, estaría muy agradecido”.

Müller no fue el único sorprendido por cómo se desarrollaron estas salidas. Cuando Julian decidió abrir las tiendas de la fortaleza para que los que se iban de Iserlohn pudieran llevarse suministros, von Schönkopf había argumentado en contra. Incluso si pudieran producir lo suficiente para reponer esas tiendas eventualmente, dijo, no había necesidad de entregar su bolso a los bandidos.

“No podemos almacenar más de lo que necesitamos en cualquier caso”, había respondido Julian. “Mucho mejor que deberían tomar y usar libremente lo que necesitan. Después de todo, no reciben salarios ni pensiones”.

“Eres demasiado complaciente por tu propio bien”, había sido la evaluación de von Schönkopf, entregada con una sonrisa triste.

Ahora parecía que Müller estaba igual de sorprendido por la magnanimidad de Julian, enemigo o no.

“En cuanto a la garantía, tienes mi palabra”, dijo. “Pero, si perdona la pregunta, ¿no enfrentará problemas en los días posteriores si algunos de los que se van deciden cooperar con nuestras fuerzas?”

“Sí”, dijo Julian. “Una gran cantidad de problemas. Pero eso es algo que simplemente tendremos que soportar. Algunos pueden verse obligados por la fuerza, y sería un error criticarlos por eso”.

Müller estudió a Julian con sus ojos color arena, como si realmente estuviera viendo por primera vez cuánto había aprendido el aprendiz del maestro. Y luego, con una sonrisa final de buena voluntad, Müller partió de

Iserlohn.

Después de despedir a Müller, Julian habló con Caselnes.

“Dejando a un lado el futuro, parece que en este momento el Káiser Reinhard puede procesar el problema de Iserlohn dentro de los límites del sentimiento individual”, dijo Julian, sorbiendo una taza de té que él mismo había preparado. “Me parece que el káiser perdió su voluntad de luchar en el momento en que el mariscal Yang desapareció, en un nivel mucho más profundo que la mera política o la guerra”.

“Tienes un punto”, dijo Caselnes. “Supongo que, sin Yang Wen-li, la Fortaleza Iserlohn es solo un guijarro en la periferia para él”.

“Pero ese no es realmente el caso”. Julian comenzó a volver sobre sus propios pensamientos. “El káiser trasladará su capital a Phezzan. Eso hará que el Corredor Phezzan sea una arteria que se une al nuevo imperio unificado y une su influencia. Comenzará el desarrollo de los sectores periféricos, comenzando por la dirección del Corredor Phezzan, y la expansión de la sociedad humana tendrá a Phezzan en su centro. La historia y la sociedad seguirán adelante sin Iserlohn. Estas, creo, son las intenciones del káiser”.

“Una idea lógica, supongo, dada su posición. Lo que me sorprende es que pudiste descifrarlo. Su sentido de la estrategia es notable”.

Julian asintió ante los elogios de Caselnes, pero fue un gesto reflexivo más que una señal de acuerdo. Intentaba desesperadamente recrear el mapa estratégico que Yang tenía en mente antes de su muerte. Había algunas cosas que solo él podía decidir lo mejor que podía, pero al final no tenía nada más en lo que confiar.

“El intento del Káiser de conquistar a Iserlohn se basaba en la emoción. Estaba obsesionado con el corredor de Iserlohn no porque la fortaleza estuviera allí sino porque el mariscal Yang estaba”.

“Supongo que sí. Entonces, en el momento en que Yang murió, volvió a su

lado estrategia de sangre fría, ¿entonces? ¿Qué crees que viene después?”

“Esta es una esperanza, no una predicción, pero...”

“Ya estás sonando como Yang”, bromeó Caselnes. Julian se rio. A Caselnes le sonó como la risa más adulta que había escuchado de Julian, pero esta pudo haber sido su afición por el niño en el trabajo.

“El mariscal Yang siempre dijo que el valor estratégico de la Fortaleza de Iserlohn se basaba en que el Corredor de Iserlohn tenía un poder político y militar diferente en cada extremo”.

“Sí, él me dijo eso también”.

“La razón por la que disfrutamos de paz y seguridad ahora es, irónicamente, porque ya no tenemos ese valor. Pero si se restableciera ese valor — en otras palabras — si el imperio se fracturara, Iserlohn llegaría a un punto de inflexión”.

“Hmm”

“En cualquier caso, no creo que la situación cambie demasiado repentinamente. Ahle Heinessen, padre fundador de la alianza, tardó cincuenta años en completar su larga marcha. Deberíamos estar preparados para soportar al menos tanto tiempo”.

“En cincuenta años, tendré casi noventa años — si es que aún vivo”. Caselnes se frotó la barbilla con una sonrisa triste. Tenía treinta y nueve años y todavía estaba en su mejor momento, pero el único miembro restante del liderazgo mayor que él era Merkatz.

“Sabes, todavía estoy impresionado por la forma en que tú y la Sra. Yang asumieron papeles tan poco gratificantes. La gente está obligada a criticarla, diciendo que ella aprovechó el nombre de su esposo en el poder político para sí misma. En cuanto a ti, cuando te equivocas, enfrentarás una tormenta de críticas, y cuando lo hagas bien, la gente dirá que acabas de robar las ideas de Yang o que algo de su suerte se te contagió”.

“Mientras lo haga bien, la gente puede decir lo que quiera”, respondió Julian simplemente.

A finales de julio, todos los que querían abandonar la Fortaleza de Iserlohn lo habían hecho. Los que quedaron finalmente pudieron comenzar la tarea de crear una nueva organización.

Había 944,087 de ellos en total— 612,906 hombres y 331,181 mujeres. La mayoría de esas mujeres estaban casadas o relacionadas con uno de los hombres, y pocas vivían solas. El desequilibrio de género, aunque inevitable, seguramente causaría problemas en poco tiempo.

“Oh, absolutamente”, dijo Olivier Poplin. “Casi la mitad de los hombres aquí no tienen perspectivas en absoluto, y francamente tampoco estoy interesado en ayudar a los perdedores”.

Esta gran declaración se hizo con una voz que olía ligeramente al alcohol, y Julian se dio cuenta con tranquila felicidad de que Poplin se estaba recuperando de su depresión psicológica.

“Al final, sin embargo”, continuó Poplin, “tenemos que mantener un ejército organizado. Lo que significa que no vamos a establecer de repente un nuevo estado”.

¿Qué *harían* entonces? Julian necesitaba nuevas ideas.

II

En medio de las turbulencias causadas por la muerte de Yang Wen-li y la orden del Káiser Reinhard de mover la capital, la guerra pareció disminuir en cierta medida, dando paso a una temporada de paz. Se podría decir que los asesinos de Yang habían abierto el telón en esa temporada, pero ninguno

de ellos había vivido para disfrutar de los frutos de lo que habían forjado.

Los dos destructores imperiales utilizados en el asesinato fueron encontrados a principios de julio, uno como una cáscara quemada a la deriva en un sector cerca de *Leda II*, y el otro interceptado por un grupo de cruceros comandado por el almirante mayor Büro mientras huía de la escena del crimen. El segundo destructor había ignorado las órdenes de Büro de detenerse, abriendo fuego contra sus perseguidores, pero nunca había tenido la oportunidad. Bajo el resplandor concentrado de una docena de rayos de energía, se había convertido en una bola de fuego que consumía a todos a bordo.

Así fueron los hombres que llevaron a cabo el asesinato de Yang “martirizados” hasta el final. Aquel cuyo desintegrador había disparado el tiro asesino nunca fue identificado por su nombre.

Por supuesto, se abrió inmediatamente una investigación sobre las circunstancias en que los asesinos se habían hecho pasar por tropas imperiales, pero el suicidio de diez oficiales de la Armada Imperial hizo que el progreso fuera extremadamente difícil, si no imposible. Estaba claro que estos hombres habían alentado a los mártires en su intoxicación autosatisfecha.

Como gobernador general de Tierra Neue, Oskar von Reuentahl se ubicó junto a los diversos secretarios del ministerio, y su autoridad militar y política se extendió por todo el territorio que la Alianza de Planetas Libres había ocupado hasta el año anterior, con 35.800 naves y 5.226.500 tropas bajo su mando directo. Esta flota se denominó oficialmente la Fuerza de Seguridad de la Tierra Neue, pero se conocía informalmente como la Flota Reuentahl.

Como su base de operaciones y el hogar de su administración, von Reuentahl eligió el Euphonia, un hotel de lujo que en el pasado había organizado recepciones y conferencias para el gobierno de la alianza.

La Fuerza de Seguridad de Tierras Neue tenía cinco millones de oficiales y tropas alistadas, haciéndola más grande incluso que la alianza militar en su período final. Quizás era simplemente demasiado poder físico para ser dirigido por un solo hombre. Cinco millones de almas, estacionadas en lo que había sido territorio enemigo hasta ayer, todas ansiando su hogar — y era responsabilidad de von Reuentahl mantenerlas juntas. La presión habría aplastado a un hombre común.

Pero von Reuentahl aceptó el puesto sin traicionar un indicio de preocupación. En pocos días, había demostrado ser un líder y administrador efectivo incluso fuera del campo de batalla. A fines de julio, los antiguos ciudadanos de la Alianza de Planetas Libres habían llegado a aceptar, si no bien, la regla del gobernador general. Sus estilos de vida de consumo no se habían hundido por debajo de los niveles alcanzados en los últimos días de la alianza, y se había mantenido la seguridad pública. A pesar de los millones de tropas imperiales entre ellos que disfrutaban de la extraterritorialidad, la disciplina militar era estricta y no ocurrieron atrocidades. En todo caso, los crímenes cometidos por aquellos que habían huido de la antigua flota de la alianza después de la muerte de Yang fueron un problema mayor.

Von Reuentahl dividió su autoridad oficial en dos dominios: asuntos militares y seguridad pública, y administración cívica, cada uno supervisado por un diputado. Para el primer dominio, designó al puesto de inspector general de las fuerzas armadas a su fiel y veterano teniente almirante Hans Eduard Bergengrün.

Algunos, incluidos Grillparzer y von Knapfstein, no estaban satisfechos con esta decisión. Eran almirantes plenos tanto como Bergengrün, y le molestaba estar bajo su autoridad, aunque solo fuera formalmente. De hecho, debido a que habían pasado de ser subordinados de Lennenkamp a estar bajo el control directo del káiser, en realidad se sentían algo superiores al nuevo inspector general.

Como inspector general adjunto, von Reuentahl eligió al vicealmirante Ritschel, quien se había desempeñado como secretario general del puesto avanzado en Gandharva bajo el mando del almirante mayor Steinmetz y fue

reconocido por su capacidad práctica y conocimiento de las condiciones internas en la antigua alianza. Ritschel era menos guerrero que el oficial militar del frente interno, por lo que no había luchado en la Batalla del Corredor y se había librado del destino de morir junto a su oficial al mando. Esta era una posición más baja en la jerarquía, por lo que no despertó la ira de los almirantes. Consciente de las quejas de Grillparzer y von Knapfstein, von Reuentahl eventualmente los convocó a la oficina del gobernador general y los enderezó a su manera ácida.

“Entonces, tienes problemas con mi elección de inspector general. ¿Sabías que Bergengrün es mayor que tú y ha sido un almirante completo por más tiempo? Y dime: si hubiera hecho uno de *ustedes*, el inspector general en lugar de Bergengrün, ¿cómo exactamente habría reaccionado el otro?”

Ambos se fueron sin decir una palabra, para no volver a expresar tal insatisfacción— al menos no en público.

En el frente cívico, von Reuentahl aceptó la recomendación de Káiser Reinhard y eligió al tecnócrata Julius Elsheimer como su suplente. Elsheimer había servido hábilmente, aunque brevemente, como subsecretario de obras y asuntos civiles para el imperio, convirtiéndolo en un director general adecuado de asuntos civiles en la Tierra Neue. Casualmente, también era cuñado del almirante mayor Kornelias Lutz, como esposo de la hermana menor de Lutz.

Y luego estaba Trünicht, alto consejero de la gobernación. Elsheimer era un funcionario capaz, pero no estaba familiarizado con los asuntos internos de la antigua alianza. Lo que necesitaba era un asesor, pero dudaba que pudiera esperar un servicio útil de un hombre que había abandonado su responsabilidad con su nación y su pueblo a favor de garantizar su propia seguridad personal.

“Confieso que encuentro esta cita curiosa”, dijo Bergengrün. “Después de la desafortunada muerte de Yang Wen-li, ¿el káiser envía al ex jefe de la alianza a su país como funcionario imperial? ¿Es esta la forma en que Su Majestad hace una broma cínica a expensas de la democracia?”

Von Reuentahl, sin embargo, entendió el sentimiento del kaiser al menos en parte. Sin duda su objetivo era avergonzar a este ex funcionario de la alianza con cara descarada. Trünicht pudo haber tenido el talento y la dedicación para convertirse en jefe de estado y director ejecutivo de una nación entera, pero lo que lo impulsó fue exactamente lo contrario de la conciencia estética de Reinhard.

“Bueno, no importa. Las habilidades y el conocimiento de Trünicht pueden ser útiles, pero el hombre mismo no tiene ninguna influencia en la toma de decisiones”.

“Lo usaremos, pero no confiaremos en él”, fue el comentario de von Reuentahl, retenido para la posteridad en los registros oficiales. El gobernador general heterocromático tenía la intención de deshacerse de Trünicht ante el primer indicio de comportamiento sospechoso o subversivo. Hacer un punto de aceptar al hombre, por desagradable que fuera, ayudaría a crear ese pretexto para eliminarlo.

Otro problema que von Reuentahl enfrentó en esta época fue la gente que había abandonado la fortaleza de Iserlohn y buscaba regresar a Heinessen.

Cuando la noticia de esto llegó por primera vez, los ojos de von Reuentahl se llenaron de pensamiento. Para Ritschel, sin embargo, el recuerdo de haber perdido a su oficial al mando en una batalla con estas personas hace solo unos días era demasiado fresco para que él se sintiera positivamente inclinado hacia ellos.

“¿Qué piensa hacer, señor?”, Preguntó. “Puede que hayan abandonado la Flota Yang, pero ¿podemos realmente ofrecer un perdón incondicional a los bandidos que se apoderaron de la Fortaleza de Iserlohn y se resistieron al káiser?”

Sus puntos de vista no eran irrazonables, pero no había una solución puramente militar disponible.

“Siendo realistas, no podemos arrestar a más de un millón de personas”, dijo von Reuentahl. “También tenemos que considerar los corazones y las

mentes de la antigua alianza misma. Sería una tontería dejar que su inquietud crezca”.

Al final, las instrucciones de von Reuentahl fueron las siguientes: los transportes que transportaban a los llamados separadores podrían aterrizar en el puerto espacial militar de Heinessen No. 2. Los civiles y el personal no combatiente entre los separadores recibirían plena libertad y serían reconocidos como súbditos del imperio dentro del año. A las tropas alistadas y a los oficiales de rango inferior también se les permitiría regresar a casa, pero primero se registraría su nombre como medida de precaución.

Finalmente, los oficiales de alto rango y los funcionarios del Gobierno Revolucionario de El Fácil se agregarían a un registro que contiene nombres, direcciones y huellas digitales, y se les exigiría que se presentaran una vez al mes a las autoridades para renovar su tarjeta de registro hasta que el imperio tuviera formalmente llevado a cabo su castigo.

Después de decidir sobre estas medidas, un nuevo descubrimiento hizo que von Reuentahl volviera a sumirse en un profundo pensamiento: allí, en la lista de altos funcionarios, estaba el nombre del vicealmirante Murai.

Este era un hombre que, en su papel de jefe de gabinete de Yang Wen-li, había recibido grandes elogios por su liderazgo tanto en el campo de batalla como en el cuartel general – y ahora había abandonado por completo a Iserlohn. Además, los informes indicaban que se había ofrecido como voluntario para liderar a los separadores, y que sus acciones habían sido el factor decisivo para convencer a muchos de unirse a sus filas.

“¿Crees que se dio por vencido con Iserlohn después de la muerte de Yang?”, Dijo Bergengrün. “No soy lo suficientemente ingenuo como para creer que el sentimiento humano es eterno, pero me incomoda verlo cambiar dramáticamente, incluso en otro”.

“¿Supongo que se dio por vencido?”, Respondió von Reuentahl. “Recordemos el final de la guerra de Lippstadt, Bergengrün. ¿Por qué el káiser permitió a sabiendas que un asesino entrara en su presencia? Hay un ejemplo que vale la pena tener en cuenta, ¿no le parece?”

Bergengrün no tuvo respuesta.

Tres años antes, tras la muerte del duque von Braunschweig, líder de las fuerzas aristocráticas confederadas, el confidente de von Braunschweig, Ansbach, había arrastrado sus restos ante Reinhard. Este aparente acto de deslealtad hacia el duque había sido, de hecho, parte de un atentado contra la vida de Reinhard, uno que finalmente llevó a Siegfried Kircheis a arrojarle entre Reinhard y su posible asesino, martirizándose a sí mismo por el futuro de su amigo.

“Entonces, ¿deberíamos detener a este tipo Murai?”

“No necesitamos ir tan lejos. Simplemente póngalo bajo vigilancia como precaución”. En cualquier caso, von Reuentahl no estaba dispuesto a castigar demasiado a los separadores. Por el contrario, su cálculo en ese momento era que los elogios a Yang Wen-li agudizarían las críticas entre los antiguos ciudadanos de la alianza contra aquellos que habían abandonado la causa después de la muerte de Yang.

Entre los separadores que llegaron a Heinessen había un cierto hombre que afirmaba ser un civil honrado de Phezzan. Era joven, tal vez treinta años, con un aire activo y una expresión cínica.

Este era Boris Konev, orgulloso comerciante independiente de Phezzanese y antiguo conocido del difunto Yang Wen-li. Estaba flanqueado por su oficial administrativo Marinesk por un lado y su astrogator Wilock por el otro la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Interna podría haber colgado a los tres hombres como si fueran alfombras y haberles quitado dos o tres millas de travesuras.

“Entonces, el planeta mercante libre de Phezzan se convertirá en la base de operaciones del imperio, bajo el control directo de Su Majestad el Káiser. Es por eso que no sirve vivir demasiado “, dijo Konev, aunque fue más circunspecto con respecto a Heinessen, cuyo suelo pisaron en ese momento.

“Aun así, Capitán”, respondió Marinesk con aparente consideración, “eso

significa que Phezzan será el centro de las operaciones militares y también se conectará a la economía galáctica y las redes de transporte. Que el Káiser Reinhard es más que un simple señor de la guerra para pensar tan lejos”.

“Eso es lo que es tan molesto. Un hombre tan guapo como ese debería estar satisfecho con verse bien. Dejen un poco de cerebro y valentía para el resto de nosotros”. Mientras hablaba, la mirada hostil de Konev se dirigió hacia un cartel para una ceremonia conmemorativa para Yang patrocinada por la gobernación. “Tampoco me importa mucho nuestro nuevo gobernador general. Está apuntando a por lo menos dos o tres niveles de efecto político aquí—”

De repente, Konev cerró la boca. Sus ojos ahora seguían a cuatro o cinco hombres con uniformes grises que acababan de pasar frente al cartel.

Marinesk miró de un lado a otro entre Konev y los hombres. “¿Qué pasa, Capitán?”, Preguntó.

“¿Qué pasa? Estuviste en esa roca inútil Terra conmigo el año pasado, ¿no? Vi a uno de esos hombres en ese espeluznante templo subterráneo. Lo llamaron obispo o arzobispo o algo así”.

Los ojos negros de Willock brillaron.

“Lo que significa que podrían ser los que ordenaron el asesinato de Yang Wen-li”, dijo.

“Exactamente. Los hombres que realmente hicieron el acto eran solo un montón de armas vivas. Apuesto a que cualquiera que ponga en marcha los eventos está brindando por su éxito en algún lugar mientras hablamos”. Konev golpeó el pie con ira.

Los tres terraistas transportados a Iserlohn nunca habían hablado, aunque era poco probable que hombres como ellos, figuras marginales dentro de la iglesia, hubieran confiado en primer lugar con grandes secretos. *Yang Wen-li era un enemigo de la fe y lo eliminamos de acuerdo con la voluntad divina, habían insistido, exigiendo solo el martirio.* Las preguntas

extremadamente duras del Capitán Bagdash no habían revelado nada más, y la cuestión de qué hacer con los hombres se había convertido en un tema de debate entre los líderes de Iserlohn.

Después de descubrir el cuerpo de Yang, Julian había dejado que su furia explotara, atacando a los asesinos en un fango de sangre. Sin embargo, cuando llegó el momento de condenarlos formalmente a muerte, dudó, y a medida que pasaron los días con el asunto aún sin decidir, los Terraistas se suicidaron uno por uno. Dos mordieron sus propias lenguas, y el tercero golpeó su cabeza contra la pared de su celda.

“Que Julian tiene una buena cabeza sobre sus hombros, pero necesita relajarse un poco”, dijo Konev. “No vencerá al káiser con ideales y sentido común”.

“Siempre dices eso, Capitán. Pero está haciendo un buen trabajo para un joven. Solo tratar de completar lo que comenzó el mariscal Yang es lo suficientemente impresionante”.

“No puede usar Yang como su manual para siempre. Yang está muerto. Y, francamente, tampoco eligió la mejor manera de morir. Si hubiera caído en la batalla con el káiser, eso sería una cosa, pero...”

“No es culpa suya. Culpa a la Iglesia de Terra”.

“¡Lo hago! Eso es exactamente por qué estamos siguiendo a estos muchachos”.

El grupo vestido de gris entró en las calles secundarias, y Konev y su tripulación los siguieron por los sinuosos carriles durante unos veinte minutos. Finalmente los hombres desaparecieron en la entrada trasera de una casa privada. Después de esperar lo que pareció lo suficiente, Boris se acercó a los altos muros de piedra. Pasando su mirada por la placa de identificación, dejó escapar una risita.

Job Trünicht.

Este extenso edificio había servido una vez como residencia oficial del presidente del Alto Consejo de la alianza. Había estado esperando aquí en silencio desde entonces, y ahora su maestro había regresado con una nueva posición.

“Parece que podemos esperar un espectáculo bastante bueno aquí en Heinessen. Creo que me quedaré un rato para mirar”.

III

Julian Mintz sabía muy bien cuán poco preparado estaba para su nuevo puesto y cuán indigno de él. Estuvo muy por debajo de Yang Wen-li no solo en el área obvia de experiencia, sino también en términos de talento y capacidad. Todo lo que podía hacer era seguir preguntándose “¿Qué haría el Mariscal Yang?” Y reunir todos sus poderes de memoria y comprensión en busca de las respuestas. Yang lo había dejado tan inesperadamente y tan pronto.

“Gente buena, gente buena, asesinada sin razón. Esa es la guerra. Eso es terrorismo. Ahí es donde radica el pecado de ambos, Julian”.

Julian entendió esto. No — pensó que lo entendía. Pero aún era difícil de aceptar. Resultaba difícil saber que Yang Wen-li había sido asesinado sin sentido por terroristas ignorantes y reaccionarios. ¿Era su propio anhelo de encontrar significado en esa muerte un reconocimiento tácito de la eficacia del terror? ¿Fue solo otro ejemplo de cómo los vivos cooptaron la dignidad de los muertos para fines políticos?

Pero, pensó Julian. Necesitamos a Yang. Si queremos proteger los tiernos brotes de democracia que nos dejó, necesitamos su ayuda, incluso desde más allá de la tumba.

Una democracia, pero obligada a confiar en la lealtad a los individuos. Esta

paradoja había atormentado a Yang durante su vida, y después de su muerte fue más fuerte que nunca. Tanto Frederica, su esposa como Julian, heredero de su pensamiento militar y político, no vieron forma de garantizar que sus ideales se arraigaran en el mundo real, excepto proyectando una imagen falsa de la propia vida de Yang. Con todo menos una fracción de la galaxia unificada bajo el gobierno autocrático del Káiser Reinhard, la única forma en que los ideales de gobernanza democrática podían resistir la marcha triunfante del imperio era convertirse en los ideales de Yang Wen-li, Héroe, Campeón de la Democracia.

Sus “herederos” encontraron al “individuo como personificación de la democracia” que Yang había buscado con urgencia pero finalmente sin éxito en la vida. Fue el difunto Yang Wen-li mismo.

Un historiador de una época posterior escribió:

“Alexander Bucock y Yang Wen-li fueron ambos almirantes de renombre que habían apoyado a la Alianza de Planetas Libres en su era final, pero el significado de sus muertes fue completamente diferente. La desaparición de Bucock fue el fin de la democracia, como lo simboliza el colapso de la entidad política que era la Alianza de Planetas Libres. La muerte de Yang fue el renacimiento del espíritu de la democracia — una nueva democracia que no está vinculada por el marco de la antigua alianza. O, al menos, sus sucesores pensaron que esto era una posibilidad real. De hecho, si no lo hubieran pensado, difícilmente podrían haber resistido la situación en la que se encontraban. Yang Wenli era para ellos no solo invicto sino inmortal...”

En medio de su pena por Yang y su odio por los asesinos de Yang, Julian se dio cuenta de algo.

Cuando el mariscal Yang nos dejó, todavía estaba invicto. Nadie lo ha vencido nunca. Ni siquiera el Káiser Reinhard...

¿Sería eso un pequeño consuelo? Julian recordó las palabras de Frederica y sintió una pequeña espina en su pecho.

“Quería que viviera. ¡Incluso si perdiera todas las batallas que luchó!”

Yang Wen-li ahora solo existía en registros y recuerdos. Pero, a la inversa, a pesar de su muerte, esos recuerdos seguían siendo una rica cosecha, esos registros eternos. Su trayectoria de victoria invicta, desde El Fácil a Astarte, Iserlohn, Amritsar y finalmente Vermillion, se mantendría para siempre. Quizás los herederos de la dinastía Lohengramm, oprimiendo a toda la galaxia, buscarían mitologizar a su fundador eliminando los hechos históricos que afectaron su divinidad. Pero ni siquiera la dinastía Goldenbaum había sido capaz de esconder los monstruosos actos de Rudolf I. Cualquier victoria que la espada haya tenido sobre el bolígrafo fue temporal en el mejor de los casos.

Julian le había sugerido una vez a Yang que recurriera a su experiencia en el campo de batalla para escribir un libro sobre tácticas militares.

Yang sacudió la cabeza vigorosamente.

“Absolutamente no”, dijo. “En estrategia, hay reglas y enfoques que son más correctos que otros, pero las tácticas van mucho más allá de la teoría. La estrategia correcta conduce a la victoria, pero es solo la victoria la que nos permite ver, en retrospectiva, que una táctica era correcta. Ningún líder militar con cerebro confiaría sus esperanzas en victorias tácticas para recuperar la ventaja estratégica. Más concretamente, no incluirían las esperanzas de esas victorias en sus cálculos previos a la guerra en absoluto”.

“¿Por qué no pones *eso* en el libro, entonces?”

“¿A quién puede molestar? Puedes escribirlo si quieres. Asegúrate de agregar muchos elogios para mí — eso sería bueno. ¿Qué tal “Era un hombre tranquilo de inteligencia y encanto”?”

Yang siempre había desviado la conversación con bromas cuando se volvía hacia él.

Julian también recordó algo que Yang le había contado sobre la estrategia revolucionaria el día después de que volvieran a ocupar a Iserlohn.

“Elegimos el camino para ocupar la fortaleza de Iserlohn, pero esa no era la única opción que teníamos”.

En cambio, explicó Yang, podrían haber mantenido la Fuerza de Reserva Revolucionaria en movimiento, construyendo estructuras democráticas de gobierno donde quiera que fueran. En lugar de depender de una única base de operaciones, podrían haber hecho de toda la galaxia un puesto avanzado móvil gigante, y nadar en un “mar de personas”.

“Eso podría haber sido incluso mejor. Tal vez yo estaba obsesionada con la fantasía de Iserlohn, no con la Armada Imperial”.

No era lo suficientemente fuerte como para ser llamado arrepentimiento, pero Yang parecía melancólico por la idea. Colocando ante su tutor lo que debe ser la *enésima* milésima taza de té que había hecho desde que se unió a la casa Yang, Julian hizo la pregunta casi demasiado obvia: “¿Qué te impidió hacer eso?”

Estaba seguro de que Yang habría elegido la mejor opción posible, por lo que la pregunta era qué había obligado a Yang a abandonar esta filosofía estratégica y tomar el siguiente mejor camino.

“Dinero”, dijo Yang con una sonrisa triste. “Tienes que reírte, ¿eh? Mientras nos quedemos en la fortaleza de Iserlohn, podemos hacer nuestras propias raciones, armas, municiones, lo que sea. Pero...”

Pero si dejaban Iserlohn y comenzaban a deambular, los suministros serían una necesidad regular e inevitable. Habían podido hacer uso de una base de suministro de la alianza durante la Guerra Vermillion, pero esa opción ya no estaba disponible. Lo que recibieran a partir de ahora tendría que pagarlo, y no tenían capital. Simplemente aprovechar lo que necesitaban no era una opción. No tenían más remedio que fortalecerse en algún lugar donde pudieran ser autosuficientes. Si sus recursos militares hubieran sido suficientes, podrían haber asaltado la base de la Armada Imperial en Gandharva, haber tomado sus suministros y luego haber cambiado de rumbo, pero la Flota Yang no había obtenido recursos así hasta que tomó

Iserlohn.

“Las tácticas están subordinadas a la estrategia, estrategia a la política, política a la economía. Así es como es.”

Cualquier estrategia que tomaran Julian y los residentes de Iserlohn ahora tenía que ser a largo plazo. El Káiser Reinhard, la dinastía Lohengramm y el Imperio Galáctico se habían fusionado en una sola amenaza. El conocimiento constante de la dirección de la estrategia política y militar de Reinhard sería su primera tarea.

Pero si la situación no cambiaba para mejor durante el reinado de Reinhard, cualquier república naciente tendría que enfrentarse y negociar con su sucesor. Lo que eso implicaba, por supuesto, dependería de si Reinhard se casó y produjo un heredero o no; y en el último caso, se necesitaría una respuesta diferente dependiendo de si surgió un nuevo líder unificador después de una corta lucha por la supremacía, o si el caos y la división se prolongaron.

Una computadora podría simplemente generar DATOS INSUFICIENTES — LA PREDICCIÓN NO ES POSIBLE y abandonar su responsabilidad, pero un ser humano no tenía ese lujo. Era vital reunir más información, razón por la cual Julian había enviado a Boris Konev a Heinessen.

En una de sus visitas regulares a la oficina de Frederica con un montón de informes y solicitudes de aprobación, la encontró bebiendo té. Algo sobre su color lo preocupaba.

Debes estar cansada, Frederica.

“Oh, un poco. Pero al menos lo entiendo ahora. Trabajar en un proyecto basado en sus propias ideas y ocuparse de los asuntos dentro de la autoridad que se le otorga son dos cosas muy diferentes...”

Tomó un sorbo de su té y suspiró profundamente.

“Tendré que elaborar mis propios principios para la acción a medida que

avance. Y tú también, Julian”.

“Si. Eso es absolutamente correcto”.

Julian se dio cuenta de que estaba en un pequeño bote de recuerdos. Sintió algo parecido al asombro por la gran cantidad de trabajo mental que Yang Wen-li había realizado en su vida, entre tomar una siesta y beber té y romper su récord de rachas perdedoras en el ajedrez en 3-D.

Los recuerdos de Julian de las palabras y los hechos de Yang eran vastos, pero nunca se volverían a agregar. Él mismo tendría que ponerlos en orden, sistematizarlos y guiarse por los resultados mientras se esforzaba por cumplir con las responsabilidades que había recaído sobre sus hombros.

En otro día, cuando la vitalidad juvenil y el agotamiento lucharon tanto por su espíritu como por su carne por el dominio, acababa de terminar de consumir mecánicamente su comida en la cafetería cuando le colocaron un vaso de papel.

“Bebe esto”.

Julian parpadeó. No podía acreditar de inmediato el favor que le habían mostrado. De pie ante él estaba Katerose “Karin” von Kreutzer. El vaso de papel estaba lleno de un líquido de un color entre negro y marrón. Su olor acre declaró que no era ni café ni té.

“Gracias”, dijo.

El sabor misterioso de la bebida también desafió sus expectativas. El cambio en su expresión pareció derretir la delgada capa de hielo que cubría a Karin mientras observaba. “No se supone que tenga buen sabor”, le informó. “Es medicina. Un antiguo remedio familiar de Kreutzer para la fatiga. Ingredientes y método de preparación estrictamente guardados en secreto. Para la comodidad de la persona que lo bebe”.

Los ojos índigos de Karin se movieron hacia un lado, lejos de la mirada de Julian. La población de la fortaleza de Iserlohn era solo una quinta parte de

lo que había sido durante su apogeo hace tres años. Los que vivían allí rara vez se encontraban enfrentados directamente con otra persona.

“Este lugar se siente vacío ahora que todos los que tienen sentido se han ido, ¿no?”, Dijo Karin.

“No te fuiste”.

“Desafortunadamente para ti, no me gusta mudarte de casa. Y respeto a Frederica demasiado de todos modos. Quiero ayudarla”.

Julian se calentó por su determinación. Fueron estas palabras, más que el remedio de la familia Kreutzer, lo que derritió su fatiga como una helada al sol.

“Obviamente”, continuó Karin. “Cualquier mujer que pueda mirarla y no querer ayudar es apenas una mujer”.

“Lo mismo vale para los hombres también”.

Julian se preguntó de inmediato si se trataba de un paso en falso, pero en lugar de reaccionar con indignación, Karin aparentemente decidió ignorarlo. Se llevó un dedo a la barbilla bien formada.

“Frederica vivió con su hombre elegido durante un año y mi madre durante solo tres días”, dijo. Parecía desinteresada en hablar sobre el “hombre elegido” de su madre, por lo que el tema tendía a la inversa. “Una vez le hice a Frederica una pregunta descortés. ‘¿Qué viste en el mariscal Yang?’, Dije. ¡Pero deberías haber visto lo orgullosa que se veía cuando lo hice! Esto es lo que ella me dijo: ‘¿Por qué no miras al hombre frente a tus ojos que está haciendo todo lo posible para cumplir con su deber y me dices lo que ves?’”

Mientras hablaba, Karin estudió a Julian como un tasador que analiza una posible falsificación.

Los hombros de Julian se hundieron.

“¡Si pudiera evitar cumplir con mi deber, lo haría!”, Dijo. “Pero no puedo pedirle a nadie que lo haga por mí”.

Quizás llamarse a sí mismo ‘inmaduro’ se estaba dando demasiado crédito. Quizás sus habilidades ya habían madurado, y estos eran sus límites.

“Entiendo que piensas que aún no estás listo para tus responsabilidades”, dijo Karin. “Quizás tengas razón. Pero no hay nada vergonzoso en eso. He convertido la inmadurez en uno de mis puntos fuertes, y me ha ido bastante bien”.

El cabello de Karin, del color del té débilmente preparado, se balanceaba ligeramente. Sus ojos índigos brillaban como si estuvieran cortados de un arcoíris. *Realmente es la hija de von Schönkopf*, pensó Julian. La realización le pareció extrañamente conmovedora — pero no le dio voz. ¿Podía confiar en los sentimientos de afinidad que ella revelaba para durar para siempre? Pero no, “afinidad” ni siquiera era la palabra correcta. “Compromiso”, tal vez, o simplemente “capricho”.

“Frederica es inspiradora”, dijo Karin. “Pero tal vez eso es lo que hace que los hombres quieran aprovecharse de ella. No me refiero al mariscal Yang, por supuesto, ¡pero los hombres irresponsables que explotan a las mujeres que muestran generosidad son asquerosos!”

Estaba claro que esta acusación no estaba dirigida a Julian, pero no pudo evitar encogerse en nombre de su objetivo real. Por supuesto, ese objetivo probablemente lo ignoraría con una risa despectiva: *Obten una docena de hombres bajo su pulgar antes de comenzar a quejarse de ellos*.

Detrás de Karin y Julian había una planta en maceta grande y decorativa, y más allá había una mesa en la que se sentaban dos hombres, con las tazas de café vacías desde hacía mucho tiempo, sin nada mejor que hacer que escuchar los fragmentos de conversación que se abrían paso por la brisa de El sistema de ventilación.

“Bueno, parece que antes de que padre e hija pudieran reconciliarse, esos

dos lograron reparar su relación a medias”, dijo Olivier Poplin, con una sonrisa que ni siquiera era completamente cínica. “Imagínese simplemente sentado y aun teniendo mujeres hermosas en su camino. Julian tiene la suerte de Yang allí”.

“¿Mujeres? Solo veo una”.

“No debes dejar que se vea tu envidia, almirante Attenborough. Ese es uno más que ninguno. No hay ‘un punto cualquiera’ cuando se trata de mujeres”.

“¿Quién tiene envidia? No todos en el mundo comparten tus valores deformados”.

“Sí, entiendo que algunos hombres guardan todo su cariño y capricho para la revolución”.

Los dos maestros alborotadores intercambiaron sonrisas como jóvenes carnívoros y luego, sin ninguna señal entre ellos, volvieron la mirada hacia donde habían estado Julian y Karin — pero ya no estaban.

“En cualquier caso, es bueno ver que nuestro contingente más joven muestre cierto desarrollo psicológico en lugar de simplemente bloquear los cuernos todo el tiempo”, proclamó Attenborough con gravedad, aunque apenas un estadista de alto rango.

“De hecho”, dijo Poplin, igualando la pomposidad de su amigo. “La juventud de uno apenas puede gastarse solo en la revolución”.

Y así, montando los carriles gemelos de solemnidad y humor, el Iserlohn Express continuó su avance diario.

“Debemos decidir nuestro nombre”, dijo Frederica en una de las reuniones de los líderes. “Si nos declaramos un estado republicano independiente, estaremos abandonando toda esperanza de comprometer y reparar nuestras relaciones con el imperio. También enturbiaría la relación entre el estado, el gobierno y los militares. ¿Hay algo más adecuado para una organización

pequeña como nosotros?”

Incluso von Schönkopf, Attenborough y Poplin, los abanderados de la frivolidad, comenzaron a pensar profundamente en la pregunta de Frederica. Esta, quizás, era la razón principal por la que se había convertido en su líder.

Finalmente, los ojos verdes de Poplin brillaron.

“Comuna Iserlohn”, dijo. “No está mal, ¿eh? Casi rima”.

“¡Vetado!” Dijo Attenborough de inmediato.

“¿Vetado? ¿Pero por qué? Seguramente no puedes esperar juzgar mis ideas con tu horrible gusto”.

“En toda la historia de las revoluciones, ninguna organización que se autodenomina comuna ha tenido éxito. No quiero convertir a Iserlohn en la tumba de la democracia”.

Ante la sorprendentemente seria objeción de Attenborough, Poplin pareció decidir no discutir el punto.

El silencio regresó, pero en poco tiempo fue roto por la voz ronca del Capitán Kasper Rinz.

“No tiene sentido un nombre llamativo para llamar la atención”, dijo. “Al mariscal Yang tampoco le importaban esas cosas. No estamos nombrando algo que durará para siempre, entonces, ¿por qué no solo usar “República Iserlohn”?”

No tanto por aclamación popular como por falta de objeciones, se aceptó este nombre cuidadosamente no provocativo e ingenioso. Qué brillante y fascinante brillaría en las páginas de la historia aún no se había decidido.

Sin embargo, a partir de ese momento, para que sea más fácil distinguirlos del Gobierno Revolucionario de El Fácil, su organización se conoció como

el “Nuevo Gobierno en Agosto”, o simplemente “Gobierno de Agosto”.

Frederica se mantuvo como líder, pero se necesitaba una burocracia para apoyarla. Haciéndose eco de la organización inicial de la Alianza de Planetas Libres, se celebraron tres conferencias adicionales en total para decidir sobre su estructura.

Al final, se decidieron por una secretaría más otras seis oficinas: relaciones exteriores e inteligencia, defensa, finanzas y economía, obras, derecho y asuntos internos. Más que esto, todos estuvieron de acuerdo, solo complicaría las cosas innecesariamente.

El Buró de Obras estaba en nombre y misión basado en el Ministerio de Obras imperial, pero no había vergüenza en pedir prestado lo que había demostrado ser efectivo. Todo el hardware no militar y las fuentes de energía dentro de la base se colocaron bajo su control.

Obviamente, todas las oficinas recién creadas necesitarían líderes. La experiencia de Caselnes en la administración militar y el suministro lo convirtió en la elección obvia para el jefe de la Oficina de Defensa, pero las otras oficinas quedaron sin líder por ahora. Aun así, Julian estaba lejos de ser pesimista.

Cuando Ahle Heinessen, padre fundador de la alianza, se había embarcado en su larga marcha, no había sido acompañado por un solo hombre noble, rico o persona de distinción social. Sus compañeros habían sido las masas sin nombre, cuya resistencia al autoritarismo no les había traído más que abuso y opresión. Juntos, sufrieron un viaje que duró medio siglo, y juntos lograron la importante tarea de fundar una nación. Frederica y Julian no eran únicos en su posición. Nadie comenzó su viaje como una persona de renombre y logros deslumbrantes.

“Colocaremos estatuas de Ahle Heinessen y Yang Wen-li juntas en el Salón de Reuniones Generales, el Comité Central, la Oficina del Presidente y la Sede de la Fuerza de Reserva Revolucionaria, esos cuatro lugares solamente — y prohibidos en todos los demás lugares públicos. No queremos caer en la adoración de héroes...”

“Oh, estoy seguro de que preferiría simplemente echarse una siesta en Valhalla o donde quiera que haya ido, pero me temo que lo necesitaremos con nosotros al menos hasta que se decida el destino de sus creaciones”, dijo Frederica.

En poco tiempo fue el 8 de agosto de 800 SE, 2 año del Nuevo Calendario Imperial. Era el sexagésimo noveno día desde la muerte de Yang. Este fue el día que habían elegido para la fundación formal de la República de Iserlohn.

Después de presentar sus respetos a los restos de Yang en su caja de cerámica, Frederica Greenhill Yang fue acompañada por Julian al lugar ceremonial.

Lo verás, ¿verdad? Frederica preguntó en silencio al hombre que la había dejado sola, que había cambiado su vida no una sino dos veces, mientras se acercaba al podio. El lugar era un vasto y abierto piso de la base; lleno de miles y miles de espectadores, con los ojos y el fervor concentrados en Frederica. Amplificada por el micrófono, su voz declaró a toda la humanidad que, en un rincón de la galaxia, la democracia seguía produciendo brotes verdes, por pequeños que fueran.

“Yo, Frederica Greenhill Yang, de acuerdo con la voluntad de todos los que apoyan la gobernabilidad democrática republicana, declaro la fundación de la República de Iserlohn. Nuestra lucha para realizar la libertad, la igualdad y los ideales democráticos que comenzaron con Ahle Heinessen continuará...”

Su voz no era fuerte ni fuerte. En realidad, el público de Frederica era solo una persona. Sabía que solo estaba aquí porque otro no podía estar.

“Ofrezco mi gratitud a todos los que están decididos a alimentar los brotes de la democracia, incluso en estas circunstancias desfavorables y desafortunadas. Gracias. Cuando todo esto termine, espero poder agradecerle de nuevo...”

Cuando su voz se apagó, por un momento el salón se llenó de decenas de miles de silencios individuales. Pero pronto, liderados por Julian, Attenborough y Poplin, estos se disolvieron en gritos de aclamación.

“¡Viva la República de Iserlohn!”

“¡Maldito Káiser Reinhard!”

El aire se llenó de vítores y boinas arrojadas, e incontables puños fueron lanzados en alto.

Y así nació la República Iserlohn. Su población era de solo 940,000 para los cuarenta mil millones del imperio, lo que lo convirtió en solo 1 / 42,500 de la humanidad, pero mantuvo el estándar de democracia alto.

La explicación de Frederica le recordó a Julian la expresión rígida de Yang en su boda, llevando una sonrisa a los labios de Julian.

“El Mariscal Yang se habría avergonzado de estar al lado del padre de la alianza. Diría que no se lo merecía”.

El Imperio Galáctico y la Dinastía Lohengramm aún no habían completado su programa de unificación galáctica. Si la inesperada muerte de Yang Wen-li serviría para acelerar o retrasar sus esfuerzos, sin estar vivo podría decir.
